



Z-466

Leviatán

REVISTA DE HECHOS E IDEAS

Otoño/Invierno 1999

77/78

II Epoca

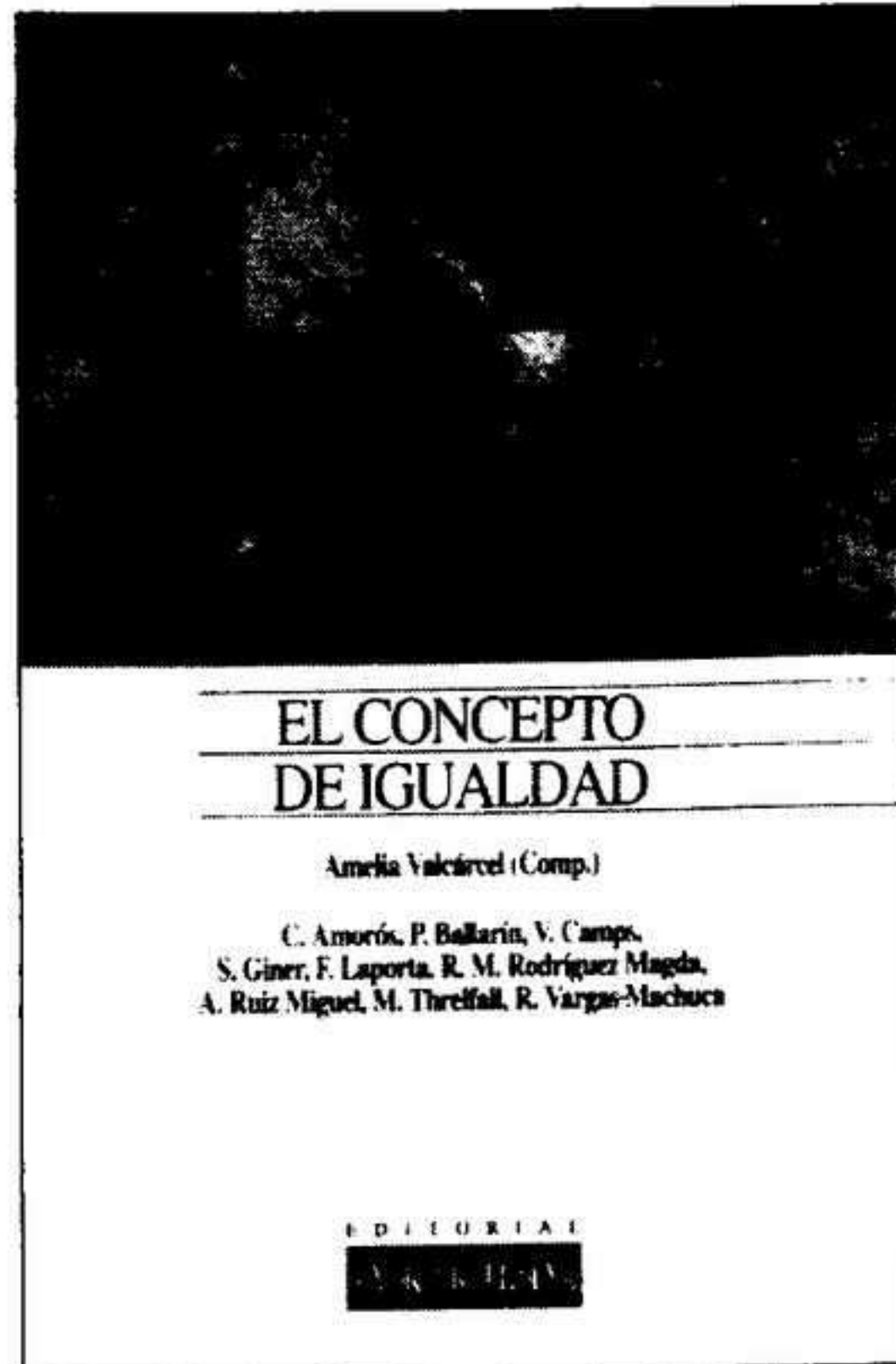
PROGRESO GLOBAL

Felipe González

Martine Aubry, Gro Harlem Brundtland, Simon Peres,
Martin Carnoy, Giorgio Ruffolo, Jorge Semprún,
Dolors Renau, Micaela Navarro, Carmen Martínez Ten,
Anisa Bouhadeb, Eliana Cardoso, Alfredo P. Rubalcaba,
Robert Kuttner, José Borrell, José Ripoll,
Joaquín Almunia, Dante Caputo, Alain Touraine, Ricardo Lagos,
Mijaíl Gorbachov, Moustapha Kasse, Hélé Béji,
Abdú Filali Ansary, Valerio Calzolaio, Fritz Vahrenholt,
Antonio Guterres, Michel Rocard

E D I T O R I A L

LABIO IGLESIAS



EL CONCEPTO DE IGUALDAD
Amelia Valcárcel (Comp.)

**C. Amorós, P. Ballarín, V. Camps, S. Giner, F. Laporta,
R.M. Rodríguez Magda, A. Ruiz Miguel, M. Threlfall,
R. Vargas-Machuca**

222 págs.

2.190 ptas. (IVA)

¿Por qué el concepto de igualdad? Porque dentro de las ideas legadas por la tradición de la modernidad y la Ilustración, con las cuales nos encontramos inevitablemente tanto en el discurso político como en el moral, la idea de igualdad ha demostrado ser la más difícil. Sus límites no son precisos, su presentación resulta siempre polémica, su instrumentación política produce demasiado a menudo dislates prácticos. Y, sin embargo, la idea de igualdad es el motor y el fundamento de las sociedades democráticas actuales.

Desde un enfoque interdisciplinar, una serie de especialistas de todos los campos implicados (sociólogos, filósofos, juristas, politólogos) abordan, cada uno desde su perspectiva, preferencias investigadoras y sesgo propio, el tema del rendimiento actual del concepto de igualdad y sus problemas, para hacernos todos cargo de su complejidad y, sin evitarla, encontrar sus vías de progreso.

Pedidos:
Monte Esquinza, 30, 2º dcha.
Telfs.: 310 46 96 y 310 47 98

**Forma de pago: talón bancario
o giro postal**



Leviatán

Revista de hechos e ideas

Leviatán

Revista de hechos e ideas

Fundada en 1934 por Luis Araquistain
Editada por la Fundación Pablo Iglesias.

Directora: Amelia Valcárcel

Coordinador: Manuel Ortuño Armas

Comité de Redacción:

Carmen Alborch	Carmen Martínez Ten
Andrés de Blas	Emilio Muñoz
Victoria Camps	Julio Rodríguez
Cipriá Ciscar	Ludolfo Paramio
Salvador Clotas	M. Reyes Mate
Matilde Fernández	Alfonso Ruiz-Miguel
M ^a Teresa Fernández de la Vega	Miguel Satrústegui
Antonio G. Santesmases	Ramón Vargas-Machuca
Joaquín Leguina	

Comité de Dirección:

Pedro Altares	Enrique Gomáriz
Joaquín Arango	J. A. González Casanova
Carlota Bustelo	E. Haro Tecglen
J. María Castellet	Francisco Laporta
Elías Díaz	Marta Mata
M. A. Fernández Ordóñez	J. Martínez Reverte
F. Fernández Santos	X. Rubert de Ventós
Salvador Giner	

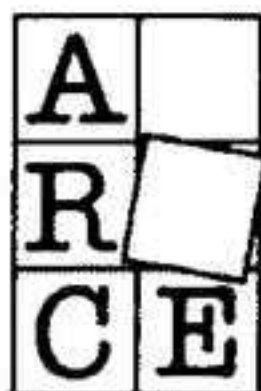
Secretaria de Redacción: Mercedes García Lenberg

Las ideas vertidas en cada artículo son responsabilidad de sus autores. LEVIATAN no se identifica necesariamente con sus contenidos. LEVIATAN no se compromete a devolver los artículos que no hayan sido solicitados, ni a mantener correspondencia sobre los mismos.

Redacción y Administración: Monte Esquinza, 30 - 28010 Madrid.
Tel.: 310 43 13 - Fax: 319 45 85 - e-mail: fpi@ctasa.es
D. Legal: SE. 446-1978. I.S.S.N. 0210-6337.

Distribución:
En España: Siglo XXI; Tel.: 759 49 18, Madrid.
En Argentina: Prometeo Libros; Tel.: 953 11 65, Buenos Aires.
En Colombia: Siglo del Hombre Editores Ltd.; Tel.: 281 39 05, Santa Fé de Bogotá.
En Chile: Editorial Contrapunto; Tel.: 223 30 08, Santiago de Chile.
En México: Librerías Gandhi; Tel.: 661 10 41, México D.F.
En Venezuela: Distribuidora Norai; Tel.: 71 56 76, Caracas.

Realización Gráfica: Carácter, S. A. - C/. Cristóbal Bordiú, 35 - 28010 Madrid.



Esta revista es miembro de
ARCE (Asociación de Revistas
Culturales de España)

LEVIATAN
forma parte del índice IBSS (International
Bibliography of the Social Sciences) de la
London School of Economics

Qué es la Comisión Progreso Global, Felipe González	5
Progreso global, Felipe González	13
LOS VALORES COMO AGUJAS DE MAREAR	
Un modelo alternativo al liberalismo, Martine Aubry	41
Nuevos aspectos del desarrollo, Gro Harlem Brundtland	45
Los socialistas ante los desafíos de la nueva civilización, Simon Peres	49
LA GLOBALIZACION Y SUS EFECTOS	
Una definición de la globalización, Martin Carnoy	59
La mundialización, Giorgio Ruffolo	63
La mundialización como proceso histórico, Jorge Semprún	73
Feminismo y progreso global, Dolors Renau, Micaela Navarro, Carmen Martínez Ten y otras	81
Educación, derechos humanos y desarrollo, Anisa Bouhadeb	91
Educación y progreso equitativo, Eliana Cardoso	103
La política educativa del siglo XXI, Alfredo P. Rubalcaba ...	109
Economía social de mercado y eficiencia económica, Robert Kuttner	119
La crisis internacional y sus soluciones, José Borrell	125
Movimientos internacionales de capital, José Ripoll	131
Los socialdemócratas y la idea de Europa, Joaquín Almunia	175
Globalización y Estado-nación, Dante Caputo	181
Sociedad, democracia y responsabilidad individual, Alain Touraine	191
Crecimiento con equidad, Ricardo Lagos	199
Mundialización frente a occidentalización, Mijaíl Gorbachov	209
Globalización y regionalización, Moustapha Kasse	217
IDENTIDAD CULTURAL Y GLOBALIZACION	
La cultura de la comunicación, Hélé Béji	227
Globalización y periferia, Abdú Filali Ansary	235
Globalización y medioambiente, Valerio Calzolaio	243
Tecnología y medioambiente, Fritz Vahrenholt	251
LAS PRIORIDADES REGIONALES	
El modelo social europeo, Antonio Guterres	257
La reducción de la jornada laboral, Michel Rocard	261



¿QUE ES LA COMISION PROGRESO GLOBAL?

Felipe GONZALEZ

Los profundos cambios que acompañan el fenómeno de la globalización (la mundialización de la economía, el proceso de revolución tecnológica, la libertad de movimientos de capital, la deslocalización, entre otros), más las profundas transformaciones políticas ligadas a la caída del comunismo, han creado un escenario radicalmente distinto en un breve periodo de tiempo.

En la Internacional Socialista, esta mutación histórica se refleja en algunos hitos. Recordaré algunos importantes. En 1976, Willy Brandt se hace cargo de la presidencia de la Internacional. La figura de Willy Brandt tenía ya una proyección mundial. Era el hombre que impulsaba unas nuevas relaciones Este-Oeste y unas nuevas relaciones Norte-Sur. Era una de las personalidades

que clamaba por una política de democratización, de paz, de universalización de la propia Internacional Socialista. A principios de la década de los ochenta, pasamos a tener 72 miembros, e hicimos una revisión de la declaración de principios en el Congreso celebrado en junio de 1989, intentando prever ya acontecimientos que se precipitarían posteriormente. Recordemos que la caída del muro de

Berlín y el hundimiento de los sistemas totalitarios acaecen unos pocos meses después. Ese documento de principios es valioso para ver por qué líneas íbamos trabajando y qué estábamos previendo.

Por tanto, teníamos planteados al mismo tiempo una crisis de crecimiento —en el mejor sentido de la palabra— y también un nuevo planteamiento en el terreno de las ideas. A partir de esa fecha —repito, junio de 1989—, la evolución de la situación en el mundo ha sido muy rápida, lo que nos llevó a expresar una inquietud y un deseo en el Congreso de Nueva York de septiembre de 1997.

La Internacional Socialista la componen ahora 140 organizaciones, y en este momento sí podemos decir que se ha mundializado la Internacional. Por primera vez se puede decir con claridad que nuestra organización no es eurocéntrica. Esta Comisión de trabajo, por su composición, expresa mejor probablemente que cualquier explicación esta nueva realidad. Desde Nueva Zelanda, pasando por Tokio o Pakistán y, desde luego, por Europa o América Latina o el Norte de América, todos estamos representados regionalmente. También hemos querido que haya una representación, por un razonable equilibrio, entre la aportación de las mujeres y de los hombres. Con esta composición que refleja equilibrios regionales y equilibrios en la participación de la mujer, hemos puesto en marcha la Comisión.

***La Internacional Socialista
necesita ponerse
en marcha ante
los desafíos del siglo XXI.***

Tenemos un gran margen de libertad y algunas restricciones. Libertad para analizar y revisar el instrumento que tenemos a nuestra disposición, que es una organización muy compleja por ser una organización mundial y, por tanto, por vivir sus miembros en situaciones distintas. Tan distintas como que en algunas regiones se tiene una grave preocupación por la reforma del Estado del bienestar, y en otros lugares del planeta se desearía tener esa preocupación, porque la que se tiene es otra bien distinta: la preocupación es avanzar, aunque sea en un grado mínimo, hacia una sociedad un poco más cohesionada socialmente, con un poco de bienestar, o con un mínimo reparto de la riqueza o del crecimiento de la riqueza.

La Internacional es, pues, una organización compleja, presente en todas partes, que necesita ponerse en marcha ante los desafíos del siglo XXI y hacer más ágil el instrumento, dándole eficacia y teniendo objetivos comunes. Y esto frente a situaciones muy distintas desde todos los puntos de vista, desde el punto de vista cultural, desde el punto de vista político, desde el punto de vista del desarrollo.

Esto me lleva a decirles que no entendemos que uno de nuestros trabajos —el tener unos objetivos comunes— únicamente consista en elaborar una declaración de principios común. No queremos ser sólo una especie de Naciones Unidas. Ni siquiera queremos parecernos a Naciones Unidas. Ya hay una declaración de Derechos del Hombre y unos principios por los que funciona Naciones Unidas, y esos principios los aceptan, aunque sea formalmente, unos y otros. Incluso los que no creen en la democracia, aceptan la declaración de principios o la declaración de Derechos del Hombre. Convivimos en Naciones Unidas con algunas distancias que son explicables, y otras que no son ni

siquiera aceptables, porque responden a reservas mentales sobre los principios de la Carta.

En la Comisión que hoy presentamos, no queremos este resultado. El encargo que se nos ha dado es poner en marcha un debate que queremos encarar con ambición en el terreno de las ideas. Queremos que la participación sea de todas las organizaciones que integran la Internacional, pero tenemos también la ambición de abrirnos a la participación de personas que no están dentro de esas organizaciones: historiadores, sociólogos, economistas, intelectuales; todos los que están reflexionando sobre los nuevos desafíos, la nueva realidad del mundo en que vivimos. Y todo ello, repito, sin olvidar la complejidad.

En el arranque de este debate he intentado ofrecer a la Comisión unos elementos de reflexión que sirvan para que el debate se pueda llevar a cabo al mismo tiempo en Malí o en Noruega. Pues bien, junto a representantes de países con un nivel de renta muy bajo, tenemos representantes de países que pueden tener veinte veces o treinta veces el PIB *per cápita* de Malí, como nuestra compañera, primera ministra durante muchos años de Noruega, Gro Harlem Brundtland.

Por tanto, sin escapar a esa complejidad, queremos que haya unos elementos de debate que sirvan para todos. Les relataré algunos. Son siete puntos los que me parece que pueden dinamizar el debate: la mundialización y sus efectos; la revolución tecnológica y sus efectos (ambos con una preocupación prioritaria: ¿qué pasa con el empleo y qué consecuencias tiene para la competitividad y la sostenibilidad de políticas de bienestar?); tercer punto, una reflexión sobre lo que significan unas políticas macroeconómicas sanas.

***Queremos abrirnos
a la participación
de historiadores,
sociólogos e intelectuales.***

El cuarto punto es la reforma del Estado. ¿Qué Estado queremos y cuál será su papel? Hay modelos históricos de referencia: no queremos un Estado totalitario, no queremos un Estado lleno de grasa y poco eficiente, y tampoco queremos un Estado que sea tan frágil que esté al albur de las grandes presiones que pueden ejercer sobre él, haciéndolo inútil, grupos con una gran importancia económica o económica y mediática a la vez. Queremos un Estado al servicio de los ciudadanos, que desarrolle su papel, y que lo desarrolle con la conciencia de que existe una crisis de supranacionalidad —es decir, existe de la necesidad de buscar espacios regionales por encima de los límites del propio Estado—, y una crisis de intranacionalidad, si me permiten la expresión, es decir, la necesidad de descentralizar el proceso de toma de decisiones desde el punto de vista político y administrativo.

El quinto punto de reflexión sería definir, en relación con los problemas concretos, cuál es el papel del Estado, de los poderes públicos, de la política en una nueva situación en la que el dominio casi pleno del mercado puede plantear serios interrogantes respecto del papel del Estado en la aportación de capital físico (infraestructuras, comunicaciones, agua), o en la aportación de capital humano (educación, salud, redistribución de la riqueza, pensiones, etcétera). Se plantean también interrogantes sobre el propio papel del Estado en los servicios públi-

***El gran límite
al desarrollo
se llama hoy
pobreza de capacidad.***

cos. Los servicios públicos responden a necesidades de los ciudadanos. Ahora bien, ¿consideramos estas necesidades como derechos cívicos ante los que se tiene una razonable igualdad de oportunidades, o consideramos que las necesidades sólo tienen que ser cubiertas desde el punto de vista de la optimización del beneficio de las empresas que actúan sobre la realidad social de nuestros países? Si son derechos de los ciudadanos, algún límite impondrán a la optimización del beneficio y, por tanto, alguna definición del papel de los poderes públicos y de la política tiene que haber en ese inevitable contraste de intereses entre derechos ciudadanos, derechos de acceso igualitario —no igualitarista— a las oportunidades educativas o de salud o a los servicios de telecomunicación, y la necesidad de que el Estado no sea permanentemente intervencionista en todo y pretenda abarcarlo todo. Tenemos, en consecuencia, un debate en ciernes, que dejo aquí apuntado.

El sexto punto, muy relacionado con el primero y con el segundo (la mundialización y revolución tecnológica) es un fenómeno interesantísimo de nuestro tiempo: la libertad de movimientos de capital y su volumen en relación con lo que representan las mercancías o los servicios que se intercambian. Quiero dar una cifra: los movimientos de capital están en una relación de 1 a 99 con los servicios y las mercancías que se intercambian en el comercio mundial. Hay un gran impacto de la circulación de capita-

les, que ya no buscan la contraprestación del intercambio histórico de mercancías o de servicios, sino su propio beneficio, sus asentamientos de inversión, una inversión que puede ser de medio o de largo plazo, o que puede ser caliente, buscando simplemente cambios en los mercados, o alteraciones en los tipos de cambio de las diferentes monedas. Esta es una nueva realidad, a la que no hay que volver la espalda, sino pensar en ella para saber si es posible que haya un marco regulador —que reclama a estas alturas George Soros—, y si es posible que haya un mecanismo que prevea conflictos financieros graves, o si, una vez previstos, son inevitables, estallan, pero se dan respuestas ordenadas y suficientes para limitar sus efectos en la comunidad internacional. El más reciente de esos conflictos, pero no es el único caso, es el que conocemos con el nombre de «efecto tequila». Les recuerdo que ese ya célebre fenómeno mexicano —que recibió una respuesta rápida, y del que México está recuperándose afortunadamente— produjo reacciones en Buenos Aires y en Santiago de Chile, y para que nadie se sienta tranquilo, también tuvo consecuencias en Madrid. En España nos vimos forzados a una devaluación de la peseta que sólo duró quince días, pero que tuvo un coste serio en términos monetarios; a los quince días la peseta estaba en el mismo nivel que antes de que se forzara esa devaluación.

La libertad de movimientos de capital provoca, por consiguiente, unas ondas expansivas que ustedes entenderán mejor que nadie, porque viven de los *mass media* y para los *mass media*. La revolución tecnológica permite que estos movimientos de capitales circulen por todo el mundo las veinticuatro horas del día, y que las operaciones se hagan en tiempo real. Es decir, ya ni siquiera hace falta mover el dinero; con mover las cantida-

des simbólicas a través de los ordenadores es suficiente. Este fenómeno plantea un desafío a la comunidad internacional. No soy de los que piensan que hay que estar en contra, o tomar medidas nacionales, o cerrar los fronteras, o que cada país controle como pueda los movimientos de capital. Esta política me parece irreal, absurda; es como tratar de que no se vea la televisión, cuando hay satélites que la proyectan en todo el mundo. Hay que buscar respuestas de otra naturaleza.

Y un punto séptimo que nos preocupa es el siguiente: en la nueva realidad internacional, ¿cómo podemos lograr nuevos equilibrios, es decir, cómo podemos ordenar o llegar a un nuevo orden internacional, que no sea el del equilibrio del terror —que no añoramos—, pero que sea un orden y no una situación de desorden, como la que todavía estamos viviendo? El peligro de un enfrentamiento nuclear, que sería el fundamento del equilibrio del terror, ya no existe, pero los enfrentamientos, las explosiones, los conflictos regionales no sólo no han desaparecido, sino que se multiplican por doquier. Es cierto que hay que buscar nuevos equilibrios. No estamos en un orden multilateral, como algunos preveían. El propio presidente Bush decía tras la caída del muro de Berlín: «Ahora recuperaremos los dividendos de la paz». Los dividendos parece que se retrasan. Es verdad que hay una nueva situación, pero todavía no se ven claros los dividendos de la paz. En esta línea de reflexión, ¿cuál es nuestra posición ante la organización internacional, ante Naciones Unidas y su reforma?; ¿qué sentido tiene fomentar un regionalismo abierto —como intentamos hacer en Europa— en el Magreb, en Mercosur, en América Latina, a pesar de las dificultades?

Estos serían los siete puntos de reflexión, a los que se añadiría un importante

Respetemos las pautas culturales de aquellos que vienen a trabajar con nosotros.

apartado de temas específicos de nuestro tiempo. En primer lugar, la incorporación de la mujer en un mundo en que las diferencias son extraordinarias. A mi lado tengo a una compañera que ha hecho la experiencia de incorporar a la mujer a todas las tareas en paridad absoluta. Pero también tengo que decirles que hay países en los que el 87% de las mujeres — es decir, prácticamente toda la población femenina— no tiene acceso a la educación. En estas circunstancias, es imposible hablar de cualquier posibilidad de incorporación de la mujer. El abanico de diferencias es inmenso.

Segundo tema, el medioambiente. Gro Harlem Brundtland hizo ya un informe interesantísimo, por encargo de Naciones Unidas, donde se dijeron todas las cosas que creo era necesario decir en aquel momento, aunque habrá que actualizar y revisar el informe. Otro gran problema de nuestro tiempo es la pobreza de capacidad. El gran límite al desarrollo empieza a ser, sobre todo, lo que Naciones Unidas llama ahora pobreza de capacidad, que es el déficit de capital humano, de educación, de preparación suficiente para no quedar descolgados de la revolución tecnológica, y para estar dentro de la frontera del desarrollo.

Hay, sin duda, otros muchos temas que merecen nuestra reflexión. Algunos, muy interesantes, han surgido en la discusión de esta primera reunión de trabajo de la Comisión. Por ejemplo, ¿qué pasa con la

diversidad cultural en un mundo en el que grandes potencias de comunicación y *multimedia* pueden dar una visión uniforme de la cultura a nivel internacional? La diversidad cultural, como seña de identidad y como riqueza de este planeta, puede ser uno de los grandes problemas de nuestro tiempo.

Otro tema de importancia en este siglo y en el siglo que viene, es la inmigración, y hay un debate derecha-izquierda sobre la inmigración en Europa. Martine Aubry ha realizado una magnífica reflexión sobre estas cuestiones. Pero hay que reconocer que no hemos hecho más que empezar la reflexión. Visto desde la perspectiva europea, la inmigración fue una necesidad de la economía europea; fue un requerimiento europeo. En un momento determinado —los *treinta gloriosos*—, en que hacía falta aportación de capital humano, se produjeron flujos migratorios, a los cuales no sólo no había ninguna tentación de controlar o de rechazar mediante la expulsión, sino que se atraían expresamente. El desarrollo de Europa ha tenido las características que conocemos en gran parte por la contribución de las personas que componían esos flujos. En la actualidad, la inmigración se sigue planteando como un problema de diferencias de renta entre países, al que se añade ahora un problema específico: los flujos migratorios actuales incorporan elementos de diferenciación cultural e, incluso, de diferenciación civilizatoria respecto a nuestras sociedades desarrolla-

No hay alternativa política que cubra las necesidades de economía y sociedad.

das. Frente a esta realidad no hay una postura clara, salvo la de rechazo total a las visiones xenófobas y racistas de la cuestión. Hemos de afrontar los complejos problemas de la convivencia cultural y de la integración. El concepto de laicidad nos ayudará ciertamente en esta tarea. La integración, siguiendo esta inspiración, es aceptar plenamente las pautas civilizatorias de la sociedad de acogida, pero no tanto el reconocimiento de todos y cada uno de los elementos de base de nuestras democracias, ya sea en Francia, Alemania o España.

Creo que la integración es algo más que la aceptación de aspectos formales de los sistemas políticos; es la tolerancia y el respeto a las pautas civilizatorias y culturales del otro, que no son idénticas a las nuestras, siempre que se respeten, naturalmente, las reglas de juego. No se pueden romper las reglas de juego de la convivencia con la excusa de representar cualquier alternativa civilizatoria.

Por lo tanto, la tolerancia, en este caso, sería la capacidad por parte del Estado laico de comprender, por ejemplo, las diferentes creencias religiosas y la existencia misma de diferencias entre las creencias religiosas. La integración no consiste en decir a los demás que sean exactamente iguales que nosotros y con nuestros mismos márgenes de diversidad. Por otra parte, ¿quienes somos nosotros?; ¿somos una sociedad —la española, sin ir más lejos— homogénea? Respetemos que los que vienen a trabajar y convivir con nosotros, y que comparten con nosotros un destino, tengan también sus pautas culturales y su propia identidad. Una sociedad democrática es capaz de integrar flexiblemente a los ciudadanos que viven bajo su mismo techo.

Otro problema objeto de preocupación es el asilo. Haré una distinción, que me

parece perfectamente comprensible. En los países que reconocen con claridad que el Estado de Derecho garantiza cualquier forma de expresión política que no sea violenta y no implique la comisión de delitos —es decir, que respete las propias reglas del Estado de Derecho, aunque sean antisistema, bien extraparlamentarias e incluso antiparlamentarias—, no hay ninguna razón para que exista el asilo en los casos de supuestos considerados injustificadamente como delitos políticos ¿Esto significa que hay que renunciar al concepto del asilo? Claro que no. Sería una tragedia. Pero no es fácil la tarea de interpretar política y jurídicamente el problema de fondo. Sólo un apunte para terminar esta reflexión, que tiene componentes de riesgo muy fuertes. Estamos asistiendo a un conflicto muy duro en Albania, cuyo origen no es político, pero cuyas consecuencias lo pueden ser. Por tanto, el derecho de asilo es imprescindible si creemos de verdad en el respeto a los derechos humanos.

La propuesta de contenidos que acabo de relatar tiene una restricción y una ventaja. La restricción es que no representa los problemas específicos de ciertas regiones. Por ejemplo, no está incluido en esta reflexión el drama de la deuda externa en países cuyo arranque en el desarrollo depende de una buena respuesta a su endeudamiento, que constituye un límite para su desarrollo. Otro ejemplo: la grave preocupación que en Europa existe sobre la sostenibilidad del Estado del bienestar en el mundo actual, en el que la competitividad es un factor a tener en cuenta dentro de la globalización. Estos problemas específicos no los he querido incluir en la propuesta de contenidos. Creo que la Comisión lo entiende perfectamente. Es imposible plantearles a nuestros compañeros africanos una discusión sobre la reforma del Estado del bienestar; no lo aceptarían de buen grado, porque su

*En cada región
se debatirán tanto
problemas conjuntos
como específicos.*

preocupación dominante no es esa, y sí lo pueden ser los límites que para su desarrollo impone el peso de la deuda externa, y su incapacidad para pagar incluso los intereses que pesan sobre la misma.

En suma, todos estos problemas específicos, prioritarios para algunas regiones del planeta se incorporarán a través de un mecanismo de debates regionales. Cuando digo regionales pienso en América Latina, en Africa, en el Norte de América, en Asia, en Oriente Medio o en Europa, por citar algunos casos. En cada región habrá un debate sobre el conjunto de las ideas, y se añadirán los problemas que en cada región preocupan de manera específica.

En Europa los problemas son bastante evidentes: Estado del bienestar y la propia construcción europea. En Africa también son evidentes: el problema de la deuda externa y el problema del capital humano, no sólo en la cuestión educativa, sino también en el campo de la salud o del umbral mínimo de producción necesario para que haya unas posibilidades de bienestar y de alimentación razonable para todos los ciudadanos.

Resumiendo el esquema de trabajo, además de estos encuentros regionales, se celebrarán encuentros o seminarios temáticos, en los que, por ejemplo, unas veces se reflexiona de forma concreta sobre la reforma y el papel del Estado y, en otros casos, como en Santiago de Chile, se re-

flexionará sobre crecimiento económico y equidad social.

Como dije, el método de trabajo es flexible. Los seminarios no estarán abiertos sólo a la participación de las organizaciones que están representadas en la Internacional. Nuestro debate no es un debate en el seno de las organizaciones pertenecientes estrictamente a la Internacional. Es un debate abierto que rebasa las fronteras de las organizaciones. Y en esa participación abierta estaríamos muy contentos de que otras organizaciones —digamos, otras potencias intelectuales no identificadas—, participaran en la discusión con nosotros. Imaginemos que hiciéramos un debate regional en Brasil; sería muy importante que participaran no sólo nuestros socios, que son fundamentales, como Leonel Brizola y su organización, sino que participaran también gentes del espectro de Lula o del propio presidente de Brasil, Fernando Enrique Cardoso, que representa una buena tradición socialdemócrata. O tomemos el caso de Chile y del grupo de fuerzas de izquierda que forman parte de la propia coalición gubernamental. Por tanto, el debate va a ser abierto. Y tengo la esperanza, desde luego aquí la convicción, de que en España van a participar en el debate personas representativas de un es-

pectro más amplio que el del partido socialista. Simplemente nosotros queremos poner el proceso en marcha. Asimismo, invitaremos a nuestros encuentros y seminarios a expertos, intelectuales, a personas preocupadas por todos los problemas que les he expuesto. Les invitaremos a participar en esta especie de autopista de las ideas que nos ha de llevar a la frontera del siglo XXI con nuevas propuestas y con una plataforma que responda en el terreno de las ideas a los nuevos desafíos.

Este es nuestro reto. Es ambicioso, pero ya saben lo que pasa en política, como en las demás facetas de la vida: si uno pretende conseguir cien, es razonable imaginar que se quede con ochenta; pero si pretende conseguir veinte, es casi imposible imaginar que llegue a treinta. Así que el debate está lanzado. Creemos que es una buena oportunidad. Incluso diré que creo que estamos ante el punto de inflexión del neoliberalismo rampante, y que su estrella empieza a declinar. Pero todavía no hay una alternativa articulada e identificable que combine lo que son las necesidades del mercado, que no rechazamos, con lo que son las necesidades de la sociedad. La búsqueda de esa alternativa es lo que justifica la tarea política de los socialistas.



PROGRESO GLOBAL

Felipe GONZALEZ

Nuestra época contemporánea, como ninguna época anterior, entraña muchas posibilidades, tanto para bien como para mal. Nada se hace solo y pocas cosas duran para siempre. Por eso, recordad vuestra fuerza y que cada época requiere su propia respuesta.

WILLY BRANDT, mensaje al Congreso de Berlín de la Internacional Socialista, en septiembre de 1992.

Introducción

En septiembre de 1996, el Congreso de la Internacional Socialista (IS), celebrado en Nueva York me encargó la preparación de una nueva plataforma de ideas que nos sirviera para encarar los desafíos actuales frente al fundamentalismo neoliberal, que niega el valor de la política y entrega todos los resortes de la convi-

vencia a un mercado sacralizado como un nuevo becerro de oro. Al mismo tiempo, debían ser unas ideas superadoras de las actitudes puramente defensivas que se vienen manifestando en sectores de la izquierda, con el riesgo de introducirnos en la senda del conservadurismo ideológico o de la resignación ante los nuevos retos de la revolución tecnológica y la globalización.

Propuse la creación de una pequeña comisión que organizara e impulsara un debate en torno a la globalización y sus consecuencias mediante un análisis de las nuevas realidades, y para el cual los principios, los valores que han inspirado nuestro movimiento nos sirvieran de orientación en la búsqueda de respuestas coherentes.

Por esta razón, desde el comienzo, en el pleno del Congreso de Nueva York quise provocar a los delegados afirmando que no se trataba de cambiar los principios que han inspirado nuestra tarea histórica, sino de comprender el cambio que se está produciendo para que las respuestas fueran también nuevas. Algunos lo interpretaron como un exceso de pragmatismo, casi un abandono de nuestros valores. Me interesaban, dije, las respuestas, que son las que comprometen, porque los principios, desde los de la Revolución francesa, eran suficientes.

He tenido que precisar, desde entonces, en reiterados encuentros que mi preocupación era, y es, evitar la reducción de este debate a una renovación de nuestra declaración de principios, formulada de manera diferente o parecida a otras declaraciones hechas a lo largo de nuestra historia reciente, escapando del análisis y la comprensión de los fenómenos que estamos viviendo. Por eso recordé que el objetivo era comprometerse con las respuestas, e incluso men-

***Debemos encontrar
respuestas coherentes
a los desafíos
de la globalización.***

cioné la diferencia que había entre predicadores y responsables políticos, apelando a un viejo refrán castellano: «Una cosa es predicar y otra dar trigo».

Nuestra tarea como organización internacional del socialismo democrático, es encontrar respuestas coherentes a los desafíos de la globalización. Respuestas que nos identifiquen en cualquier lugar del planeta, por algo más que la proclamación de nuestros valores, partiendo de la convicción de que los asumimos. Respuestas que sean articulables en el plano mundial, en el regional y en el nacional o local en que desarrollamos nuestras tareas, superando las contradicciones entre unos y otros niveles.

Si se tienen en cuenta la extensión y complejidad de las formaciones integradas en la IS, su rápido crecimiento, las diferencias de origen, de cultura y de realidades socioeconómicas sobre las que trabajan, que producen prioridades diferentes, comprenderemos la dificultad del empeño.

Por tanto, pretendemos con nuestro trabajo que se nos identifique como la alternativa de progreso y solidaridad que millones de seres humanos buscan, en los distintos rincones de la tierra. Que esta identificación sea algo más tangible que una declaración de mínimos, más próxima a los pronunciamientos de la ONU que al necesario esfuerzo de compromiso con las respuestas que esperan de nosotros hombres y mujeres.

Estas consideraciones me han llevado a proponer un debate sobre la globalización y sus efectos, a partir de una percepción todavía difusa del fenómeno, para contraponerle como respuesta una idea-fuerza: la necesidad de que a la economía global la acompañe un progreso global de los diferentes continen-

tes y regiones, y en el seno de cada una de nuestras sociedades nacionales.

Una posición, por tanto, ofensiva, que no acepta la resignación ante los nuevos retos para fundamentar la esperanza en una sociedad global orientada por valores humanitarios y solidarios, a la vez que respetuosa de las distintas culturas y civilizaciones y de los equilibrios medioambientales.

Desde el comienzo, he insistido en un esquema de reflexión de siete puntos, que tienen la virtualidad de ser interesantes para todos, porque a todos afectan, aunque en el desarrollo de los seminarios regionales y encuentros temáticos en diferentes puntos de la tierra las prioridades, dentro del mismo esquema de discusión, sean diferentes.

Es lógico que la preocupación sobre los límites y la reforma del Estado del bienestar sea una prioridad de países con alto nivel de desarrollo económico y avances sustanciales en la cohesión de las sociedades, mientras que en países emergentes, o aún más en países atrapados en la pobreza y la marginalidad, las prioridades se centren en la deuda que los agobia, en el acceso a la tecnología o en un mínimo de cohesión social todavía por adquirir, cuando no en la superación de la pobreza extrema y de la marginación.

Por estas razones, no he pretendido abarcar todos los motivos de preocupación en todas las regiones del mundo, sino desarrollar un marco que permita encajar en la propuesta general las preocupaciones prioritarias de cada zona. El objetivo sería, por tanto, una propuesta general, que nos sirva para el conjunto de la IS, articulable coherentemente con la oferta de las organizaciones regionales, (como el Partido de los Socialistas

***Pretendemos que
se nos indentifique
con el progreso
y la solidaridad.***

Europeos, por ejemplo), y de las formaciones nacionales que integran la organización.

Junto a los encuentros regionales, que estamos desarrollando en varios continentes, he propuesto una serie de seminarios temáticos sobre cuestiones de nuestro tiempo o sobre prioridades locales que vayan dando profundidad y variedad al análisis general. Por ejemplo: los problemas de la identidad cultural frente a la globalización, analizados en el seminario de Rabat; los del crecimiento con equidad, analizados en Chile; los medioambientales; los de la mujer; los migratorios; o cualesquiera otros que, con un enfoque específico, nos vayan permitiendo tomar posiciones progresistas y solidarias para la Internacional Socialista.

Parto, en mi aproximación, de las palabras de Willy Brandt, cuando nos recordaba que nunca el mundo había ofrecido tantas oportunidades ni amenazado con tantos riesgos. Para añadir que dependía de nuestra inteligencia y de nuestra voluntad aprovechar las primeras y minimizar los segundos. En la tradición de la izquierda revolucionaria ha pesado el pensamiento gramsciano del «pesimismo de la inteligencia y optimismo de la voluntad», mientras que hoy, jugando con las paradojas, podríamos afirmar que es posible el optimismo de la inteligencia porque podemos comprender el cambio que está

*El interés que suscita
la «tercera vía»
es su actitud
no resignada.*

viviendo el mundo, mientras que resulta más difícil evitar el pesimismo de la voluntad, porque las tendencias defensivas han tomado estado de naturaleza en muchos dirigentes y en amplios sectores de opinión.

Puede observarse en el liderazgo político una especie de resignación que extiende la idea de que la próxima generación vivirá peor que la precedente y tendrá menos oportunidades. Creo que, desde esta posición, se hace imposible enfrentar los cambios históricos desde una voluntad transformadora como la que reclamaba Brandt, capaz de hacer valer nuestro compromiso con la solidaridad para mejorar las condiciones de vida de los seres humanos.

Fue Octavio Paz, considerado por algunos sectores hombre ligado al pensamiento conservador quien, observando los efectos de la caída del muro de Berlín y el hundimiento del modelo comunista, nos recordó, con sorprendente lucidez, que el hecho de que las respuestas hayan fracasado no significa que las preguntas no sigan vigentes.

Si, más allá de prejuicios ideológicos, fuéramos capaces de escuchar las palabras de Brandt y las de Paz, habríamos encontrado la disposición de ánimo para desarrollar nuestros valores en la sociedad de la globalización. Inteligencia para comprender el cambio de era que estamos viviendo, en trance de supera-

ción de la sociedad nacida de la revolución industrial; voluntad para proponer las respuestas innovadoras y solidarias a los nuevos desafíos, aprovechando sus ventajas, minimizando sus riesgos.

El interés que suscita la llamada «tercera vía» es, precisamente, su actitud no resignada y capaz de asumir ofertas con riesgo, al tiempo que se mantienen principios solidarios frente al fundamentalismo neoliberal y se apela a la responsabilidad individual y comunitaria como esfuerzo convergente que deben realizar los poderes públicos, modificando el quehacer político pero sin renunciar al papel de la política.

Estoy convencido de que el elemento ideológico que más nos identifica es la solidaridad, entendida como lucha contra la desigualdad. Por eso, nuestra política de ofertas está siempre orientada a la redistribución, sea de bienes materiales, sea de educación, sea de sanidad o de seguridad en la vejez. Sin embargo, comprendemos los peligros de pasividad que puede generar una política de reconocimiento de derechos sin las responsabilidades correspondientes, así como los problemas de sostenibilidad del modelo, por lo cual oímos, cada vez más, la apelación a la responsabilidad, al equilibrio entre derechos y deberes. Estoy de acuerdo con esta valoración, a la que me gustaría añadir la necesidad de redistribuir capacidad emprendedora, espíritu de iniciativa, de asunción de riesgos, valorando a la persona que lo hace y poniendo de manifiesto la dimensión social de esta actitud de apertura de nuevos espacios y oportunidades.

La redistribución de actitudes emprendedoras en materia social, económica, cultural o política, sería una nueva dimensión de la solidaridad en

nuestros sistemas educativos y de formación profesional, en nuestras ofertas políticas a los ciudadanos y en nuestra cultura política.

En relación con la amplitud del debate, me gustaría que los compañeros de las organizaciones de la Internacional Socialista estuvieran abiertos al mestizaje de las ideas, más allá del ámbito puramente orgánico, para llegar a sectores distintos del mundo empresarial, científico y cultural, a movimientos sociales y organizaciones no gubernamentales. En una sociedad en cambio rápido y profundo, las posiciones de enclaustramiento pueden conducirnos al fracaso, aunque haya oleadas de voto que pueden responder al miedo, a la incertidumbre más que al compromiso activo con un proyecto innovador cargado con los valores que nos han hecho fuertes y respetables.

Con este enfoque, hemos ido avanzando sobre la renovación de ideas, de las que ahora se puede ofrecer un primer resumen, que sin pretender dar cuenta de todo lo hecho puede servir de orientación sobre los contenidos y la marcha del debate. Para otro momento dejo la reflexión, que será objeto de un encuentro en Suecia (febrero de 1999), sobre el modelo de organización que debería adoptar la IS para servir de instrumento eficaz en la divulgación de las ideas y en la transformación de las realidades, con una utilización más eficaz de los medios de comunicación disponibles, para llegar al mayor número de seres humanos.

Algo más quisiera añadir en esta introducción. Muchos compañeros y amigos están realizando en foros diferentes y dispersos un esfuerzo de búsqueda y propuesta en la misma o parecida dirección. Debemos evitar la dispersión, con-

***Hay que modificar
el quehacer político
sin renunciar
al papel de la política.***

centrando esfuerzos para mejorar los resultados pero, sobre todo, debemos evitar falsas competencias o recelos inútiles. Iniciativas como la «tercera vía» lanzada por Tony Blair, propuestas como la de Rocard, foros como el presidido por Delors en Nuestra Europa, o sugerencias de diálogo de los institutos demócratas americanos, así como foros de debate latinoamericanos, deberían converger en esta reflexión abierta de las fuerzas progresistas.

En el espacio europeo, por ejemplo, existen fundaciones e institutos de pensamiento en cada uno de nuestros países que podrían encontrarse, intercambiar proyectos y sumar voluntades. Podrían plantearse la pregunta: ¿Qué Europa necesitamos para enfrentar la globalidad? Yo parto de la convicción de que hoy, en la frontera del siglo XXI, más que nunca necesitamos una Europa unida: política, social y económicamente; en su seguridad interior y en su papel en el mundo. Pero sólo despejando lo que queremos poner en común aclararemos qué instituciones necesitamos para ello.

Lo mismo cabe decir de nuestros amigos de América Latina, que conocen procesos de integración como Mercosur o el Pacto Andino y tratan de desarrollar formas de regionalismo abierto, para encontrar nuevos equilibrios internacionales o ganar eficacia en la economía abierta.

Por tanto, propongo un ejercicio de diagnóstico sobre la globalización y sus implicaciones, seguido de un ensayo de respuestas comprometidas desde nuestros principios, y de propuestas de reforma o creación de nuevas instituciones que hagan posible la canalización efectiva de las respuestas, tanto en el plano regional y supranacional como internacional y global.

La velocidad de los acontecimientos, como podemos observar con la crisis financiera y los procesos de concentración empresarial en sectores claves de la economía, no admite demora para las primeras aproximaciones. Sean cuales sean las apreciaciones sobre los acontecimientos mundiales, la realidad económica empresarial y la realidad financiera internacional están cambiando rápidamente en el nuevo marco global en tanto las propuestas o respuestas políticas se retrasan.

En relación con la crisis financiera, por ejemplo, tengo la impresión de que se reitera sin convicción que lo peor ya pasó, cuando en el fondo se tiene la percepción de que lo peor está por llegar. Sólo entonces, cuando la epidemia se convierta en pandemia, habrá una reacción de respuesta.

Lo mismo cabe decir de la falta de acción global en los temas medioambientales, a pesar de la reiterada advertencia

***Debemos redistribuir
la capacidad emprendedora
para abrir
nuevos espacios.***

de tecnólogos acreditados sobre la inminencia de algunos riesgos.

Finalmente, me gustaría aclarar que este primer resumen, que envió a la Presidencia, a los miembros de la Comisión Progreso Global y a los líderes de la IS, únicamente me compromete a mí, pues aún no ha sido contrastado con los miembros de esta Comisión. Naturalmente, es una propuesta que requiere aportaciones de todos y continuación de los debates previstos antes del Congreso de la IS, en el otoño de 1999.

Sería de gran utilidad recibir críticas y observaciones de todos los receptores de este primer borrador.

Los valores como agujas de marear

La profundización de la democracia me ha parecido siempre la más acertada definición del socialismo. Por ello, las manifestaciones históricas de un socialismo sin libertad las he tenido por traición a nuestros objetivos liberadores del ser humano. Así, nuestra tarea histórica se identifica más con un camino que con una meta. La sistematización de las ideas políticas con teleologías que pretenden ofrecer un resultado cierto en forma de paraíso, se aproxima a las concepciones religiosas, transcendentales, produciendo fenómenos totalizadores, comunistas o fascistas.

Al mismo tiempo, me repugna el relativismo descomprometido, el escepticismo cínico, incompatible con un proyecto de lucha por mejorar la condición de los seres humanos en sociedad que constituye nuestra orientación básica.

Si volvemos la mirada hacia atrás, el siglo XX ha estado marcado por nuestro esfuerzo de democratización política,

económica y sociocultural. No hemos sido los únicos pero sí el eje central de esta lucha llena de altibajos, pero continua, de liberación progresiva de los seres humanos.

La democracia representativa ha pasado de ser censitaria y masculina a universalizarse en los derechos de voto y participación de todos y todas. La aportación del movimiento feminista desde principios de siglo, apropiándose de una parte sustancial de la filosofía igualitaria del socialismo democrático, llevó a la izquierda a asumir esta reivindicación, que hoy en los países «occidentales» camina por la senda de la democracia paritaria después de una transformación cultural profunda.

La economía de mercado correspondiente a la revolución industrial ha aceptado una dimensión social, tanto desde la perspectiva de los trabajadores como desde la de los consumidores, gracias a la presión opositora o gobernante del movimiento socialdemócrata y otras fuerzas progresistas. Fenómeno que sería estimable como una democratización del mercado en base a la cohesión social que conocemos como Estado del bienestar. Al mismo tiempo, ha constituido un elemento clave de sostenibilidad del modelo de economía de mercado en la sociedad industrial.

Una permanente lucha por las libertades, junto a la búsqueda de una creciente justicia social, ha producido una sociedad en la cual la economía de mercado de la revolución industrial se ha adaptado progresivamente a la necesaria dimensión social. Es el gran éxito de lo que conocemos como los *treinta años gloriosos* de la segunda posguerra mundial.

Enfrentamos un cambio de era marcado por el paso vertiginoso de la revolución industrial a la revolución tecnológica, cuyo rasgo más relevante es la revolución de la información. Los primeros pasos de este cambio apuntan a una creciente concentración del poder económico y financiero en grandes grupos, al debilitamiento de la democracia representativa, del papel de la política y al aumento constante de la desigualdad social.

Hay riesgos para la democracia que conocemos, riesgos para las políticas de solidaridad y cohesión social que se inspiran en nuestros valores. Nuestro reto, ante la globalización, es encontrar respuestas para la aplicación de nuestros principios, dando a la «economía informacional» (en expresión de Manuel Castells) el sesgo democrático y social que la humanice y la haga sostenible en el tiempo, como tuvimos ocasión de hacer con la economía de la segunda revolución industrial.

Esto nos impulsó a llamar a nuestro debate *Progreso Global*, como idea-fuerza que señalara el camino hacia una mejor distribución social de la riqueza de las oportunidades, como contrapunto a la globalización de la economía y del sistema financiero. Por eso empleo la expresión marinera de «los valores como agujas de marear», para que evitemos la tentación de la resignación que se esconde tras los discursos de predica-

***Las organizaciones
de la IS deben
abrirse al mestizaje
de ideas.***

***En la frontera
del siglo XXI,
necesitamos ante todo
una Europa unida.***

dores de principios y anunciadores de catástrofes, o la reacción defensiva de aplicar recetas viejas a realidades nuevas.

Pero me preocupa el debilitamiento de los valores, incluso entre nosotros y, en particular, en su dimensión internacional, que era, en su origen, nuestra razón de ser. Paradójicamente, hoy solamente se observa esta dimensión internacional global en la estructura y funcionamiento de las empresas y del sistema financiero, mientras nosotros nos replegamos impotentes al ámbito de lo local en nuestra acción política, distanciándonos de los problemas, de las injusticias que afectan a los otros. La paradoja nos lleva a la debilidad, puesto que la gobernabilidad de la nueva situación escapa a nuestras manos, incluso a la política en general.

Cuando asistí al funeral de nuestro compañero Francisco Peña Gómez, en homenaje a su personalidad y a su trayectoria hice una reflexión sobre la solidaridad que avancé en la reunión de Oslo y que traslado ahora, aún a riesgo de ser reiterativo.

La solidaridad, en el origen del movimiento que representamos, se entendía como solidaridad de clase o, si se prefiere, como solidaridad que nace de una experiencia vital compartida, en el trabajo en cadena, en el barrio, en la familia y la escuela. En definitiva, en

todo el ciclo vital, generación tras generación, «desde la cuna hasta la tumba».

Esta experiencia vital compartida, típica del sistema productivo de la sociedad industrial, con sus dimensiones habitacionales, culturales, educativas etcétera, está cambiando con el impacto de la revolución tecnológica, entendida como revolución de la información. Vale decir, en el propio empleo como lo venimos entendiendo, en las relaciones industriales y en los hábitos sociales. El trabajador está dejando de ser parte de la máquina, de la cadena, porque la cadena está desapareciendo, y está volviendo a ser «pastor de máquinas», como en las épocas previas a la revolución industrial fuera pastor de animales como instrumentos de trabajo. Este fenómeno, que tiene su parte dignificadora para el que trabaja, produce desempleo masivo, al tiempo que se está alterando el modo de vida en la comunidad en la que se habita, el sistema educativo y las relaciones sociales, incluidas las familiares.

En el primer mundo, en los países centrales, pero también en los emergentes y en los más pobres, un sector reducido de la población se concentra en guetos de lujo, con sistemas de seguridad, medicina y educación privados. Un porcentaje cada día más reducido de activos gozan de un empleo cuya estabilidad depende de la dificultad de sustitución. Otros guetos de miseria y exclusión se están extendiendo por las cada vez mayores concentraciones urbanas. Un tipo de empleo precario y sustituible abarca a un número creciente de activos, carentes de seguridad social, de asistencia sanitaria y de perspectivas para la vejez en sociedades ricas, o con temor a perderlas en otras, rodeados de un universo creciente de excluidos, ex-

cedentes del mercado de trabajo y marginados del resto de la sociedad.

El empleo tradicional de la economía de la sociedad industrial, «para toda la vida laboral», está desapareciendo y la productividad por persona ocupada en la economía informacional se dispara a límites nunca imaginados. La solidaridad, en una sociedad de pocos activos ocupados, con un número creciente de parados u ocupados precariamente, con hábitos de relación social menos intensos, se hace más difícil. La sostenibilidad de un modelo de sociedad cohesionada a través de un sistema fiscal redistributivo en ingresos y gastos, se cuestiona cada vez más con el falso argumento de la insostenibilidad económica, cuando en realidad el factor más importante es de carácter social. El reducido número de ocupados con un empleo bien retribuido y poco sustituible es cada vez más sensible al argumento individualista de que cada cual resuelva sus problemas de salud, educación o vejez para sí y para su familia, despreocupándose del resto.

Trato de comprender lo que está pasando e intento abrir un espacio a la reflexión para encontrar una guía, una estructura de pensamiento que explique de dónde venimos y adonde vamos. Comprendo la necesidad de escapar por la vía de la ética de lo absoluto, de los valores trascendentes, que permiten, pase lo que pase aquí abajo, quedarse tranquilo incluso cuando se escurre la comprensión de lo contingente. Pero la búsqueda que me planteo no se refiere a esto, como creencias más o menos convencionales en el más allá, que respeto, sino a la desestructuración del ser humano como ser histórico, típica de las épocas de cambio, pero que en otros momentos de la historia se ha producido con la pausa suficiente como para

permitir una adaptación menos angustiosa.

Como seres humanos somos seres de nuestro tiempo, con referencias del pasado que nos sirven de guía de comportamiento, de código de señales para orientarnos en nuestro pensamiento y en nuestra acción; cada generación se identifica con algunos referentes históricos, incluso para rechazarlos, que le sirven de orientación. Lo peculiar de la época que nos está tocando vivir, sin embargo, es que la velocidad y profundidad de los cambios hacen inseguras o inservibles nuestras referencias e imposibilitan nuestra capacidad para responder con los parámetros habituales.

¡Imaginemos que el tránsito de la sociedad rural a la urbana se hubiera producido en una sola generación! Todavía hoy, una parte de nuestras referencias son rurales, a pesar de la revolución industrial del siglo XIX y del siglo XX a la que pertenecemos históricamente, que fue cambiando las relaciones de producción, los modos de vida y, con ellas, una parte de nuestras pautas culturales. En la película *Tiempos modernos* Charlot expresó mejor que nadie ese cambio de ser histórico que acompañó a la revolución industrial. Un cierto *pathos* del productivismo, con los trabajadores unidos a la cadena productiva como una pieza más de la máquina a la que sirven. Era el paradigma de este tiempo que conoció la generación de

***Se retrasa
la respuesta política
a los cambios
en el mundo financiero.***

nuestros padres y abuelos, y la generación a la que pertenezco.

Pues bien, esta época está desapareciendo con la revolución tecnológica, con la transformación de las comunicaciones y de la información, con la biotecnología y otras manifestaciones del avance científico. Pero la velocidad del tránsito es infinitamente mayor que todo lo ocurrido hasta ahora. Tal vez el nuevo paradigma es la ausencia de paradigma.

Lo ocurrido con la caída del Imperio soviético en relación con cualquiera de los precedentes, puede acercarnos a la comprensión del fenómeno. Vemos en la historia del desarrollo de los imperios conocidos una evolución más o menos rápida hasta un punto culminante y varios siglos de decadencia hasta su desaparición y sustitución. Desde el Imperio romano hasta el británico, pasando por el español, como en todos los conocidos en otras civilizaciones, éste ha sido el modelo. Varios años (pocos) han bastado para ver desaparecer el Imperio soviético hasta convertirse en cenizas.

Puede ser, no me atrevo a asegurarlo, un ejemplo útil como reflexión sobre la velocidad del cambio y sobre su origen. Es decir, la caída de la URSS, su carácter vertiginoso, puede tener sus causas más serias en la batalla perdida de la revolución tecnológica, acompañada de la puesta al descubierto de los fallos del

***El socialismo
significa
una profundización
de la democracia.***

sistema justamente por la misma sociedad de la información, es decir, por una de las características más relevantes de esta revolución tecnológica.

Cuando Gorbachov comprende que la URSS ha perdido la batalla más importante frente a EE.UU., intenta su «reforma» (*perestroika*) económica y trata de buscar apoyos sociales frente a los conservadores del aparato comunista a través de una política de transparencia informativa que acerque a los ciudadanos a la reforma. (No habría que olvidar que los soviéticos fueron los primeros en la carrera espacial; hace sólo cuatro décadas y todavía en los años setenta eran considerados tecnológicamente tan capaces como los norteamericanos.)

Pues bien, fue la información (*glasnost*) el espejo en el que se reflejó el fracaso del modelo soviético, haciéndolo espectacularmente visible a los ciudadanos engañados de la Unión Soviética. El edificio totalitario del Imperio muestra su fragilidad y se derrumba con estrépito en pocos años. Gorbachov paga, sobre todo, el precio de atreverse a mostrar su realidad. Coloca el espejo ante los ojos de millones de rusos, que no pueden resistir la imagen, sacrificando a quien se la muestra.

A los efectos de esta reflexión, lo que quería destacar era que la transformación de la sociedad industrial en sociedad de la información, de la economía industrial en economía informacional, es tan rápida que está desestructurando al hombre como ser histórico. Creo que la angustia, la *malaise* que dicen en Francia, la incertidumbre y el desasosiego como factores dominantes de nuestras sociedades tienen esa causa fundamental. La gente intuye que lo que era hasta ahora razonablemente seguro

ya no lo es y cree que no lo será en el futuro. No pretendo connotar la definición, sino tratar de explicar lo que pueda significar el hecho de que, como seres históricos que somos, percibamos que nuestra red de referencias, nuestros códigos de señales, nuestra manera de comunicarnos con los demás y de realizarnos ya no es la que era y no lo será en el futuro.

Cuando iniciamos este debate, propuse a los compañeros de la IS que lo orientáramos como desafío y respuesta a la oferta simplificadora del pensamiento único, del fin de la historia, que acompañó la caída del muro de Berlín y la exaltación neoliberal del mercado, sin la vía de escape de los grandes pronunciamientos de principios. Mi preocupación era evitar un debate de revisión de la declaración de principios que nos llevara a huir de la realidad compleja que estamos viviendo, a la tentación de dibujar un futuro basado en los principios declamados, abandonando la responsabilidad de dar respuestas al presente. Un hábito reiterado por sectores de la izquierda, empeñados en inventar el futuro para abandonar el presente a la derecha, hoy al neoliberalismo fundamentalista.

Pues bien, convencido como estoy de este riesgo, quiero introducir en el debate una reflexión sobre uno de los principios que más nos ha diferenciado de otras corrientes de pensamiento y de otras alternativas políticas: la solidaridad. Reflexión de principios que busca anticipar un futuro que ya tenemos encima, buscando responsabilizarnos con el presente para que el pensamiento reaccionario no imponga la ruptura de la cohesión social imprescindible para vivir en libertad.

No es contradictorio con lo que vengo proponiendo, a pesar de la provocación

***La economía
de mercado
se ha adaptado
a la dimensión social.***

implícita en mis palabras de arranque en el Congreso de Nueva York, porque nada tiene sentido en nuestras propuestas de ideas si no nos sirven para mejorar la condición de los seres humanos y, hoy como ayer, eso depende de cómo entendamos la solidaridad. Solidaridad entre los que tienen y los que no tienen, desde el punto de vista material, pero también educacional y cultural; en cada una de nuestras sociedades y entre las diferentes sociedades humanas. Solidaridad global, si se quiere definir la esencia misma de la Internacional Socialista.

El cambio de la realidad mundial, el proceso que discutimos como globalización, producido por la revolución tecnológica en curso, no cambia el concepto de solidaridad desde el punto de vista de la filosofía que inspira nuestras ideas, pero tenemos que preguntarnos, a la vista de las nuevas realidades, cómo serlo, cómo se vive y se fomenta el espíritu solidario en nuestras sociedades locales, regionales, nacionales o internacionales.

El primer elemento de reflexión surge del análisis mismo de la evolución de la realidad, que hizo posible una forma de solidaridad típica de las sociedades industriales. La solidaridad como experiencia vital compartida. Aquella sobre la que se acuñó la idea-fuerza de la protección pública de los ciudadanos «desde la cuna a la tumba»,

***Los valores
se han debilitado
en su dimensión
internacional.***

que caracterizó la oferta de la socialdemocracia después de la Segunda Guerra Mundial. Esa solidaridad, llamada tradicionalmente por la izquierda «solidaridad de clase», como también hablamos de «sindicatos de clase» o «partidos de clase», y que entrañaba una respuesta, asimismo, de clase. Clase trabajadora, clase obrera, frente a clase poseedora, clase capitalista. Trabajador frente a empresario, explotado frente a explotador.

El elemento definitorio sustancial era el trabajo dependiente en general y, en particular, el trabajo en cadena. Modelo de sociedad típico de la revolución industrial. Junto a ello, se compartía el barrio o el pueblo, la calle y los locales de esparcimiento, la escuela y el destino heredado de padres a hijos y a nietos.

Hoy experimentamos la angustia de un paro desconocido en las sociedades industriales en el último medio siglo, pero las causas y las consecuencias son distintas de las que se conocieron en el «crack» del 29. Los modos de producción están cambiando rápidamente en las sociedades que llamamos desarrolladas, pero los modos de vida también, más allá del drama del paro. Siderurgias, telares, trabajos agrícolas, construcción pública, etcétera, no serán nunca más cadenas de producción de miles de hombres o mujeres. Cada vez se trabaja más individualmente, menos conectado con los demás, con los que se

deja de compartir experiencia de proximidad en las tareas, de problemas y de certidumbres o incertidumbres respecto a su trabajo.

Si seguimos a una pareja con empleo en nuestras sociedades más avanzadas, podemos comprobar que salen juntos en la mañana, dejando al hijo —cuando lo tienen— en la escuela. Pasan la jornada pastoreando su máquina individualmente, y vuelven a encontrarse en la tarde, en el apartamento, en la casa, ante el televisor, sin el menor contacto con sus vecinos de bloque o barrio.

Los mayores viven aparte, separados de la familia tradicional, en sus propias casas o en residencias. La experiencia vital compartida en el trabajo, en el barrio, en la calle, está desapareciendo en las sociedades avanzadas. Los elementos de solidaridad implícitos pueden estar cambiando también.

Podemos seguir al niño en su jornada, fuera de los juegos en las calles, casi inexistentes en ciudades que niegan la posibilidad de compartir espacio para ellos, llenas de tráfico y riesgo. En la escuela puede encontrar, desde primaria, el factor dominante de la competitividad, por encima de la convivencia con el que es diferente, menos capaz, con menos posibilidades por su origen, en la mayor parte de los casos. No se trata de los estudios superiores como formación de excelencia, se trata de una orientación competitiva, con frecuencia insolidaria, en la misma infancia. Los propios padres prefieren que sus hijos no estén con otros más torpes o menos capaces y, menos aún, con otros que sean de distinta raza o religión.

No olvidemos a los mayores, que en nuestras sociedades son cada vez más

en número y, valga la contradicción, cada vez menos mayores o más jóvenes, porque quienes salen del mercado de trabajo después de los 50 años son parados en espera de jubilación o prejubilados. Como socialdemócratas, hemos interpretado nuestra solidaridad con los mayores de manera insuficiente en las sociedades que consideramos modélicas como sociedades del bienestar. Una pensión digna y una atención externa a la familia, nos han parecido la culminación de nuestras aspiraciones solidarias. Ha sido Ibrahim Boubakar Keita, en un debate interno de nuestra Comisión Progreso Global, quién me ha hecho reflexionar a partir de una frase de un poeta africano que expresa algo más que tradición oral en sus culturas: «Un viejo que muere, es una biblioteca que arde».

Para nosotros, occidentales, arrogantes en la exhibición de nuestros logros solidarios, esto no es así prácticamente nunca. Les ofrecemos medios materiales para su supervivencia, pero les negamos todo lo demás porque no les dejamos papel alguno en nuestra sociedad. Ellos, los africanos y también los asiáticos, con frecuencia no pueden facilitarles medios materiales, pero les ofrecen todo lo demás, como el respeto y la integración en sus sociedades hasta el último momento de sus vidas. Permanecer vivos y activos hasta el final.

Pues bien, estas reflexiones, que no sólo circulan por los análisis de los movimientos de capital, o de la concentración empresarial, me han llevado a hacer algunas propuestas para nuestra plataforma de ideas en un campo tan sensible para nuestras organizaciones como el de la solidaridad.

La solidaridad como sentimiento, sigue siendo un impulso compartido por grandes mayorías en nuestras socieda-

***Los parámetros
habituales no sirven
para responder
a los cambios actuales.***

des, y lo es entre los jóvenes, a pesar de las clásicas críticas generacionales, con tan escasos fundamentos como siempre. Pero la fragilidad y los elementos contradictorios de este sentimiento pueden observarse con facilidad. En una sociedad mediocrática, dominada por la televisión, en que la noticia es fugaz —sin información de base para elaborar criterios—, cuando una catástrofe natural o una guerra sangrienta o una hambruna dramática aparecen en los medios audiovisuales, se produce una reacción solidaria, que dura lo que el tiempo de permanencia en esos medios. Después desaparece, salvo para grupos muy reducidos que se integran en ONG y mantienen las tareas solidarias sobre el terreno, o desde sus países de origen.

La contradicción que estamos viviendo en nuestras sociedades es constatable cotidianamente. Se rechazan la miseria y la exclusión próximas y se acude en ayuda de las remotas. Es típico de lo que digo la hostilidad con los marginales o con los inmigrantes, que son rechazados en los barrios y en las escuelas. Es frecuente ver manifestaciones de protesta ciudadana por la instalación de un centro de recuperación de drogodependientes en el barrio, o de acogida de inmigrantes, por el mismo tipo de público dispuesto a sacrificar algo de su patrimonio para enviar una ayuda de urgencia al Tercer Mundo ante una emergencia catastrófica de cualquier tipo.

La educación, en esta sociedad desestructurada en la que las anteriores experiencias vitales compartidas están desapareciendo, cobra una dimensión fundamental para la formación de ciudadanos que acepten la diferencia, que aprendan desde la infancia a conocerla y que reciban estímulos para integrar a los menos dotados, a los diferentes.

Las redes de comunicación entre los seres humanos se están digitalizando y, probablemente, las estructuras sociales del futuro dependerán, en parte, de conexiones de esta naturaleza, si llegan a ser interactivas, permitiendo el diálogo y no sólo la información unilateral. Sin embargo, los nuevos medios de comunicación ya juegan un papel determinante, globalizado por su naturaleza, en las actitudes de los individuos. Por eso, si queremos que la solidaridad sea un valor compartido tenemos que pensar en los medios de comunicación ligados a la nueva revolución tecnológica, en su situación de creciente dominio oligopolístico ligado a las empresas de telecomunicación que heredan monopolios históricos.

La idea de solidaridad está unida a la redistribución y, en la cultura occidental, a la redistribución de bienes materiales. En particular, la acción solidaria se vuelca, en el plano global, hacia la lucha contra la pobreza extrema y contra la enfermedad. En el seno de nuestras sociedades desarrolladas, la vincu-

lamos al sostenimiento de lo que llamamos «Estado del bienestar».

El fundamento de la solidaridad, es decir, la redistribución para conseguir acortar las desigualdades, no tiene por qué cambiar, pero lo que se debe redistribuir para generar mayores niveles de cohesión en nuestras sociedades y en el marco global debe ser analizado a la luz de las nuevas realidades para establecer prioridades más operativas, para que sean sostenibles en la nueva realidad económica y social.

Por eso les propongo, como cuadro de sugerencias a desarrollar, formas de solidaridad nuevas que se añadan a las existentes, estableciendo prioridades distintas de las practicadas en nuestros modelos tradicionales.

La lucha contra la pobreza, en sus manifestaciones más lacerantes de hambre y enfermedad, no podrá ser superada si no se redistribuyen educación, tecnología, y se desarrollan las capacidades de iniciativa personal. Sin embargo, el agravamiento de las diferencias que está produciendo la nueva realidad de la globalización y de la revolución tecnológica no nos está llevando a buscar respuestas nuevas sino a insistir, defensivamente y con creciente frustración, en las clásicas. Esta apreciación es tan válida para la cooperación internacional, incluidas las ONG, como para los sistemas de protección social de las sociedades desarrolladas.

***La URSS cayó
porque perdió
la batalla frente a
la revolución tecnológica.***

**Siete puntos para el debate
sobre la globalización y sus efectos**

Donde quiera que se llega, sea Tokio, San Francisco, Londres, Buenos Aires, Brasilia, París o Budapest, se habla de globalización, aunque sea para negarla

citando precedentes, para rechazarla como la nueva amenaza, o para exaltarla como la nueva frontera.

Según las posiciones ideológicas, según los intereses en juego o las propias identidades, podemos oír a los que piensan que es la gran oportunidad de confiarlo todo al mercado, disminuyendo el papel de la política, de lo público, comprendido el propio Estado-nación. El mercado exige desregulación sin límites, ausencia de interferencias. Se trata del neoliberalismo fundamentalista, que abandona a su propia suerte a los ciudadanos en nombre de la libertad del individuo, y que rechaza la importancia, para su dignidad y para su bienestar, de una sociedad políticamente organizada, con elementos de cohesión. El ser humano al servicio del mercado, en la confianza de que éste tendrá en cuenta todas sus necesidades y les dará satisfacción. La famosa «mano invisible» —que, sin embargo, parece dispuesta a golpear siempre en la misma dirección—, se convierte en supremo hacedor de la globalización sin reglas ni gobierno. Teorías como el «fin de la historia» y «el pensamiento único» acompañan a esta posición, que intenta excluir cualquier alternativa con una dimensión solidaria.

En las fuerzas progresistas domina el miedo a la deslocalización, a la pérdida de puestos de trabajo, a la insostenibilidad del modelo de sociedad cohesionada que conocemos como Estado del bienestar cuando no, como ocurre en países pobres, el miedo a la existencia de «globalizadores y globalizados», situándose ellos entre los últimos. Para estos, la globalización es la nueva expresión de la hegemonía occidental, encabezada por Estados Unidos, que atenta contra sus propias identidades culturales y los margina del desarrollo. En todas partes, incertidumbre y desa-

sosiego crecientes, exclusión y aumento de la violencia. Tras la superación de los bloques ideológicos irreconciliables, la globalización está creando problemas identitarios como rechazo a la homogeneización que se teme o generando nuevos fundamentalismos: nacionalistas, religiosos, étnico- culturales.

El primer esfuerzo debería ser conceptual, de identificación de los rasgos más relevantes del fenómeno de la globalización. Tras un buen número de debates en distintos sitios y con diferentes participantes, sin pretender incluirlos todos, me atrevo a señalar una orientación conceptual con tres rasgos generales para iniciar el ejercicio.

La globalización actual, fruto de la revolución tecnológica, comporta una interdependencia creciente, aunque desequilibrada territorial, económica, social y culturalmente, que la diferencia de los procesos globalizadores acompañados de hegemonías imperiales de los últimos siglos. El rasgo conceptual más definitorio sería, por tanto, que a pesar de los desequilibrios apuntados el entramado global es cada día más interdependiente, frente a la descarnada dependencia de las épocas imperiales, incluida la época de la política de bloques. Era más fácil amputar un miembro del Imperio para evitar el contagio a la metrópolis que dejar caer a México en su crisis del peso, o a Brasil con su crisis del real.

*Si sólo
inventamos el futuro
abandonamos el presente
a la derecha.*

***Hemos interpretado
de forma insuficiente
nuestro compromiso
con los mayores.***

Se están generando paradojas y contradicciones nuevas. Disminuyen las distancias de riqueza entre países; es decir, se tiende a reequilibrar el producto bruto mundial desde el punto de vista territorial. Sin embargo, crece la distancia entre la riqueza y la pobreza de los seres humanos concretos, tanto en las sociedades desarrolladas como en las emergentes o subdesarrolladas. Por otra parte, la interdependencia desequilibrada se percibe con mayor sentimiento de injusticia como consecuencia de la información disponible, inmediata y mundial, que provoca un grado de inestabilidad muy superior al de la propia realidad de la pasada política de bloques o de las anteriores hegemonías imperiales.

Por tanto, podemos arriesgarnos a definir la globalización como una revolución en la información y comunicación entre los seres humanos producida por las nuevas tecnologías y que está cambiando las relaciones de producción, las estructuras de poder, las bases de la sociedad industrial y generando una interdependencia creciente, aunque desequilibrada, a la vez que oportunidades desconocidas históricamente.

Parto de la convicción de que todas las revoluciones que han generado cambios profundos han sido revoluciones en la comunicación entre los seres humanos. Desde las grandes

conquistas imperiales hasta los descubrimientos territoriales o tecnológicos, han tenido secularmente este significado. Por esta razón, tal vez, algunos analistas tienden a negar la globalización que estamos viviendo como un hecho nuevo, poniendo ejemplos históricos indiscutibles como pasos en la globalización de las relaciones humanas.

Como se ha dicho al comienzo, tratamos de debatir sobre tres de los rasgos más significativos de este cambio de era: 1. La revolución tecnológica; 2. la globalización de la economía; 3. la globalización del sistema financiero. A partir de este análisis, intentamos aproximarnos a los efectos de este fenómeno sobre el Estado-nación, agrupándolos en tres fundamentales y fáciles de identificar: 4. La reducción de márgenes de las políticas macroeconómicas; 5. los cambios en la Estructura del Estado, hacia la supranacionalidad y hacia la descentralización interna; 6. los cambios en el papel de la política ante los derechos ciudadanos que se reconocen como universales y ante los servicios públicos que se privatizan, para terminar con una reflexión, como punto 7, sobre la gobernabilidad del fenómeno a nivel mundial.

La revolución tecnológica, en particular la que afecta a la información, es el factor desencadenante de la globalización de la economía y del sistema financiero, a la vez que el elemento clave de la aceleración de los cambios de la sociedad industrial a la nueva sociedad, cuya economía empieza a denominarse informacional.

En las sociedades desarrolladas, este cambio obliga a revisar el triángulo: competitividad, empleo, Estado del bienestar. Los problemas de competitividad son evidentes. Quienes no se adap-

tan a los cambios tecnológicos con flexibilidad en un proceso permanente de reestructuración, quedan rápidamente fuera del mercado. La tentación autárquica del cierre de fronteras sólo producirá retraso histórico y consecuencias sociales más graves que las que se tratan de evitar. Por eso, cuando algunos compañeros y amigos hablan de graduar los cambios que provoca la economía abierta de la revolución informacional, me preocupa la acumulación de sufrimiento que puede producir esta actitud defensiva aunque totalmente comprensible.

El desafío ineludible de la competitividad provoca, por su parte, un grave problema de empleo como consecuencia del incremento de la productividad por persona ocupada. Esta revolución, conviene recordarlo, empieza con la crisis del petróleo de los años setenta, cuando las materias primas se encarecen. Coincide este fenómeno con un proceso de cambio tecnológico que disminuye la dependencia de unas materias primas claves en el modelo industrial que se está superando. Con la misma población ocupada que hace veinte años, Europa consigue el doble de producto bruto. El resto es desempleo, habida cuenta la dificultad de adaptarse a un reparto diferente del tiempo de trabajo, atenazados por las exigencias de competitividad.

A partir de estas premisas, esa reducida población ocupada debe ser capaz de sostener al resto, personas mayores y desempleados en número creciente, en una política de solidaridad concebida en la economía industrial con pleno empleo y una pirámide poblacional diferente. Si esa base de la población ocupada se sigue estrechando, la sostenibilidad del modelo se pone en crisis, más por razones sociales, como

he tratado de explicar hablando de la solidaridad, que por razones económicas, como tratan de hacernos creer.

La pirámide demográfica se está invirtiendo en las sociedades desarrolladas. Quedan, además, pocas gentes ocupadas y sobre esas pocas gentes ocupadas, que producen mucho más, pesa una población pasiva cada vez mayor. Los ocupados serán acosados por el mensaje neoliberal fundamentalista que toca al individuo diciendo: ¿Por qué usted, que puede resolver sus problemas personales y familiares de educación, de salud y capitalizar su propia pensión, se va a preocupar de tanta gente que depende de su trabajo y de su esfuerzo? ¿Por qué soportar una carga fiscal de la que se benefician otros, si le va a salir más barato este sistema? La quiebra de la solidaridad es uno de los desafíos más serios para quienes creen que lo fundamental para la política es dar una respuesta a los problemas de la cohesión social que nos permite vivir en libertad.

La posibilidad de proyectar mundialmente lo que se produce en el ámbito local; la deslocalización de inversiones, buscando economías de coste; el rápido proceso de concentraciones empresariales en sectores clave, como la energía, las telecomunicaciones, la aviónica, el sistema financiero, o el audiovisual, son características de la economía global, sin barreras arancelarias, en la que pier-

***La nueva realidad
de la globalización
está agravando
las desigualdades.***

***Para los países pobres
la globalización
expresa una nueva
hegemonía occidental.***

den importancia el empleo y el propio producto en relación con la economía financiera. El conocimiento instantáneo, la disponibilidad de información en cualquier punto del planeta con costes reducidos, define un nuevo fenómeno de mundialización, junto a un cambio político trascendental: la liquidación de la política de bloques, el fin de la bipolaridad.

Frente a este fenómeno, responsables políticos y sociales suelen enumerar el catálogo de desastres que lo acompaña, de injusticias sociales y marginación, en cada sociedad y en regiones enteras del planeta. Pero la actitud defensiva no resuelve el problema y oculta las oportunidades de la nueva realidad.

En octubre del pasado año tuve la ocasión de expresarme ante empresarios, responsables políticos y comunicadores del área de Mercosur, crecientemente agobiada por las consecuencias económicas de la crisis financiera, en los siguientes términos:

La globalización, como fenómeno, seguramente se ha producido a lo largo de la historia, pero la que conocemos como resultado de la revolución tecnológica, en particular como consecuencia de la sociedad de la información, tiene características cualitativamente diferentes y su aceleración en un corto espacio de tiempo es enorme. La interdependencia, aunque desequilibrada en

tre los países centrales y el resto, es muy superior a la que generaba la estructura imperial de los procesos conocidos desde el siglo XV.

La globalización de la economía, con intercambios crecientes de mercancías, servicios y empresas establecidas en los cuatro continentes, es asimismo un acontecimiento de dimensiones mucho mayores que nunca. Ofrece oportunidades más amplias y riesgos controlados para las empresas, en la medida en que existen marcos regulatorios, aunque sean defectuosos. Por ejemplo, legislación sobre inversiones, acuerdos de protección recíproca de las mismas, pactos regionales de apertura comercial, o la propia Organización Mundial del Comercio.

La globalización financiera es el fenómeno más significativo de la nueva situación mundial. El crecimiento exponencial de los capitales en movimiento, sin una vinculación con los flujos anteriores y con tendencia a aumentar en los próximos años, ofrece oportunidades de acceso a estos capitales desconocidas hasta esta época, pero también riesgos de gran magnitud en la medida en que sólo están sometidos a la «mano invisible del mercado» sin marco regulatorio ni previsibilidad. Se mueven en una realidad virtual, realizándose en plazos inferiores a una semana, en una especie de casino financiero internacional. Cada vez se oyen más análisis advirtiendo que el exceso de mercado puede matar al mercado.

En esta realidad de la globalización, la economía de la U.E. y de EE.UU., representa, aproximadamente, la mitad de la economía mundial. Constituyen, con Japón, lo que se ha dado en llamar Países Centrales, en contraposición a los que llaman Países Emergentes.

Después de las turbulencias en los mercados de cambio europeos, a comienzos de los noventa, después de la crisis del peso mexicano, que se controló con relativa rapidez y ausencia de ortodoxia, desde hace un año hemos visto caer en recesión, tras tormentas financieras conocidas, a las economías más potentes y más de moda de Asia. En agosto de este año la crisis rusa adquirió dimensiones de tragedia.

América Latina ha recibido el zarpazo, reduciendo sus expectativas de crecimiento a la mitad y, por tanto, aumentando los costes sociales de manera notable, a pesar de haber hecho las políticas macroeconómicas más razonables de su historia reciente, junto con duras reformas estructurales.

Si la globalización es cierta, como dicen todos los líderes del mundo, políticos y económicos, creo que con razón, no se está siendo consecuente con la afirmación. Es decir, no se está reaccionando adecuadamente. Una epidemia que afecta a la mitad de la economía mundial no se va a quedar en la frontera con la otra mitad, constituida por los llamados Países Centrales, con la excepción de Japón y, se supone, de China, por la parte de los emergentes.

Por tanto, resulta pertinente preguntarse sobre las respuestas de unos y otros frente a la amenaza de generalización del fenómeno. ¿Qué hacer antes de que en este casino financiero global se oiga el grito de un anónimo croupier: «*Rien ne va plus*», la Banca ha saltado?

Sería razonable esperar un ejercicio de egoísmo responsable, o inteligente, por parte de la Unión Europea y de los EE.UU. Observen que no apelo a la solidaridad, para que no se confunda mi

***Aun con desequilibrios,
el entramado global
es cada día
más interdependiente.***

razonamiento con el de un exponente de la izquierda política a la que pertenezco.

Los países centrales deben reaccionar rápidamente cortando la epidemia, por ejemplo, precisamente en América Latina, que ha hecho reformas estructurales muy importantes y mantiene un potencial de crecimiento que no debería desaprovecharse.

No bastará, aunque es urgente, reforzar el capital del Fondo Monetario Internacional. Por experiencia sé que frente a la potencia de los capitales en movimiento y su descontrol la vieja teoría de las reservas de divisas es insuficiente, como sé que resultan inoperantes las medidas nacionales de control de capital.

Se necesita afrontar la reforma del sistema financiero internacional, introduciendo elementos de previsibilidad en los flujos y mecanismos de respuesta rápida a las crisis. La previsibilidad comporta transparencia y una cierta homologación de reglas de funcionamiento en los mercados, con capacidad de vigilancia e inspección de los organismos internacionales, como el FMI.

Además, las entidades financieras privadas deberían corregir la tendencia a restricciones crediticias indiscriminadas, que tenderán a agravar la crisis por

falta de financiamiento de los prestatarios. Los países centrales, entretanto, deberían suplir los vacíos que se están produciendo. Si no se hace, los efectos sobre producción y empleo se agravarán rápidamente y el ciclo recesivo se acelerará también en los países centrales.

Hay que evitar varias tentaciones en el ámbito de las decisiones nacionales, tanto de los países emergentes, como de los centrales. En particular, el regreso defensivo hacia nuevas formas de proteccionismo o el abandono de políticas de integración regional. La aparición de profetas de un nacionalismo defensivo y demagógico está servida, y sus consecuencias serían lamentables.

Las políticas macroeconómicas sanas deberían seguir siendo un área de consenso entre las fuerzas políticas de nuestros países, a pesar de argumentos fáciles, como consecuencia del precio que se está pagando por las crisis financieras provocadas por otros.

Al mismo tiempo, la reducción de expectativas de crecimiento debe obligar a todos los agentes, políticos y económicos, a pensar cómo se reducen las consecuencias sociales de la crisis, que deslegitimarán, si no se atienden, las políticas económicas sensatas.

Finalmente, también en el plano interno de cada país, puede aprovecharse la situación para avanzar medidas de

control y de transparencia en los sistemas financieros. La liberalización de los sistemas financieros debe ir acompañada de un rigor «capitalista», al menos tan severo como el de los EE.UU. o Europa, en el funcionamiento de las instituciones privadas y en todos los mercados de capitales.

Las reformas que mejoren el funcionamiento de los sistemas judiciales darán seguridad a los emprendedores y a los ciudadanos en general, así como la previsibilidad en los sistemas impositivos. Son condiciones necesarias para encarar las consecuencias de la crisis generando mayor confianza en los inversores comprometidos con los países emergentes y ayudando a la propia superación de los factores de crisis.

Hace unos meses, entrado el año 99, la crisis brasileña ha vuelto a conmocionar el mercado financiero, sin que se avance en ninguna respuesta por parte de los países centrales. Los efectos en América Latina se hacen sentir con fuerza, y las tasas de crecimiento en Europa y los EE.UU. tienden a disminuir.

Como dije antes, dentro del fenómeno de la mundialización lo que más llama la atención, y algunos de mis colegas responsables políticos lo comprenderán muy bien, no es tanto el crecimiento del comercio mundial, pues aunque hay nuevos protagonistas en términos globales el comercio mundial crece en una media semejante a otras épocas de la historia reciente. Lo nuevo es el crecimiento de los movimientos de capital, de dinero que busca dinero. Lo nuevo es el desplazamiento en la estructura de las empresas de los ejecutivos «industriales» por los responsables financieros.

Cada día circulan entre 1,3 y 1,4 billones de dólares por los mercados de

***Quien no se adapta
a los cambios
tecnológicos queda
fuera del mercado.***

cambio. Ahora bien, más del 90% de los capitales que circulan son operaciones que se realizan en un plazo inferior a una semana y que no se corresponden con transacciones de mercancías, ni de servicios ni, lógicamente, constituyen inversiones productivas. Es dinero que busca dinero. Y para tener un punto de referencia sobre lo que significa este volumen de capital, baste decir que es el equivalente diario a dos veces el Producto Bruto Anual del continente africano.

El FMI tiene, sin duda, un papel que desempeñar. ¿Puede seguir funcionando según las normas originarias, que datan de la segunda posguerra? ¿Pueden seguir cumpliendo el mismo papel FMI y Banco Mundial, habiéndose quebrado la tercera pata del sistema, una vez que se decidió la flotación del dólar?

Es un interrogante para el que no tenemos todavía respuesta, mientras el volumen de los capitales en circulación crece y circula a la velocidad de la luz, en una realidad casi virtual. Las crisis financieras parciales se suceden con repercusiones cada vez más inquietantes, poniendo en cuestión el modelo de desregulación total de los mercados financieros.

En septiembre de 1996, cuando se me ocurrió decir en Nueva York que en el problema de los movimientos de capital habría que buscar una respuesta que no fuera ni de mecanismos de control nacionales, ni de mecanismos de rechazo o de impedimento, y que la respuesta había que encontrarla en sistemas de previsibilidad de los movimientos de capital y de respuesta rápida a las crisis, casi todo el mundo dominado por los defensores de la hegemonía neoliberal me tachó de intervencionista de izquierdas, mientras los amigos de la IS recla-

maban políticas de intervención nacional.

Todavía hoy lo digo con prudencia, para no ser tachado de alarmista, pero es preciso avanzar en un marco regulatorio de los movimientos de capital convocando, desde la plataforma del Fondo Monetario y del Banco Mundial, con urgencia una cumbre que incluya, equilibradamente, no sólo a los países pertenecientes al G.7., sino a los emergentes y a los excluidos de este fenómeno de la globalización. No hablo de recortar los movimientos de capital, propuesta por lo demás irrealizable. Los ajustes presupuestarios y los nuevos equilibrios macroeconómicos de los países centrales y emergentes irán disminuyendo el peso de la deuda y, por tanto, la necesidad de financiación. Se liberará así más ahorro que buscará oportunidades de otro tipo. En consecuencia, seguirá creciendo el volumen del flujo internacional de capitales en los próximos cuatro o cinco años.

Si la crisis del Sudeste asiático limita por contagio dramáticamente el crecimiento de Mercosur a pesar de que estos países han estado haciendo bien sus deberes durante los últimos años, tenemos la obligación de analizar el problema y responder desde la izquierda. Si no afecta, por el momento, a los países centrales, pero sí a los emergentes, ello significa que los países centrales pueden periferizar los

***El Estado del bienestar
está en crisis
por razones sociales,
no económicas.***

***Frente al capital
en movimiento,
la reserva de divisas
es insuficiente.***

efectos de las crisis financieras, creando una nueva dependencia en esta economía globalizada. Nuestros clásicos dirían que es una forma de explotación, diferente pero real. Por buena macroeconomía que exhiba Mercosur, el precio que pagará por una crisis será mucho más alto que el pagado por los países centrales.

Permítanme que termine con un divertimento. Habrán comprobado que la persona más aplaudida en la última reunión de Davos no ha sido un aguerido ciudadano que se dedica en Wall Street a realizar grandes operaciones financieras, ni ha sido un *neoliberal manchesteriano*, aspirante al Nobel de Economía. El invitado ovacionado ha sido el vicepresidente del gobierno chino. ¿Por qué ha sido tan aplaudido en Davos? Porque ha prometido que no devaluará el yuan.

La globalización de la economía; los movimientos de capital creciendo rápidamente, en una especie de casino financiero internacional; la revolución tecnológica, en particular la de la información, generando y acelerando lo anterior, alterando las estructuras de producción, creando paro estructural y forzando una permanente reestructuración empresarial han creado una *nueva frontera*, un nuevo mundo, una era distinta que *ya es*, aunque el pasado siga presente y haga notar su peso.

Estos tres elementos, con sus múltiples implicaciones que debemos analizar con profundidad, están teniendo efectos profundos en el ámbito de realización de la democracia representativa y de la soberanía: el Estado-nación. Me he referido antes a los tres que parecen más relevantes en esta dimensión nacional a la que estamos acostumbrados históricamente.

Los márgenes de las políticas macroeconómicas se han estrechado espectacularmente. Se pueden discutir los componentes de ingresos y gastos para obtener un resultado razonable de equilibrio, pero es difícil rechazar la necesidad misma de este equilibrio. Los mercados de capitales se encargan de recordar de forma implacable que no confían en la política económica que no vigile la inflación o el déficit. La derecha o la izquierda en el poder se diferenciarán, en esta materia, por la mezcla de ingresos y gastos para obtener el resultado *macro*, no por el resultado mismo. E incluso esto con límites claros, como ocurre con el desequilibrio creciente y difícilmente evitable, de la fiscalidad del capital y del trabajo, de la fiscalidad directa y de la indirecta. Pero estas políticas macroeconómicas sanas deben hacerse con la consciencia de que son una condición necesaria, pero no suficiente para ser considerados países fiables en la «economía informacional».

El Estado-nación está cambiando su estructura en dos direcciones fácilmente observables como consecuencia del impacto que recibe de la globalización:

- a) *Hacia la supranacionalidad*, como vemos en la Unión Europea o en Mercosur, buscando una respuesta más satisfactoria a los desafíos de la globalidad y de la economía abierta. Nos cuesta reconocer la insuficiencia

del Estado-nación, porque es, como decía antes, el ámbito de realización de la democracia representativa, de la soberanía nacional y, en muchos casos, de la propia identidad. Estamos acostumbrados a que se ejerza el poder y la representación de lo que somos en el ámbito del Estado-nación. Nos negamos, incluso, a utilizar el concepto crisis, como si de una fase terminal se tratara. Pero más bien se trata de una crisis de redefinición, de adaptación a las nuevas realidades, que si no se produce, arrastrará consecuencias más dramáticas.

- b) *Hacia la «intranacionalidad»* o, si queremos evitar el barbarismo, hacia una nueva distribución interna del poder del Estado-nación. La propia complejidad y distancia de los poderes centrales, la necesidad de adaptarse con flexibilidad, la reclamación de identidades más locales, la propia angustia que genera la amenaza homogeneizadora de la globalidad, impulsan, con intensidad variable, este proceso de descentralización del poder.

En Europa, la resultante que va apareciendo de este doble proceso es la fijación de cuatro niveles de poder representativo: el local, el regional interno, el nacional clásico y el supranacional europeo. Fenómenos semejantes, con otros desarrollos, se observan en muchos lugares del planeta.

Nuevo papel del Estado, entendido como nuevo papel de los poderes políticos representativos, de la política en general, no sólo del poder central. Este sería el tercer efecto del fenómeno que estamos analizando sobre el Estado-nación. Pocos añoran el casi fenecido Estado totalitario; incluso la mayoría rechaza el Estado «grasiento», lleno de

intervencionismos clientelares o populistas. Las burocracias pesadas no son aceptables para los ciudadanos, y los responsables políticos lo saben. Al mismo tiempo, por razones de eficiencia, también se está generalizando la retirada del sector público de la actividad empresarial. Vivimos algo más que la «moda de las privatizaciones». En este ambiente, la discusión se agudiza entre unos y otros para determinar el papel de la política en la nueva realidad. El debate para definir el papel del Estado será decisivo para los ciudadanos y sus oportunidades, para las empresas y su futuro, para el que llamamos «Estado del bienestar» y para la sostenibilidad de un modelo de crecimiento y desarrollo económico en la nueva realidad de la revolución informacional.

Un Estado ágil y sin grasa se contrapondrá a un Estado raquítico, anoréxico. Un poder representativo capaz de responder a los derechos de los ciudadanos se contrapondrá a la dinámica de Estado mínimo que defienden los neoliberales del pensamiento único, para someterlo a sus privilegios en nombre de la «mano invisible» del mercado.

Si definimos de manera universal derechos como el derecho a la educación o a la asistencia sanitaria, estamos admitiendo que éstos generan obligaciones para los poderes públicos representativos, que deben darles satisfacción o, de lo contrario, se están vaciando de

***Se necesita
emprender la reforma
del sistema financiero
internacional.***

contenido. Estos derechos de carácter universal constituyen elementos claves de cohesión para el conjunto de la sociedad y son, por ello, factores insustituibles de legitimación social de la democracia. Por si fuera poco, la mejora del capital humano que comporta la satisfacción de estos derechos es imprescindible para la sostenibilidad de una economía competitiva en un mercado abierto. Sin embargo, sería imposible que el propio mercado diera satisfacción universal a estos derechos.

En cuanto a los servicios públicos que se prestan con la voluntad de extenderlos al máximo número de ciudadanos de un Estado-nación, —y de los que depende una razonable igualdad de oportunidades entre ellos—, como los de transportes, telecomunicaciones o energía, se plantea con aspereza si su gestión debe ser pública o privada. A mi entender, es un factor secundario si el objetivo de la máxima extensión de la prestación puede ser satisfecho, de manera que se mantenga la cohesión social, entendida como oportunidades razonablemente iguales para todos.

Creo que es en este frente en el que se juega parte del futuro de las alternativas políticas porque comporta la definición de los límites y del papel del Estado, de la propia política. La presión está creciendo hacia la retirada del Estado, tanto de su papel en el campo de la satisfacción de derechos universales,

***Hay que evitar
la tentación
del regreso a fórmulas
de proteccionismo.***

como los citados, cuanto en el de otros servicios públicos generadores de igualdad de oportunidades. Se alimenta con componentes ideológicos neoliberales y se aprovecha de la desestructuración social que produce la revolución tecnológica en la sociedad actual.

En este ambiente, estamos dando por verdades axiomáticas afirmaciones sobre el carácter insoportable del gasto sanitario situado en torno al 7% del PIB en sistemas públicos de salud como el español, y aceptando como deseable una cierta privatización, aun sabiendo que EE.UU. gasta el 14% de su PIB y deja fuera del sistema a más de 43 millones de ciudadanos. Igualmente nos parecen incuestionables las dificultades del sistema público de pensiones, cuando se afirma que no se puede dedicar el 10% del PIB al 20% de la población. El miedo y la incertidumbre que se van inoculando con habilidad, fragilizan el sistema de cohesión en que se fundamenta la sociedad democrática actual, desplazando cada día a más ciudadanos hacia formas de protección y cobertura de riesgo de carácter individual y produciendo la marginación de otros. El acompañamiento de una propaganda constante de la inutilidad de la fiscalidad alimenta el ciclo. El razonamiento de fondo no tiene en cuenta a los millones de excluidos que esta formulación genera, porque se piensa que cuentan poco en la formación de la opinión, o en la generación de riqueza del nuevo sistema productivo, sin apreciar la deslegitimación social que terminará generando, o el riesgo mismo para un mercado sin consumidores.

La nueva situación definida nos lleva inexorablemente a plantearnos la respuesta a los desafíos de la globalización desde la comunidad internacional sin caer en construcciones teóricas inalcan-

zables, como un «gobierno económico global», que se piensa más bien en términos de un G.7 o un G.3, dominando la situación del 80% de la población no incluida en su ámbito de representación. Sin duda, estamos ante un problema de gobernabilidad, regional y mundial, pero esta aproximación cartesiana, impregnada de racionalismo, puede provocar rechazos que impidan el avance de la reflexión y de las respuestas.

Junto a los tres elementos de la globalización que hemos destacado, aparecen otros de gran significación para todos. Por ejemplo, la caída del comunismo, su desaparición como sistema alternativo al de las sociedades abiertas y, con ello, la liquidación de la bipolaridad y del equilibrio del terror. Emergen de las ruinas nuevas teorías que, no sin fundamento, alimentan la caldera armamentista. El «conflicto de civilizaciones» aparece como una nueva amenaza. También es fácil observar cómo surgen nacionalismos radicales, que multiplican los conflictos locales y regionales. Son formas de afirmación de la identidad que tratan de evitar una homogeneización que se percibe como invasora y como la creación de una nueva hegemonía producto de la globalización.

Podríamos decir que la amenaza es menos total que durante la guerra fría. Al mismo tiempo, podríamos mantener que los riesgos se multiplican, sin que hayamos encontrado mecanismos de prevención y respuesta eficaz a los conflictos ni en el campo de la seguridad, ni en el financiero, ni en el medioambiental.

En el terreno de la seguridad internacional, los «dividendos de la paz», resultantes de la superación de la guerra fría, se hacen esperar. La estructura y

Los responsables financieros han desplazado a los ejecutivos industriales.

funcionamiento de Naciones Unidas no satisface las nuevas necesidades y crecen la frustración, el sentimiento de impotencia de cientos de millones de ciudadanos, informados en tiempo real de los múltiples problemas que salpican toda la geografía universal. La última crisis del Golfo, con reacciones radicalmente diferentes a las del 91, muestra que la realidad es distinta más allá de los personajes implicados.

Podemos constatar algunas tendencias. De la bipolaridad se ha pasado a un único polo de poder. La seguridad internacional depende de esta nueva estructura, a la que acompaña una sola organización multilateral de seguridad creíble: la OTAN, que abarca en sus responsabilidades directas o indirectas todo el hemisferio Norte.

Parece imprescindible una reestructuración de la composición del Consejo de Seguridad y de su funcionamiento. Parece también necesario buscar nuevos equilibrios internacionales, mediante el reforzamiento de ese fenómeno de *regionalismo abierto*, que se está produciendo en diversos lugares del mundo y en el que la Unión Europea es el modelo más acabado.

La globalización también se manifiesta con fuerza en las necesidades medioambientales del planeta. Los mayores desafíos de sostenibilidad se plantean a escala global aunque se ge-

neren en cualquier punto de la tierra. Las respuestas son mucho más difíciles en este campo y no hay verdaderos resortes en la Comunidad Internacional para abordarlas.

Algo parecido, en cuanto a las carencias, ocurre con el llamado derecho de injerencia por razones humanitarias, por no hablar de los problemas de una justicia internacional con garantías, frente a su inexistencia en muchos ámbitos nacionales.

Si tenemos en cuenta el fenómeno de la globalización económica y financiera, cada día se tiene más la sensación de que la política sólo gobierna y representa al capital humano en el espacio local. El otro no lo gobierna nadie, ni siquiera los ahorradores modestos de los fondos de pensiones. Aquella afirmación de la izquierda clásica de que «el capital no tiene patria», que se refería al gran capital, hoy es más verdad que nunca y se extiende a una inmensa masa de ahorro, con orígenes muy diversos, que recorre los mercados de valores como un huracán incontrolable e incontenible, a la velocidad de la luz y sin regla alguna.

El trípode en que se sostenía el sistema financiero internacional, a partir de la Segunda Guerra Mundial —FMI, Banco Mundial, sistema de cambios re-

gulado—, ha perdido la tercera pata y su inestabilidad va en aumento. A pesar de las crisis, que se van produciendo con efectos devastadores, todavía no hay una corriente de opinión con fuerza para llevar a cabo las reformas razonables en el sistema financiero internacional. La crisis de los «tigres» asiáticos ha abierto interrogantes y protestas que aún no han cristalizado en propuestas, a pesar de la amenaza de generalización. Los llamados países centrales pueden esperar de momento con más tranquilidad, porque están cargando a los países emergentes el coste de la crisis. Pero el crecimiento se resiente ya, y la reducción de activos llegará si no se corrige la situación en las amplias zonas afectadas.

La globalización está cambiando la realidad del sistema productivo propio de la sociedad industrial, la realidad del poder político, nacional e internacional, y la propia realidad social y cultural.

Aunque nos cuesta reconocer la insuficiencia del Estado-nación, porque es, como decía antes, el ámbito de realización de la democracia representativa, de la soberanía y, en la mayoría de los supuestos, de la identidad, tenemos la obligación de redefinir su función, de adaptarlo a las nuevas realidades, para recuperar la función de la política en la globalización.



LOS VALORES COMO AGUJAS DE MAREAR



UN MODELO ALTERNATIVO AL LIBERALISMO

Martine AUBRY

Quiero señalar que el documento de base presentado por el presidente de la Comisión Progreso Global, Felipe González, me parece un gran documento, y que plantea, desde todos los prismas, los problemas que debe resolver el socialismo. A raíz de la caída del muro de Berlín asistimos a una supremacía del liberalismo, no sólo en términos de poder económico y político, con la presencia de la superpotencia americana, sino también en el ámbito intelectual y mediático. Aprecio muchísimo que Felipe González afirme en el documento que los socialistas tenemos que aunar esfuerzos con los intelectuales, universitarios y economistas a fin de construir entre todos un modelo alternativo al modelo liberal.

Según cierto pensamiento dominante, se les presentaría a nuestras sociedades —las de los países en vías de desarrollo y las de los países desarrollados—, la siguiente opción: elegir una vía liberal, que de-

manda siempre más flexibilidad, menos protección social, o bien, elegir soluciones nacionalistas bajo cualquiera de sus formas. Es cierto que el socialismo no es percibido hoy como una ideología, en el buen sentido del tér-

***El liberalismo
no tiene soluciones
para los problemas
actuales.***

mino. Pero aunque no se trate de volver a un ideologismo alejado de las realidades de la economía y del mercado, hemos de recuperar la ideología en el sentido de un socialismo que se basa sobre un conjunto de valores universales, y que da nuevas vías de esperanza a los ciudadanos.

Nuestra primera tarea, no obstante, es desmontar la falacia de que el liberalismo tiene grandes resultados que ofrecer. Empecemos por la situación actual de Estados Unidos. Se nos dice que en Estados Unidos todo va muy bien: un crecimiento del 5%, una tasa de paro del 6% —dejemos de lado el dato de que los parados no se inscriben en el paro porque no tienen derecho a nada. Los norteamericanos vivirían, pues, felices en el país de las mil maravillas. Pero lo que no propagan las campañas liberales es que en Estados Unidos hay un 15% de pobres, el doble que en Europa; que cuarenta millones de norteamericanos no tienen derecho a la seguridad social o a la sanidad, y que los problemas emigratorios se multiplican.

Hemos de proclamar una vez más que el liberalismo está muy bien para el más fuerte y para el ganador, pero bastante peor para el débil. Que el fuerte domine: ésta es la «dictadura» de la ideología liberal, que se quiere aplicar también en el plano internacional, trasladando las políticas naciona-

les de Estados Unidos al ámbito mundial.

En segundo lugar, debemos poner de manifiesto que el liberalismo ha evolucionado hacia una supremacía de lo monetario y financiero. Si uno de los grandes elementos del liberalismo ha sido la creación de riqueza productiva —bienes y servicios—, en esta nueva fase del capitalismo la prioridad es la creación de riquezas financieras. Parece como si, ante el fin de un sistema, se hubiera enablado una especie de carrera loca por la supervivencia de ese sistema.

Las reglas del liberalismo —el individualismo, la eficacia, la competencia, la competitividad— no sirven para explicar ni la economía ni la sociedad en su conjunto. Esas reglas sirven, eso sí, para obtener una buena organización de la producción de bienes, y a ello no nos oponemos; pero dichas reglas no permiten en absoluto organizar la sociedad y responder a la necesidades básicas de los ciudadanos: vivienda, educación, salud. Los valores de justicia y de solidaridad tienen que completar las reglas de eficacia, competitividad, competencia, individualismo. Esta es la tarea del socialismo.

Pero, además, las reglas de liberalismo tampoco responden a las nuevas necesidades sociales, como son, por ejemplo, la asistencia a personas de cierta edad, la asistencia a los niños, el acceso a la cultura. El servicio a las personas es un campo de posibilidades impresionantes. La extensión del tiempo dedicado al ocio es otra cuestión primordial para lograr el objetivo de que los ciudadanos tengan acceso a la cultura.

La respuesta a estas demandas está en la base de un nuevo modelo de socie-

dad. El modelo liberal se ha construido sobre la producción de bienes duraderos. Es el momento de pasar a otro tipo de sociedades, porque en los países más avanzados los ciudadanos demandan servicios, vivienda, salud, educación. El liberalismo no puede hacer frente a estas necesidades, ya que el mercado es miope y organiza sólo lo que es rentable a corto plazo.

He aquí el punto donde tenemos que superar el liberalismo y proponer un nuevo modelo de sociedad. No podemos hablar de ruptura, porque aceptamos la existencia de un mercado reglamentado y organizado. Estamos a favor de la mundialización —no podemos ser de izquierda y negar el desarrollo a una parte del Universo—, pero una mundialización regulada y organizada para evitar que, una vez más, se vean favorecidos los más fuertes y no la mayoría de los ciudadanos.

El socialismo ha de pasar a la ofensiva. No debemos contentarnos con corregir los efectos perversos del liberalismo gracias a políticas de solidaridad y de justicia social. Hemos de pensar en un nuevo modelo que se asiente sobre nuevas bases. Tenemos que propugnar el mantenimiento de un Estado fuerte que garantice los servicios públicos en aquellos sectores en los cuales el mercado es manifiestamente insuficiente o no actúa. No obstante, en el sector servicios, el movimiento asociativo y las PYMES, por ejemplo, tienen una función que desempeñar. En este campo, son necesarias muchas reformas, fundamentalmente en Europa, aunque también en América del Norte.

Pero nuestro reto no es sólo superar el liberalismo como modelo económico. Debemos recuperar los valores que nos

son propios —la ética, la moral—, y poner fin a los excesos y abusos que han provocado que el socialismo tenga en algunos países una connotación de corrupción. A partir de ahí, firmes en nuestras prácticas y basándonos sobre los valores humanistas y solidarios, demostraremos que el socialismo es la gestión a largo plazo de nuestros países, y no sólo la gestión a corto plazo.

Al hilo de la alusión a nuestros valores, me gustaría fijar brevemente la atención en Francia y su modelo republicano de integración, y hablar de la laicidad. El modelo republicano, ejemplo para el movimiento socialista europeo, pretende que los trabajadores que vienen a suelo francés olviden lo que han sido y son, se vuelvan como nosotros y, en consecuencia —les decimos—, todo irá a las mil maravillas. Creo que las sociedades que queremos construir son sociedades en las cuales se aceptan las diferencias, ya sean culturales, religiosas o de cualquier otra índole; estas diferencias enriquecen nuestro modelo común. En concreto, sobre el Islam tenemos grandes progresos que hacer en Francia, sobre todo en el campo de la izquierda. Porque la izquierda piensa que la laicidad es la ausencia de creencia, de religión, cuando debería significar tolerancia hacia las religiones que no ponen en tela de juicio los valores y las reglas comunes que forman el cuerpo social de nuestros países.

***El socialismo,
significa gestión
a largo plazo
de nuestros países.***

Por último, en cuanto a los temas de contenido se refiere, pienso que la Comisión Progreso Global, tal y como propone su presidente, tiene que abordar la cuestión de la organización social. Al respecto, me gustaría hacer una reflexión sobre el papel de la democracia. Me manifiesto —claro es— a favor de la democracia en Africa. Ahora bien, hemos querido siempre que los africanos calcaran nuestros modelos. Lo que tiene que defender el socialismo es la libertad de pensamiento, la libertad de expresión, la libertad de constituir partidos. La democracia no significa forzosamente la existencia de una mayoría y una minoría, según el modelo de democracia de Europa o de América del Norte. Pueden existir también otras formas de organización que correspondan mejor a la historia e idiosincrasia de otros países. Abogo, pues, por una apertura mayor por nuestra parte, y que no pretendamos que sólo nuestros valores son universales y merecedores de imponerse en el exterior.

La parte final de mi intervención quiero dedicarla a las cuestiones de metodología, las cuales, según se desprende de las intenciones manifestadas por Felipe González, son tan importantes como los contenidos mismos del trabajo de la Comisión Progreso Global.

En primer lugar, me parece muy acertado que abramos nuestro debate a la sociedad civil, a los sindicatos, a los escritores e intelectuales. Con ello pon-

dremos de relieve que apostamos por un socialismo que ya no pretende mover la sociedad mediante leyes, sino que quiere basarse sobre la sociedad civil.

En segundo lugar, pienso que hemos elegido la mejor manera de trabajar, es decir, aquella en la que, sin renunciar a tener valores comunes, abordamos todos los problemas sin falsas seguridades, sin eludir las diferencias y con el afán de buscar nuevas herramientas de cambio. Las diferencias enriquecen, y no debemos pretender tener un modelo único que se convierta en la nueva ideología aplicable a todos los países por igual. Abramos, pues, puertas y ventanas, escuchemos a la sociedad civil y observemos lo que hace. Transmitamos nuestros mensajes con pedagogía.

Finalmente, me parece oportuno que reflexionemos acerca de la cuestión de la comunicación y sobre una idea que figura en el documento de base presentado por Felipe González —y que él mismo ha reiterado en las sesiones de esta primera reunión de la Comisión. Me refiero a la creación de una especie de foro permanente en el que reunamos cada año a un amplio espectro de personas —intelectuales, economistas, escritores, políticos, empresarios, representantes de los movimientos asociativos— para que examinen y debatan las nuevas experiencias, y reflexionen sobre la manera de hacer progresar nuestras ideas. Se trataría de crear una alternativa al foro liberal de Davos.



NUEVOS ASPECTOS DEL DESARROLLO

Gro HARLEM BRUNDTLAND

Los debates de esta sesión constitutiva de la Comisión Progreso Global de la Internacional Socialista están poniendo de manifiesto el amplio acuerdo que existe sobre diferentes puntos del documento que conocemos ya como «documento González». Este acuerdo más o menos general significa que necesitamos, como paso siguiente, examinar con más detalle el documento para ver si hay diferentes opiniones —o no— basadas sobre las experiencias, procedencias y antecedentes geográficos y culturales diversos de cada uno de nosotros. De lo contrario —es decir, si no descendemos al detalle y profundizamos nuestro análisis conjunto— podríamos continuar debatiendo a un nivel en el cual creemos que estamos avanzando de común acuerdo para descubrir más tarde que tenemos diferencias de apreciación.

Quiero decir algo sobre los medios de comunicación. No se puede romper la barrera de los medios antes de estar totalmente segu-

ros de cuál es el mensaje que les queremos enviar. Esto es básico, es fundamental. Y puesto que somos un grupo de personas que estamos intentando

representar al conjunto de la socialdemocracia, creo que necesitamos dedicar un cierto tiempo a detectar aquellas áreas en las cuales no pensamos lo mismo, o no extraemos las mismas conclusiones, sobre la base de nuestras experiencias respectivas. En mi opinión, lo que todos nosotros estamos buscando realmente es identificar aquellas áreas en las cuáles tenemos preocupaciones y experiencias comunes sin dejar de lado los puntos de desacuerdo. Parto de la afirmación de que yo misma estoy de acuerdo con diferentes puntos del documento. Pero queda una pregunta en el aire: ¿está claro para todos nosotros que la respuesta es afirmativa para todos los enunciados del documento?; ¿falta algo en la propuesta?; ¿estamos en desacuerdo con algo? Creo que es importante que empecemos a pensar en cualquier desacuerdo que pueda existir para estar seguros de que estamos analizando las políticas socialdemócratas en todos los detalles posibles. Para mí este es el punto más importante.

Con un ejemplo puedo ilustrar la preocupación que acabo de señalar. Hacemos mención al neoliberalismo y a sus reglas y valores, que se refieren al individualismo y a la competitividad y que no permiten considerar las necesidades sociales. Este asunto nos lleva al centro de debates vitales. Me gustaría saber cómo cada uno de nosotros —socialistas, socialdemócratas y laboristas de di-

***Trabajamos para
crear una sociedad
democrática más allá
de fronteras nacionales.***

versas procedencias geográficas y culturales— explica a la gente en qué situaciones la competitividad es correcta y en cuales la competitividad no debe ser una prioridad.

En otras palabras: ¿cómo podemos producir los bienes y servicios de los que dependemos y que debemos producir en cualquier circunstancia?; ¿cómo demostramos la solidaridad en nuestras relaciones con los demás? La gente tiene que hacer las cosas movida por una cierta inspiración, o creyendo que son una buena idea no sólo para la sociedad sino también para ellos mismos y para sus familias. Hasta pagar impuestos con una sonrisa, lo que, por cierto, no es nada fácil. Esta es la diferencia entre la izquierda y la derecha.

Creo que esta reflexión que me he permitido hacer nos lleva al meollo del debate sobre las ideas y los valores, y de cómo la izquierda puede utilizar y presentar estas ideas ante una realidad mundializada. Durante años los socialistas hemos estado hablando de las formas de desarrollo de la solidaridad dentro de las fronteras nacionales. Ahora debemos hablar —de hecho, ya lo llevamos haciendo desde hace tiempo— de las formas para pasar del sistema de solidaridad basado sobre las realidades estatales a una aplicación en la escena global de los mismos principios.

A partir de las experiencias en diferentes partes del mundo con diferentes grados de desarrollo, tenemos que explicar a la gente dónde podemos utilizar la competitividad como regla y dónde no debería ser utilizada, porque en algunas partes y en algunas condiciones no es de recibo.

Tenemos que explicar nuestra posición, porque, de lo contrario, estaría-

mos llevando a cabo un mero discurso general que la gente no entendería. La gente tiene que comprender por qué nosotros —todos nosotros— les decimos: «Sí, el mercado forma parte de la solución, pero también forma parte del problema y queremos que la democracia rija el mercado». Pero ¿cómo lo hacemos?, ¿a través de qué métodos y de qué instituciones nacionales o internacionales?

Digamos que estamos intentando establecer normativas internacionales que incorporen aspectos sociales y medioambientales en las reglas del mercado, y que estamos trabajando para crear una sociedad democrática que trascienda las fronteras nacionales.

Pero tenemos que continuar mejorando las argumentaciones, las ideas y los valores que subyacen en nuestras propuestas. Por ejemplo, en la Cumbre Social de Copenhague, introdujimos en el texto final una innovación: el denominado principio del 20/20. Personalmente intenté que este principio se introdujera en Beijing, pero fue imposible.

El principio es realmente muy sencillo. Consiste en la obligación por parte de los que dan ayuda al desarrollo y de los que la reciben, de destinar por lo menos el 20% del presupuesto nacional a las políticas básicas del desarrollo so-

cial, como la educación y la salud. Es, pues, una especie de contrato entre los que reciben la ayuda al desarrollo y los que la suministran.

Incluso Noruega —que ha estado al frente durante muchas décadas, junto con otros países, en el suministro de las ayudas al desarrollo para las necesidades básicas del ser humano— destinaba un 18% de la ayuda al desarrollo a la planificación familiar, la educación básica, etcétera. ¿Por qué? No porque nuestras prioridades no hayan sido correctas, sino porque los países receptores no habían dado la misma prioridad a esos campos. Algunos países receptores querían apoyo al desarrollo en otras áreas de su economía.

Necesitamos que el contrato al que he aludido sea recíproco. En Noruega sería insuficiente destinar el 20% del presupuesto nacional para paliar las necesidades básicas de nuestra sociedad. De hecho, la cifra es de hasta el 50% ya que sigue siendo esencial que la gente tenga acceso a la educación y a los servicios sanitarios en un futuro. Pero no sólo en Noruega, sino en todo el mundo. Ello implica la reducción de los gastos de defensa y militares en aquellos países que reciben las ayudas, porque si tienen un altísimo presupuesto en esos capítulos no podrán dedicar el 20% de su presupuesto total a atender las necesidades básicas.

EDITORIAL

FABIO IGLESIAS



MEDIOS DE COMUNICACION
Y CULTURA POLITICA

Miguel Ángel Aguilar, Beatriz Bissio, Gustavo Carvajal,
Jorge D'rkos, Tito Drago, María Elena Farías, Carlos Fazio,
Elena Flores, Alfonso Guerra, Enrique Guinsberg,
Daniel Martínez, Humberto Mayans, Gustavo Mohme,
Raimon Obiols, Ludolfo Paramio, Beatriz Paredes,
Victoria Prego, Raimundo Riva Palacio, Manuel Rojas,
Miguel Rojas Mix, J. Sáenz de Cosculluela, Sergio Sáez,
Wilson Tapia, Sergio Tovar, Raúl Trejo.

PROGRAMA

MEDIOS DE COMUNICACION Y CULTURA POLITICA

**M. A. Aguilar, Beatriz Bissio, G. Carvajal,
Jorge D'rkos, Tito Drago, M. E. Farías, Carlos Fazio,
Elena Flores, Alfonso Guerra, E. Guinsberg,
Daniel Martínez, H. Mayans, Gustavo Mohme,
Raimon Obiols, Ludolfo Paramio, Beatriz Paredes,
Victoria Prego, R. Riva Palacio, Manuel Rojas,
M. Rojas Mix, J. Sáenz de Cosculluela, Sergio Sáez,
Wilson Tapia, Sergio Tovar, Raúl Trejo.**

304 págs.

2.900 ptas. (IVA)

En *Medios de comunicación y cultura política* se pretende promover una reflexión abierta sobre el efecto de los medios de comunicación en la cultura política iberoamericana, así como la influencia y papel que juegan ante el escepticismo de la población respecto a los procesos de democratización en el continente americano.

Los medios de comunicación en la vida democrática de la sociedad, la vigencia de los partidos políticos en la vida democrática, los efectos de la globalización y el mercado en la conducta de los comunicadores y el estudio de fórmulas para el acceso y participación de la sociedad en los medios de comunicación, constituyen algunas de las cuestiones que se estudian en profundidad en este libro.

Pedidos:
Monte Esquinza, 30 2.º dcha.
Tels.: 91 310 43 13 - Fax: 91 319 45 85

Forma de pago: talón bancario
o giro postal
e-mail: fp@ctasa.es



LOS SOCIALISTAS ANTE LOS DESAFIOS DE LA NUEVA CIVILIZACION

Simón PERES

En memoria de Willy Brandt, aquel estadista tan excepcional, y con la mirada puesta en la estatua que de él tenemos aquí, quiero mencionar la celebración del 150 aniversario del *Manifiesto comunista*. Me pregunto cuál es la diferencia entre la época de Karl Marx y la época de Willy Brandt. Brevemente, quisiera decir que Karl Marx concebía el socialismo como un dogma, mientras que Willy Brandt pensaba que el socialismo es una civilización.

En un simposio escuché decir a alguien que el socialismo es como el *Titanic*: se hace a bordo de él un viaje impresionante y, de repente, choca contra un iceberg y se hunde. Yo repliqué: «No, no. Usted se confunde. El so-

cialismo no es como el *Titanic*. El socialismo es como un océano, y un océano nunca se puede hundir. Los barcos sí se hunden y los viajes pueden fracasar. Pero los océanos, como las civilizaciones o la naturaleza, nunca pueden fracasar».

*Las nuevas fuentes
de riqueza
son tecnológicas
y científicas.*

No debemos olvidar que Willy Brandt estaba convencido de que el socialismo tenía que terminar con las diferencias entre el Norte y el Sur, el Este y el Oeste; en el Norte, las poblaciones ricas, en el Sur, los pueblos pobres; en Occidente, democracia y en el Este, todo el sufrimiento bajo la era del comunismo. Y quisiera en un principio decir que para mí la globalización nunca ha sido una razón de ser en sí misma, sino que ha sido una consecuencia. No es que una serie de personas se levantara un día y dijera: «A partir de ahora vamos a hacer la globalización». No. Esto se ha desarrollado de otra manera. Antiguas trabas y antiguas delimitaciones ya aceptadas y convenciones ya conocidas de repente desaparecieron sin darnos cuenta.

Me referiré en este sentido a dos o tres acontecimientos. Por ejemplo, la fundación de las Comunidades Europeas, hoy Unión Europea. Europa fue el primer continente que decidió convertir su propia historia en conceptos políticos y encontrar un enfoque para, con ayuda de la economía, hacer una política nueva. Han caído muchas fronteras, no sólo físicas, de modo que en los últimos cincuenta años en esa Europa no ha habido ningún tipo de guerra (hablo de la Unión Europea, no de los países balcánicos), ningún Hitler. Son grandes cambios que no debemos olvidar.

El segundo acontecimiento que quisiera mencionar es el desmoronamiento de la Unión Soviética ante nuestros ojos. Tenemos que ser sinceros y admitir que nos asombró. En esos tiempos se contaba un chiste en Rusia. Un nuevo secretario general encontraba en la mesa de su predecesor tres sobres. En el primer sobre se leía: «Si tiene problemas, abra el sobre número uno». Y dentro había un consejo que decía: «Eche la culpa a sus antecesores». Y cuando abría el segundo sobre leía: «Diga que la culpa la tiene la prensa». Y en el tercer sobre decía: «Prepare tres sobres para su sucesor, porque realmente tiene problemas». Puedo decir que Gorbachov fue el primero que no culpó ni criticó a sus predecesores. El habló del sistema como problema.

He leído excelentes libros sobre el comunismo en Europa. Y cuando he vuelto a releer toda esa literatura política, he eliminado todos esos libros de mi biblioteca. En ninguno de estos libros se me anunciaba que iba a desaparecer de modo tan rápido el comunismo. Cuando me compré estos libros, pensaba que los autores eran brillantes. Pero en el fondo no era posible entender lo que pasaba exactamente en la Unión Soviética. La Unión Soviética no se ha desmoronado porque haya entrado un ejército extranjero, ni por una presión extranjera. Gorbachov ha dicho en sus memorias que sólo un comunista ha podido eliminar el comunismo. Es decir, que tuvo una buena vista y ha hecho una buena tarea.

Ahora bien, ¿qué ha pasado exactamente para que un poder tan grande, un poder tan controlado, tan amenazante pueda desmoronarse así? En mi opinión, este desmoronamiento de la Unión Soviética es la consecuencia de

un cambio muy profundo que se ha desarrollado en nuestro siglo. Este cambio lo tenemos ahora ante nuestros ojos y lo podemos considerar *una nueva civilización*. No creo que lo que hoy pasa sea una continuación de la historia normal, de la historia convencional. ¿Por qué? Les he nombrado a Karl Marx y a Willy Brandt. Las fuentes de la prosperidad, de la riqueza y del poder no están ya vinculadas a territorios sino que son riquezas tecnológicas, científicas e informáticas. Estamos ante otras fuentes y además de otra naturaleza. Hay naciones que han fundado y fundan su prosperidad en su tamaño o sus recursos naturales. Hoy en día, si la tecnología, la ciencia, y la informática son los recursos principales —que no tienen fronteras, no necesitan pasaporte; la información vuela rápido como un pájaro y es asequible para todos—, entonces lo nacional, las naciones, las nacionalidades dejan de tener la significación de antes.

En efecto, las guerras con base en los nacionalismos están desapareciendo. La historia de la humanidad es una historia de guerras, de ejércitos que atacan a otros ejércitos, de países que atacan a otros países. Tolstoi dijo de Napoleón que mató a personas y se hizo famoso; mató a más personas aún y se hizo aún más famoso; mató a más y más y más, hasta que había matado a tantas personas que nunca se le olvidó.

Y hoy nos preguntamos: «¿Por qué he de luchar?».

Yo, como israelí, tengo que decir que si comparo mi país con otros países —por ejemplo, Japón—, puedo afirmar que no está nada mal. Japón tiene una superficie quince veces mayor que Israel. No tiene petróleo, nosotros tampoco somos productores de petróleo. No

***En ningún libro
se anunció
que el comunismo
desaparecería de repente.***

tenemos ni oro ni plata, ellos tampoco. Lo que ellos tienen, en cambio, son japoneses y fíjense ustedes lo que se puede hacer con los japoneses: convertirse en una de las potencias económicas del mundo. Esto es increíble. Ahora bien, si hubiese comparado a Israel con la Unión Soviética, sería otro cantar. La Unión Soviética era mil veces —no quince veces— mayor que nuestro país: veinticuatro millones de kilómetros cuadrados. Era un país enorme, con grandes recursos naturales, muchísima agua, muchísimos lagos; Israel tiene dos lagos y Rusia tiene miles de lagos. La Unión Soviética tenía cien mil ríos, y doce de ellos se encuentran entre los mayores ríos del mundo. Israel sólo tiene un río, el río Jordán, que es mucho más rico por nuestra historia que por el agua que discurre por él; es un río que podría utilizarse para relaciones públicas, pero no es un río que se pueda utilizar a nivel económico. La Unión Soviética tenía recursos naturales (oro, níquel, petróleo), y personas excepcionales. La inteligencia rusa y la falta de inteligencia del sistema eran una contradicción increíble. Nunca en la historia ha habido un sistema tan poco inteligente que haya producido una población tan inteligente como allí. Políticos no inteligentes pero con una población muy inteligente y, a pesar de todo, no había bastantes alimentos y la situación era desastrosa. Nosotros somos un pequeño país desértico, pero tenemos una gran tasa de exportación.

Una anécdota. Cuando iniciamos las relaciones con la Unión Soviética, lo primero que compraron los rusos fueron vacas. ¿Por qué vacas? Porque la vaca israelí da tres veces más leche que la vaca rusa. Son las mismas vacas con los mismos cuernos, pero el sistema —no el animal— es diferente. Nuestras vacas dan mucha más leche. La aplicación de una tecnología puede ser más importante que los recursos naturales. Con la tecnología adecuada se pueden cambiar las condiciones de producción de leche.

Hoy en día, las guerras no nos aportan nuevas tecnologías y, de otro lado, la fuerza de la sociedad de la información es, por ejemplo, mucho más importante que la fuerza de los ejércitos. El «telón de acero» no podía bloquear los flujos de información, no podía dividir a los pueblos; la televisión consiguió también eliminar dictaduras.

Decimos que una consecuencia de la globalización es la privatización. ¿Qué es exactamente la privatización? Al fin y al cabo, todo lo que aporta dinero es para los particulares, mientras que todo lo que cuesta dinero es responsabilidad de los gobiernos.

Los gobiernos tienen que aportar cada vez más para el sistema educativo, para el sistema sanitario, para las pensiones. La mayoría de los Estados tienen déficit y deudas, mientras que casi todas las

***La aplicación
de una tecnología
es más importante
que los recursos naturales.***

empresas tienen beneficios y ganancias. Este es un mundo extraño. Sin embargo, también el capitalismo va a experimentar un cambio.

Les contaré una anécdota personal. Fui a Estados Unidos por primera vez en 1951 como estudiante de Harvard. Seguí un curso fantástico de gestión avanzada. Había representantes de grandes empresas y del *establishment*. Eran americanos ideales, con un enfoque aislacionista; entonces la exportación era muy importante para la sociedad americana. Hoy en día, el 46% de los beneficios de la economía americana proviene de la exportación, pero proceden de la actividad de las multinacionales, es decir, la gestión ya no es tan nacional como lo era anteriormente. La empresa privada se está internacionalizando, y esto tiene consecuencias no sólo a nivel financiero sino también a nivel político. Se habla de *one man, one vote*, pero si *one man* es un multimillonario, imagínense ustedes la importancia de su voto.

Y aquí volvemos otra vez a la cuestión del dinero y la privatización. Tenemos que dirigirnos a las empresas (muchas son todavía públicas) tan preocupadas por las ganancias, y decirles: «Ustedes que han privatizado tanto, ¿por qué no privatizan ahora también la paz, o la responsabilidad social?». Las empresas que se han encontrado en Davos producen cinco billones de dólares al año. Si de esta suma yo retuviera sólo un 1% podría utilizarlo para solucionar problemas en Oriente Próximo, o tantos y tantos problemas sociales.

Pasar de una *situación de soberanía* a una *situación global* presenta un aspecto negativo. No sólo la economía se ha convertido en algo global, sino también lo político y lo militar. Es decir,

nos encontramos ante una globalización no solamente económica, sino también estratégica. Las amenazas y los peligros de hoy ya no tienen límites, no tienen trabas ni barreras, y esto es algo preocupante. Tenemos cohetes, tenemos armas nucleares que no respetan ninguna frontera. No existe ninguna línea Maginot que pueda frenar un cohete. No se les impresiona con espacios, pueden cruzar todos los espacios; su lógica es balística, no geográfica. Y estas armas pueden estar equipadas también con armas biológicas y químicas y, desgraciadamente, una nación con un nivel económico muy bajo puede tener una capacidad armamentística muy grande. Hemos constatado que nuestro mundo ya no es un mundo de imperios o de superpotencias, y que nadie puede controlar esta situación. Lo sucedido en India y Pakistán ha mostrado que tenemos un mundo en el que ya no hay un control, una supervisión. No sólo los servicios de inteligencia americanos no han percibido la situación sino que tampoco existe ya nadie que pueda obligar a esos países a cambiar de comportamiento.

En suma, los peligros fluyen libremente en el espacio. Pueden ser armas o pueden ser drogas o un movimiento extremista que posea armas químicas, biológicas o nucleares. Y de otra parte, los problemas económicos, el problema de la pobreza, el problema del terrorismo no son nacionales, ni tienen soluciones nacionales.

Hemos podido constatar que tenemos instituciones para un mundo que ya no existe como tal, y que ya no tenemos respuestas para la nueva época. Podemos hacernos la reflexión de que la historia y el pasado pertenecen a una mayoría, mientras que el futuro es de una minoría. Los seres humanos prefieren

***El telón de acero
no podía bloquear
los flujos
de información.***

recordar en vez de mirar hacia el futuro. Los tontos actuamos mal al otorgar el derecho de voto a partir de los dieciocho años; quizá debería haber derecho de voto hasta los dieciocho años. El futuro sería tal vez mejor. La tarea de la socialdemocracia es diseñar un futuro, participar en el diseño del futuro, no de una minoría sino de la mayoría.

El mundo tiene que organizarse de otra manera. Más de dos tercios de la población mundial están ya organizados en cuatro mercados: el mercado chino (1.200 de personas); el mercado asiático (2.400 millones de personas); 600 millones en Europa; y en las dos Américas, 800 millones de personas. ¿Qué pasa con el resto? Por ejemplo con el mundo islámico, que es tan grande e importante como la comunidad china: 1.200 millones de musulmanes en el mundo. ¿Qué dirección toma esta comunidad?, ¿la dirección fundamentalista y reaccionaria, o la democrática? ¿Turquía o Irán?

En Oriente Medio hay tres fuerzas que cumplen un papel importante. En primer lugar, el petróleo. Los precios del petróleo están a la baja, y muchos países ricos descubren de repente que es un problema tener déficit. Es algo que no conocían. En segundo lugar, el agua y su coste. Oriente Medio se ha convertido en un gran desierto, y si no logramos establecer una relación

*En Irán el voto
de las mujeres
ha producido
el cambio político.*

entre la distribución del agua y los factores económicos y ecológicos habrá gente que muera por este problema. Y la tercera fuerza —de naturaleza, claro, muy distinta— son las mujeres. Ustedes saben que las mujeres son la esperanza más grande del Oriente Medio, como, por ejemplo, en Irán. Los cambios en Irán se han logrado por la conducta electoral de las mujeres. Vemos mujeres de una nueva generación que ya no están dispuestas a vestir la ropa de sus madres, que no se quieren dejar oprimir por sus familias. Y eso representa realmente una fuerza.

Y en este contexto quiero referirme a los palestinos. Tenemos que superar una enemistad muy fuerte. No podemos dominar a otro pueblo y nosotros, el Partido Laborista de Israel, decimos muy claramente que necesitamos a los palestinos y queremos que permanezcan donde están. Un Estado binacional no sería la solución.

Nuestra generación no debe condenar a la generación más joven a caer en una situación que no tiene solución. Por eso decimos que tiene interés para nosotros un Estado palestino que posea el mismo nivel económico que nosotros. Sería una tragedia que Israel fuera un pueblo rico y Palestina un Estado pobre. Ahí es donde surge la envidia, la sensación de discriminación, la explotación de la mano de obra barata.

Un conflicto económico se convertiría en un conflicto nacional. Y eso se convertiría en una tragedia durante generaciones.

El mundo ha cambiado, y los socialistas debemos entenderlo. Escuchamos con frecuencia que el desempleo es una cuestión muy importante. Cierto. Por eso la educación y la formación se han convertido en el sector clave para el futuro de nuestras economías. Tenemos que invertir más tiempo y dinero en la educación. Tenemos que aprender el futuro y no el pasado. Aprender el futuro no significa tomar un libro de enseñanza y aprenderse de memoria. Hay que buscar los méritos personales, los valores de cada uno y cultivarlos. No hay que aprender únicamente lo que se tiene que saber sino que hay que saber qué se aprende y cómo se aprende. Uno mismo tiene que convertirse en su propio profesor. Hay que aprender a recordar, a releer, a entender, a cooperar, a ser abierto, a tener una visión. Uno tiene que, día a día, formarse y educarse a sí mismo. Las personas han aprendido que tienen que comer tres veces al día. ¿Por qué la gente no entiende que hay que leer tres veces al día? Si como tres veces al día, engordo, pero si leo tres veces al día, me vuelvo inteligente. Es mejor ser inteligente que estar gordo. Se puede aprender, aprender y aprender infinitamente. Y pienso que las fábricas se deberían convertir, a medias por lo menos, en una universidad.

Soy consciente de los problemas que plantea la globalización, pero también digo, desde lo más profundo de mi corazón, que estoy con Willy Brandt. El sol no se ha puesto. Tenemos la responsabilidad de capacitar a la generación joven para que pueda entrar en su pro-

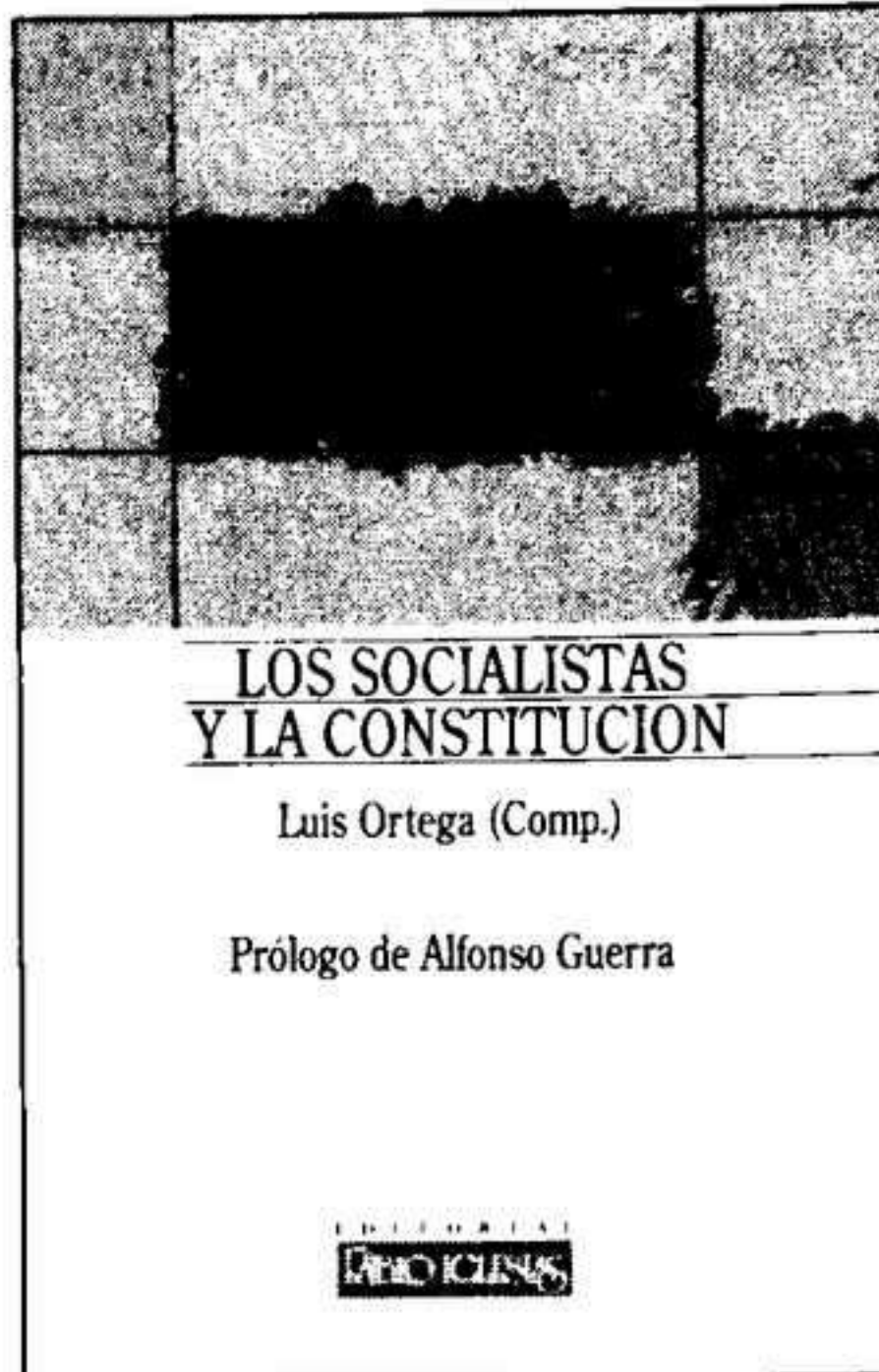
pio mundo sin nuestras coacciones, sin nuestros prejuicios; durante muchos años, para crear un mundo sin guerras. Esto es algo que parecía una utopía. En la actualidad existen buenas razones para pensar que es posible. Tenemos que capacitarlos para convivir, porque las distancias desaparecen y, así, desapare-

cen también las diferencias —el color de la piel, el sexo, la edad—. Es una era que está esperando que surja un temperamento social que acepte el desafío.

Y por eso estamos aquí y tratamos de aclarar cuáles son las mejores vías para lograr todo eso.

E D I T O R I A L

LABIO IGLESIAS



LOS SOCIALISTAS Y LA CONSTITUCION
Luis Ortega (comp.).

Prólogo de Alfonso Guerra.

208 págs.

2.900 ptas. (IVA)

En 1998 se han cumplido veinte años desde la aprobación de la Constitución española en diciembre de 1978, con lo que se consolida un periodo inigualable en la corta historia democrática de España. La etapa constituyente, que hoy aparece como uniforme y sin sobresaltos, no fue sin embargo tan fácil. Los socialistas participaron en el debate como valedores de la libertad y de la democracia, y sus aportaciones a cuestiones como el Estado social y democrático de derecho, la concepción de nación y de autonomía regional, la educación o la participación ciudadana reflejan una opción decidida en la transformación profunda del país. El presente volumen, que recopila las intervenciones de los diputados y senadores socialistas en el curso del debate de elaboración de la Constitución, permite al lector conocer y analizar cuáles fueron las tesis y propuestas que el Partido Socialista Obrero Español mantuvo durante la redacción del texto constitucional. Quizá el mayor éxito de estas aportaciones es que ya forman parte de la cultura política de la inmensa mayoría de los españoles.

Pedidos:
Monte Esquinza, 30 2.º dcha.
Tels.: 913 104 696 y 913 104 798 - Fax: 913 194 585

Forma de pago: talón bancario
o giro postal
e-mail: fpi@ctasa.es



LA GLOBALIZACION Y SUS EFECTOS

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
55
56
57
58
59
60
61
62
63
64
65
66
67
68
69
70
71
72
73
74
75
76
77
78
79
80
81
82
83
84
85
86
87
88
89
90
91
92
93
94
95
96
97
98
99
100
101
102
103
104
105
106
107
108
109
110
111
112
113
114
115
116
117
118
119
120
121
122
123
124
125
126
127
128
129
130
131
132
133
134
135
136
137
138
139
140
141
142
143
144
145
146
147
148
149
150
151
152
153
154
155
156
157
158
159
160
161
162
163
164
165
166
167
168
169
170
171
172
173
174
175
176
177
178
179
180
181
182
183
184
185
186
187
188
189
190
191
192
193
194
195
196
197
198
199
200
201
202
203
204
205
206
207
208
209
210
211
212
213
214
215
216
217
218
219
220
221
222
223
224
225
226
227
228
229
230
231
232
233
234
235
236
237
238
239
240
241
242
243
244
245
246
247
248
249
250
251
252
253
254
255
256
257
258
259
260
261
262
263
264
265
266
267
268
269
270
271
272
273
274
275
276
277
278
279
280
281
282
283
284
285
286
287
288
289
290
291
292
293
294
295
296
297
298
299
300
301
302
303
304
305
306
307
308
309
310
311
312
313
314
315
316
317
318
319
320
321
322
323
324
325
326
327
328
329
330
331
332
333
334
335
336
337
338
339
340
341
342
343
344
345
346
347
348
349
350
351
352
353
354
355
356
357
358
359
360
361
362
363
364
365
366
367
368
369
370
371
372
373
374
375
376
377
378
379
380
381
382
383
384
385
386
387
388
389
390
391
392
393
394
395
396
397
398
399
400
401
402
403
404
405
406
407
408
409
410
411
412
413
414
415
416
417
418
419
420
421
422
423
424
425
426
427
428
429
430
431
432
433
434
435
436
437
438
439
440
441
442
443
444
445
446
447
448
449
450
451
452
453
454
455
456
457
458
459
460
461
462
463
464
465
466
467
468
469
470
471
472
473
474
475
476
477
478
479
480
481
482
483
484
485
486
487
488
489
490
491
492
493
494
495
496
497
498
499
500
501
502
503
504
505
506
507
508
509
510
511
512
513
514
515
516
517
518
519
520
521
522
523
524
525
526
527
528
529
530
531
532
533
534
535
536
537
538
539
540
541
542
543
544
545
546
547
548
549
550
551
552
553
554
555
556
557
558
559
560
561
562
563
564
565
566
567
568
569
570
571
572
573
574
575
576
577
578
579
580
581
582
583
584
585
586
587
588
589
590
591
592
593
594
595
596
597
598
599
600
601
602
603
604
605
606
607
608
609
610
611
612
613
614
615
616
617
618
619
620
621
622
623
624
625
626
627
628
629
630
631
632
633
634
635
636
637
638
639
640
641
642
643
644
645
646
647
648
649
650
651
652
653
654
655
656
657
658
659
660
661
662
663
664
665
666
667
668
669
670
671
672
673
674
675
676
677
678
679
680
681
682
683
684
685
686
687
688
689
690
691
692
693
694
695
696
697
698
699
700
701
702
703
704
705
706
707
708
709
710
711
712
713
714
715
716
717
718
719
720
721
722
723
724
725
726
727
728
729
730
731
732
733
734
735
736
737
738
739
740
741
742
743
744
745
746
747
748
749
750
751
752
753
754
755
756
757
758
759
760
761
762
763
764
765
766
767
768
769
770
771
772
773
774
775
776
777
778
779
780
781
782
783
784
785
786
787
788
789
790
791
792
793
794
795
796
797
798
799
800
801
802
803
804
805
806
807
808
809
810
811
812
813
814
815
816
817
818
819
820
821
822
823
824
825
826
827
828
829
830
831
832
833
834
835
836
837
838
839
840
841
842
843
844
845
846
847
848
849
850
851
852
853
854
855
856
857
858
859
860
861
862
863
864
865
866
867
868
869
870
871
872
873
874
875
876
877
878
879
880
881
882
883
884
885
886
887
888
889
890
891
892
893
894
895
896
897
898
899
900
901
902
903
904
905
906
907
908
909
910
911
912
913
914
915
916
917
918
919
920
921
922
923
924
925
926
927
928
929
930
931
932
933
934
935
936
937
938
939
940
941
942
943
944
945
946
947
948
949
950
951
952
953
954
955
956
957
958
959
960
961
962
963
964
965
966
967
968
969
970
971
972
973
974
975
976
977
978
979
980
981
982
983
984
985
986
987
988
989
990
991
992
993
994
995
996
997
998
999
1000



UNA DEFINICION DE LA GLOBALIZACION

Martin CARNOY

Desearía indicar que no represento a ninguna organización en Estados Unidos, aunque fui el director del grupo de economistas de Clinton en California y participé en las elecciones al Congreso por el partido demócrata hace quince años. Así pues, no voy a hacer un discurso político. Pero creo que hay ciertas cuestiones muy interesantes que quisiera abordar brevemente.

En primer lugar, desearía añadir mi propia definición de globalización a las ya formuladas. Creo que esta economía global tiene algo muy diferente que la distingue marcadamente de una economía basada en el aumento del comercio y de la inversión.

Una economía global es aquella cuyas actividades estratégicas de base, incluidas la innovación y la gestión financiera y corporativa, funcionan a escala planetaria en tiempo real. Esto significa que, en la actualidad, las personas pueden negociar con todo el mundo las 24 horas del día. Esto me hace pensar en un amigo, uno de los fundadores de Sun micro-systems, una de esas corpo-

raciones cuyos ingresos son superiores a los de muchos países en el mundo. Era el director de *marketing* de Sun micro-systems y, por lo general, todos los días se levantaba a las 2 de la mañana y trabajaba hasta las 8 de la tarde vendiendo ordenadores personales Sun en todo el mundo, en tiempo real. Nunca abandonaba su oficina. Cualquier empresa del mundo puede hacer otro tanto.

Es posible hacer negocios en todo el mundo en tiempo real. Atrás quedan los problemas de los viajes o del espacio; el otro elemento importante al respecto, que es el conocimiento, es ahora el producto más valioso de la economía global, y esto hace que se diferencie en gran medida de las economías internacionales anteriores. El conocimiento es el producto clave y el insumo clave de la economía global. Y el conocimiento adquiere gran movilidad, puede moverse en cuestión de segundos.

A mi entender, existe un enfoque objetivo y otro de tipo ideológico sobre esta globalización y conviene separarlos; pienso que diversas personas lo han expresado de maneras diversas. Según el enfoque objetivo, en primer lugar está la cuestión del tiempo real, así como la cuestión del conocimiento y, además de esto, está la cuestión del capital financiero que se desplaza por todo el mundo. El capital financiero que fluye por el mundo no es sólo de gran volumen, sino que se desplaza a una velocidad impresionante.

Permítanme indicarles un hecho. En 1996 se invirtieron 93.000 millones de dólares en un conjunto de países, a saber, Corea del Sur, Tailandia, Indonesia, Filipinas y Malasia. En 1997 y 1998, respectivamente 9.000 y 12.000 millones de dólares netos salieron de dichas economías, con un cambio de posiciones respecto a 114.000 millones de dólares básicamente en un año y medio; esto realmente puede destrozar una economía, y esto es exactamente de lo que hemos estado hablando. Estos son datos objetivos, que nada tienen que ver con las ideologías.

Pero existe un componente ideológico muy importante. Y aquí interviene el enfoque («*vision thing*»), según la expresión del antiguo presidente Bush. El enfoque de esta globalización promulgada en todo el mundo es un enfoque particular. No es el único enfoque posible ante esta realidad objetiva. Hay enfoques opuestos y una gran parte del debate aquí mantenido ha sido una protesta contra el componente ideológico, el enfoque del FMI, en cierto modo el enfoque de EE. UU., sobre aquello que se permite sobre aquello que no se permite, y a estos enfoques se les atribuye un gran peso pues los formulan algunos de los agentes más poderosos. Pero también se ha adolecido de una falta de enfoque sobre las alternativas a nuestro quehacer.

No estoy de acuerdo con una de las afirmaciones de Simón Peres. Dijo que necesitamos un enfoque más que un plan. Yo pienso que necesitamos tanto un enfoque como un plan, no sólo porque debemos replicar al enfoque que ha sido propuesto, sino también porque debemos contar con un plan concreto que tenga sentido para los países de América Latina, para los países europeos, para este grupo. Y este es un momento muy importante de la historia para plantear un enfoque y un plan. Creo que el enfoque debería orientarse a la globalización humanista. Me parece que esta expresión ya ha sido utilizada. ¿Qué significa la globalización humanista? Es un enfoque orientado a la integración, a la vida, que debería dar una respuesta a la inestabilidad, a la excesiva individualización, al aislamiento y a la desigualdad, que son los signos actuales de la versión internacional de la economía globalizada.

Creo que se podrían abordar dos cuestiones concretas sobre este aspecto. En primer lugar, José Borrell ha sugerido dos cosas muy importantes: una, que debemos fomentar un crecimiento más rápido a escala mundial. Esto resolvería muchos problemas y debemos adherirnos a ese planteamiento. El segundo aspecto es que deberíamos formular algún tipo de plan de regulación del movimiento de capitales en el mundo. Ningún país individual, salvo los grandes países como Estados Unidos, pueden hacer esto realmente por sí mismos. Lo mismo ocurre con los impuestos. Si un país, digamos Estados Unidos, formula un plan sobre impuestos, bienvenido sea. Otro país promulga normas laborales demasiado complicadas, como es el caso actual de Alemania con los problemas planteados por Lafontaine, pero no puede sacarlas adelante él solo. Debe existir un enfoque internacional respecto a cuál debe ser el contenido de la norma. Algo que se ha sugerido es un impuesto a las operaciones de capital a corto plazo. Estados Unidos no es favorable a ello, y es probable que no tenga una realización práctica, pero es cierto que se trata de algo posible, puesto que los mismos ordenadores personales y los mismos sistemas de comunicación que permiten el flujo de estos capitales pueden permitir también que se aplique un impuesto a las operaciones de capital a corto plazo. Los mismos medios pueden ser utilizados tanto por una parte como por otra.

La otra normativa que ha sido abordada y que ya está en marcha es la relativa al medioambiente a escala global. Es totalmente necesario actuar a escala global y en especial que los agentes más destacados, que son los principales contaminadores, como EE.UU., Europa y Japón, cambien sus normativas al respecto.

El último punto que deseo abordar es el papel del Estado-nación; este papel, está siendo ahora cuestionado por un motivo muy claro:

el papel de los estados-nación en el marco de esta globalización probablemente se reduce en gran medida. Por un lado, el Estado-nación ya no puede realizar muchas de las tareas antes asumidas y adquiere más bien el papel de facilitar la actividad de su propia industria privada para que actúe con éxito en la economía mundial.

Pero, por otro lado, aquí existe una paradoja, pues un Estado-nación fuerte y bien administrado es absolutamente esencial para la inversión de capital a escala internacional. Si el Estado-nación no está bien dirigido, no es estable o no es democrático, entonces no es un lugar apropiado para el capital internacional. Por consiguiente, el capital internacional prefiere los estados-nación bien dirigidos, no corruptos y democráticos, con amplia estabilidad. Así pues, deberíamos abordar cuáles van a ser los rasgos de esos estados-nación, qué van a hacer y cuáles serán sus posibilidades. El hecho es que si hablamos de inserción debemos hablar de soluciones globales, pero también de soluciones nacionales; las políticas nacionales continúan siendo muy importantes. La mayoría de los países del mundo cuentan con gobiernos realmente mal dirigidos: están mal gobernados, son corruptos, no funcionan bien para las poblaciones que viven en ellos. Así pues, pienso que hay mucho que decir sobre lo que pueden ser tales políticas nacionales en el contexto de una solución global.

Permítanme retomar la idea de que el conocimiento es el factor clave de la economía global. Los estados-nación son los que más tienen que decir sobre el modo en que se genera el conocimiento dentro de sus fronteras, pues son los estados-nación los que se encargan de los sistemas educativos, de la organización de los colectivos y en el futuro, serán las escuelas y los centros educativos los que constituirán los centros de la comunidad en todo el mundo, pues un ámbito que va a reunir a las personas es la producción del conocimiento. Además de eso, si no actuamos a tal efecto a escala nacional, habrá otros muchos grupos, como los movimientos sociales, que ocuparán el vacío del Estado-nación para generar su propio conocimiento, ideologías y entes, como réplica a la incapacidad del Estado-nación de realizar dicha tarea.

Pienso que en este momento nos encontramos en un periodo de gran trascendencia; si somos capaces de fraguar algunas políticas verdaderamente buenas y plantear orientaciones realmente correctas en esta y en otras reuniones, habremos hecho un gran favor a los ciudadanos del mundo.



LA MUNDIALIZACION

Giorgio RUFFOLO

No resulta fácil desarrollar un tema tan «global» en poco espacio así que me limitaré a una tarea muy modesta: intentar exponer del modo más ordenado posible algunos puntos críticos de este enorme problema, los que tienen mayor importancia política, en forma de tesis. Enunciados por necesidad expositiva en forma apodíctica, tienen en realidad un contenido altamente controvertido y problemático. Espero que esto sirva para promover el debate.

1. Definición

Ante todo, la definición del término (ya imprescindible) de mundialización o globalización. Lo resuelvo del modo más sencillo. Por este término entiendo el proceso acelerado de caída de las barreras que se ha producido en este final de siglo, el movimiento de los productos y, sobre todo, de los factores de producción (y en el ámbito de estos últimos, especialmente, de los capitales) a través de las fronteras de los estados nacionales.

2. Dimensiones

Por exigencias obvias de concisión, dejo de lado la descripción del fenómeno y su cuantificación. Basta evocar tres aspectos esenciales: en primer lugar, el desarrollo del intercambio mundial de bienes y servicios: entre 1987 y 1996 a un ritmo del 6%, doble del rédito, hasta alcanzar 6.500 millardos de dólares, una quinta parte del producto bruto mundial. En segundo lugar: la expansión de la producción internacional en lo que se refiere a las empresas multinacionales, que ha alcanzado un valor superior en un 30% al del comercio mundial de bienes y servicios. Y sobre todo, en tercer lugar, la enorme expansión del movimiento de capitales. En los países industriales los flujos totales se han doblado, pasando de aproximadamente 600 millardos por día al inicio de la década de los ochenta, a más de 1.200 millardos en la actualidad.

3. Encuadre histórico

No es la primera vez que los países europeos se ven involucrados en procesos de «mundialización». Basta leer a Braudel. Basta pensar en la época del mercantilismo, los siglos XVI y XVII, y en la época del imperialismo, el siglo XIX. En las grandes «plazas» de Génova, Amsterdam, Londres, capitales de redes financieras mundiales. Sin embargo, la mundialización en la cual estamos involucrados en la actualidad no es comparable con las del pasado, en amplitud (se trata verdaderamente de todo el mundo o casi su totalidad) y en profundidad.

4. Causas

Las raíces del actual proceso de mundialización están en la crisis de los años setenta, la segunda gran crisis de este siglo, después de la catastrófica de los años treinta. Procedo por destellos: el tercer cuarto de este siglo, la era keynesiana, se distingue por una excepcional combinación de alta presión de la demanda interna de bienes duraderos, de bajo nivel de costes energéticos y del trabajo y de ambiente internacional estable, asegurado por la hegemonía americana. Todos estos elementos disminuyen a mitad de los años setenta. Resultado: la «estanflación» (concomitancia paradójica de estancamiento e inflación) en el interior y la inestabilidad internacional (concomitancia paradójica de fluctuación de los cambios y de desequilibrios de las balanzas de pagos) en el exterior.

La respuesta del «sistema» (me expreso en términos peligrosamente simplificados) es doble. Por el lado de la demanda, una

fuerte presión hacia la desregulación de los mercados. Por el lado de los costes, una radical reestructuración «flexibilizadora» de los modos de producción. Ambos movimientos han resultado posibles por el amplio aprovechamiento de las innovaciones telemáticas. Políticamente, podemos representar en términos metafóricos estos procesos como una «contraofensiva capitalista» a escala mundial: remercatización contra politización, recuperación de los márgenes de beneficio respecto de salarios y costes laborales.

5. Efectos

Puede decirse que, por efecto de este proceso, el mundo de la economía ha cambiado profundamente durante este último cuarto de siglo. Se puede avanzar la hipótesis de que esto comporte un cambio igualmente radical en el mundo de la política.

Estos profundos cambios son susceptibles de interpretaciones polarmente opuestas, apologéticas o catastróficas. La mundialización ha resucitado el conflicto ideológico: profetas panglosianos de la economía apolítica y del fin de la historia, por una parte, y profetas casandrianos de la geopolítica del caos (un reciente libro sobre mundialización se titula precisamente así), por otra.

Es evidente que las profecías sirven de poco para comprender y aún menos para gobernar un fenómeno tan complejo.

Debería resultar evidente el carácter necesariamente ambiguo de la mundialización: una ambigüedad que priva de sentido y, de algún modo, hace fastidioso tanto el pro como el contra, tanto la posición de los que la apoyan con entusiasmo como de los que se oponen con intransigencia, como tuvieron también sustentadores y opositores las crecidas del Nilo. Las crecidas del Nilo, según se sabe, fueron una bendición para el antiguo Egipto, pero seguramente porque fueron reguladas con diques, canales, terraplenes y esclusas. De otro modo, sólo habrían causado desastres. El problema, por lo tanto, no es que la globalización sea un bien o un mal en sí. El problema es que no esté regulada (entonces es un mal) o que lo esté (y entonces puede ser un bien). Y sobre todo cómo regularla.

6. Ventajas y oportunidades

Resulta difícil subvalorar el enorme potencial de crecimiento y desarrollo, de prosperidad y bienestar, alcanzado con la apertura de los mercados, de los productos y de los fabricantes a es-

cala mundial. Hay por lo menos tres aspectos de este nuevo escenario histórico que representan otras tantas premisas y promesas de un futuro mejor para la humanidad entera.

El primero y ya más evidente es que el Nilo de la mundialización está invadiendo inmensas zonas del mundo que hasta ahora habían quedado fuera de la corriente de una crecida limitada solamente a la parte blanca-occidental del planeta, más Japón: a la famosa tríada; millones de hombres, en Asia y en Iberoamérica, son arrastrados actualmente por ésta corriente en pleno. La liberalización del movimiento de capitales ha dado lugar a un flujo de recursos hacia estos países de modo no comparable con los arroyuelos de ayuda económica organizada sobre bases «políticas». Lo que no ha sabido hacer la política, lo ha podido hacer el mercado.

El segundo aspecto positivo está representado por la contribución al conocimiento, permeabilidad, tolerancia y coexistencia promovidas por una mundialización que no es solamente la económica de las mercancías y capitales y de los grandes movimientos humanos del turismo, sino también, y sobre todo, la de la información e imágenes y de las emociones que se producen en su cauce. A este respecto, naturalmente, hay que ser cautos. No siempre el contacto inmediato establecido entre mundos distintos activa la comprensión y la colaboración. A veces hace saltar chispas. Puede dar lugar a confrontaciones envidiosas e intolerancias étnico-culturales, como en el caso obvio de las inmigraciones. Y mientras que es indudable que se reduce el riesgo de macroconflictos mundiales, también es probable que aumente el riesgo de conflictos «intermedios» y de microconflictos. Por lo tanto, sobre todo en este cambio, la balanza entre oportunidades y riesgos es muy delicada y sería necesaria una gestión gradual y articulada.

El tercer aspecto es intuitivo. Si la mundialización aparece de forma plenamente evidente como un proceso de mercado y sensiblemente apolítico, más bien antipolítico, acaba por promover y provocar una potente «demanda de política». Todos los procesos de integración de los sistemas neurovegetativos, por lo demás, llevan en sí mismos esta necesidad de proveerse de algún sistema nervioso central. La aventura de la unión monetaria en la cual está comprometida actualmente una parte de Europa, forma parte de estas astucias de la historia que la total ausencia de humor de los banqueros no consigue captar. No hay duda de que el desarrollo del proceso de mundialización económica lleva en su seno la demanda de alguna forma de gobierno mundial. Que haya respuesta o no, no está ciertamente escrito en la historia.

7. Riesgos y perjuicios

Igualmente evidentes y quizá simétricos con respecto a las ventajas y a las oportunidades son los riesgos y perjuicios. Queriendo ser esquemáticos podemos reagruparlos en tres categorías: económicos, sociales y políticos.

Desde el punto de vista económico, la enorme corriente de capitales generada por la mundialización no se distribuye ciertamente de modo equilibrado. Como es natural, están involucrados especialmente los países que presentan las condiciones más favorables para el desarrollo de una economía de mercado, bajo el perfil, además de los recursos naturales, de las condiciones políticas, sociales y culturales. Se trata de una amplia franja intermedia que comprende sobre todo los países de Extremo Oriente, de Asia Suroriental y de Iberoamérica. Quedan excluidos, o al margen, el mundo islámico de Oriente Medio y todo el continente africano. La precedente distinción dicotómica entre el mundo privilegiado de la minoría rica de la tríada y la masa pobre del Tercer Mundo se fragmenta en una geográfica de desequilibrios más compleja, y no por ello menos peligrosa.

Esto en lo que respecta a la distribución geopolítica del desarrollo. ¿Y qué decir de su «sostenibilidad»? Aquí no se habla de la distribución ecológica; es evidente que ésta se halla fuertemente tensada, sea cual sea su distribución. Este es un problema de calidad del crecimiento, que no está en discusión. Se trata de su duración, solidez y estabilidad económica.

Los sustentadores más entusiastas de la mundialización mantienen que, con la extrema «movilidad» de los capitales, hasta los límites de la circulación instantánea, en tiempo real, se ha creado un sistema de autorregulación de gran fiabilidad. Los mercados financieros constituirían, por su extrema sensibilidad, un sistema de alarma de precaución contra los comportamientos irresponsables de las políticas macroeconómicas. Políticas fiscales y monetarias desestabilizantes son castigadas con prontitud por los mercados, que actúan, a través de los movimientos de los cambios y/o de los tipos, como disuasorios. Hay tres clases de objeciones.

En primer lugar: ¿quién ha dicho que la máxima rentabilidad, que es la estrella polar de los «mercados», muestra también un recorrido óptimo desde el punto de vista económico y social general, para todos los países? Sobre este *topos* de la teoría económica se han extenuado generaciones de economistas. Y sólo sus franjas extremas, de Bastiat a Friedman, se tocan en esta posición liminal.

En segundo lugar, es verdad que la gran «liquidez» y «sensibilidad» de los movimientos de capitales no favorecen el flujo hacia los países emergentes que presentan condiciones de inversión favorables. Pero favorece también el reflujo, igualmente fácil y súbito, al mínimo susurro de las ramas. Esto hace que el mercado sea extremadamente nervioso, inestable e inescrutable. Desde los años setenta hasta 1992, se han sucedido ocho grandes crisis monetarias y financieras y otras cuatro posteriormente: la del SME, la del Banco Barings, la de México y, la última, la asiática. Es verdad que ninguna de ellas ha asumido el carácter sistémico e irreversible de la crisis de los años treinta, pero no se puede dejar de preguntar cuántos recursos se han quemado en los salvamentos (solamente el de las cajas de ahorros americanas ha costado 500 millardos de dólares), con qué alternativas productivas se han descuidado y en ventaja de quién. No se puede olvidar el poderoso impulso que imprime la extrema volatilidad y liquidez de los mercados a las evasiones masivas a los paraísos fiscales —las islas de la vergüenza— y al reciclaje de las finanzas criminales, calculado en un volumen de 500 millardos de dólares. Estos aspectos desestabilizadores y patológicos son los que han hecho del mercado mundial de capitales, son palabras de *The Economist*, libre de toda sospecha, «un misterio y una amenaza».

En tercer lugar, si el mercado financiero pone en movimiento mecanismos de reacción negativa, también es verdad que desencadena mecanismos contrapuestos de reacción positiva, procesos cumulativos y desestabilizadores. En particular, las expectativas, humores y temores pueden poner en marcha, sin que se produzca ningún cambio importante en los aspectos «fundamentales», procesos de autocombustión de los mercados, que acaban por autorealizar las previsiones y penalizar pesadamente gobiernos y países libres de toda culpa, obligándoles a devaluar su moneda o aumentar sus tipos de interés. En tal caso, ya no es que el perro mueva la cola, sino que la cola mueve al perro. La economía de papel prevalece sobre la economía real.

Desde el punto de vista social, fue un economista de auténtica escuela liberal, Dani Rodrik, quien, recientemente (en enero de 1997), definió con claridad los modos mediante los cuales la mundialización puede resquebrajar la cohesión social, ya que causa:

- a) una redistribución demasiado favorable a los beneficios y, en general, a los réditos elevados;
- b) un desmantelamiento de las reglas del mercado, sobre el trabajo, el ambiente, la competencia y la corrupción, sin las cuales el propio mercado acaba por autodestruirse;

- c) una contracción de los recursos destinados a la protección social en ventaja de los absorbidos por la carrera competitiva desenfrenada.

Finalmente, desde el punto de vista político, no hace falta subrayar la despoltización de una amplia área de decisión en beneficio de la remercatización. Es cierto que en las economías de mercado durante la era keynesiana el equilibrio entre el sector público y el mercado se desplazó claramente en beneficio del primero. Y también es cierto que tal desplazamiento determinó graves fracasos del Estado, en forma de esclerosis burocrática, de rigidez de los costes, de quasi-rentas políticas y de partidos, de crisis fiscal, de penalización del espíritu empresarial y de mortificación de la competencia.

Pero, desde hace como mínimo veinte años, el péndulo se ha invertido de forma decidida y violenta. Quizá el símbolo más evidente de esta verdadera contraofensiva *de la economía apolítica*, que tiende a limitar los márgenes de las alternativas políticas y democráticas elegidas, dentro de márgenes cada vez más estrechos, lo constituye el reciente Acuerdo multilateral en materia de inversiones (AMI). Sin entrar en el meollo de este complejo problema, sobre el cual el Parlamento Europeo ya ha expresado su alarma y su admonición, bastará decir que contempla, por primera vez en la historia, una especie de cláusula de empresa más favorecida, determinando «un desequilibrio entre derechos y obligaciones de los empresarios, con lo cual estos últimos gozan de plenos derechos y protecciones mientras que los estados firmantes están sujetos a pesadas obligaciones que podrían dejar sin tutela a sus poblaciones» (por la resolución del P.E.). Las consecuencias despoltizadoras de la mundialización se resumen de forma directa en esta cita: «La mayor parte de los políticos aún no se ha dado cuenta de hasta qué punto la política está actualmente bajo el control de los mercados financieros, o más bien, dominada por éstos». Es del señor Tietmayer, Presidente del Bundesbank.

8. Orientaciones políticas

Primer punto: ¿Se debe o se puede retroceder? Según mi opinión, no se debe hacer y, aparte de ello, no se puede. ¿Retroceder adónde? ¿Al mundo de Bretton Woods? ¿O aún más atrás, al del proteccionismo? ¿O, todavía más atrás, al mundo del patrón oro? La historia no se desmonta y se vuelve a montar como un mecano. Cada época corresponde a cierta estructura irrepetible de técnicas, ideas, poderes y valores. Por lo

tanto, el problema ni siquiera se plantea. El derribo de las barreras económicas señala una época de la historia que no podemos eludir. Se trata de no sufrirla, de gobernarla, de utilizar las oportunidades del mejor modo, de evitar los riesgos en lo posible. Por lo tanto, la primera orientación es la exclusión de cualquier regresión nacionalista-proteccionista. Pero también de políticas de pura y simple resistencia pasiva al cambio, de protección en las trincheras nacionales o corporativas.

Segundo punto. ¿Se puede intentar reducir la velocidad y atenuar la fuerza de la corriente echando arena en los engranajes de la mundialización? ¿Con medidas de control administrativo? Sus costes superan a menudo sus ventajas. ¿Con medidas fiscales? La propuesta más famosa, en este último sentido, es la llamada «tasa Tobin»: una recaudación mínima sobre la transferencia de capitales que, no obstante, afectaría precisamente a la enorme cantidad de operaciones de plazo brevísimo que constituye el factor más importante de inestabilidad de los mercados. La propuesta es simple, racional y práctica. Quizá por ello ha encontrado, en el *establishment* financiero mundial, una conspiración del silencio. Sin embargo, el talón de Aquiles de la *tasa Tobin* está en la desesperante dificultad de aplicarla de forma tan extensa que haga poco incisivos los comportamientos de defección. Y sin embargo, no habría que abandonar esta perspectiva. Una paciente campaña de presión y persuasión puede llevar, en nuevas condiciones más favorables de mutuo reconocimiento de sus ventajas, a su realización.

Tercer punto. Parece quizá más compleja pero más realista una estrategia tendente no tanto a reducir el alcance del fenómeno sino a construir potentes diques que permitan canalizarlo. Reglas internacionales de protección ecológica. Reglas de garantía social contra la explotación laboral. Reglas de prevención y represión de las finanzas criminales. Acuerdos directos para la eliminación de los paraísos fiscales. La nueva Organización Mundial de Comercio debería ser el lugar natural de tales acuerdos, sobre todo si su competencia se extendiera al campo de las inversiones y las operaciones financieras. En este terreno, el enfoque de la AMI parece ser claramente erróneo tanto, como hemos visto, por sus contenidos como por el aspecto institucional. La OCDE está demasiado vinculada a su carácter genético de club de ricos para generar una constitución justa.

Cuarto punto. La forma más eficaz de afrontar la mundialización en una área determinada es la de realizar una unión económica y monetaria entre los países que forman parte de la misma. Europa es el ejemplo más claro. La desaparición de las

monedas nacionales dentro de esta área, en particular, reduce espectacularmente el campo de la especulación, pero la recuperación en la Unión en cuanto a la erosión de la soberanía nacional consiguiente a la mundialización es posible solamente si se realiza una verdadera unión económica. Desde este punto de vista son esenciales dos aspectos: una armonización fiscal que haga imposible la competencia fiscal entre los países que forman parte de la misma, en perjuicio del trabajo y en ventaja del capital y de las inversiones especulativas; y la coordinación de las políticas macroeconómicas que recupere a nivel de la Unión como mínimo una parte de los márgenes de libertad perdidos por las políticas fiscales y monetarias de cada país en particular.

Quinto punto. A escala internacional, la respuesta más eficaz a la mundialización, en el sentido de la capacidad de utilizar su energía propulsora minimizando las consecuencias desestabilizadoras, es la de construir un poder económico mundial más equilibrado. Tras el fracaso del sistema de Bretton Woods, el mundo ha entrado en una fase de hegemonía americana imperfecta que posee todas las desventajas de la asimetría sin el bien común de la responsabilidad hegemónica. La formación de uniones económicas regionales, que se está perfilando en varias partes del mundo, además de tener lugar en Europa, puede ser la premisa de acuerdos transnacionales sobre políticas, aparte de sobre reglas básicas. Un ejemplo lo ofrecen los actuales intentos de alcanzar un acuerdo transatlántico. Pero el objetivo más ambicioso y eficaz debería estar constituido por un nuevo sistema monetario internacional que ponga fin al actual estado de desorden e inestabilidad monetaria. El nacimiento del euro puede ser una gran ocasión en este sentido. Desaprovechar esta ocasión, por otra parte, podría llevar a una condición de mayor volatilidad de los mercados si las dos grandes monedas rivales fueran gestionadas en competencia.

Sexto punto. El más fundamental y decisivo, aunque pueda parecer el más remoto y utópico. El carburante de la mundialización es el impulso de competencia que se produce, a la búsqueda del beneficio, en el mercado de los bienes y servicios privados: de las «mercancías». Dentro de ciertos límites, este impulso constituye una gran fuerza positiva que actúa en el sentido de la prosperidad y del bienestar. Más allá de estos límites se producen fenómenos de exclusión, de competencia emulativa, de consumo conspicuo, de desviación criminal; en una palabra, de disgregación social, causando un desequilibrio cada vez mayor entre bienes privados y bienes sociales: la salud, el medioambiente, la educación y la solidaridad. Este desequili-

brio puede llevar, a la larga, a una regresión desastrosa. El mejor modo para conjurarla es reequilibrar la actual desproporción en el empleo de los recursos. En la era keynesiana y «socialdemócrata» este objetivo se perseguía a través de un Estado social. Los límites de sostenibilidad fiscal de esta fórmula y la creciente intolerancia por las necesidades sociales insatisfechas imponen afrontar esta tarea abriendo, junto a las estructuras más ágiles de un Estado social renovado, un vasto campo al desarrollo de un sector de economía asociativa, de un verdadero *tercer sistema* fundado en los principios y valores de la solidaridad. Esta debería ser la tarea concreta de la izquierda europea en los albores del nuevo siglo.



LA MUNDIALIZACION COMO PROCESO HISTORICO

Jorge SEMPRUN

Voy a intentar exponer, en el marco de las reflexiones generales que ha presentado Felipe González, una reflexión breve sobre un tema concreto, recordado por Armand Mattelart al principio de su intervención. El tema de la amnesia que padece mucha gente que cree, o parece creer, que la mundialización es un proceso, una especie de cataclismo, que caracteriza el momento actual. Quienquiera que haya sido el inventor del término, quienquiera que sean los especialistas de su divulgación, o los filósofos neoliberales, lo cierto es que se trata de un término y un cataclismo recientes.

Es evidente que detrás hay todo un proceso histórico. No voy a remontarme al descubrimiento de 1492, sino al siglo XIX, a ese periodo al que también alude Mattelart. Y al hacerlo, me veo obligado a referirme a Marx. Sé que para muchos Marx no es más que un fantasma del pasado. Pero yo creo que hay que

ser consciente de dos cosas al mismo tiempo, de que el marxismo revolucionario es un fantasma del pasado, un fantasma sangriento, y de que Marx es un pensador vivo. Hay que intentar restablecer una visión dialéctica, y por lo tanto contradictoria, de la realidad, y aquí quiero citar muy brevemente la frase que creo es la más dialéctica del siglo XX, y que no es obra de un marxista, ni siquiera de Mao, el «*Gran Timonel*», sino de un escritor norteamericano decadente. En una novela cuyo tema no es en absoluto la filosofía, Fitzgerald dice, cito de memoria, «lo característico de la auténtica inteligencia es funcionar basándose en dos ideas contradictorias; que las cosas no pueden cambiarse y, a pesar de ello, estar decido a transformarlas». Es el optimismo de la voluntad.

Así que es necesario pensar en términos contradictorios. Es decir, la muerte del marxismo y la vitalidad de algunas ideas fundamentales de Marx. Esto también puede resultar útil para adquirir una visión crítica de la sociedad actual. El *Manifiesto comunista* data de 1848, así que este año se cumple su 150 aniversario. Si bien es cierto que éste no es un seminario sobre el *Manifiesto comunista*, cabe recordar dos o tres de los textos fundamentales. Uno de ellos es precisamente el elogio, la exposición y el ditirambo de la mundialización; la exposición de Marx sobre la novedad que supone la industrialización del mundo, la difusión de las técnicas de producción y lo que él llama la estrechez nacional provocada por el establecimiento del mercado mundial.

Podría casi afirmarse que para Marx el mercado mundial sustituye un poco al «espíritu del mundo» de Hegel. No es necesario que nos explayemos sobre este periodo, pero cabe recordar a los extremistas contrarios a la globalización de hoy en día que se trata de la tradición de visión positiva de la globalización, marxista y de izquierdas, cualquiera que sea el matiz. Pero quiero añadir al mismo tiempo el siguiente corolario: para Marx esta visión es positiva porque para él la mundialización es el paso previo para la revolución. Más adelante volveré a referirme a este aspecto.

Marx dice incluso algo que haría hoy estremecerse a algunos de los partidarios de la excepción cultural, sobre todo cuando la excepción cultural no se considera europea sino nacional; es decir, la excepción cultural, por ejemplo francesa, que se difunde en toda Europa. Marx habla del concepto de literatura mundial, que surgirá en el futuro, y que no significa lengua universal, sino el intercambio de valores literarios universales en las lenguas nacionales. Este concepto tiene aún vigencia y se refleja en la realidad.

Después Marx comienza un proceso de reflexión, y empieza a escribir *El capital*, obra que no terminará hasta diez años más tarde. Este proceso de reflexión, diez años más tarde, dará lugar a un libro que es un borrador del *Capital* y que no se publicó hasta mucho más tarde y en circunstancias que no favorecieron su difusión entre la inteligencia de izquierdas: se publicó en 1939 y en 1941 en Moscú: *Los fundamentos de la crítica de economía política*. Pero no era el momento oportuno para que esta obra pudiese impregnar el pensamiento occidental y mundial. Ni tampoco después, en 1953, tras del muro de Berlín, o mejor dicho, tras el futuro muro de Berlín, en la Alemania del Este. Es decir, no se dieron las condiciones idóneas para que este libro pudiese difundirse y comprenderse.

Marx tiene una visión apocalíptica del tiempo histórico. Y una vez que ha elaborado el concepto de capital, de mercado mundial, de capital en general, que es un concepto con más vigencia hoy en día que en la época de Marx, cree que ya está todo hecho, que la revolución es ya una realidad. En octubre de 1857 escribe a su antiguo amigo Engels cartas que son una obra de arte de comprensión, solidaridad e intercambio de noticias, una obra de arte de la literatura mundial. Marx escribe a Engels para decirle que «estoy trabajando como un loco para terminar mi libro sobre economía política, para que me dé tiempo a acabarlo antes de que el sistema se derrumbe». Era en 1857.

Un año más tarde, en diciembre de 1858, en una carta excepcional, Marx hace un poco el balance de su trabajo. Dice: «Está claro que la burguesía está experimentando un nuevo renacimiento, un nuevo siglo XVI. Porque ahora el mercado mundial existe de verdad. Con la apertura de California y de Japón al mercado internacional, la mundialización es un hecho. Por eso la revolución es inminente. Y adquirirá inmediatamente un carácter socialista. El único problema, y te pregunto tu opinión al respecto, es ¿cómo podrá resistir la revolución en un rincón del mundo tan pequeño como es Europa?».

Como ven ustedes, Marx destruye la teoría del socialismo en un solo país un siglo antes de que sea enunciada. El último trabajo teórico de Stalin, teórico con comillas o sin ellas, según se acepte su calidad de teórico, se llama *Problemas económicos del socialismo*, y en él se constata la existencia de dos mercados mundiales. No existe un mercado mundial, sino dos. Y es el mercado mundial socialista el que se acabará imponiendo al mercado mundial capitalista. Como vemos, esta teoría está muy lejos de Marx y del mercado mundial.

Sin embargo, dicha visión apocalíptica es la base de la teoría marxista revolucionaria de la crisis. Marx no es el responsable de los *gulag*. Pero Marx es responsable de la teoría revolucionaria de la crisis que ha resultado nefasta para el movimiento revolucionario y, sobre todo, para el leninismo. Cualesquiera que sean los descubrimientos y los estudios de detalles concretos realizados al respecto por los economistas marxistas, hoy en día sabemos que se trata de una experiencia del siglo XX que resulta clara. Y hay que decirles a algunos doctrinarios de izquierdas que la crisis final del sistema no va a producirse. Y a los doctrinarios de derechas hay que decirles que la crisis no se acabará nunca. Ni crisis final ni fin de la crisis. La crisis forma parte del propio funcionamiento del sistema capitalista.

Así pues estamos hablando de este libro, *Los fundamentos de la crítica de la economía política*, que en parte es un producto de esta especulación apocalíptica, y en parte tiene hoy más vigencia que en la época en que Marx escribió el libro.

En este libro hay una veintena de páginas sobre la función de la tecnología que, evidentemente, para Marx no podía traducirse en autopistas de la información ni en microprocesadores; su inteligencia no era tal que pudiera inventar tales cosas, sino que tratan de la función fundamental de la tecnología, de la ciencia y del saber. La productividad y la invención de la plusvalía relativa están vinculadas, para Marx, al desarrollo de todo esto en la productividad del trabajo. Estas son las páginas que hoy tienen más vigencia que en la época en que las escribió Marx.

Entonces, ¿cuál es la situación en que nos encontramos? Nuestra situación, y cuando digo «nuestra» pienso en el pensamiento de progreso sin caer en las trampas de la ilusión del progreso; progresista, de izquierdas y no sectario. Un pensamiento de izquierdas que, por supuesto, abarca a la familia socialista y socialdemócrata. ¿Cuál es nuestro problema en la actualidad? El problema es que la crisis no ha tenido lugar, pero sí la revolución. Es decir, nos encontramos en un momento en que las tesis de Marx sobre la mundialización se plasman en la realidad, pero no en su totalidad. Y Mattelart tiene razón cuando dice que no estamos en absoluto al final, sino al principio del auténtico proceso de globalización. Las tesis fundamentales llegan a la madurez sin que por ello nos encontremos en la la antesala de la revolución.

Si las épocas históricas se distribuyesen por las habitaciones de una vivienda, no sé cuál de ellas correspondería a la época actual. En todo caso, no sería la antesala. Podría ser la habita-

ción donde se encuentra la capilla ardiente, donde se vela el cadáver de la revolución. Puede que sea ahí donde nos encontramos.

La revolución no ha tenido lugar, y la alternativa es muy simple: o es el sistema, y cuando digo el sistema quiero decir el sistema de producción de mercancías, el sistema capitalista mercantil, el que se está desarrollando en estos momentos; o es la economía de mercado dirigida por sus fuerzas la que resuelve la crisis actual, y la resuelve a su manera, es decir, con una brutalidad inaudita, mediante la exclusión, el desempleo, etcétera. O bien, en el contexto de la objetividad del proceso, surgen fuerzas que influyen en el sistema.

Creo que a este respecto Felipe González ha dado ideas, pistas que pueden estudiarse y desarrollarse. La alternativa es que modifiquemos el sistema, sabiendo que la economía de mercado no puede superarse en el momento actual, pero que esta misma economía reproduce a cada instante, cada minuto que pasa desigualdades, injusticias, polos de monopolización a todos los niveles, no solamente en la economía sino también en la cultura.

Y creo que ése es el problema fundamental, cualquiera que sea el aspecto técnico o el aspecto específico de nuestros debates, ahora y en el futuro. Es un problema de estrategia, y no sólo de antropología o arqueología. Se trata del problema de la estrategia que debemos elaborar.

Quiero terminar rápidamente aludiendo a un tercer aspecto de esta situación actual relacionado también con lo que ha dicho González: el Estado-nación. Creo que desde el punto de vista cultural, hoy en día es necesario pensar en conjuntos. En nuestro caso, contamos con el conjunto europeo que es una tradición contrastada, una tradición contradictoria, de liberación y de opresión. En la medida en que Europa exporta valores liberatorios, también exporta colonias y opresión.

Tenemos, pues, a Europa, y quisiera que, sin que nos olvidemos de que existen otros conjuntos en el mundo, reflexionáramos un poco en tanto que sureuropeos sobre lo que puede ser Europa desde el punto de vista cultural.

Sin querer ser pedante, me veo aquí obligado a recordar a un viejo filósofo judío, apartado de las universidades alemanas por Hitler, al que dedicó su primer gran libro, aunque después Hitler hiciera borrar su nombre de la dedicatoria porque el autor era judío. En una conferencia celebrada en 1935, este autor hablaba ya de la necesidad de que exista una cierta supranaciona-

lidad. Esa es la palabra clave para que Europa se convierta en un símbolo espiritual que pueda volver a despertar culturalmente. El libro se escribió en Viena en 1935. Lo editó ese mismo año en Viena y en Praga, al alba de la barbarie generalizada, tres años después de que Hitler llegara al poder. Se trata de cosas muy importantes. Por nuestra parte, deberíamos hacer nuestra la labor que realizaba este viejo filósofo, porque hay un proceso en marcha, el proceso de la construcción de Europa.

En este sentido creo que es necesario ser consciente de que la Europa cultural es la diversidad, y nunca la excepción cultural de un país que se impone a las demás excepciones culturales. Europa será la diversidad o no será. Desde el punto de vista cultural, es evidente: no existe una lengua única ni un mercado único. Y además hay una cosa que tiene que estar clara: no debemos olvidar nunca, y nuestros amigos intelectuales europeos lo olvidan a veces, según de qué país se trate, que el inglés también es una lengua europea, que no es sólo la lengua del imperio, sino también la lengua de Inglaterra. Es también una lengua europea y si Europa existe es porque ha habido un país democrático que se llama Inglaterra que se resistió él solo a todos los totalitarismos desde 1940 a 1941.

Por lo tanto, aunque, como todos sabemos, los ingleses mantienen relaciones conflictivas con Europa, son ellos los que fundaron Europa. Una tarde, durante una cena privada, oí cómo el canciller Kohl se lo recordaba a un inglés muy antieuropeo: «Pero si han sido ustedes los que han inventado Europa resistiéndose a Hitler e impidiendo el desembarco de Hitler, son ustedes los que fundaron Europa en 1940».

Es una referencia histórica habitual en él, pero que sigue teniendo vigencia. El inglés es también una lengua europea, no sólo la lengua del caballo de Troya. Y si se quiere, es la lengua de Europa también de cara al mundo entero.

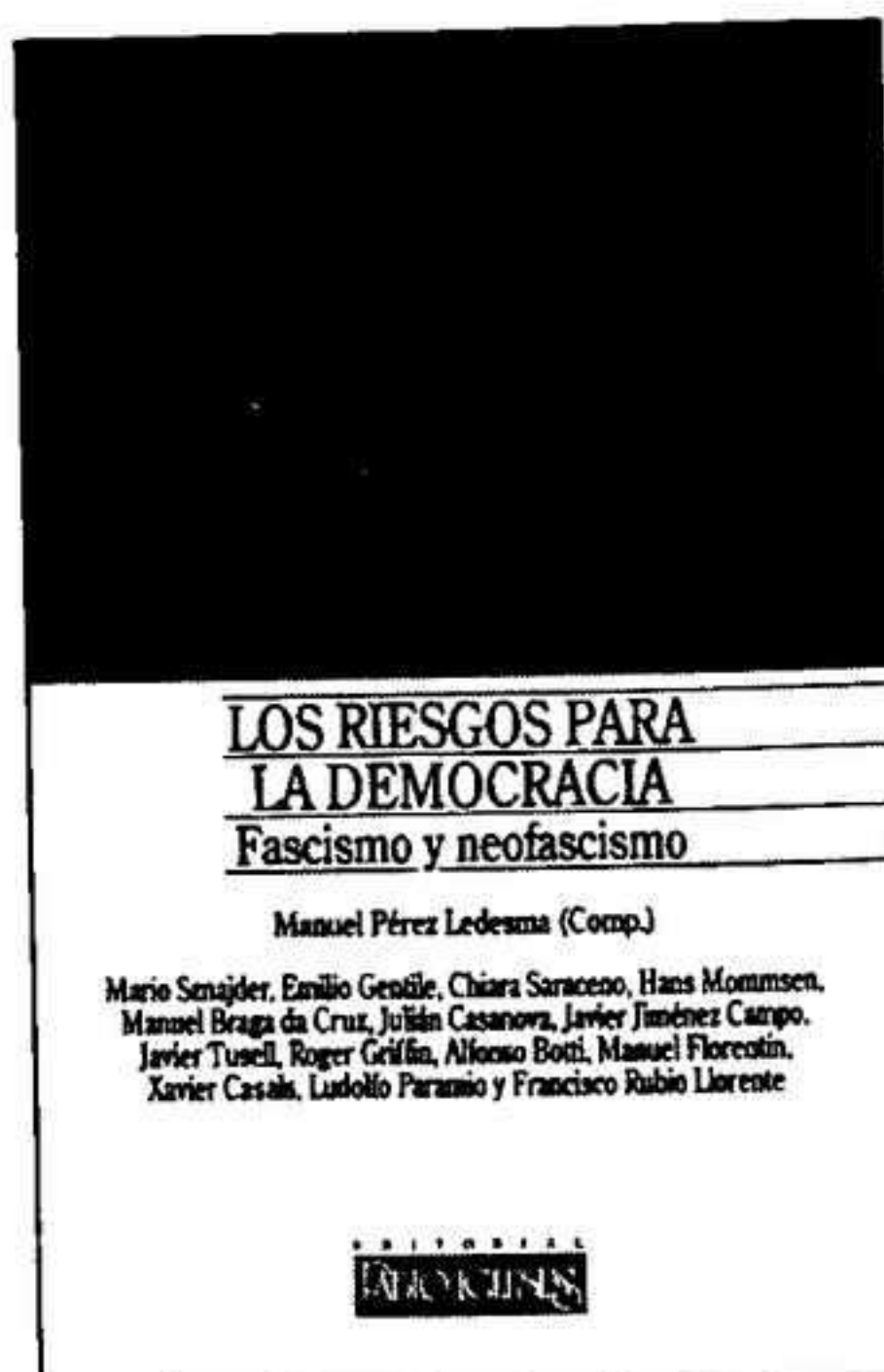
Evidentemente la cuestión es compleja y a veces sorprendente. Voy a terminar con una paradoja. La paradoja de que la modernidad del siglo XIX, desde el punto de vista cultural, sea la modernidad jacobina-bonapartista. Fue la gran fuerza modernizadora del siglo. Es la invención francesa de la modernidad, a través del jacobinismo o el bonapartismo; en definitiva, a través de la visión del Estado central. Desde el punto de vista cultural, no debemos olvidar nunca que el ministro de Educación Nacional, o como se decía entonces de Instrucción Pública, pidió en 1932 a los maestros de escuela que erradicaran totalmente la lengua bretona para imponer a todo el mundo el francés como lengua cultural. La palabra erradicar consta en la circular.

Y puede ser, y con esto acabo, que precisamente el arcaísmo auténtico de España, el arcaísmo que después plasmó la dictadura franquista a través de estructuras burocráticas y opresivas, puede que haya sido ese arcaísmo el que haga posible que hoy en día sea más fácil ser catalán y europeo que bretón y europeo.

Por eso es necesario reflexionar tanto sobre el lado positivo de la movilización del capital humano por parte del Estado, como sobre el lado negativo que ha tenido este tipo de modernización. Y además es preciso intentar restablecer, mantener y desarrollar la unidad cultural de Europa a través del respeto de la universalidad de las lenguas. Se puede perfectamente hacer cine europeo, hablar en checo, en eslovaco, en español, en francés y en inglés, sin que por eso se trate necesariamente de un sistema de coproducción, sino de un sistema de creación cultural a partir de valores que son fundamentales tanto política como culturalmente.

E D I T O R I A L

FABIO IGLESIAS



LOS RIESGOS PARA LA DEMOCRACIA. FASCISMO Y NEOFASCISMO
Manuel Pérez Ledesma (Comp.)
Mario Sznajder, Emilio Gentile, Chiara Saraceno, Hans Mommsen,
Manuel Braga da Cruz, Julián Casanova, Javier Jiménez Campo,
Javier Tusell, Roger Griffin, Alfonso Botti, Manuel Florentín,
Xavier Casals, Ludolfo Paramio y Francisco Rubio Llorente

207 págs.

2.600 ptas. (IVA)

Pasado ya más de medio siglo desde el final de la Segunda Guerra Mundial, y de lo que entonces parecía una derrota definitiva del fascismo, la preocupación por este movimiento político no ha desaparecido sino que sigue en gran medida vigente. El resurgimiento de partidos o grupos que se consideran herederos de las actitudes antidemocráticas del fascismo italiano o del nazismo alemán, ensombrece la situación política actual en diversos países europeos.

Partiendo de un análisis historiográfico de los regímenes fascistas, así como de un examen detallado de algunos casos de neofascismo, los autores establecen una tipología que arroja nueva luz sobre la vinculación de las dictaduras de Franco o Salazar con el fascismo y aportan, desde diversas perspectivas, elementos para una reflexión global sobre los peligros que, aún hoy, acechan a la democracia en Europa.

Pedidos:
Monte Esquinza, 30 2.º dcha.
Tels.: 913 104 696 y 913 104 798. Fax: 913 194 585

Forma de pago: talón bancario
o giro postal



FEMINISMO Y PROGRESO GLOBAL

*Dolors RENAU, Micaela NAVARRO,
Carmen MARTINEZ TEN,
y otras*

El documento *Progreso Global* es una aportación extraordinariamente valiosa al pensamiento socialista actual y a la necesidad de dar una respuesta progresista a los nuevos retos planteados por la globalización económica, la presencia de las nuevas tecnologías, y el impacto que ambos factores tienen sobre la vida de toda la ciudadanía del planeta.

Creemos, sin embargo, que para que este documento cumpla con la voluntad de realizar un diagnóstico certero sobre los problemas actuales y futuros, debe ser complementado con un nuevo enfoque que incorpore, aunque sólo sea a modo de esbozo, cuestiones que no han sido más que tangencialmente abordadas en él y que sin embargo están determinando y condicionando la vida de todos los ciudadanos y ciudadanas del planeta. Se trata de cuestiones que no suelen estar tampoco suficientemente presentes en las «agendas» políticas. Cuestiones que se relacionan con la parte no visible de la actividad hu-

mana, la parte no contabilizada de la vida económica, la parte silenciada de la vida humana que no se halla suficientemente reflejada en los discursos políticos que abordan los asuntos públicos, esta parte de la realidad protagonizada por la mitad de la población mundial: las mujeres.

Nuestra reflexión al debate tiene un doble objetivo: ampliar la reflexión sobre las consecuencias de la globalización, a los seres humanos-mujeres, que parten ya de una situación de neta desigualdad. Y, desde esta misma óptica, aportar nuevos elementos de reflexión al debate sobre un futuro orientado al progreso global. Creemos que sin la contribución de las mujeres va a resultar imposible avanzar por el camino del progreso global.

Lo hacemos desde una óptica bien definida, aquella que se deriva de nuestra doble adscripción al feminismo: como formulación política del movimiento de emancipación de la mitad de la humanidad, y como socialistas que participamos en la construcción de una sociedad más igualitaria y libre.

Feminismo es política: política de izquierdas

Es fundamental iniciar nuestra aportación recordando que feminismo es política. El feminismo y los movimientos de mujeres para su liberación ya no pueden seguir siendo considerados como cuestiones «sectoriales». Deben ser valorados como cuestiones políticas de primera magnitud cuyas consecuencias atañen al conjunto de los seres humanos, hombres y mujeres. Se trata de una política de izquierdas, que comparte sus orígenes con los movimientos emancipatorios inspirados en la Ilustración.

El feminismo es política porque tiene como objetivo la generalización y universalización de los derechos humanos.

Porque las actividades que genera, sean estas sistemáticas o difusas, están orientadas a mejorar la vida de la mitad de la humanidad.

Porque dado el lugar central de las mujeres en el entramado de la vida social y económica, su emancipación va a transformar y de hecho ya lo está haciendo la vida de todas las personas, las relaciones personales, la estructura y funcionamiento de muchas instituciones y la propia vida económica.

Y porque la incorporación masiva de mujeres a las decisiones políticas, a los asuntos colectivos, va a introducir nuevos

valores, distintas prioridades y nuevas formas de manejar la política.

*Dolors Renau,
Micaela Navarro,
Carmen Martínez Ten,
y otras*

Hacia una nueva relación entre feminismo y socialismo

En este momento en que el modelo de relaciones económicas y sociales se está transformando de forma acelerada, y donde existe un alto riesgo de aumentar desigualdades ya existentes y crear una sociedad global insolidaria y destructiva, es fundamental establecer formas más estrechas de colaboración entre el feminismo y el socialismo.

La historia nos recuerda los avatares de la relación que ha existido entre dos movimientos cuyo origen es similar, pero que han seguido procesos paralelos, a menudo conflictivos y que, en este momento, confluyen en un objetivo común: el de luchar por la igualdad entre los seres humanos y el de intentar erradicar esta desigualdad universal que se extiende por todo el planeta y que tiene su origen en el género. Socialismo y feminismo deben trabajar, ahora más que nunca, de forma conjunta.

La experiencia demuestra que allí donde ha gobernado el socialismo ha mejorado la situación de desigualdad de las mujeres. Por una parte, debido a las acciones de gobierno directamente dirigidas a compensar desigualdades por razón de género. Y por otra gracias a las políticas generales, a las medidas indirectas orientadas a la generalización y protección de derechos básicos como la educación, la sanidad, el trabajo o la protección social.

Sin embargo eso no ha sido suficiente para acabar con la situación de desigualdad de las mujeres, cuyas raíces se hunden en la misma estructura básica de la organización de las sociedades, que se nutren del androcentrismo propio del inconsciente cultural colectivo de toda la humanidad.

La palabra clave del debate actual es «complejidad». Antes, las respuestas que el socialismo ha aportado a la complejidad de las situaciones creadas se han movido sobre un solo eje y este eje se ha circunscrito a las relaciones de producción, las relaciones entre capital y ha dejado de lado otro eje conceptual, que estaba presente en el socialismo utópico y que era el feminismo. Ahora hay que recuperar este segundo eje que puede iluminarnos sobre muchas cuestiones que no son abarcadas cuando se contemplan desde la sola óptica del socialismo actual.

Es fundamental que el socialismo haga suyas las propuestas del feminismo, en tanto éste conforma una teoría crítica de la cultura y de las pautas de vida heredadas, y que acepte la fuerza de esta gran masa de acciones pequeñas o grandes de las que resulta un integral cambio valorativo. Es fundamental que el socialismo se «feminice» y recoja no tan sólo la vindicación de los derechos de la mitad de la humanidad, sino que incorpore a su discurso y a su práctica una nueva forma de entender la vida social y económica y prioridades políticas distintas.

El feminismo socialista ante el reto de la globalización

La actual situación de cambio se basa en el avance del progreso científico por una parte, y por otra en la forma como los frutos de este progreso se organizan y redistribuyen. De hecho hasta este momento parece que la suma de ambos factores tiene tres consecuencias:

- el aumento acelerado de las desigualdades tal como señalan los distintos informes del PNUD a lo largo de esta década;
- la progresiva destrucción de los recursos naturales resultado de la creencia de que estos son infinitos, de la falta de noción de sus límites y de la necesidad de su conservación;
- los problemas generados por la destrucción de identidades y de formas de vida tradicionales que han permitido subsistir durante años a muchos países terceros.

Debemos plantearnos cómo afectan dichas consecuencias a las mujeres que se enfrentan a la nueva situación desde posiciones de enorme desigualdad. Y por otra parte, ¿qué pueden y van a aportar al progreso global las mujeres si hacen oír su voz?

Las consecuencias de la globalización económica, de la internacionalización de mercados y del flujo incontrolado de capitales afectan a las mujeres de forma especialmente dramática. Por una parte debido a la polarización de la distribución de la riqueza y, por otro, debido al retroceso de las políticas de bienestar social. Como dice Martine Aubry, el liberalismo está muy bien para el más fuerte y ganador, pero bastante peor para el débil. Las mujeres son mayoría entre los desfavorecidos. Se trata de una mano de obra menos cualificada, con casi un nulo acceso a la propiedad y sujeta a unos códigos culturales que hacen de ella objeto directo de explotación. Su situación de fragilidad las hace más vulnerables tanto a las consecuencias de los ajustes estructurales que tienden a reducir las escasas prestaciones sociales, como a la explotación directa en el ámbito de la producción y comercialización internacionalizados. La pobreza se ceba en

ellas, que continúan siendo las responsables de la vida familiar y de los mecanismos básicos de subsistencia, de forma que puede ya afirmarse que la pobreza actual tiene rostro de mujer.

*Dolors Renau,
Micaela Navarro,
Carmen Martínez Ten,
y otras*

En estas condiciones, además, las mujeres inmersas en la supervivencia tienen enormes dificultades para hacer propuestas y colaborar en la redefinición de las políticas que condicionan sus vidas, mientras resultan ser extraordinariamente activas y creativas en los ámbitos reducidos en los que desarrollan sus actividades comunitarias.

Tanto en la Conferencia de Beijing como en numerosos foros internacionales posteriores, se han hecho propuestas que contemplan la necesidad, la urgencia para las propias mujeres y para la humanidad entera, de que ellas participen en pie de igualdad, en términos de paridad, no sólo en el desarrollo de sus derechos sino en la solución de los problemas que el mundo actual tiene planteados como resultado de la globalización.

Propuestas del feminismo ante la globalización

El feminismo socialista quiere recordar una vez más que el ser humano debe ser el centro y referente de la acción política. Hay que volver a hablar de «humanismo» en política. Si la política es el arte del manejo del poder orientado al bien común, la democracia consiste en hacer transparente dicho poder, en compartirlo y repartirlo tanto como sea posible y en potenciar la máxima participación de la ciudadanía.

Las mujeres feministas, de izquierda, tenemos un compromiso con los valores de la universalidad, participación y transparencia. Y por tanto un compromiso con lo público, en cuyo centro colocamos al ser humano y a su bienestar. Anhelamos una solidaridad que garantice el bienestar, más allá de la que normalmente ha sido garantizada por el trabajo oculto de las mujeres, que en todo momento han resultado ser el gran colchón de la cohesión social.

Coherentes con el principio de universalización de derechos, hay que seguir exigiendo, para ellas, la universalización de todos los derechos humanos. Esto implica una actividad constante de vindicación que abarque los derechos básicos a la educación, al trabajo, a la sanidad y a la protección social y a participar en pie de igualdad en todos los asuntos colectivos, a fin de que las mujeres puedan vivir como seres humanos dignos y libres. En este sentido la tarea va a ser todavía larga y el momento actual suma nuevas dificultades a la tarea reivindicativa de siempre.

Existe, en estos momentos, una nueva situación en el contrato social que ha regido las relaciones entre hombres y mujeres durante cientos de años. En efecto los cambios que se están produciendo a nivel del mercado y en el papel del Estado son indisolubles de los que se están produciendo en el ámbito familiar y aquellos generados por el acceso creciente de las mujeres a la educación y al empleo remunerado. El factor género está jugando como un elemento de transformación profunda de la sociedad y pone en crisis el viejo contrato social implícito entre hombres y mujeres.

Somos el agente social fundamental y el sujeto histórico activo del cambio que debe producirse en materia de bienestar social a nivel mundial; nuestras propuestas pueden abrir nuevas vías de solución a los nuevos problemas planteados por la tendencia a aumentar las desigualdades. El feminismo tiene una gran aportación que hacer al diagnóstico de la situación actual ya que las mujeres estamos profundamente comprometidas con el bienestar de toda la población.

La primera observación que hay que hacer en esta dirección es la referida a un hecho económico que debe ser valorado: el 40 % de la riqueza de un país está producido por el trabajo oculto, que el viejo modelo de Estado de bienestar consideró como trabajo no existente y que excluye a un gran número de mujeres de lo que se considera población activa y por tanto sujeto directo de derechos.

El Estado de bienestar que nace de un gran pacto, de un gran contrato social, se ha hecho desde una filosofía que ha marginado a las mujeres ya que define los derechos vinculados a la condición de trabajador fundándose en una determinada concepción de la familia patriarcal.

Debido a este origen los contenidos del Estado del bienestar están definidas según las necesidades de este contrato originario. Por ello las mujeres no podemos asumir ningún modelo de bienestar social que no la contemple como sujeto de pleno derecho. Hay por tanto que repensar todo el sistema de protección social a partir de la globalización del mercado, de los sistemas financieros y de la información. Refundar el pacto social que hubo en su origen, de forma que contemple los derechos de todas las personas, más allá del lugar que ocupen en la familia. En este sentido la perspectiva de género es fundamental. Nosotras somos parte de la solución y no del problema del desarrollo de los sistemas de bienestar social en todo el mundo.

En nuestro nuevo modelo de contrato social más acorde con las transformaciones aceleradas del mundo, el bienestar social

es una garantía fundamental para que los derechos sean universalizados y las mujeres, a partir de esta universalidad de derechos, las mujeres puedan desarrollarse como personas en toda nuestra realidad diferencial.

Existe además para las mujeres una gran oportunidad en la globalización de la economía. Ya no se puede seguir desarrollando la economía excluyendo este 40% o más del PIB que supone el trabajo no remunerado. El problema de fondo para el desarrollo humano es saber qué es lo que está dando soluciones a las necesidades de las personas. ¿El mercado? Por supuesto. ¿Lo que hacemos las mujeres, este 40 % del PIB? Por supuesto.

Por otra parte, el flujo de capitales avanza a una velocidad de vértigo. ¿Por qué no establecer un control mundial sobre esta realidad y una fiscalidad y aplicar, como dice Naciones Unidas, este 20% a necesidades humanas?

Junto a ello, la destrucción de los mecanismos de solidaridad fundados en el trabajo deja a la familia como único referente real de la solidaridad. Es por ello fundamental que las mujeres, que somos agentes fundamentales de esta solidaridad, hagamos, desde una óptica de izquierdas, análisis y propuestas de forma que abandonando el modelo de familia en que se basaba el antiguo contrato social fundamento del actual Estado del bienestar, construyamos otro distinto donde los derechos de todas las personas sean respetados y que sea un núcleo real de solidaridad y progreso.

Defendemos el bienestar social desde la universalidad de derechos. Definamos mejor esos derechos que van a ser objeto de protección, impliquemos en esta protección a los organismos internacionales más allá del Estado-nación.

Las políticas de cambio estructural tan necesarias en estos momentos deben implicar una descentralización de los poderes públicos y una aproximación cada vez más fuerte al ámbito de lo local. Es en este ámbito donde la vida cotidiana se define y estructura, donde la administración más próxima al ciudadano puede dar respuestas ajustadas, donde la diferencia entre lo público y lo privado se acorta.

Otro de los debates más relevantes abiertos en estos momentos y que tiene especial trascendencia para las mujeres, es el relacionado con el límite del respeto a las diferencias culturales que, en muchos casos, sirven para mantener a las mujeres en una situación de sujeción, a menudo de invisibilidad o de no-ciudadanía. A menudo sus derechos como seres humanos

son claramente vulnerados. Es fundamental defender que el multiculturalismo —tal y como se suele entender para justificar el sometimiento de la mitad de la humanidad a la otra mitad—, debe contemplar la tabla de mínimos que representa el respeto escrupuloso a la declaración universal de los derechos humanos.

El feminismo socialista, además de vindicar los derechos de las mujeres, quiere aportar una nueva lectura de la realidad y decir cómo queremos que sea el mundo en que vivimos. Las mujeres han empezado ya a definir cómo deben ser las ciudades del futuro, cómo deberían distribuirse los tiempos, cómo organizarse la educación y los tiempos de trabajo, y van a seguir definiendo un nuevo modelo de sociedad en el que las demandas y las necesidades de los seres humanos, hombres y mujeres, sean tenidos en cuenta. Para ello es fundamental que las mujeres que estamos más próximas a la vida cotidiana, que históricamente hemos realizado las labores de reproducción y producción, que hemos aportado «cuidados» tan necesarios a la supervivencia de la especie, nos hagamos oír en los foros públicos y en la vida política.

En los últimos tiempos la capacidad propositiva de las mujeres no ha hecho más que aumentar. Por ello, hay que intensificar estos trabajos que encierran una importante y radical crítica a las actuales estructuras sociales y económicas y usar todos los instrumentos sociales y políticos para hacerse escuchar e incorporar nuevas soluciones a los nuevos problemas de todos. Y hacerlo teniendo presente que nuestra sensibilidad, nuestra experiencia histórica y nuestros saberes nos capacitan para defender con fuerza aspectos importantes de la vida colectiva que no han estado presentes en la agenda política de los partidos o lo han estado muy tangencialmente. Temas como la protección de la infancia y de sus derechos inalienables, la maternidad y sus avatares, la salud reproductiva, el apoyo a las diversas formas de familia existentes de manera que sean crisol de igualdad, de justicia y de aprendizaje democrático. Y otras muchas cuestiones ligadas a la lucha por la no violencia, la paz y la resolución negociada de conflictos.

Por otra parte y tal como señala el PNUD hay que incorporar el concepto de «cuidado» como una de las actividades necesarias a la vida colectiva. Las mujeres hemos entrado más tarde en el proceso productivo y por educación y mandato social nos hemos ocupado siempre de la atención a los demás. Seguimos siendo más sensibles al cuidado, a la conservación, al mantenimiento.

Dice el PNUD que la expansión de los mercados tiende a castigar el altruismo y la atención. Y añade por fin: «Un déficit de

servicios y atención no sólo destruye el desarrollo humano, sino que además va en detrimento del crecimiento económico».

*Dolors Renau,
Micaela Navarro,
Carmen Martínez Ten,
y otras*

Las propuestas del feminismo socialista van a conectar con las preocupaciones de la mayoría de las mujeres, y esta conexión nos permitirá trabajar en un proyecto mayoritario. De otra forma, los temas más habituales y candentes para las mujeres en general seguirán estando en manos de la derecha conservadora que no tiene un enorme interés en mantener las cosas como están: con una neta separación entre lo público y lo privado, lo masculino y lo femenino, la democracia de las instituciones públicas y la vida privada. Que no tiene ningún interés en que la profundización de la democracia nos lleve a modificar el interior y el funcionamiento de las instituciones que enmarcan la vida diaria. Ni que la igualdad real sea una realidad tangible para hombres y mujeres.

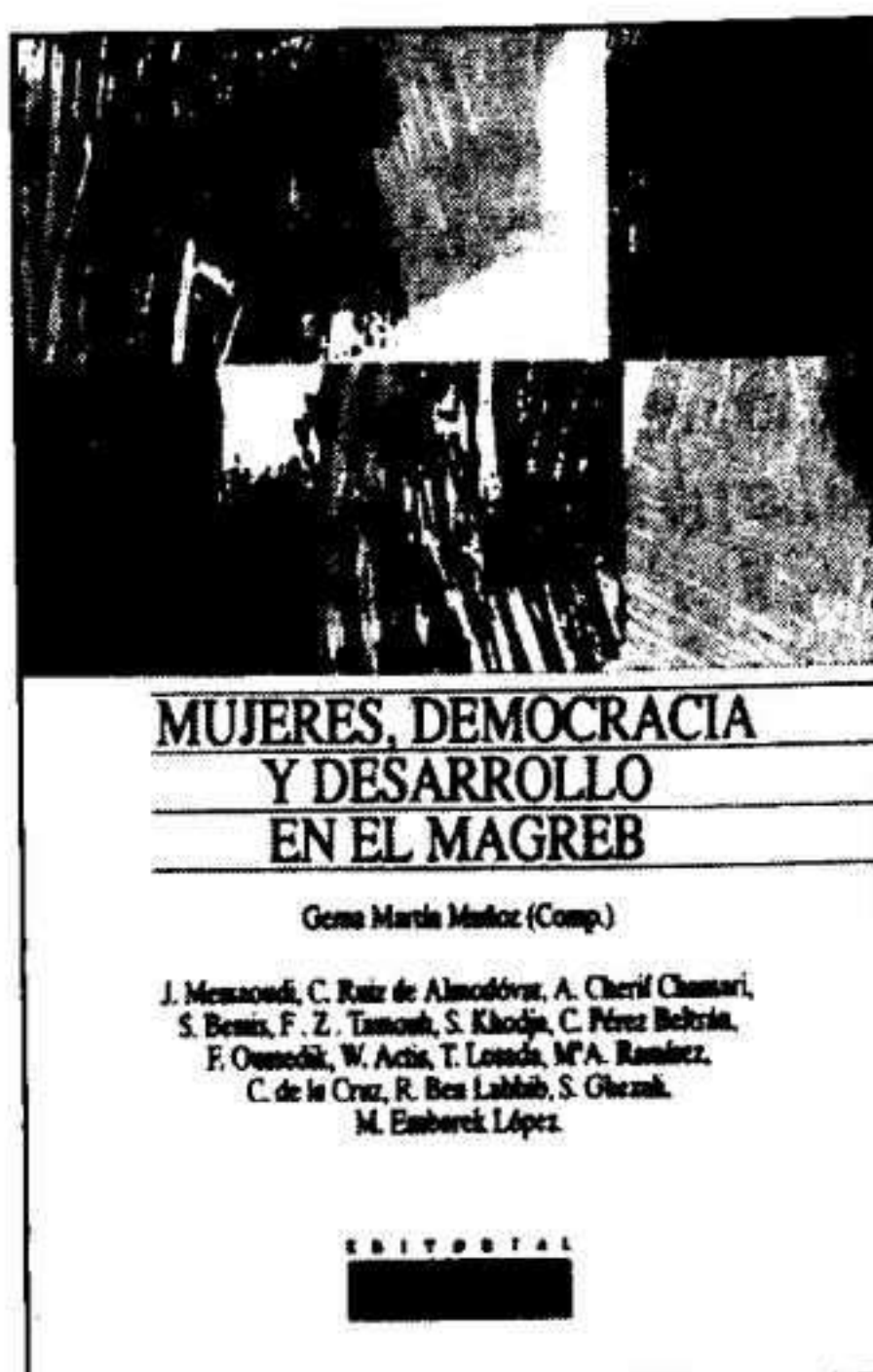
Instrumentos políticos. Temas a profundizar

Para llevar a cabo esta tarea disponemos de una serie de instrumentos que han sido no tan sólo valorados teóricamente sino puestos a prueba y han demostrado su eficacia. He ahí algunos a título indicativo que pueden servir de base a posteriores acciones y debates.

- Plataforma de Acción de Beijing.
- El *mainstreaming* como instrumento de políticas horizontales. Sus riesgos.
- Los contenidos del «Nuevo contrato social».
- Las redes de mujeres: la unión entre lo social y lo político.
- El «empoderamiento» y la política: la paridad y algunos de sus resultados concretos.
- Temas urgentes para la agenda: Las ciudades del futuro, la cultura de la violencia, las familias y la maternidad, la economía y el trabajo invisible...

E D I T O R I A L

LABIO IGLISIAS



MUJERES, DEMOCRACIA Y DESARROLLO EN EL MAGREB

Gema Martín Muñoz (Comps.).

**J. Messaoudi, C. Ruiz de Almodóvar, A. Cherif Chamari, S. Bessis,
F. Z. Tamouh, S. Khodja, C. Pérez Beltrán, F. Oussedik, W. Actis,
T. Losada, M^a A. Ramírez, C. de la Cruz, R. Ben Lahbib,
S. Ghezali, M. Embarek López.**

214 págs.

2.600 ptas. (IVA)

Las sociedades magrebíes actuales afrontan importantes desafíos con respecto a su identidad cultural-religiosa, a la necesidad de impulsar el desarrollo y superar la crisis socio-económica, a la emancipación de la ciudadanía y la construcción de la democracia. En todas estas cuestiones la sacralización de la sociedad patriarcal, el sentimiento de amenaza a los valores árabe-musulmanes, o el papel de las ideologías en relación con el modelo social a adoptar, son factores sustanciales en los que la familia y las mujeres constituyen el centro del debate. El objetivo de este libro es presentar al lector una perspectiva de este complejo de problemas que afecta a una región, el Magreb, histórica y geográficamente próxima a España.

Pedidos:
Monte Esquinza, 30 2.º dcha.
Tels. 913 104 6 96 y 913 104 798

**Forma de pago: talón bancario
o giro postal**
e-mail: fpi@ctasa.es



EDUCACION, DERECHOS HUMANOS Y DESARROLLO

Anisa BUHADEF

A través de los siglos, el pueblo argelino ha librado una lucha incesante para la salvaguardia de su libertad y de su dignidad, y para el acceso al bienestar social al que tiene derecho y que merece sobremanera. Si revisamos nuestra historia, varias veces milenaria, aportaremos luz a este concepto de *ideal de libertad* que constituye la base de la identidad de la nación argelina.

El periodo que vive actualmente el pueblo argelino contiene, desgraciadamente, múltiples incertidumbres y angustias, tanto sobre el presente como sobre el futuro. Los trágicos acontecimientos de octubre de 1988, desenlace lógico y dramático de la revolución que no ha dejado de rugir en el seno de las masas populares, en concreto desde la «Primavera Beréber» de 1980, son una manifestación lógica de la desgracia vivida por nuestra juventud.

La crisis multiforme en la que se debate actualmente nuestro país tanto en el plano económico como en los planos social y cultural no debe jugar, una vez más, a favor de las fuerzas retrógradas y obscurantistas, consecuencias desastrosas del sistema opresor del partido único, que no cesarán de amenazar al joven proceso democrático que nosotros deseamos que sea irreversible.

Después de treinta años de gestión sin control popular, Argelia se encuentra con una dependencia financiera, comercial y tecnológica acrecentada, y no llega a alimentar a su población con la producción agrícola.

Los recursos naturales del país se encuentran hipotecados por los acreedores extranjeros y su mandatario, el FMI. La carga de la deuda exterior seguirá pesando sobre el país y, además, durante un largo periodo. El replazamiento de esta deuda, con una hipoteca sobre nuestros hidrocarburos, no hace más que retrasar los vencimientos de pago, a costa de un programa de ajuste estructural mal negociado y perjudicial para el empleo, el poder de adquisición de los ciudadanos y las inversiones.

A pesar de los beneplácitos prodigados por las instituciones financieras internacionales, la situación económica y social del país sigue siendo muy preocupante.

Para el Frente de Fuerzas Socialistas, sólo una política económica y social alternativa, que tenga como finalidad al hombre, puede permitir frenar la recesión y reanudar el desarrollo.

El estado de la situación

A partir de algunos datos económicos y sociales puede constatar el fracaso.

Una gran parte de los argelinos sobrevive por debajo del umbral de pobreza. Según el jefe de gobierno, la cantidad de parados censados sobrepasa hoy los 2.000.000, es decir, un 30% de la población activa. Unos dos tercios de estos parados son jóvenes de menos de 24 años. Por otro lado, el paro de larga duración se desarrolla y afecta a personas de nivel secundario o superior. Más de 100.000 jóvenes con un diploma universitario se encuentran en paro.

Las infraestructuras (alojamientos, escuelas, hospitales, etcétera) y la protección social son insuficientes para cubrir las necesidades. La política de vivienda se basa sólo en el criterio económico con:

- el abandono de los nuevos programas de vivienda social,
- la incapacidad de terminar los antiguos programas, a causa del endeudamiento de los constructores,
- la transformación de programas enteros de vivienda social en vivienda promocional.

El país tiene una deuda exterior de 30.000 millones de dólares y soporta un servicio anual del orden del 40%, después del reaplazamiento. Este servicio sobrepasará el 50% a partir de 1998, cuando empiecen los desembolsos, y se situará en más del 60% en el año 2000. Las facturas de exportación provienen en un 95% de las ventas de hidrocarburos (y en vista de los retrasos sufridos en la valoración de los recursos naturales, aún no se puede descartar la hipótesis de un tercer reaplazamiento, con sus consecuencias sobre la soberanía nacional). La deuda exterior llegará como mínimo a los 40.000 millones de dólares en el año 2000. En cuanto a la deuda pública interna, llega ya a los 2 billones de dinares según las indicaciones del jefe del gobierno, es decir, una suma equivalente a un año de PIB.

Argelia importa más de 2.000 millones de dólares de productos alimenticios, prácticamente la totalidad de sus necesidades, a consecuencia de una mala política agrícola.

El potencial de producción industrial existente trabaja a razón del 50% de su capacidad o menos, debido a la falta de materias primas y piezas de recambio. Además, como consecuencia de la liberación de los precios y la apertura sin control de las fronteras, las empresas productoras no llegan a agotar sus producciones y sufren una acumulación de existencias. Mientras, la desestabilización de la dirección de las empresas debido a la campaña denominada de lucha contra la corrupción no hace más que agravar la situación.

A pesar de las repetidas operaciones de saneamiento financiero, que han costado a la colectividad nacional más de 800.000 millones de dinares, las empresas siguen estando fuertemente desestructuradas y, a marzo de 1996, acumulan unos descubiertos bancarios del orden de los 128.000 millones de dinares.

La economía sufre una desinversión acelerada debido a que el capital privado nacional y extranjero se ha negado a financiar los nuevos proyectos de producción con una rentabilidad diferida, y las empresas nacionales no pueden acceder a las divisas debido a la importante devaluación del dinar y a los tipos de interés consecuencia de la persistente inflación.

El dinero de los nacionales se fuga al extranjero mediante circuitos ocultos, o se invierte en el comercio con rentabilidad inmediata, gracias al efectivo que el reaplazamiento ha proporcionado. Se estima que el fraude fiscal es de casi 50.000 millones de dinares por año. La inversión extranjera se limita a la prospección y extracción de materias primas, en concreto petróleo y gas, posible gracias a la instauración de zonas de exclusión.

El relanzamiento económico tan prometido por los gobiernos que se han ido sucediendo desde 1992 no está a la vuelta de la esquina, a pesar del apoyo continuo de la comunidad financiera internacional. Aparte de la agricultura, cuyos resultados van ligados a los caprichos del clima, y de los hidrocarburos, que son la única garantía del endeudamiento exterior, la producción de las empresas, en todos los sectores, se encuentra en un estado de hundimiento grave. De hecho, si el índice de crecimiento global en 1995 fue del orden del 5%, la situación del sector de la industria y BTP, motores del desarrollo, conocía una recesión de al menos el 10%, que se acentuará si no se toman con toda urgencia medidas para la recuperación.

En cuanto al índice de inflación, mientras que las predicciones del FMI preveían un índice del 15% para 1996, las proyecciones para el año en curso dan un índice del 25% al 30%. Así, en vez de decrecer, la inflación persiste y no muestra ningún signo de reducción, debido a la miseria económica generalizada.

El retroceso brutal de la protección social tradicional, asegurada a nivel de escuela, dispensarios, etcétera, así como las lagunas en los mecanismos de cobertura de nuevos riesgos inherentes a la economía de mercado, como el subsidio de desempleo, presentan amenazas importantes para la cohesión social. La ampliación de la pobreza, de la exclusión social y el resurgimiento de la miseria, fuentes de nuevas formas de delincuencia y de un agravamiento de las desigualdades sociales, contribuyen a alimentar la violencia política y la violencia civil.

La cuestión social se plantea con más agudeza ante las flagrantes desigualdades en los ingresos. Menos del 10% de la población se beneficia de más del 40% de la renta nacional; más del 25% de la población vive en el umbral de la pobreza (parados, sin techo, personas de edad, discapacitados, mujeres viudas o divorciadas con hijos, jubilados y, cada vez más, ejecutivos). Esta injusticia social, que afecta a una buena parte de nuestra población y a la que se añaden las exclusiones cada vez más masivas del sistema escolar, abre la puerta a todos los riesgos de delincuencia social (robos, droga, alcoholismo, prostitución, bandas...)

En el ámbito de la salud, cualquier argelino puede constatar que el sistema sanitario no ha regulado ni el problema de la accesibilidad a una atención de calidad ni el problema de la igualdad. La salvaje liberalización del sistema sanitario impuesta por los condicionamientos de las instituciones financieras internacionales, junto con la delicuescencia del sector público, han excluido a grupos enteros de población de la atención mínima. Las enfermedades contagiosas (tuberculosis y enfermedades de transmisión hídrica) vuelven a aparecer debido a la falta de una política de prevención, higiene y saneamiento. El hundimiento del poder de adquisición de los ciudadanos expone a los enfermos, aún más, a complicaciones graves a causa de lo caros que son los medicamentos.

El clima de inseguridad y el desorden macroeconómico acentúan la falta de confianza en un régimen que no respeta el Estado de derecho y explican el deterioro de la situación económica, de la misma forma que la violencia política no perdona ni a las fábricas ni a las infraestructuras.

Los valores de la educación

Aún a riesgo de parecer exageradamente alarmista, debemos asimilar la situación con lucidez, y subrayar con fuerza que sería ilusorio y vano intentar resolverla con reformas sólo a nivel de las estructuras políticas y económicas del país.

En efecto, el estado de avanzado deterioro de nuestro sistema de educación y de formación es el principal elemento subyacente de la degradación que vive el país.

El hundimiento de los valores, la crisis moral, el desarraigo de nuestra juventud, su total desafección por la instrucción y su total desinterés por «las cosas del espíritu» en general, no son más que la consecuencia lógica de la incuria que ha caracterizado al sistema educativo pura y simplemente confiscado por el poder.

Y además, de aquí en adelante, todo intento de levantamiento económico se encuentra paradójicamente enfrentado con el problema de la escasez de competencias a todos los niveles; las últimas promociones que permiten al país funcionar, aunque sea poco, y alimentar con ejecutivos de valor a los países extranjeros, no se renuevan desde que se tomaron las medidas demagógicas introducidas a partir de la década de los setenta.

Esta oscura constatación plantea como necesidad imperativa llevar a cabo una verdadera revolución en la institución educativa, para permitir, a largo plazo, la entrada de nuestro país en el concierto de las naciones modernas.

A estos efectos, nuestro nuevo planteamiento debe alimentarse de la Declaración de los Derechos del Niño, aprobada por la ONU el 20.11.1958, así como de la Convención Internacional sobre los Derechos del Niño, aprobada el 20.11.1989. De estos textos citaremos sólo el contenido de base que debe guiar nuestra reflexión, a saber:

«El niño debe beneficiarse de una *protección especial* y recibir posibilidades y facilidades, mediante legislación u otros medios, para desarrollarse de forma sana y normal en el plano físico, intelectual, moral, espiritual y social, en condiciones de libertad y dignidad. En la adopción de leyes con este fin, el interés superior del niño debe ser la consideración determinante y sin ninguna distinción de raza, color, sexo, lengua, religión, opinión política o cualquier otra opinión de origen nacional o social, fortuna, nacimiento o cualquier otra situación».

Se trata, pues, de formar al hombre del mañana, en función de los datos universales en materia de psicología aplicada y pedagogía activa, en base a los principios siguientes:

- formar a un argelino orgulloso de sus orígenes, autónomo y abierto al mundo, consciente de su dignidad, celoso de su libertad y responsable de sus actos;
- crear una nueva institución educativa que genere inteligencia y creatividad, y no obscurantismo y extremismos de todo tipo, mediante la asimilación de los conocimientos universales, principalmente científicos y técnicos, mediante un espíritu abierto a la racionalidad, la intuición verificable y el espíritu crítico. Con estas actitudes se pretende reforzar las ideas de progreso y responder a las exigencias del desarrollo;
- la aplicación de los principios de democracia superará entonces la subjetividad en materia de lenguas, permitirá la pluralidad en materia de organización, y la práctica del arte y de actividades culturales y deportivas que favorecerán además el pleno desarrollo del niño;
- la educación cívica, orientada hacia un patriotismo que excluye las visiones estrechas y el chauvinismo, se basa en los grandes valores de la dignidad humana, la tolerancia recíproca y la solidaridad activa, que transforman en actos concretos los grandes valores del Islam bien entendido.

Nuevos datos

1) Democracia pluralista después de tres décadas de partido y pensamiento único

Este nuevo dato permite e impone un sistema global cuyos objetivos y finalidades, así como los medios puestos en práctica, tienen en cuenta:

- los derechos universalmente reconocidos del niño;
- el papel indispensable y las intervenciones definidas y coordinadas del Estado, los padres y las asociaciones de expresión democrática de la sociedad civil;
- los datos irreversibles de la ciencia de la educación en materia de psicología y pedagogía, y de la metodología de la enseñanza, la orientación escolar y profesional revalorizada, las ciencias de la economía de la educación (adecuación de los medios a los objetivos, rendimiento cualitativo y cuantitativo con un mínimo garantizado, adecuación a las exigencias del desarrollo, gestión racional, formación suficiente de los directivos, medios de acompañamiento, utilización de un entorno sano y propicio).

2) Urgencia de la adecuación de los objetivos a las exigencias de un desarrollo global e integrado:

- adecuación, formación y empleo,
- alfabetización continua y formación continua,
- utilización de los demás medios de comunicación para la formación,
- aptitudes físicas, culturales y artísticas,
- aptitudes para la investigación fundamental y aplicada,
- aptitud sociopolítica,
- apertura hacia el respeto por las minorías eventuales en una sociedad plural.

3) Impacto de los recientes descubrimientos mundiales en materia de:

- educación global,
- aprendizaje,
- investigación,
- puesta en práctica de los medios adecuados para los países en vías de desarrollo.

4) Importancia particular de la formación de una élite en situación de jugar un papel motor en el proceso de desarrollo del país, y de contribuir al progreso universal.

- 5) Prioridad de la investigación de una solución realista en la preparación de los jóvenes en tanto que factores de cambio hacia el progreso, con medidas eficaces y basadas en la realidad del país.
- 6) Levantar la hipoteca del planteamiento erróneo:
 - de la identidad nacional y de su corolario, el estatuto de las lenguas nacionales: árabe y tamazight,
 - del desarrollo racional del estudio de nuestra historia en su globalidad,
 - de la cultura argelina a través de todos sus componentes,
 - de la lengua francesa como instrumento de apertura a la modernidad y la universalidad,
 - de la lucha contra toda forma de exclusión inducida por las actitudes de violación de las conciencias, de xenofobia, de terrorismo cultural o político.

Las opciones del sistema

El mundo contemporáneo se caracteriza por una aceleración prodigiosa de la historia, impulsada por los progresos científicos y técnicos. Esta aceleración, que se traduce en un replanteamiento permanente de las formas de existencia, implica una remodelación necesaria de las sociedades sobre bases que se renuevan sin cesar.

El éxito en este ámbito reside en la capacidad de integrar los progresos científicos y técnicos, es decir, transformarlos en modos adaptados de organización política, económica y social.

Y esto no se puede conseguir si, en la base, no se ponen en práctica una acción de preparación adecuada de las generaciones futuras, y una acción permanente sobre las generaciones actuales.

De modo que las propuestas generales deberán inscribirse en esta dinámica y se adecuarán al análisis de la situación, para paliar:

- insuficiencias,
- desviaciones,
- desigualdades,
- frustraciones,
- desequilibrios en la personalidad,
- violaciones de los derechos de la sociedad,
- la ineficacia y la regresión.

Estas propuestas, que no pueden ser exhaustivas, pretenden esencialmente aportar a los diversos grupos de reflexión indica-

ciones para dotar al sistema de una visión global que garantice la coherencia y la eficacia.

Se trata ante todo de respetar los derechos imprescindibles de la persona (niño, adulto, padre y ciudadano) que aspira a preservar su identidad y disfrutar de mejores condiciones de vida, en la dignidad, la cohesión social y el progreso.

1) La escuela debe reflejar la argelinidad:

Reflejará la identidad argelina auténtica:

- en su dimensión histórica integralmente reestablecida,
- en su dimensión cultural,
- en sus dimensiones lingüísticas.

Dedicará una atención particular a la población emigrada.

2) La escuela argelina debe ser democrática:

Aplicará la democracia a la realidad tanto:

- a nivel de igualdad de oportunidades, respetando las exigencias de calidad a todos los niveles,
- como a nivel de concepción de los objetivos de promoción de los ideales democráticos,
- y a nivel de la atención especializada para aquellos cuyo estado físico, mental y social requiera un tratamiento particular.

3) La escuela argelina debe ser moderna:

- mediante la introducción sistemática de métodos conformes a la promoción del espíritu racional, inscribiéndose en una perspectiva de progreso universal,
- en este contexto, se tratará de resolver, sin complacencia, la necesidad de rehabilitar el empleo de la lengua francesa como instrumento disponible y eficaz para la apertura al progreso.

4) La escuela argelina debe ser neutra:

- respetuosa con las convicciones de todos en el plano político y religioso,
- respetuosa con la dignidad y la libertad del niño y del ciudadano,
- basada en los ideales de solidaridad y tolerancia.

En el marco de los principios que acabamos de anunciar, la escuela debe responder, de forma coherente y en todos los niveles, a las necesidades específicas del desarrollo y de todas las categorías sociales. De ahí se deriva:

- una reactivación del papel de la orientación escolar y profesional;
- la supresión de las discriminaciones fácticas (enseñanza general, técnica, profesional), gracias a una orientación basada en las aptitudes y las predisposiciones de cada cual;
- la necesidad de influir en un entorno propicio para la concretización de estos principios mediante:
 - la protección precoz (guarderías, preescolares, acciones de las asociaciones, etcétera),
 - la promoción de las actividades post y periescolares,
 - la promoción de las actividades de ocio,
 - la higiene escolar;
- la promoción de las relaciones sociales para preparar la paz social con la participación de todos y de todas en la edificación del país (mestizaje, diálogo tolerante...);
- la posibilidad dejada en manos de las asociaciones para crear instituciones autónomas de educación y de formación (proteger el interés superior del niño, la explotación y el adoctrinamiento abusivo por parte de un marco reglamentario negociado).

Finalmente, debe prestarse una atención especial a la coordinación de los esfuerzos desplegados en el seno del país del Magreb y de la Cuenca Mediterránea.

Conclusiones

Cuanto más se afirme la identidad argelina, la identidad magrebina en toda su complejidad, en el interior y en el exterior, mejor se comprenderán los problemas y más fácil será el diálogo.

Más fácil será también el diálogo entre las sociedades civiles de los países, si dichas sociedades civiles (representadas por las personalidades, los intelectuales, el movimiento asociativo), así como los partidos políticos, están presentes sobre el terreno para jugar un papel de reflexión y de regulación de las tensiones sociales.

Pongo el ejemplo de Argelia, donde la reanudación de la violencia, el vacío institucional apenas colmado por las recientes elecciones con fraude, la ausencia de regulaciones sobre el te-

rreno, hacen que el diálogo interno se difícil, y todavía más el diálogo con el exterior.

Pero, ¿qué hace una sociedad que tiene miedo? Se lanza a los pies de un protector, o de quien lo parezca. Pero cuidado con las amalgamas. Es mejor desconfiar. Todos los ciudadanos, tanto los que han votado como los que no han votado, lo han hecho para exigir la paz, la paz inmediata, para interpelar al poder a favor de una apertura necesaria, para impulsar una verdadera dinámica de democratización.

Y sólo a este precio podrá existir entre todos nosotros, ciudadanos del mundo, una cooperación real y duradera. Todas las personas deben sentirse preocupadas por la felicidad y el sufrimiento de todas las personas.

Las diferencias Norte-Sur o, en lo que se refiere al diálogo, las diferencias escandalosas, ¿no son por sí mismas una violación de los Derechos del Hombre? Pero también es cierto que cada vez que alguien menciona el imperativo moral de los derechos humanos ante los gobernantes recibe una mirada burlona y una respuesta condescendiente. Pues este imperativo debería ser el principio de base de la solidaridad entre los hombres; los Derechos del Hombre son los derechos de todos y no son propiedad de los gobernantes, cuya tarea es velar por su aplicación.

El diálogo de los ciudadanos debe aportar una gran parte de verdad en el diálogo Norte-Sur. La primera opción es informar e informarse. La explicación de la verdad lleva tiempo; el engaño, la impostura enmascaran verdades terribles.

El diálogo de los ciudadanos se basa en el respeto a los demás, conscientes de que por diversas razones geopolíticas, económicas sobre todo, somos interdependientes, y de que nuestra felicidad pasa por la de los demás.

El diálogo de los ciudadanos pretende favorecer tanto el desarrollo espiritual como el desarrollo económico; es favorecer el desarrollo de los valores humanos fundamentales.

Y desgraciadamente, se constata a menudo un vacío entre los principios y la práctica; algunos países del Norte defienden la paz como objetivo principal. Pero son estos mismos países ricos, proveedores de armas, quienes proporcionan las armas a los países del Sur.

El desarme nuclear, proclamado por determinados países, no ha impedido que algunos continúen practicando pruebas nuclea-

res para proseguir sus investigaciones sobre esta arma llamada «de disuasión» que ellos poseerán; y los demás no pueden aspirar a la disuasión.

Nos habría gustado mantener unas relaciones Norte-Sur en las que los Derechos del Hombre se respetaran ante todo en el interior de cada país, y entre los países; nos habría gustado una visión del Mediterráneo como un conjunto geopolítico «unificador que permita profundizar en el diálogo, mejorar la calidad de vida, favorecer la paz y el desarrollo, la libre circulación de información, de ideas», como dice una red de asociaciones mediterráneas, pero también valorar las afinidades para una amplia confrontación cultural y a la vez abrir los corazones y las antiguas vías para las generaciones de jóvenes de estos dos mundos. Porque como dice el proverbio amazigh Tuareg: «Quien vive, siempre acaba por encontrarse».



EDUCACION Y PROGRESO EQUITATIVO

Eliana CARDOSO

Vivimos un momento importante en el que aumenta el consenso en torno a la idea de que debemos hacer más por mejorar la situación de los grupos más pobres en nuestra sociedad. En mi intervención, quiero defender la tesis de que América Latina tiene que duplicar los gastos en educación básica para aumentar la productividad y el crecimiento y para reducir las desigualdades en la distribución de ingresos.

Según ciertas opiniones muy difundidas, América Latina se ha convertido en un paraíso: ya no hay inflación; el crecimiento se ha reactivado; salvo en un par de países, hay equilibrio fiscal; el capital fluye hacia la región. No obstante, quedan muchos problemas por resolver en muchos de nuestros países: la mala gestión de gobierno, los sistemas de seguridad social en crisis, los pasivos contingentes, los déficits fiscales, las deficiencias en la recaudación de impuestos, la vulnerabilidad del sector externo, los bajos niveles de ahorro y, lo más grave, el aumento de la población pobre.

Según cálculos de la CEPAL, el número de pobres ha alcanzado un número cercano a los 150 millones en América Latina. Felipe González puso énfasis en que vivimos en un mundo muy diferente en este final de siglo, pero hay cosas en América Latina que no cambian: la desigualdad económica, la injusticia social y las políticas elitistas. Es mucho lo que debemos hacer para sentar las bases de un crecimiento equitativo en una economía globalizada.

Pero hoy quisiera examinar sólo dos cuestiones. Primera: los mercados financieros han adquirido un poder ilimitado y han reducido las opciones de políticas económicas de los gobiernos. Segunda: ¿Podemos resolver los problemas de la pobreza sin tener en cuenta las limitaciones que los vicios de la política imponen en la gestión económica?

Quisiera empezar con una discusión sobre las limitaciones impuestas a los gobiernos por la economía globalizada. La integración lograda a través de los flujos de capital ha sido aún más rápida que la integración lograda a través del comercio de bienes. En América Latina los flujos de capital privado, tras la crisis de la deuda de los años ochenta habían mermado hasta alcanzar un nivel de apenas de 3.000 millones en 1989 y llegaron a 62.000 millones en el 1996.

Actualmente, el volumen de negocio diario en los mercados de cambio a menudo excede el volumen mundial de reservas oficiales de divisas. ¿Qué limitaciones impone esta situación a la influencia que pueden tener los bancos centrales sobre los tipos de cambio? Sin duda, los flujos de capital han restringido las opciones de política económica de los gobiernos y, dado que los controles de flujos de capital son bastante limitados e ineficientes en el mundo globalizado, una mayor flexibilidad del régimen cambiario puede contribuir a disuadir la afluencia de capital especulativo y transmitir una imagen más realista de riesgo a los inversionistas nacionales y extranjeros.

Una de las ideas más extravagantes que circulan hoy en América Latina es que la sobrevaluación de las monedas, respaldadas por tasas de interés relativamente altas y enormes flujos de capital, ha fomentado un aumento de la productividad. En algunos países la combinación de monedas sobrevaluadas y altas tasas de interés ha llevado a la quiebra de pequeñas empresas y al aumento del desempleo. Al dividirse el producto de las empresas más productivas que sobrevivieron a la sobrevaluación, entre la mano de obra que permanece empleada se obtiene como resultado un mayor producto por trabajador, es de-

cir, una mayor productividad. Esta presentación no deja de ser un truco contable.

Otra idea no menos extravagante es la que afirma que la innovación tecnológica traerá el aumento del desempleo en América Latina. Desde que se inventó la máquina de hilar algodón, la innovación tecnológica ha sido vista como el enemigo de las clases trabajadoras y una amenaza para la seguridad laboral. Pero la teoría y la experiencia empírica niegan esta sombría visión del progreso técnico. La innovación tecnológica impulsa tanto la productividad como el salario real. La innovación tecnológica incrementa el producto, estimula la inversión y eleva el salario real. Este escenario concuerda con los hechos estilizados del desarrollo, como ilustra, por ejemplo, la historia de Alemania. En los años cincuenta, Alemania registró un firme crecimiento del producto bruto y grandes aumentos del empleo y de la productividad. Al desacelerarse el aumento de la productividad en los decenios siguientes, las tasas de crecimiento del producto bruto y del empleo también se redujeron.

Otro ejemplo más reciente es el caso de Estados Unidos, donde los avances de la tecnología y la informática han contribuido a promover el crecimiento y el empleo. Este argumento invalida la idea de que los progresos tecnológicos y los aumentos de productividad en América Latina generan desempleo. Si los aumentos de productividad del trabajo son auténticos, y derivan del incremento de la inversión y la mejora del sistema educativo, observaremos un crecimiento más rápido del producto y del empleo.

Esto es lo contrario de lo que sucede en economías donde la sobrevaluación cambiaria reduce la competitividad e incrementa el desempleo. En este caso, parte del aumento de los indicadores agregados de la productividad, refleja simplemente la desaparición de actividades con uso intensivo de mano de obra, que son reemplazadas por otras.

Quisiera ahora pasar a mi segunda cuestión sobre política, educación y distribución.

En América Latina la retórica incendiaria de los llamados gobiernos populistas nunca se tradujo en acciones a favor del pueblo entero, ni mucho menos de los pobres. Por el contrario, las erróneas políticas populistas generaron inestabilidad macroeconómica al recurrir a la financiación inflacionaria para subvencionar empresas públicas y privadas, con escasos progresos en el ámbito social. Ciertamente, algunas reformas recientes han corregido la orientación antimercado del antiguo populismo. No

obstante, algunos de los actuales programas económicos de América Latina podrían perder su viabilidad por las mismas razones que hicieron fracasar los programas populistas clásicos, a saber: los desequilibrios fiscales y la sobrevaluación de la moneda nacional. Y si los conflictos sociales no se abordan con seriedad, las perturbaciones sociales podrían aumentar y convertirse pronto en una limitación para la estabilidad y el crecimiento.

La desigualdad en América Latina es mayor que en cualquier otro lugar del mundo, y ha fluctuado de forma cíclica. El crecimiento económico de los años setenta produjo más igualdad en la región, pero la recesión de los años ochenta originó un deterioro apreciable de la distribución del ingreso. Entre 1972 y 1994, la cantidad absoluta de los pobres casi se duplicó hasta llegar a los 150 millones. En los últimos años el crecimiento económico no ha reducido el número absoluto de pobres ni ha corregido las disparidades sociales y económicas de la década anterior.

La mala distribución del ingreso en América Latina se explica en gran medida por la distribución de la educación. En los años setenta la población de América Latina tenía el nivel de educación típico de los países que se encuentran en las primeras etapas del desarrollo. Desde entonces la región ha progresado escasamente en la educación de su población. Así en los años noventa la población de América Latina tiene cinco años de educación de promedio. O sea, cuatro años menos que los países de Asia.

La evolución de la desigualdad refleja la creciente disparidad en la educación y la falta de importancia que se asigna a la formación del capital humano. Hoy es un hecho ampliamente reconocido que la desigualdad de ingresos y la pobreza sólo puede cambiar si se mejora radicalmente la educación básica. Ello requiere una reasignación del gasto público que permita reformar el sistema educativo y mejorar la calidad de la enseñanza.

Sólo un gobierno transparente y democrático basado en instituciones públicas eficaces podrá lograr la reforma de los gastos, invertir en educación básica y sentar las bases para el crecimiento equitativo.

He destacado algunos campos en los que aún se requieren mayores esfuerzos para llegar a lograr un desarrollo pleno y equitativo en América Latina. Pero no podría dejar de mencionar los éxitos obtenidos en el largo camino ya recorrido.

Desde finales de los años ochenta el crecimiento económico se ha acelerado, la inflación se ha frenado y hay indicios alentadores de que la reforma estructural está mejorando las perspectivas de crecimiento de la región. Chile sigue siendo la estrella, con índices económicos que apuntan a una tasa de crecimiento entre el 6% y el 7% a medio plazo.

Pero Chile no es diferente si comparamos los gastos en educación en América Latina y los países industriales. Los países industriales gastan cerca del 5% del ingreso nacional en educación; un 4% del producto bruto se dirige a la educación primaria y secundaria. En América Latina y en Chile, se gastaban en 1994 el 3% en educación, y apenas el 2% del producto bruto iba destinado a la educación primaria y secundaria. Si recordamos que el producto bruto de estos países es cuatro o cinco veces menor que el de los países industrializados, podemos medir la pequeñez de los recursos que estamos dedicando a los gastos más importantes que puede hacer una sociedad.

Cuando hablo de duplicar los gastos en educación básica, no dejo de lado el problema demográfico. En el año 2000 habrá 108 millones de chicos entre 5 y 14 años en América Latina. El 21% de la población de América Latina debería estar en la escuela primaria y en la escuela secundaria en el año 2000. Por esto, América Latina tiene que duplicar forzosamente sus gastos en la educación básica. La pregunta que sigue naturalmente es de dónde vendrán estos recursos, teniendo en cuenta que estoy hablando en América Latina. Reconozco que hay diferencias muy grandes entre los países, y que los esfuerzos tendrán que ser muy diferentes en unos que en otros.

Déjenme hablar de dos aspectos del problema. Primero: la desigualdad es muy diferente según los países. Una comparación. En los Estados Unidos el ingreso del 20% más rico del país representa 5 veces el ingreso del 20% más pobre. En Argentina la diferencia es mayor: el 20% más rico tiene 10 veces más que el 20% más pobre. Y en Brasil el 20% más rico de la población tiene 25 veces el ingreso del 20% más pobre. Está claro que el esfuerzo que tiene que hacer Brasil es mucho mayor que el esfuerzo que tiene que hacer Argentina.

Segundo: de dónde vienen los recursos. Aquí hay una diferencia también entre países. En Brasil, la carga tributaria es hoy día muy grande —el 30% del producto bruto—, mucho mayor que en otros países de América Latina. Pero el país gasta mal. Gasta en subsidios, en créditos subvencionados para algunos grupos privilegiados, gasta en salud hospitalaria y universidades. En Brasil hay que reasignar los gastos públicos. En otros países,

como México, la carga tributaria es muy baja. El país recauda apenas un 10% del producto bruto. Los recursos tendrán que venir de un esfuerzo mayor de recaudación tributaria.

Una reflexión política se impone. En democracia participa la población educada. Y por eso creo que los socialistas deben entablar una lucha diaria para incorporar a los más pobres al proceso educativo. Que los niños pobres tengan acceso a la computadora igual que los niños más ricos.

Las perspectivas a largo plazo de América Latina son positivas y alentadoras. Las autoridades y la opinión pública están convencidas de que la estabilidad macroeconómica y una acertada supervisión de los bancos constituyen una condición previa para el crecimiento económico. En este entorno, la movilidad del capital viene a imponer mayor disciplina a los gobiernos.

Pero quisiera concluir haciendo hincapié en la labor que aún tenemos por delante. Estas perspectivas halagüeñas podrían transformarse en fracaso si no intensificamos los esfuerzos para lograr la reducción de la desigualdad en la distribución del ingreso.



LA POLÍTICA EDUCATIVA DEL SIGLO XXI

Alfredo PEREZ RUBALCABA

He dedicado casi once años de mi vida política —de 1982 a 1993—, a la tarea apasionante de colaborar en la reforma educativa española. En 1993 Felipe González truncó mi felicidad, me trasladó al Ministerio de la Presidencia y me hizo relacionarme con los medios de comunicación. Me salieron todas mis canas, y avanzó a pasos agigantados mi alopecia. Pido disculpas por adelantado, porque quizás cometa algunos excesos pedagógicos, fruto de un conocimiento excesivamente pormenorizado de la realidad educativa de mi país. En mi intervención esbozaré la situación en la que la educación se tiene que mover actualmente, y a continuación enunciaré diez principios que creo que están en la base de lo que debe ser la política educativa para el siglo XXI.

La educación es lo más parecido a los paisajes. Cada país tiene su sistema, que se ha ido formando a lo largo de muchos años y que tiene sus particularidades. Alguna de las cosas que voy a decir, aunque tengan pretensión de generalidad, son de difícil aplicación a todos y cada uno de los sistemas educativos de

los países del mundo. Pero, en fin, creo que con todo y con eso son líneas generales que valen para abrir una reflexión.

Pienso que coincidimos en que hay una percepción generalizada cuando se analiza la realidad actual. Vivimos en una fase de un agudo proceso de cambio, lo cual significa que el estado de ánimo que caracteriza a nuestras sociedades es el de la inquietud, el de la perplejidad. Hay quien piensa erróneamente que el mundo ha cambiado mucho, y sobre todo que lo ha hecho repentinamente. Se identifica este cambio con la caída del muro de Berlín, que es símbolo del fin de toda una época caracterizada por el enfrentamiento entre bloques, por la guerra fría, por el peligro del holocausto nuclear, por la lucha ideológica; son los que, siguiendo a Fukuyama, intentaron pasar la página de la historia precipitadamente levantando acta del final de la historia tras la imposición de uno de los dos modelos de organización social confrontados hasta ese momento. La verdad es que el mundo no cambia sólo porque se desintegre la Unión Soviética, porque se reunifique Alemania, porque haya nuevos conflictos que en realidad son viejos, o porque se decreta un nuevo orden internacional. La realidad es que, desde que alguien decretó el fin de la historia, han sucedido más hechos históricos probablemente que en las últimas décadas de historia en el mundo. Nadie con sensatez puede negar la relevancia de los hechos que he comentado pero, en paralelo, en las dos últimas décadas se vienen produciendo en nuestras sociedades cambios muy profundos, persistentes, que han cambiado la realidad de forma mucho más irreversible que lo pudo haber llevado a cabo la caída del muro de Berlín.

Analizaré brevísimamente estos cambios, porque son aquellos que definen el escenario en el que hay que definir las políticas educativas. Por ejemplo, el desarrollo de las comunicaciones que hace posible la aldea global, pero que origina uniformización, banalización y una cierta anomia cultural; los avances de la genética que permiten incrementar la producción, que previenen la enfermedad y revolucionan la reproducción; la aparición de tecnologías de la información, que incide transversalmente sobre todos los procesos productivos y que está dando origen a nuevas formas de organización del trabajo; el peligro de que el modelo de vida dominante esté comprometiendo la preservación del medio natural y el respeto al entorno, incluso al mantenimiento de los propios recursos esenciales; el alargamiento de la esperanza de vida con sus variadísimas repercusiones sobre la estructura y sobre las pautas sociales; una mayor pluralidad y una mayor diferenciación social, la aparición de nuevas formas de marginalización, muchas de ellas ligadas justamente al saber; la fuerza de las migraciones y la conformación creciente de mo-

saicos culturales, lo que se ha llamado culturas del mestizaje; y finalmente, el resurgir de doctrinas y de tendencias irracionalistas. Estos importantísimos cambios han puesto en crisis los valores tradicionales. Se puede decir que hoy una buena parte de las certezas absolutas, de los principios incontestables están en duda. Incluso dudamos de nuestra más consistente alternativa laica, que es la fe en el progreso.

A la búsqueda de convicciones, se espera que la educación actúe como lo ha hecho siempre: que forme individuos, que permita la inserción de individuos maduros en la sociedad, y que los prepare para el ejercicio profesional. Son tres funciones que la educación debe desarrollar en un mundo que cambia profundamente. En primer lugar, se trata de formar seres maduros, que es sin duda un objetivo muchísimo más complicado que en el pasado. Basta recordar que al elevar el nivel de formación se han diversificado enormemente los objetivos de la educación. La extensión y la ampliación de los estudios aumenta la heterogeneidad de los alumnos y, sobre todo, la dispersión de su rendimiento. El correlato de todo es la agudización de las ineficacias de sistemas educativos conformados de forma excesivamente uniforme, por lo que se requiere una mayor diversificación y una mayor personalización de la educación. Volveré sobre este asunto más adelante.

Insertar a los individuos en una realidad social como la que acabo de describir, es ciertamente una tarea compleja. En las condiciones de incertidumbre en las que se desarrolla la tarea educativa, es evidente que no se puede perder de vista la capacidad que la educación tiene —ha tenido siempre y tiene que seguir teniendo— para propiciar una homogeneidad y una cohesión social relacionada con un contenido formativo común.

El tercero de los fines que se persiguen con la educación es preparar a los jóvenes para la vida activa y para el ejercicio profesional. Constituye la otra cara de la moneda: satisfacer las necesidades y los requerimientos de calificación que demanda la sociedad. En todos los estudios sobre la educación se señala que las economías deben adaptarse con grandísima flexibilidad y con enorme rapidez, y que ello se traduce en una evolución aceleradísima de las estructuras profesionales y de la naturaleza de los empleos. La reestructuración de los sectores económicos puede conllevar el surgimiento de las nuevas tecnologías, de las nuevas formas de organización del trabajo. El carácter transversal de esas tecnologías da lugar a cambios sustantivos de las calificaciones que demanda el mercado laboral. Nunca ha sido fácil organizar la educación de forma que respondiera funcionalmente y de manera precisa a los requerimientos profe-

sionales específicos. Ahora bien, cuando esos requerimientos específicos cambian como en la actualidad, esta tarea es sencillamente imposible. Sólo podemos enfrentar razonablemente ese reto proporcionando a los alumnos una sólida formación de base; desarrollando la educación permanente y caminando progresivamente hacia una sociedad en continua formación; usando del modo más flexible posible los instrumentos formativos que las propias tecnologías ponen a nuestra disposición.

Así pues, la educación ha de desarrollar su papel estratégico en una situación de cambio continuo y de alta indeterminación de su horizonte. Por fortuna estos nuevos requerimientos coinciden con una fase de recuperación del valor que la sociedad concede a la educación. Utilizo el término recuperación para conectar con los años sesenta, el último gran momento de confianza en las virtudes transformadoras de la educación. Fue entonces cuando todos los países expandieron la oferta educativa de manera sustantiva; cuando el gasto educativo pasó a considerarse como una inversión productiva; cuando la meritocracia aparecía legitimada como un eje director de la movilidad social; y cuando, a través de la educación, se trataba de corregir las desigualdades. Después de ese gran momento de la década de los sesenta, apareció una cierta incertidumbre sobre el papel de la educación; menudearon las críticas sobre el posible despilfarro de recursos, y los sectores progresistas de la educación se sintieron seducidos por la idea de que el acceso a la misma no cambiaba por sí solo y de manera cualitativa la desigualdad social. En cualquier caso, la crisis económica de los años setenta y la crisis fiscal del Estado dieron al traste con estas políticas expansivas de la educación, que han vuelto a recuperar su vigencia en los años ochenta, y muy singularmente en los años noventa.

El origen de este cambio está en la convicción de que estamos en la sociedad del saber; de que el conocimiento se ha convertido en un sector clave para el porvenir; de que los avances científicos y tecnológicos en una economía globalizada se sitúan como el primer factor para mejorar la competitividad; y de que el nivel de competencias profesionales resulta decisivo para el dominio de los procesos industriales complejos.

Hay un pronunciamiento generalizado a favor de un tratamiento de la educación como opción estratégica. Basta leer los programas de Clinton, de Blair, de Jospin, el libro que la UNESCO encargó a Jacques Delors —que tiene un título muy sugerente: *La educación encierra un tesoro*— o los sucesivos pronunciamientos de las cumbres de jefes de Estado y de gobierno iberoamericanos en Madrid, Bahía, Cartagena o Barilo-

che sobre el papel de la educación como factor de desarrollo económico. Existe, pues, un acuerdo generalizado acerca de que la educación es una condición indispensable, aunque no suficiente, para que se produzca un desarrollo económico, social y cultural. Cuando existe una estructura social que permite la movilidad ascendente y un contexto económico favorable, la educación produce un capital humano variable, flexible, y reduce las desigualdades sociales. Una política educativa puede, por lo tanto, convertirse, en una fuerza impulsora del crecimiento con igualdad cuando forma parte de una estrategia general de desarrollo, y cuando ambas se inscriben en un contexto económico internacional y nacional favorable.

La conclusión es evidente. Los países deben convertirse en sociedades del conocimiento, y tienen que sacar el provecho máximo a todos los medios de formación a su alcance. La formación debe alcanzar a todos por razones de equidad, pero también por razones de desarrollo, y ha de extenderse a lo largo de una vida cada vez más prolongada.

Permítanme señalar algunas pautas por las que, a mi juicio, deberían discurrir las políticas educativas del próximo siglo. En primer lugar, hace ya tiempo que el sistema educativo ha perdido el monopolio de la adquisición de conocimientos. Hoy los jóvenes adquieren información a través de las más variadas fuentes, fundamentalmente de los medios de comunicación, cada día más interactivos. Pero nadie puede reemplazar a la escuela en cometidos tales como proporcionar la capacidad de abstracción, asegurar el dominio de los lenguajes que permiten la comunicación estructural, el pensamiento y conformar juicios autónomos. Su función es cada vez más decisiva, si tenemos en cuenta que hay que desarrollar la identidad y la pertenencia para ejercitar valores que ordenan la vida colectiva, para alcanzar la madurez social, para poner en valor la ética del esfuerzo, de la cooperación y de la responsabilidad. En suma, el papel de la escuela, lejos de disminuir, es cada día más relevante. A la escuela compete reordenar la gran cantidad de información a la que acceden los alumnos, darle un sentido crítico y orientarla a un fin moral.

En segundo lugar, el sistema educativo tampoco tiene ya el monopolio de la formación. Se aprende tanto fuera de los centros educativos como en los hogares, y fundamentalmente en los centros de trabajo. La necesidad de aprender va a acompañar a los alumnos o a los individuos durante toda su vida. Por otra parte, es cierto que los estudios más fiables ponen de manifiesto la importancia que, para el futuro profesional de los jóvenes, poseen destrezas básicas elementales: la capacidad de leer, de

escribir, de razonar, de calcular; el entendimiento de la organización social y económica de un país; el conocimiento básico de ciencias físicas y biológicas; la experiencia en actividades cooperativas y de resolución de conflictos en el seno de grupos humanos; la posesión de hábitos y actitudes personales que contribuyan, en fin, a modelar un ciudadano responsable en el que se pueda confiar, adaptable e informado. En conclusión, la enseñanza debe organizarse de forma que la escuela proporcione a los jóvenes facultades que ninguna otra institución puede suministrarles, entre otras y la más fundamental la capacidad de aprender a aprender.

En tercer lugar, la relación entre educación y empleo va a continuar estrechándose en el futuro. Ya me he referido al cambio vertiginoso de las comunicaciones y a lo inoperante que resulta tratar de subordinar la oferta educativa a las necesidades de un mercado laboral impreciso. En tales circunstancias, la formación profesional de calidad —e incluyo aquí la formación universitaria— debe estructurarse de forma que garantice una amplia polivalencia y, por lo tanto, una gran capacidad de adaptación a los cambios tecnológicos. Por paradójico que parezca, la mejor formación profesional es sin duda una sólida formación de base y una eficaz formación profesional. Por otra parte, la formación tiene que tener como referencia el sistema productivo, y requiere, por ello, la participación activa de agentes sociales, la generalización de las prácticas en las empresas, la formación en alternancia o la participación de profesionales en ejercicio en la educación.

En cuarto lugar, los sistemas educativos tienen que ser cada día más abiertos y más flexibles para permitir la incorporación a sus distintos niveles de adultos que vuelven al sistema para mejorar o actualizar su formación. Es necesario, por lo tanto, generalizar fórmulas como la enseñanza a tiempo parcial; aplicar técnicas o metodologías específicas a la formación de adultos; y coordinarse con estructuras educativas externas a la escuela. En definitiva, la actividad de aprender, circunscrita en otras épocas a los más jóvenes, hoy concierne a cualquier edad, a cualquier grupo social. El sistema educativo debe dar respuesta a todos y cada uno de ellos.

En quinto lugar, los sistemas educativos se van a debatir en el futuro en una aparente contradicción. Por una parte, los alumnos deben ser capaces de aprender dentro de una identidad cultural ligada a su región, a su nación y, al mismo tiempo, participar en unos modos de vida y en unos códigos de comunicación que sobrepasan las fronteras nacionales o los confines idiomáticos convencionales. La única solución para garantizar que la

extensión de la escolaridad no acabe siendo una extensión puramente formal y conduzca al aumento estrepitoso del fracaso escolar, es flexibilizar la escuela y permitir una ruptura de su homogeneización. Una diversidad ordenada consiste en dotar a las instituciones escolares de una autonomía pedagógica y organizativa de la que la gran mayoría de los países carecen actualmente.

En sexto lugar, se ha desplegado en los últimos años un esfuerzo importante para aumentar la escolarización en términos cuantitativos. Hay que continuar aportando recursos a la escuela. Pero en los próximos años, este énfasis cuantitativo vendría modificarlo para pasar a un énfasis más cualitativo y preocuparnos por la calidad de la educación, que tiene que ver con la renovación de los programas, la modernización de las dotaciones, la preparación del profesorado, la innovación y la evaluación permanente y externa del sistema educativo.

En séptimo lugar, este principio de calidad que acabo de mencionar cobra una especial significación en la universidad y en el sistema de ciencia y tecnología. En la universidad se compete y se debe perseguir la excelencia. Ello aconseja revisar las funciones que cumple la universidad, y habituarnos a considerar que no todas las universidades deben hacer todas las cosas. Las universidades deben especializarse. En el ámbito de la ciencia es necesario cooperar internacionalmente, puesto que la gran mayoría de los temas científicos de repercusión son temas transnacionales. La demanda de estudios superiores va a continuar en los próximos años, porque, entre otras cosas, ese es el efecto educativo inmediato de la extensión de la educación obligatoria y, sobre todo, porque se van a incorporar a este nivel educativo muchos adultos. En tales condiciones, calidad y búsqueda de una identidad diferenciada son dos caras de una misma moneda. Por ahí debería caminar la reforma universitaria; una reforma universitaria que siempre tiene que tener un alto contenido de autoreforma, aunque conviene estar atento al riesgo del corporativismo. No podemos dejar que la ley de caza la hagan sólo los conejos.

En octavo lugar, se multiplican los actores de la educación y se difumina la barrera entre la formación inicial y la formación continua, entre la formación general y la profesional. Hay que incorporar a los distintos sectores sociales en la gestión de la escuela. De día en día, será más importante preocuparnos por la gestión de los centros porque cada vez va a ser más complicada. Habrá que atender a alumnos diversos con motivaciones, actitudes e intereses diferentes. La gestión debe ser en el futuro fruto de un equilibrio siempre difícil entre participación y eficacia, y

debe ser una prioridad del sistema público de educación. Deberíamos, en suma, acabar con esa percepción generalizada de que nuestros centros públicos no tienen amo, no tienen dueño.

En noveno lugar, el objetivo de la ampliación de la escolarización obligatoria es la igualdad de resultados. No se trata de mantener a los niños ocupados en la escuela; se trata de que todos ellos alcancen unos objetivos educativos, que al tratarse de educación obligatoria, forman parte del concepto de ciudadanía; es aquello que se le pide a un joven para integrarse como ciudadano maduro y libre en una sociedad. Por tanto, la educación obligatoria debe preocuparse ante todo de la igualdad de resultados, de lo contrario estaríamos haciendo puras extensiones formales de la educación. Si la igualdad de resultados es la característica básica de la educación obligatoria, la igualdad de oportunidades es la característica clave en los sectores de educación posobligatoria. Igualdad de oportunidades que significa que cada joven llegue tan lejos en el sistema educativo como sus aptitudes o sus intereses le permitan; igualdad de oportunidades, que en una sociedad del conocimiento es un imperativo de justicia social todavía mayor de lo que ha sido en las sociedades industriales y posindustriales que hemos conocido hasta ahora.

En décimo y último lugar, la lucha contra la discriminación es una componente esencial de la acción educativa porque, junto a las viejas desigualdades sociales asociadas generalmente a diferencias económicas, hoy en la escuela hay que recoger la sensibilidad respecto a nuevas discriminaciones relacionadas con la raza, el sexo, la nacionalidad o el simple padecimiento de enfermedades. En definitiva, combatir unas y otras no es sólo un imperativo ético, ni tan siquiera una posición ideológica; es también un requisito imprescindible para la cohesión social. Escuela y discriminación son y serán incompatibles, como lo son cultura e intolerancia.

Termino con una referencia emocional, porque, influidos probablemente —y que nadie me entienda mal— por el número importante de economistas que han ocupado las mesas redondas de este seminario, nos hemos ido deslizado a una parte tecnocrática de nuestra reflexión política, y hemos olvidado un poco las emociones. Les transmitiré brevísimamente la mía. La izquierda siempre ha sido autocrítica. Nos encanta el flagelo. Hay una mezcla de religiosidad —en nuestro caso de catolicismo—, que podría llegar a explicar esa constante. Tenemos la permanente tendencia autocrítica, y todo nuestro discurso cuando hablamos del mercado suena con un tinte llorón. No tenemos más remedio que admitir que el mercado está mal; que está bien, nos

cuesta decirlo. Sonamos siempre a la defensiva. Pero si planteamos los temas en términos históricos y los vemos con una perspectiva de cien años, deberíamos reconocernos a nosotros mismos que hemos ganado meridianamente la batalla. Si observamos lo que nos separaba a la derecha y a la izquierda, a los reaccionarios y a los progresistas hace cien años, debemos reconocer que las cosas no nos han ido tan mal: hay una educación generalizada; parece que la gente tiene hospitales a los que asistir; los niños no trabajan en las minas; las jornadas laborales se han reducido. Tal parece como si la historia nos estuviera dando la razón, a pesar de las pausas y los sobresaltos, y que todos estos instrumentos son un buen sistema para repartir más eficientemente los recursos. Yo no llegué a la izquierda para que hubiera más funcionarios, ni me sentía de izquierda porque el Estado fuera más y más grande, y tuviera más y más medios de producción. Lo mío fue mucho más sencillo: me hice de izquierda porque la gente merecía otro tipo de vida; porque en mi país no había libertades; porque me dolían mucho la discriminación y la intolerancia. Eso es emoción, y quizás alguien debería haber empezado por decir esto en este seminario; pero, en fin, más vale tarde que nunca.

E D I T O R I A L

PABLO IGLESIAS



OTROS TÍTULOS DE LA COLECCIÓN

- La cooperación para el desarrollo en Iberoamérica
- Democracia, mercado y gobernabilidad
- Integración, desarrollo y equidad social
- Cambio y desarrollo en México
- Una década de transformaciones políticas y sociales en Centroamérica
- Retos actuales de los Países Andinos
- Respuestas globales ante el desafío de la droga
- La cultura ante los desafíos del desarrollo social

Monte Esquinza, 30, 2º dcha.
28010 Madrid

Tel.: 913 104 696 - Fax: 913 194 585
E-mail: fp@ctasa.es



ECONOMIA SOCIAL DE MERCADO Y EFICIENCIA ECONOMICA

Robert KUTTNER

Quiero empezar con una anécdota. Un grupo de personas, entre los que se encontraban un médico, un predicador, un ministro y un economista, se reunió en un club de golf, para pasar la jornada disputando unas partidas. El economista caminaba muy lentamente. El grupo observó que otro grupo de jugadores que les precedía lanzaba las pelotas de golf en todas direcciones. No jugaban al golf. El primer grupo abandonó su partida indignado, volvió al edificio central del club y se quejó al gerente. El gerente tosió y dijo: «Disculpen que no les hayamos advertido que el día de hoy ocurre algo muy especial. El grupo que les precede está compuesto de ciegos». Las reacciones no se hicieron esperar. El ministro dijo: «Oh, lo lamento mucho. Voy a dejar de lado mis palos de golf». El predicador dijo: «En mi prédica de mañana voy a decir “Ama a tu prójimo como a ti mismo”». Y el médico dijo: «Estoy muy afectado por haber tratado a mis conciudadanos así. No voy a

jugar más golf en las próximas semanas y, voluntariamente, voy a trabajar los sábados por la mañana». Y el economista dijo: «¿No pueden jugar a otra cosa?».

En esta historia el economista representa el mercado libre. El mercado libre es racional, pero muchas cosas que son importantes se le olvidan. El mercado globalizado castiga a aquellas naciones que tienen altas prestaciones sociales, altos impuestos, una regulación económica intensa y salarios más altos. Pero no significa que la economía de estos países no sea eficiente. En los países en los que no se dan esas circunstancias, esto sólo significa que el capital privado es demasiado fuerte como para poder cumplir los intereses de la opinión pública. En Estados Unidos, donde el modelo del *laissez faire* tiene mucho prestigio, se entiende que éste es el único modelo eficiente del capitalismo. El mercado laboral está desregulado, el marco normativo favorece a los inversores, y todo eso explica —se nos dice— la altísima tasa de creación de empleo en Estados Unidos. Cabe preguntarse cuánto en el modelo estadounidense se basa sobre la exigencia de eficiencia, y cuánto sobre un conjunto de decisiones políticas que reflejan el equilibrio de las fuerzas políticas.

En el marco nacional, el Estado actúa para crear instituciones democráticas y para reducir los desequilibrios que se crean mediante el *laissez faire*. Ahora que el mercado se vuelve más global, no debemos pensar que esa actuación del Estado ya no será necesaria. Es más, ahora es mucho más importante, aunque sea más difícil de llevar a cabo.

Si realmente hubiera un sólo modelo de capitalismo no habría mucho espacio para la política, y menos todavía para la política socialdemócrata. Yo pienso, por contra, que la relación entre el equilibrio social y el capital es algo que tiene que crearse, y que existe una posibilidad de elección política que debe ejercerse.

En Europa, el capital ha estado mucho más regulado, y se creó hace unas décadas el Estado social europeo. Existían regulaciones sociales y económicas sin que Europa tuviese que pagar un precio demasiado alto por ello. En Estados Unidos no existía un Estado social tan fuerte, y había más reservas respecto a esas regulaciones. Sin embargo, ha habido regulaciones económicas en la mayoría de los sectores industriales y una situación de escasa competencia por parte de las zonas de bajos salarios. También encontrábamos regulaciones en el sector bancario, ferrocarril, de las telecomunicaciones, y en otros sectores, como la automoción o el acero. De otro lado, no había mucha competencia internacional.

Pues bien, a pesar de las diferencias entre una y otra orilla del Atlántico, existía una especie de economía nacional regulada, un capitalismo regulado, también en el momento en que fuerzas de tinte conservador asumían las tareas de gobierno. No era un sistema de *laissez faire* y, no obstante, había un crecimiento sostenido, tasas de inflación bajas, alta productividad, salarios altos. Es decir, se daba una situación de eficiencia económica con una distribución eficiente entre oferta y demanda y, además, otra forma de eficiencia: la cooperación social, el empleo y mejores niveles de vida. Aumentaba la demanda, y esta demanda compensaba los desequilibrios entre la oferta y la demanda.

En la actualidad, todo esto se va perdiendo. Ya no contamos con el sistema de Bretton Woods. Ya no tenemos tipos de cambio fijos. Hay más especulación. Ahora bien, la hegemonía de los gobiernos conservadores y sus políticas de privatización y liberalización se va reduciendo. A pesar de que la tendencia de los mercados globalizados hacia la liberalización es fuerte, algo ha cambiado, y no cae en saco roto el recuerdo de sistemas más regulados.

En Estados Unidos se dice que su modelo es el más exitoso. Sin embargo, tenemos un 2% de crecimiento económico, y se parte del supuesto de que podría llegar a ser un 2,4% en el próximo siglo. Hemos creado empleo en Estados Unidos, dos millones de puestos de trabajo cada año, pero gracias a la desregulación de los mercados laborales. Son puestos de bajos salarios o empleos auxiliares. El sector que crece más rápidamente es el sector de los auxiliares y de los contratos temporales. Sólo en los últimos años el desempleo se ha reducido a menos de un 5%.

En Europa el desempleo es más alto, pero no se pueden comparar las cifras. En Estados Unidos el mecanismo de contabilización de los asalariados es distinto.

Además, tenemos muchas personas en las cárceles que no cuentan como población activa. Tenemos un porcentaje muy alto de personas, entre el 18% y el 22%, que son estudiantes y que no forman parte de la población económicamente activa. En Europa, existen un trabajo negro y una economía sumergida, de manera que el empleo real no se corresponde con las cifras oficiales.

Es cierto que en Estados Unidos tal vez sean más eficientes para crear nuevos puestos de trabajo que en la mayoría de los países europeos. La cuestión clave es si Europa tiene que sacri-

ficar el modelo social para de esta forma crear más empleo. A mi juicio, Europa debería preservar su modelo social. La tesis de que las altas tasas de desempleo en Europa tienen su origen en su sistema de mercado laboral, es una simplificación muy grande de todo un periodo. Entre 1982 a 1985, por ejemplo, las cifras de paro eran mucho mejores en Europa que en Estados Unidos. Y desde entonces no ha habido cambios estructurales significativos.

Seguramente todos estamos de acuerdo en que déficits y endeudamientos razonables como los inspirados en Maastricht, son algo pertinente. Los Estados del bienestar no pueden utilizar el 100% de su producto interior bruto para gastos sociales. Pero también podemos estar de acuerdo en que son importantes unas buenas prestaciones sociales para las familias, sistemas públicos fuertes de educación, formación y de asistencia médica, unas buenas políticas de mercado laboral, apoyos a la investigación y el desarrollo, unas buenas políticas de infraestructuras. Esto no destruye la eficiencia económica. Al contrario. Todo eso es necesario para ser eficientes económicamente y ser atractivos para las inversiones en un plano nacional.

En otras palabras, y en un plano internacional, necesitamos reglas globales para lograr altos salarios, altas tasas de crecimiento, un sistema de seguridad social y estabilidad. Y pienso también que tenemos que empezar a actuar en estos sectores y que la socialdemocracia tendría que ir a la vanguardia. Necesitamos, en primer lugar, una carta social no sólo europea sino para todas las naciones que quieran gozar de los privilegios de la Organización Mundial de Comercio. Y no hablo sólo de la normativa sobre el trabajo infantil o el trabajo en las cárceles. La carta debe contemplar también las libertades sindicales y la exigencia de unos niveles normales de educación, formación y prevención sanitaria. Se precisa la ayuda al desarrollo porque tenemos que procurar que los países en vía de desarrollo no se empobrezcan más. Se precisa atraer la inversión privada.

En este contexto, me quiero referir a los movimientos de capital. La crisis de Asia surgió por la corrupción y por la especulación. Cuando los beneficios eran altos los inversores acudían en masa a Asia, pero después retiraron el dinero, lo que empeoró enormemente la crisis. Se produjo una crisis de deflación y devaluaciones.

El Fondo Monetario Internacional (FMI) empeoró la situación, y no actuó contra la crisis. La política del FMI no es positiva, aunque no se puede afirmar que su actuación esté en el ori-

gen propiamente dicho de la crisis. El problema principal es la especulación, y es lo que se debe abordar en primer término.

En mi opinión debemos regresar a una situación semejante a la del sistema de Bretton Woods, con una mayor estabilidad en los tipos de cambio. Y necesitamos un nuevo conjunto de políticas que fijen el capital a más largo plazo, reduciendo las posibilidades de los movimientos a corto plazo.

Es interesante observar que una serie de economistas estadounidenses que siempre han preconizado el mercado libre ahora reconozcan que hay una diferencia entre el comercio libre y la absoluta libertad de movimientos de capitales. Ahora comienzan a reconocer que los movimientos especulativos de capitales —en su vertiente de «casino» financiero internacional— desestabilizan la economía. Por tanto, parece abrirse paso la idea de que es preciso reducir la especulación en el mercado financiero y monetario. Un país partidario del comercio libre, como Chile por ejemplo, ha establecido que un tercio de las inversiones extranjeras tienen que invertirse a plazo fijo de un año en el banco central. En Estados Unidos existe algo así como una *tasa Tobin* sobre las divisas para impedir o reducir la especulación.

Las fórmulas como las de la *tasa Tobin* servirían para obtener ingresos aplicables al desarrollo ecológico del Tercer Mundo, o para contrarrestar el calentamiento de la atmósfera.

Yo pienso que deberíamos entender la economía global de manera que la economía real tenga más importancia que la economía financiera. También deberíamos llegar a un crecimiento más alto en naciones occidentales, a una política monetaria menos restrictiva y a una política fiscal menos rígida. La estabilidad requerida por Maastricht —a la que ayudarán el Banco Central Europeo y el euro—, así como la necesaria introducción de reformas en el mercado laboral europeo, no deberían tomarse como un pretexto para reducir las prestaciones sociales. Creo que si solamente se llevan a cabo reformas en el mercado laboral y se permite la libertad de circulación mundial de capitales, mientras que no se hace nada para aumentar el crecimiento, la frustración será mayor. Tendríamos a trabajadores mejor capacitados pero sin empleo. Considero que es una equivocación perder de vista el aspecto humano de la oferta de empleo.

La presencia de la socialdemocracia en los gobiernos de todas las latitudes, como nunca había existido en la historia de las sociedades democráticas, abre posibilidades nunca antes vistas. Cuando Reagan y Thatcher estaban en el poder, utilizaron su

entusiasmo para difundir su ideología y sus ideas económicas. Los gobiernos de izquierdas tendrían que aprender la lección. No es suficiente aceptar el neoliberalismo y tratar de dominarlo de alguna forma, adiestrarlo un poco con una política tributaria un poquito mejor, con una política que trate un poco mejor los recursos humanos. En Francia, en Alemania y en Italia, se entienden mejor estas insuficiencias que en otros países. Pienso que Europa, sobre todo si el SPD gana las elecciones, tendría que tomar el liderazgo de este movimiento —por qué no una cumbre de dirigentes de los gobiernos progresistas— para asumir de una vez por todas la tarea de imponer la economía social de mercado en nuestros países. Sería una vergüenza si no aprovecháramos esta oportunidad única de contar con tantos gobiernos socialdemócratas, y nos limitáramos solamente a hacer un *thatcherismo* con un rostro más humano.



LA CRISIS INTERNACIONAL Y SUS SOLUCIONES

José BORRELL

En mi ponencia intentaré provocar el debate, planteando preguntas y sugiriendo respuestas, partiendo de una constatación: las ideologías se agotan cuando encuentran un obstáculo insuperable, cuando les resulta imposible negar las señales que la realidad les envía. Hoy, cada día, los mercados financieros *globales* hacen prueba de su irracionalidad. No hace falta que lo documente con hechos. Y muchas voces, cada vez más, se levantan pidiendo una regulación de estos mercados. Irónicamente son quizá las mismas voces que hace poco juraban en contra de los efectos perversos de la intervención pública. Quizá no sea ni el paro masivo, ni la precarización de las clases medias, ni la crisis de los países emergentes lo que está provocando un cambio doctrinal, sino el riesgo de que las tormentas financieras y monetarias hagan peligrar los intereses del capital financiero, que fue el gran ganador de la década pasada. Quizá, en suma, el capitalismo sólo siente la necesidad de reformarse cuando los excesos del liberalismo lo cuestionan.

En cualquier caso, tal vez tengamos hoy una posibilidad de crear un entorno más favorable a la economía real y al pleno empleo. Sólo una posibilidad, porque desde que las bolsas occidentales han superado las pérdidas del verano pasado, se han vuelto a callar las voces que en el otoño exigían mayor regulación. Se han olvidado los peligros que corrían hace seis meses, y no hay que sorprenderse por ello, porque la desregulación y la *globalización* han impuesto una dictadura del corto plazo.

A estas alturas existe en el mundo un conflicto estructural entre el horizonte a corto plazo de los mercados y el horizonte a largo plazo de la sociedad. Y este conflicto es el que ha conducido a los países en vías de desarrollo a crisis recurrentes.

Modelos de explicación de las crisis financieras

¿Cuál ha sido el factor fundamental de estas crisis financieras? Permítanme avanzar dos modelos de explicación: uno de ellos las atribuye a los problemas estructurales específicos de los países emergentes; el otro las atribuye a políticas de tipos de cambio equivocadas e inadaptadas a un mundo *globalizado*. Son dos clases de explicaciones radicalmente distintas, que conducen, según se adopte la una o la otra, a recetas de política económica también radicalmente diferentes. Analicémoslas y contrastémoslas.

¿Han sido los países emergentes los causantes de su propia crisis? Hay quien defiende esta tesis argumentando que la crisis que ha sacudido a los países asiáticos y ahora a Brasil sería esencialmente una crisis del mercado de capitales cuya causa real sería la desidia en la que se encontraba el sistema financiero de estos países. La ausencia de normas y de reglas de prudencia, un funcionamiento opaco y el corporativismo habrían aumentado la vulnerabilidad de estos mercados de capitales al ritmo de su liberalización. Y esa vulnerabilidad habría fluido en torno a tres riesgos: primero, un riesgo de liquidez causado por la falta de sincronización de los vencimientos y provocado por el recurso sistemático a financiaciones a corto plazo para inversiones a largo plazo; segundo, un riesgo de cambio causado por la discordancia en las denominaciones monetarias utilizadas: pedir empréstitos en dólares o yenes para financiar inversiones cuyo reembolso se hacía en la moneda del país; y tercero, el riesgo de mercado, es decir, endeudarse a tipo fijo para comprar activos cuyos valores podían fluctuar de forma importante.

Me parece que esta forma de pensar es bastante paradójica, por no decir de mala fe, al acusar a los países emergentes de no

tener sistemas financieros tan sofisticados como los que tenemos en los países industrializados. Para nosotros el aprendizaje fue largo, y con un sistema mucho menos sólido hasta hace dos decenios. Hasta finales de los setenta, los sistemas financieros europeos eran extremadamente vulnerables, y por eso estaban protegidos y regulados. Creo que hay mucha arrogancia y un cierto sofisma en esta forma de tratar la globalización por parte de los países industrializados. Hasta hace poco acusábamos a los países en desarrollo de ser los responsables de todos nuestros problemas, artífices de competencias desleales por sus bajos salarios y su baja protección social. Si esto era y es así, es precisamente porque son pobres. Y ese mismo sofisma se utiliza hoy en día con respecto a las crisis financieras. Están menos desarrollados y tienen sistemas financieros también menos desarrollados. Pretender que cumplan las normas que cumplen nuestros sistemas de la noche a la mañana, y que nosotros tardamos decenios en construir, es realmente pedirle peras al olmo.

Por eso creo que este diagnóstico estructural no es el acertado, y ha conducido a imponer políticas de ajuste, tanto en los aspectos presupuestarios como estructurales, que en muchos casos han constituido un camino hacia la recesión masiva. Eso es sin duda lo que ha pasado en Brasil, al que las previsiones de crecimiento le dan una caída del PIB del 5%, que tiene mucho que ver con políticas adoptadas desde el punto de vista de que la causa del problema era endógena, sin pararse a pensar en la otra raíz explicativa, es decir, la *provocada por las doctrinas dominantes y sus políticas cambiarias equivocadas*.

Cada día hay más —y lo someto a su consideración— observadores internacionales que atribuyen a *las políticas de cambio* una responsabilidad mayor en las crisis financieras, aunque ello, claro está, exige poner en tela de juicio lo que se suele denominar «doctrina de Washington», que sirve de inspiración a las acciones del Fondo Monetario Internacional. Esa doctrina ha empujado a los países emergentes, por razones de credibilidad de cara a sus compromisos antiinflacionistas, a vincular su moneda a una divisa fuerte, esencialmente el dólar. Y la subida del dólar por razones internas de la economía americana condujo a una apreciación real demasiado fuerte de las monedas de los países asiáticos y después de Brasil. El crecimiento de los desequilibrios por cuenta corriente que ello provocó, aumentó la vulnerabilidad de estos países y los hizo frágiles frente a los ataques contra su moneda.

Creo que esta es una causa de los problemas que no ha sido suficientemente analizada. El problema, en muchos casos, ha

sido la ausencia temporal de liquidez, en buena medida debida a las políticas de cambio, y no la ausencia de solvencia. Y en lugar de ayudarles a atravesar una crisis temporal de liquidez, el Fondo Monetario ha acusado públicamente a esos gobiernos de incompetencia, de corrupción (no digo que no hubiese esos problemas), y ha descrito sus economías como fundamentalmente malsanas. Así, ha desanimado a los inversores y ha minado la confianza en los países emergentes contribuyendo al contagio que decía pretender evitar.

¿Qué hacer ante las crisis financieras?

Frente a este diagnóstico, ¿qué se puede hacer en general, y qué puede hacer Europa en particular? En mi opinión, la solución a la inestabilidad potencial generada por la circulación desordenada de capitales tiene que ser ambiciosa, y debería incluir, por lo menos, tres líneas de acción.

Primero, en el ámbito de las políticas nacionales, habría que poner fin al desorden provocado por las estrategias de monedas fuertes, es decir, de paridades de cambio nominal con una sola divisa. Y sería bueno que los países emergentes adoptasen objetivos de tipos de cambio efectivos, reales, definidos con respecto a un conjunto de monedas, y el euro tiene que ser una de ellas.

Un segundo elemento de responsabilidad es la acción por parte de la comunidad internacional, que puede adoptar distintas formas. Sugiero algunas: que el FMI cree una línea de crédito rápidamente utilizable para sostener la moneda de países temporalmente sin tesorería pero fundamentalmente solventes, a los que, por supuesto, se podría y se debería exigir garantías, como, por ejemplo, depósitos de una fracción de sus exportaciones. Ello permitiría reducir los ataques especulativos contra las monedas y, por lo tanto, les ofrecería la oportunidad de mantener la libertad de movimiento de capitales y así expandir sus intercambios internacionales.

El tercer elemento se refiere a las estructuras financieras. Creo que las recientes crisis han demostrado que las regulaciones de los sistemas financieros son incompletas, no sólo en los países emergentes sino también en los más desarrollados. Recordemos lo ocurrido con los *hedge funds* y con fondos como el *Long Term Capital Management*. No hay ninguna duda de que es necesaria una mejora del control bancario en los países emergentes, como se ha pedido en repetidas ocasiones. Las condiciones de una supervisión eficaz están dadas, sólo falta ponerlas en aplicación.

¿Qué puede hacer Europa en particular? Sé que esos tres ejes de acción y las recomendaciones que acabo de sintetizar pueden ser palabras piadosas, buenas intenciones, que se van a enfrentar rápidamente a intereses contradictorios que van a impedir su aplicación. Es la razón por la cual creo que hay que ser más preciso a la hora de interrogarse sobre lo que podría hacer Europa de forma concreta para facilitar los ajustes de los países emergentes y la sostenibilidad.

Hoy la coyuntura europea es de las más favorables para concretar soluciones que permitan a la vez abordar los problemas internos de Europa y participar de forma decisiva en la solución de la crisis financiera mundial. Primero, porque casi todos los gobiernos europeos —y España es una de las dos únicas excepciones— pertenecen a una misma inspiración doctrinal: el socialismo o la socialdemocracia. Y segundo, porque la coordinación de las políticas económicas para el crecimiento y el empleo puede ser una realidad. Además, la crisis emergente aboga a favor de esa coordinación al menos por dos razones: por una parte, para disminuir el riesgo de una recesión en Europa que apenas acaba de entrar desde hace tres años escasos en una senda de recuperación; y por otra parte, porque ofrece a Europa la oportunidad de asumir sus responsabilidades como segunda potencia en el ámbito mundial en términos de PIB, y ahora con una moneda única.

Nunca como ahora han sido los superávits exteriores más fuertes en Europa. Nunca como ahora la inflación ha estado tan controlada. Nunca como ahora la rentabilidad de las empresas ha sido mayor. La importancia del superávit de la balanza de pagos europea significa simplemente que existen todavía en Europa márgenes de crecimiento sin explotar, y eso le ofrece la oportunidad de asumir sus nuevas responsabilidades mundiales. Europa debe aceptar disminuir sus excedentes exteriores para fomentar un crecimiento más rápido en el resto del mundo, porque los países emergentes necesitan una Europa en crecimiento fuerte y duradero, y porque la arquitectura mundial de los déficits y superávits comerciales debe cambiar.

El problema hoy es que Europa se ha visto apartada de la prosperidad que ha caracterizado al resto del mundo. Sus tasas de crecimiento han sido muy bajas. En el futuro tiene que crecer más, y ese crecimiento tiene que ser un motor que ayude a disminuir los desequilibrios mundiales. Un problema añadido es que todos los países y todos los gobiernos quieren fomentar su crecimiento, pero solamente entienden que el crecimiento es sano si se produce a través de una demanda externa, es decir, a través de un superávit comercial. Ahora bien, todos los países no pueden tener a la vez superá-

vit comercial, porque los superávits de unos son necesariamente los déficits de otros. En este momento, el superávit europeo demuestra la existencia de un potencial de crecimiento inutilizado, y lo mejor que puede hacer Europa es abordar desde la mayoría socialdemócrata que gobierna en Europa —aunque todavía no gobierna Europa—, un proceso de *globalización cooperativa*. Una globalización que, desde los años ochenta, ha tenido como telón de fondo tipos de interés real anormalmente elevados, acompañados de un profundo desequilibrio social. Una globalización que se ha realizado bajo los auspicios de una economía de mercado profundamente desequilibrada. Para salir de este desequilibrio, el mundo tiene que salir de una lógica de crecimiento donde la expansión de unos generaría la de los demás, y entrar en una óptica cooperativa.

Hasta ahora nos hemos ido deslizando, casi sin darnos cuenta, hacia una lógica de cuotas de mercado, donde el crecimiento de unos sólo se podía hacer perjudicando a los demás, y por esta razón los países desarrollados hemos llegado a temer —y ya es el colmo— el desarrollo de los países pobres, cuando lo deseábamos de todos nuestros votos en los años setenta y sesenta. Competitividad, por supuesto, pero no hay que reducir esa palabra a un significado que pretenda reclamar los territorios económicos de los demás, sino establecer políticas cooperativas que permitan abordar conjuntamente una lógica de crecimiento. Para ello, habría que ofrecer a cada país, y simultáneamente a todos, la liquidez necesaria para poder importar. Y este tipo particular de liquidez existe ya. Son los derechos de giro especiales del Fondo Monetario Internacional, y si fuese imposible distribuirlos a todos los países, por lo menos se deberían ofrecer a los que más lo necesitan: los del Este y los del Sur; con la condición de que la mayor parte de esta liquidez sea utilizada para importar bienes de inversión. Y en esa estrategia todos ganaríamos, los países en desarrollo y aquellos que necesitan de nuestro crecimiento para potenciar el suyo.

Me gustaría que analizásemos cuál de las dos causas de la crisis ha sido más determinante: los problemas estructurales endógenos de los países en desarrollo o la ideología dominante de la moneda fuerte que ha implementado políticas de cambio en absoluto adaptadas a las circunstancias de la globalización.



MOVIMIENTOS INTERNACIONALES DE CAPITAL

José RIPOLL

En 1780, Federico II de Prusia desafió a las academias de ciencias y artes europeas a que se plantearan la cuestión referente a si «es útil que se engañe a la gente incitándoles a cometer nuevos errores o confirmándoles en los actuales».

The New York Times, 3 de enero de 1998.

Tony Blair advirtió a Japón de que tendrían que «hacer el Full Monty» en la reforma financiera si Asia quería salir de la actual crisis. «Tal y como lo descubrió el Nuevo Partido Laborista, en un mercado global hoy día o bien estás a la cabeza y tienes éxito, o bien te descubren rápido y fracasas.»

Financial Times, 10 de enero de 1998.

Prólogo

La preparación de este informe ha sido consiguiente a la reunión a la que asistí en Bruselas el 8 de enero de 1998. Su objetivo era organizar el diálogo sobre el tema «Globalización y gobernabilidad económica y financiera», tal y como se indica en el programa de la Comisión Progreso Global. Los esfuerzos de la Comisión expresan claramente la necesidad de ir más allá de las alternativas, tanto de una filosofía según la cual la circulación sin restricciones del capital, guiada por el mercado internacional, está en conflicto con los intereses democráticos nacionales en muchos países y acaba inevitablemente en desestabilizadoras crisis y pánico, como de la que se basa en la certeza de que la circulación sin restricciones contribuye a una mejor distribución racional de los recursos financieros, mientras que las aptitudes de autocorrección de las fuerzas del mercado se ocupan de los problemas de desestabilización temporales. Ambas alternativas han sido consideradas como útiles desde el momento en que «incitarían a la gente a cometer nuevos errores o la confirmarían en los actuales».

En Bruselas, las discusiones trataron sobre los preparativos para la reunión de alto nivel de la Comisión y la organización de una reunión preparatoria (el Seminario temático considerado en el informe general de la Comisión) para clarificar el campo de acción y esbozar una línea de conducta. Se intercambiaron opiniones referentes al ámbito y programa posibles. Mi conclusión es que, en principio, los términos de referencia del seminario incluirían un examen del volumen y las modalidades actuales de las transferencias de capital entre países, sus resultados desde el punto de vista de las perturbaciones y crisis en economías en todos los niveles de desarrollo, y las medidas de la política a seguir a nivel nacional o multilateral. Presidiendo a todos estos objetivos hay líneas generales muy vagas: las medidas de la política a seguir se dirigirían hacia la «optimización de las ventajas y la minimización de los costes», objetivo enmarcado en el contexto de los valores, principios y opciones particulares de lo que la Comisión considera como un ámbito político de «líneas de acción progresistas» (signifique lo que signifique).

Este informe se propone recopilar algunos de los puntos de vista y opiniones actuales sobre dicho tema y en particular los «Movimientos internacionales de capital» y los resultados relacionados. El problema de las transferencias de capital y la situación difícil que entraña en prácticamente todas las áreas ha sido últimamente tratado por una densa literatura; las crisis monetarias que se han extendido recientemente por todo el sudeste de Asia y cuyo origen se encuentra en transferencias volátiles den-

tro y fuera de esta región, han estimulado muchos reportajes así como una cierta cantidad de análisis formales más rigurosos. Más en general, la popularización del tema viene de la creciente importancia atribuida a dichos movimientos y flujos en tanto que vectores necesarios de una vía de gran envergadura hacia la globalización de la economía mundial.

Mi intención ha sido que esta recopilación de la literatura existente (desde la superficial hasta la científica) pueda ser usada como informe de referencia por los miembros del Seminario. Desgraciadamente, las limitaciones de tiempo y de material bibliográfico no me han permitido elaborar una muestra representativa de todas las opiniones y posiciones políticas. He hecho lo imposible para mantener un equilibrio entre las variadas doctrinas y filosofías políticas para las cuales había información disponible, aunque una selección nunca pueda evitar totalmente la arbitrariedad. He evitado lo más posible los términos técnicos y la jerga profesional. En dicho sentido, este informe presenta un objetivo puramente pedagógico y no trata de defender opiniones originales o personales. No es un sustituto de las funciones de la Comisión o del Seminario, sino que se propone ser una fuente de referencias que facilite las tareas de sus miembros y les permita ser más eficaces.

También tendría que decir que empecé a recoger opiniones de varios frentes políticos creyendo que podría encontrar un denominador común entre los diferentes diagnósticos de los movimientos internacionales de capital y las soluciones para los problemas que resultan. Mucho me temo que no lo conseguí. Puedo sinceramente coincidir en ello con Albert Fishlow (1), quien, en una discusión sobre los problemas que estos movimientos han creado recientemente en el contexto asiático y las discusiones sobre las diferentes medidas de la política a seguir que se aplican, dijo: «La polémica pendenciera [en cuanto a los remedios] (2) está distrayendo la atención de lo que parece ser un fallo sistémico del capitalismo global. Las antiguas normas no han funcionado y las nuevas todavía están por inventar». Ahora bien, para los que no lo conocen, Fishlow no es un exaltado Che Guevara, sino un distinguido miembro del firmemente conservador Council of Foreign Relations, en Nueva York. Describir esa «polémica pendenciera» a la que se refería Fishlow es el propósito de mis esfuerzos; no podría y no trato de ir más allá. Eso se lo dejo al Seminario y a la Comisión a las cuales será presentado este informe.

(1) Citado por Peter Passell, «IMF: Caught in the Middle of Asia Blame Game», *International Herald Tribune*, 16 de enero de 1998.

(2) Los textos entre corchetes son del autor.

La primera sección enfoca las fuerzas del mercado que constituyen la base de las transferencias de capital y evalúa su volumen. La segunda sección esboza un análisis de los resultados de dicha circulación en términos de crisis financieras y económicas y la desestabilización social, así como otros impactos negativos en la economía real. La tercera sección revisará las soluciones propuestas: una muestra de las principales líneas de conducta y medidas de mercado propuestas y las opiniones que estas medidas han inspirado.

Transferencias de capital y fuerzas que determinan el mercado

El volumen de la circulación del capital

Las evaluaciones aproximadas de los actuales movimientos internacionales de capital en varias publicaciones coinciden básicamente. Según todas las fuentes, el volumen medio diario en el mercado global de divisas alcanzó unos 1.260 billones de dólares en abril de 1995. Esto equivale a dos veces y media el PIB anual español y a más de cien veces todas las transferencias registradas del mercado internacional de bienes y servicios. La magnitud es gigantesca, cualquiera que sean las incertidumbres y dificultades de la evaluación. Sus crecientes proporciones son también un rasgo espectacular: de 1977 a 1992, dicho volumen se multiplicó por 48; de 1992 a 1995, ya se ha incrementado en un 45%.

Los mercados financieros (donde se operan los movimientos internacionales de capital) están bastante concentrados en lo referente a la geografía y a los sectores de participación. Laura Kodres dice:

«Aunque los participantes en el mercado de divisas están diseminados a lo largo del mundo, la mayoría de las transacciones se llevan a cabo en Londres, Nueva York y Tokio. Londres domina los mercados de divisas con el 30% de todas las transacciones; la participación de Nueva York es del 16%. La participación de Tokio, hoy día del 10%, se ha visto disminuida por la importancia creciente de los mercados de Singapur y Hong Kong. Singapur se ha convertido en el cuarto mercado de divisas más grande del mundo y Hong Kong ha reemplazado a Suiza en el quinto puesto. Aunque el 56% de las transacciones de divisas mundiales se ejecutan en las tres plazas financieras más importantes, entre la mitad y las tres cuartas partes del volumen diario traspasa las fronteras durante las horas de trabajo en dichas plazas, lo cual hace supo-

ner que una parte de las transacciones se realiza fuera de su jornada laboral.

»Concentración del mercado: casi los dos tercios de las transacciones diarias de divisas se llevan a cabo entre operadores bancarios. Un 16% aproximadamente de las transacciones engloban a agentes no financieros, un grupo cada vez más diversificado. Al principio, este grupo estaba principalmente constituido por agentes que ejecutaban las transacciones relacionadas con el comercio; hoy día, incluye inversores internacionales, especuladores y otros participantes nuevos. El 20% restante de las transacciones incluye instituciones financieras diferentes de los agentes bancarios, principalmente firmas de valores activas en los mercados de la deuda internacional y bursátiles, que han entrado en el mercado de divisas como intermediarios, proporcionando a sus clientes servicios generalizados y diversos.

»A pesar de la progresiva diversidad de sus clientes, la concentración del mercado ha aumentado desde 1992 y el porcentaje de operaciones llevadas a cabo en los principales bancos sigue aumentando... Entre 1992 y 1995, la cuota del mercado de los diez principales agentes aumentó en Tokio de un 44% a un 51%; en Nueva York, de un 41% a un 47% y en Londres, de un 43% a un 44%. Los 20 bancos más importantes registraron hasta el 70% de las transacciones diarias de divisas en Nueva York en 1995, cuando el porcentaje en 1992 había sido del 60%, y el 68% en Londres, cuyo porcentaje en 1992 había sido del 63%. La imagen del mercado de divisas que resulta del análisis de 1995 se parece al mapa que muestra los vuelos de una compañía aérea en pleno desarrollo, en el cual los centros se hacen mayores y los rayos que salen de ellos se multiplican —conectando entre sí de forma creciente a los participantes del mercado» (3).

Generalmente, muchas corrientes de transferencias de capital han excluido las economías en vías de desarrollo o de transición. Sin embargo, sobresalen algunas excepciones. UNCTAD comenta la concentración de la circulación en una pequeña cantidad de destinatarios. Mientras el total de las transferencias a los países desarrollados alcanzaba, en 1996, unos 285.000 millones de dólares, tan sólo doce países concentraban el 73% de dicha suma. China está claramente en cabeza (con 52.000 millones de dólares), seguida de México (28.000 millones), Indonesia (18.000 millones), Malasia

(3) Kodres, Laura (1996): «Foreign Exchange Markets: Structure and Systemic Risks», en *Finance and Development*, vol. 33/4, FMI, Washington D.C., diciembre de 1996.

(16.000 millones) y Brasil (14.000 millones). Países menos desarrollados, en particular el Sur del Sáhara, no han atraído el interés de los inversores.

UNCTAD se ha mostrado preocupada por los posibles efectos desestabilizadores en los países desarrollados en cuestión. Otra causa de preocupación es que el incremento de las transferencias privadas se ha visto parcialmente compensado por un decrecimiento de los flujos y ayudas públicas. Las transferencias públicas han sido sólo de 41.000 millones de dólares en 1996, su nivel más bajo en toda la década. Además, la mayor parte de dicha contribución ha ido a operaciones de emergencia, tales como la asistencia a refugiados y el mantenimiento de los programas de pacificación en Bosnia, Ruanda y Haití. En términos globales, UNCTAD ha afirmado a este respecto que:

«La gran mayoría de los países desarrollados no han contribuido al incremento de la financiación de los años noventa desde las plazas financieras internacionales. Por ejemplo, poco dinero ha salido desde dicho origen en títulos de valores hacia los países del Africa subsahariana y las operaciones netas de préstamo y de la banca internacional a esas regiones han sido claramente negativas» (4). (No obstante, UNCTAD acepta que las deficiencias de los sistemas contables de los países puedan ser parcialmente responsables de una imagen tan negativa.)

Los factores determinantes de los movimientos de capital

Las fuerzas del mercado en la base de los movimientos internacionales de capital han sido el tema central de cierto número de informes y análisis recientes. Sin embargo, antes de entrar en ello, es necesario aclarar algunas definiciones conceptuales. En términos generales, los fondos circulan de un país a otro por cuatro razones generales, ya sea para el pago (A) en las operaciones de importación de bienes y servicios (pagos corrientes) o como (B) contraparte financiera de una transferencia de bienes reales (inversiones extranjeras directas o FDI). (A) y (B) son transferencias netas cuyo origen se encuentra en los ahorros e inversiones irregulares entre países.

Las transferencias brutas, por otra parte, incluyen los instrumentos financieros (títulos estatales de renta fija, acciones y otros valores, por ejemplo), entre residentes y no residen-

(4) Conferencia de la ONU sobre Comercio y Desarrollo: «Trade and Development Report, 1996».

tes (5). Las operaciones brutas de capital entre países, las cuales pueden compensarse mutuamente, tratan originalmente tanto (C) de mejorar la liquidez y rentabilidad de una cartera, como diversificar los riesgos específicos de un país para aumentar la seguridad, (D) beneficiarse de las fluctuaciones del tipo de cambio o hacerlo fluctuar con el propósito de especular.

Muchos análisis establecen una intensa relación entre los movimientos internacionales de capital y el resultado más general del proceso de globalización en el que se encuentran las economías mundiales. De hecho, la globalización y los movimientos internacionales de capital tienen muchos rasgos de conexión y comparten una cierta cantidad de relaciones de causalidad. Blanca Heredia, de México ha expresado maravillosamente estos puntos de vista:

«... metiendo hamburguesas, dinero y espectáculos televisivos en el mismo saco, la globalización (...) no consigue que se vea con claridad lo que realmente la distingue. El motor que está en la base de la emergencia de una economía mundial globalizada reside (...) en el capital, convertido históricamente en más portátil y más móvil a nivel internacional que cualquier otra cosa. El capital, además, no sólo está ganando la carrera mundial de la movilidad: también está dirigiendo la globalización de todo lo demás» (6).

Una vez dicho esto, permítanme ahora entrar de lleno en las cuatro categorías de pagos a las que he hecho referencia anteriormente.

(5) Cualquier libro de texto proporciona una mejor definición de la diferencia entre movimientos brutos y netos. Ver también, en especial la quinta edición, de 1993, del *Manual de la balanza de pagos* del Fondo Monetario Internacional. Debería añadir a esto que la definición del concepto de movimientos internacionales de capital no es uniforme. En los Artículos del Tratado del FMI no hay una clasificación explícita de dichos movimientos, que se definen como operaciones que no son corrientes. En cambio, tanto el Código de la Liberalización de los Movimientos del capital de la OCDE como las directivas de la U.E. referentes a los movimientos de capital proporcionan una clasificación detallada. Así, la edición de 1992 del Código de la OCDE clasifica, *inter alia*, la inversión directa, las operaciones de bienes mobiliarios, las operaciones de valores en los mercados bursátiles y financieros, los créditos relacionados directamente con las transacciones comerciales internacionales, los movimientos de capital personal, los créditos y préstamos financieros, las operaciones en divisas no especificadas en otra parte, etcétera.

(6) Heredia, Blanca: «Prosper or Perish? Development in the Age of Global Capital», *Current History*, Vol 96, nº 613, noviembre 1997.

A) Pagos corrientes

Un resultado principal de la globalización (o su esencia) es, por supuesto y para empezar, el aumento del comercio internacional, cuyo volumen en 1985 era 9 veces el de 1946, lo cual provoca las transferencias financieras correspondientes. (Las transferencias en este aspecto no son obviamente movimientos de «capital». Si las incluyo aquí es porque están enraizadas en el sistema de pagos internacional.)

El aumento se ha venido incluso acelerando recientemente como resultado de la Ronda de Uruguay y la integración de los bloques comerciales tradicionales de América, Europa y Asia. Quizá incluso de mayor importancia sea el hecho que los servicios (de transporte, financieros, de telecomunicaciones, de entretenimiento...) —que fueron en su día ejemplos perennes de actividades no comercializables internacionalmente— se vean incluidos cada vez más en el comercio internacional.

B) Inversiones extranjeras directas (FDI)

En segundo lugar (y simultáneamente), están las transferencias internacionales para pagar las FDI. Estas inversiones han aumentado enormemente: lo demás siguió. Mientras el volumen del comercio aumentó cumulativamente en un 15% entre 1983 y 1988, las FDI lo hicieron en un 20% en términos reales, durante el mismo periodo. Como ya se sabe, estas inversiones están asociadas a menudo a las actividades de empresas transnacionales (ETN), cuyas miras, métodos operacionales y estrategias de producción han conocido cambios considerables.

Según Henryk Kierzkowski:

«Las mejoras en el transporte, la comunicación, el conocimiento y la tecnología permiten una mejor división del trabajo (...) de forma que actividades productivas previamente integradas puedan ser separadas y repartidas por toda una red internacional (...) La fragmentación puede estar confinada en un principio a las fronteras nacionales (...) Con el tiempo, sin embargo, la fragmentación está llamada a expandirse por los mercados internacionales como consecuencia de la bajada de precios de los servicios, el aumento de la comerciabilidad de los servicios y una amplia gama de mejoras técnicas e innovaciones que facilitan la descentralización de la producción...» (7).

(7) Kierzkowski, Henryk: «Globalization, Economic Opportunities and Dangers», mimeo, octubre de 1997, Instituto Diplomado en Estudios Internacionales, Ginebra.

Un motor básico en el proceso de la fragmentación de la producción han sido la revolución tecnológica y los descubrimientos científicos que han impuesto nuevos métodos para la producción de nuevos productos y servicios. La movilidad del capital ha sido una condición intrínseca para su integración en las estrategias empresariales. Susan Strange da su opinión al respecto:

«La aplicación de los descubrimientos e innovaciones más allá de allí donde surgieron habría sido imposible si el capital no hubiera sido lo bastante móvil para circular desde donde se creaba el crédito hasta donde se podía invertir de manera provechosa. En resumen, la movilidad internacional del capital, que se empezó a ver de forma reducida a finales del siglo XVIII, ha sido el *sine qua non* de la globalización del siglo XX.

»A mediados de siglo, esta sustitución (el trabajo por la mano de obra) alimentaba la expansión del comercio internacional. Cada innovación tecnológica implicaba más inversión de capital. Y como el ritmo de la innovación tecnológica se aceleró bajo la presión de la competencia entre las compañías para ganar cuotas de mercado, sobrevivir en base a los beneficios en un mercado interior se volvió cada vez más difícil. En resumen, las firmas no decidieron producir para el mercado exterior; se vieron forzadas a hacerlo para no hundirse...» (8).

Y añade que «nada de esto habría sido posible sin una mayor movilidad del capital...». Todo el mundo estará de acuerdo con ello.

C) Cartera de inversiones

Los movimientos de capital destinados a inversión de cartera están en la categoría (C) ya indicada. Varios factores en la base de la oferta y demanda de capital explican su reciente aumento. Uno importante es la proliferación de inversores institucionales (principalmente fondos de pensiones e inversiones) durante la década actual con la correspondiente explosión de sus operaciones. Los administradores de fondos se han visto obligados a buscar una demanda diversificada del capital con el mayor rendimiento posible —bajo pena de quedar reemplazados por una

(8) Strange, Susan: «The Erosion of the State», *Current History*, Vol 96, nº 613, noviembre 1997, pág. 365.

competencia más agresiva. Con este objetivo, en los últimos años se han inclinado por activos extranjeros como medio de reducir la volatilidad de sus inversiones, y siempre incrementando o estabilizando sus ganancias. Los saldos de caja han sido canalizados internacionalmente por operadores internacionales lo bastante perspicaces como para imaginar sofisticados y diversos instrumentos de especulación, y siempre asegurando niveles de seguridad razonables.

En lo que se refiere a los fondos de pensiones, el incremento en unidades y volumen de las operaciones en los últimos años se puede explicar por la evolución de los esquemas de la seguridad social. Para una mayoría de personas en muchos países industriales, la seguridad social es aún el principal medio de subsistencia tras la jubilación; pero la seguridad social está dando paso, en parte, a varios tipos de programas privados de jubilación, a menudo iniciativa de compañías e instituciones como ventaja suplementaria para incentivar a los empleados, paralelamente a los incentivos salariales.

El cambio de los esquemas de la seguridad social de pública a privada está ciertamente motivado por las dificultades de financiación, dificultades que provienen sobre todo de las restricciones fiscales, así como de una evolución demográfica que provoca un alto índice de beneficiarios de la tercera edad, comparado con el de los contribuyentes todavía activos. Ello da lugar a una desconfianza en la capacidad del sistema de cumplir sus obligaciones a la edad de la jubilación — y de ahí una confianza creciente en planes de jubilación privados o de compañías. Ahora bien, los planes de jubilación privados se basan en prestaciones futuras financiadas con las contribuciones pagadas actualmente por los futuros beneficiarios. Las pensiones públicas de seguridad social, en cambio, se pagan con las contribuciones de las personas activas pagadas durante el año, junto con subsidios públicos. Así, el primer sistema tiene una componente de ahorro, ausente del segundo —de ahí que surja una fuente posible de capital. El FMI explica esta tendencia con los siguientes términos:

«La demanda de bienes proveniente de los mercados financieros internacionales ha llegado a estar dominada por grandes inversores institucionales incluyendo compañías de seguros, fondos de pensiones, fondos de mutualidades y otros *trusts* inversores. (...) El desarrollo tecnológico permite que las instituciones sigan el desarrollo del mercado más de cerca y ejecuten más rápido sus decisiones; están en mejor posición que los particulares a la hora de usar los mercados de productos derivados para ajustar sus carteras o tomar posiciones en los desarro-

llos del mercado; también están bajo una intensa presión competitiva para conseguir los mejores resultados...» (9).

Otro factor determinante ha sido la expansión de la fuga de capital a partir de algunos países desarrollados (las fugas de capital, estrictamente hablando, son demandas exteriores que no generan rendimientos de inversión registrados; en términos menos técnicos: exportación de capital no registrada, generalmente como resultado de controles fiscales y de rendimientos insuficientes). Las transferencias de este tipo, además de tener efectos desestabilizadores, han obstaculizado el acceso al exterior de los recursos de divisas. Obviamente, la fuga de capital implica una pérdida de recursos que podrían haber sido usados para incrementar la inversión interior y que, por lo tanto, podrían haber aumentado considerablemente la capacidad del país de liquidar su deuda. Las cantidades en cuestión son de difícil evaluación; sin embargo, algunas pistas señalan sumas considerables. Liliana Rojas-Suarez dice:

«Estimaciones empíricas sugieren que entre 1978 y 1988, el volumen de la fuga de capital para un grupo de países en vías de desarrollo con problemas a la hora de hacer frente a la liquidación de la deuda (...) alcanzó los 47.000 millones de dólares a finales de 1978 y se incrementó de forma constante durante ese periodo hasta llegar a los 184.000 millones de dólares a finales de 1988» (10).

Otra fuente de pretendida oferta de capital internacional se halla en el blanqueamiento de dinero. De nuevo, es difícil hacer estimaciones serias. Peter J. Quirk, citando el *Financial Times* del 18 de octubre de 1994, avanza una suma de 500.000 millones de dólares anuales en el sistema financiero a nivel mundial —según las estimaciones hechas por los expertos británicos y

(9) FMI, «International Capital Markets: Developments and Prospects», de un equipo del personal de los departamentos de Relaciones e Investigación de Intercambio y Comercio, Washington D.C., abril 1990, pág. 7.

Los ejemplos incluidos en la publicación citada no son ni recientes ni los más aptos para ilustrar el resultado aunque valga la pena citar que «se estima que el índice de acciones y fondos extranjeros en la cartera total de fondos de pensión de Gran Bretaña ha subido de un 5% en 1979 a un 20% a finales de 1988. Los bienes extranjeros de los fondos de inversión alemanes (...) totalizaron un 60% del activo total. En Japón, el índice de valores extranjeros del total de valores de las compañías de seguros de vida aumentó de un 15% en 1981 a un 31% en 1988...».

(10) Rojas-Suarez, Liliana: «Risks and Capital Flight in Developing Countries», en *Determinants and Systemic Consequences of International Capital Flows*, estudio del departamento de Investigación del FMI, Washington D.C., marzo 1991, pág. 83.

norteamericanos. Esta cantidad equivale al 2% del PIB global. Los controles empíricos sobre las relaciones entre el crecimiento del PIB y el blanqueo de dinero en 18 países industriales mostraron que las reducciones considerables en los índices de crecimiento del PIB anual estaban asociadas al aumento del blanqueo con origen en actividades delictivas en el periodo 1983-1990 (11).

La inversión extranjera también se ha visto estimulada por factores de demanda de capital, en particular por los déficits fiscales en los que se encuentran los principales países industriales a través de la emisión de títulos de renta fija vendidos en mercados extranjeros. Los Estados Unidos, líderes de la entrada de capital y por lo tanto, el país más deficitario, han visto un aumento frecuente de esta circulación: 1.000 millones de dólares de media anual en 1970-82, hasta alcanzar una media de 40.000 millones de dólares entre 1983 y 1988. La otra cara de este aumento fue un gran incremento de salida de capital a través de los mercados de títulos de renta fija de Japón, Alemania y Gran Bretaña.

D) Movimientos especulativos a corto plazo

Por lo que se refiere a los movimientos del tipo (D) ya citados, se trata generalmente de operaciones a muy corto plazo (el 80% de todos los movimientos vuelven al punto de partida en cinco o seis días), sus carácter especulativo se ve principalmente estimulado por esperadas fluctuaciones de los tipos de cambio.

En términos simples: en relación con lo que los inversores pueden considerar como una moneda sobrevalorada y estabilizada, cuando se compara con los principios económicos, la tentación de venderla (es decir, atacarla) hasta que el banco central se vea obligado a devaluar y venga de nuevo la hora de comprar sacando el debido provecho, es demasiado fuerte para poder resistir. Los especuladores, dicen, anticipan en realidad lo inevitable, actuando anticipadamente ante una devaluación que presienten que de todas formas tiene que suceder. Los países deudores, en especial algunos países en desarrollo que han abierto sus puertas al capital extranjero, se han visto inundados por entradas de fondos extranjeros considerables y sus bancos locales se han financiado en mercados de divisas, atraídos por su parte por los altos tipos de interés de sus depósitos. El pro-

(11) Quirk, Peter J.: «Macroeconomic Implications of Money Laundering», 1996, Informe de Trabajo del FMI 96/66, Washington D.C.

ceso puede ser lo bastante fuerte como para incitar a los bancos nacionales a estimular nuevos proyectos de desarrollo, edificios de oficinas, viviendas urbanas, obras públicas —incluso los más extravagantes, hasta que se ha hecho regresar los fondos a su país de origen.

Nótese que la especulación y el ataque de una moneda pueden producirse incluso en ausencia de una paridad sobrevalorada y estabilizada. «El ataque provoca un resultado que no se podría obtener de otra forma. El resultado es la consecuencia de haber sido profetizado.» El ejemplo de Barry Eichengreen, es muy elocuente sobre este proceso (elimino los términos técnicos):

«Imaginen que el presupuesto y las cuentas exteriores estén equilibrados de forma que ninguna crisis pueda amenazar a la balanza de pagos. Ahora imaginen que los especuladores ataquen (vendan) la moneda. Las autoridades deben permitir que las tasas de interés suban para que se asegure su defensa [es decir, atraer capital extranjero para que contrarreste los efectos del ataque]. Pero este aumento puede alterar las estimaciones del coste y los beneficios de la defensa de la tasa. Un tipo de interés más alto reducirá el producto y, con ello, aumentará el costo de las políticas vigentes. Aumentará la carga de la deuda hipotecaria, inducirá a la morosidad en el reembolso de las deudas, minando la estabilidad de los frágiles sistemas bancarios. Se incrementará el costo del reembolso de la deuda, lo cual requerirá la imposición de impuestos estabilizadores. Soportar ahora la austeridad a cambio de conservar la reputación de defensa del tipo de cambio puede ser menos atractiva...» (12).

Nótese que las operaciones especulativas y los ataques monetarios no entrañan necesariamente movimientos internacionales de capital. La especulación puede ser llevada a cabo por residentes en su propio mercado. Sin embargo, se cree que este tipo de operaciones termina invariablemente en circulación internacional y con la participación de agentes económicos no residentes (13).

El continuo alto nivel de las fusiones y adquisiciones entre las compañías nacionales e internacionales debe también considerarse como una explicación de la circulación de capital.

(12) Eichengreen, Barry J.: «Globalizing Capital: a History of the International Monetary System», 1996, Princeton University Press.

(13) Sin embargo estoy de acuerdo en que la cuestión se merece un debate más profundo que lo que este informe se puede permitir.

Igualmente, las nuevas estrategias de producción y financiación pueden dejar a las empresas transnacionales con considerable liquidez disponible durante largos periodos de tiempo. Las estrategias innovadoras de nuevos instrumentos de financiación han permitido que dichos fondos disponibles sean altamente remunerados —principalmente gracias a movimientos especulativos entre países.

La evolución del sistema financiero internacional y los resultados del mercado también han incentivado los movimientos internacionales de capital a corto plazo —al tiempo que, en un proceso en espiral, esos movimientos han incentivado el perfeccionamiento de los sistemas y la obtención de mejores resultados.

Los progresos tecnológicos de la información han permitido un comercio global las 24 horas del día. Se han creado nuevos productos financieros para responder a las crecientes demandas de los prestatarios y prestamistas respecto a la seguridad y al rendimiento. Las innovaciones comprenden «*swaps*» o trueques (mecanismos para transferir los riesgos, intercambio de obligaciones de pago), futuros financieros (contratos de ventas referentes a los valores que se ejecutarán en una fecha futura dada y por un precio estipulado), opciones (instrumentos de protección frente a la volatilidad del mercado, con derecho a comprar o vender en una fecha futura dada) (14). Un equipo del personal del FMI comenta:

«El crecimiento de los mercados de productos derivados es un signo de la creciente integración y eficacia de los mercados financieros, nacionalmente e internacionalmente. A nivel nacional, estos mercados facilitan la integración de la fijación de los precios de los instrumentos con diferentes niveles de vencimiento y características de riesgo, creando medios según los cuales se pueden aprovechar las oportunidades de arbitraje rápidamente. Permite también que los participantes en los mercados financieros corrijan rápidamente el riesgo asumido y reestructuren sus carteras en consecuencia, con ayuda de sistemas de transacción automáticos —entre otros instrumentos. A nivel internacional, estos mercados permiten establecer un vínculo entre mercados financieros nacionales, tanto en el extremo más corto de vencimientos como, y actualmente cada vez más, en el extremo más largo...» (15).

(14) Aconsejo al lector interesado que se refiera a Johan Marshall y Vipul Bansal : «Financial Engineering», Nueva York, 1992. O mejor todavía: Lawrence Galitz: «Financial Engineering», Pitman, Londres, 1994, rev. 1995.

(15) FMI, 1990, *ibid.*

Básicamente, estos nuevos instrumentos financieros tienen una larga historia en mercados de materias primas (algunos de ellos llevan siglos existiendo). El objetivo tradicional ha sido proteger el comercio contra las fluctuaciones de los precios y el tipo de cambio. Su uso en los mercados financieros es más reciente. Su popularidad lleva consigo riesgos y problemas considerables, en especial teniendo en cuenta la magnitud que estas operaciones han alcanzado en los últimos años y que han pasado a convertir sus objetivos originales en fuente de especulación financiera. «Con unos 5 billones de dólares en contratos pendientes, la talla del mercado de los *swaps* eclipsa actualmente el volumen de todos los valores cotizados en las bolsas de Nueva York y Tokio combinadas. Las carteras de *swaps* que suman hasta cientos de millares de millones de dólares se están volviendo moneda corriente» (*Business Week*, 1 de junio de 1992, citado por Wyn Grant) (16). Grant añade: «Su rapidez, sofisticación y complejidad, así como el carácter secreto de estos mercados, significan que nadie entiende de verdad totalmente lo que está pasando, aumentando la posibilidad de que se produzca un colapso catastrófico en algún punto del mercado».

¿Existe la posibilidad de que se produzca un «colapso catastrófico»? El FMI acepta que los mercados de productos derivados, en su curso normal, permiten un ajuste más rápido y eficaz de los mercados a las cambiantes condiciones internacionales. Pero implican también que las perturbaciones se transmitan más deprisa de un mercado a otro. Aparentemente, «su curso normal» es menos normal de lo que se sugiere.

Cuando la especulación crece gradualmente hasta llegar a su apogeo, el sentimiento general es que no hay riesgos. La euforia se irradia también a partir de los bancos, metidos a menudo en lo que se ha dado en llamar «préstamo conectado» (es decir, créditos que van principalmente a residentes influyentes). Si el sistema bancario falla y algo desagradable ocurre, «todo el mundo espera que el gobierno saque a flote a los bancos en dificultades porque son demasiado grandes para irse a pique y los contactos con las esferas gubernamentales demasiado importantes como para que se ignoren sus gritos de clemencia; entonces, los inversores extranjeros no dudarán en aprovechar la oportunidad de los altos intereses de depósito (siempre y cuando la promesa del rescate del gobierno garantice que puedan salir de las dificultades sin pérdidas)» (17). Si el gobierno no es lo bas-

(16) Grant, Wyn: «The Politics of Economic Policy», 1993, pág. 122.

(17) Eichengreen, Barry, 1997, *ibid.*

tante fuerte en calidad de prestamista de último recurso, se supone que la comunidad internacional se ocupará de ello (a menudo a través del FMI). Las economías están demasiado conectadas entre sí para que la comunidad internacional abandone México o Corea del Sur a su suerte. Esto podría incitar a los inversores y mercados internacionales a despreocuparse de las garantías y protecciones usuales. Stanley Fischer del FMI explica:

«No es que la voluntad del Fondo a la hora de prestar a los países en dificultades cree un riesgo moral. El peligro no reside en que la disponibilidad del Fondo a la hora de financiar las emergencias incite a los países a un comportamiento despreocupado, pues los requisitos del Fondo son tales que los gobiernos con problemas suelen ser más lentos que rápidos en dirigirse al Fondo. En cambio, el peligro está en que el sector privado pueda estar demasiado interesado en prestar ya que sabe que un país que tiene problemas se dirigirá al Fondo antes de declararse en bancarrota» (18).

Los movimientos internacionales de capital, las crisis financieras y la desestabilización económica y social

Paralelamente a los argumentos sobre los efectos positivos de la circulación de capital por todo el mundo y que contribuyen a una asignación más justa y racional de los recursos financieros, los analistas de todas y cada una de las tendencias políticas han seguido advirtiendo sobre los riesgos que acarrearán y la vigilancia que las autoridades nacionales e internacionales deberían ejercer. Goldstein, Mathieson y Lane del FMI son ejemplos de la opinión de que una mayor integración de los principales mercados de capital, aunque haya generado mejoras considerables de la eficacia, «podría someter la economía mundial a tensiones sistémicas». En particular:

«Los cambios estructurales en estos mercados financieros pueden haber reducido la efectividad de las políticas monetaria y fiscal, pueden haber creado nuevos riesgos sistémicos asociados al aumento de la variabilidad del precio de los activos y pueden haber hecho más incierto el acceso de muchos países en vías de desarrollo a estos mercados...»

Sus temores han tenido una confirmación dramática con las crisis monetarias actuales en la región del sudeste asiático. Los

(18) Fischer, Stanley, 1997: «Capital Account Liberalization and the Role of the IMF», artículo presentado en un seminario en Hong Kong, China, 19 de septiembre de 1997.

autores sostienen lo mismo en otra parte de su informe (página 30) donde insisten en el hecho de que:

«La circulación internacional de capital provocará una asignación eficaz de los ahorros sólo si los mercados globales de capital generan precios que reflejan de forma apropiada los riesgos inherentes a la tenencia de activos financieros. [Esta condición no se ve aparentemente respetada como tal] y tanto las políticas oficiales como los factores inherentes a la operación en mercados privados (tales como la información asimétrica) pueden actuar distorsionando los precios de los activos, reduciendo la liquidez del mercado y previniendo la emergencia de mercados para ciertos tipos de demandas y servicios financieros. Mientras muchos países industriales han liberalizado sus finanzas con el objetivo de reducir o eliminar las perturbaciones creadas por las restricciones oficiales, algunos observadores han sugerido que el proceso de desregulación, globalización e innovación en los mercados financieros ha sido un arma de doble filo.

»Por una parte, este desarrollo ha aumentado la eficacia del mercado financiero; por otra parte, ha aumentado la volatilidad de los mercados financieros y ha introducido nuevos elementos de riesgo terriblemente complejos —algunos de naturaleza sistémica—, lo cual hace que la fijación de los precios de los instrumentos financieros sea más difícil y puede contribuir a provocar cambios bruscos en la circulación de créditos una vez que los riesgos que no se habían sido visto previamente se hagan evidentes» (19).

Los párrafos anteriores sugieren que el equilibrio entre las ventajas de la circulación de capital y los riesgos que corren los países es difícil de establecer. Barry Eichengreen, entre otros, explica esta situación:

«Los países en vías de desarrollo en general han tenido un mayor crecimiento que los desarrollados en el periodo de financiación global (aproximadamente las últimas tres décadas). Y los países en vías de desarrollo que han integrado los mercados financieros internacionales (que esa integración se mida por el volumen de capital importado o por la medida en que su inversión esté financiada por fuentes exteriores al ahorro nacional o por la armonización de sus tasas de interés nacionales con las

(19) Goldstein, Morris, Donald Mathieson and Timothy Lane, 1991: «Determinants and Systematic Consequences of International Capital Flows», estudio del Departamento de Investigación del FMI, Washington D.C., marzo de 1991.

mundiales) han tenido un crecimiento mayor que los que no lo han hecho».

Sin embargo,

«... mientras los mercados globales de capital permitan que incluso los países pequeños atraigan grandes cantidades de capital y que, a partir de ahí, aumenten las perspectivas de crecimiento, es suficiente un mínimo cambio de circunstancias para que los sentimientos cambien de forma espectacular y que, en tal caso, los inversores se peleen por ser los primeros en llegar a la salida. Esto es, claro está, lo que sucede en una crisis...

»Este aspecto ha sido especialmente evidente en los últimos años: basta con preguntarle a cualquier mexicano o tailandés... El riesgo de un *crash* financiero se ha visto aumentado de forma similar por la incapacidad de las instituciones dirigentes nacionales e internacionales de adaptarse rápidamente a la explosión de una actividad financiera internacional. La regulación bancaria es un caso especial (...) El rápido incremento del préstamo bancario financiado por la afluencia de fondos, puede preparar el escenario para una caída fatal (...) Si [los bancos locales] ofrecen depósitos de divisas para proteger a los inversores de las pérdidas que resultan de las fluctuaciones de los tipos de cambio pero efectúan sus préstamos en moneda local, acaban por asumir ellos mismos esas pérdidas. Si los bancos se implican en un “préstamo conectado” los mayores recursos para los bancos sólo añadirán riesgos y empeorará la asignación de recursos...» (20).

Los siguientes párrafos pasarán revista a otros textos seleccionados sobre los riesgos. Aunque, como ya se indicó, estos textos no desarrollen nada nuevo y no sean un nuevo aspecto de la literatura económica, han tenido recientemente un nuevo periodo de popularidad en todo el mundo paralelamente al tumulto actual en algunas plazas financieras. Frente al riesgo de una excesiva simplificación, diría que los respectivos autores reflejan dos filosofías en conflicto. Para algunos, las recientes crisis no deben considerarse como choques accidentales marginales sino como factores inherentes al propio sistema financiero y estrechamente relacionados con las actividades de los mercados. Entre 1973 y 1980, hubo ocho crisis principales (seis en 1980 solamente), lo cual exigió medidas coordinadas por parte de las autoridades monetarias a nivel internacional. En los cinco años que siguieron, ocurrieron tres nuevos casos (la crisis del Sis-

(20) Eichengreen, Barry, 1997: *ibid.*

tema Monetario Europeo, el colapso de Barings, la crisis mexicana). Obviamente, estas crisis no tuvieron su origen sólo en movimientos especulativos aunque según la opinión general, la especulación ayudó a agravar su extensión y efectos. Además, tuvieron una amplia resonancia en los oídos populares, sobre todo porque coincidieron con el espectacular éxito de George Soros en sus ataques contra la libra esterlina.

Esta posición se refleja en un artículo fascinante de Richard Lambert (*Financial Times*, 10 de enero de 1998: «Financial Panics: South Sea to South Korea»). El autor observa la historia de las crisis financieras y sugiere que son la norma y no la excepción, y sus efectos expansivos se extienden por todo el mundo: «Un repaso de la historia nos lleva a la triste conclusión de que los mercados internacionales de capital y los pánicos financieros van juntos: no se puede tener lo uno sin, de vez en cuando, desencadenar el otro.»

Lambert sigue comentando a propósito del «abuelito de todos ellos, la Burbuja del Mar del Sur, que hizo tambalear el mercado financiero de Londres y muchas otras plazas entre 1720 y 1721» hasta la manía especulativa y los frenesíes que cubrieron prácticamente toda Europa, de Dinamarca a Portugal. Así pues, la saga continúa, con dramas recurrentes más o menos cada década, hasta el apogeo —el *crash* de 1929 y la consecuente crisis bancaria mundial.

Buscando una explicación, Lambert cita al historiador económico Charles Kindleberger, que sugirió que algunas pocas crisis habían tenido un carácter puramente nacional. «Para la mayoría, sin embargo» escribe, «la crisis aparecida en estructuras financieras internacionales rebotaba de país en país». Los *booms* y las quiebras se transmitían de una economía nacional a otra por medio de una variedad de mecanismos. La afirmación de Lambert —como la de algunos otros autores— es que son diferentes de los pánicos anteriores en tres aspectos por lo menos. Primero, la escala geográfica es potencialmente mucho mayor de lo que podía serlo antes. «Eso es a causa de la manera según la cual el sistema de mercado liberal ha triunfado desde el colapso del comunismo. Las crisis financieras en el siglo XIX estaban claramente limitadas al mundo occidental y a sus imperios. Al acercarse el siglo XX, nuevos mercados se multiplicaron por todo el mundo —siendo todos ellos vulnerables a los *booms* y a las quiebras. En segundo lugar, las cantidades de dinero en riesgo son mucho más altas que antes. Eso es debido al volumen de la circulación internacional de capital a corto plazo, que se ha multiplicado en lo que se ha convertido en una era de dinero caliente.»

La triste visión de las crisis como rasgo inherente de los movimientos de capital es compartida generalmente por los autores de izquierdas en el espectro político. Los movimientos internacionales de capital crean un vicio de dependencia en los mercados financieros ya que a dichos mercados les atrae la mano de obra barata, las economías basadas en productos primarios y las oportunidades especulativas en los países de renta reducida, cuyo resultado es que se incita a estos países a operar actividades de bajo valor añadido. Combinadas con la superficialidad de la estructura financiera en esos países, las crisis financieras son la consecuencia inevitable de lo que comenta Lambert. Además, y probablemente lo que es más importante, los valores, tales como la democracia y la permanencia y legitimidad del Estado-nación y de la soberanía del pueblo, se ven en un serio desafío.

En este orden de ideas, un estudio editado por Rajwant Pal Singh y Subhash Gatade muestra una sospecha de que «la movilidad internacional del capital y su alcance global (...) actúen mediante la erosión interna, y a menudo la supresión forzosa, de todas las barreras ante el comercio y las finanzas internacionales». Una pregunta básica es si la globalización y la circulación de capital que acarrea debe relegarse «al estatus de mero proyecto de los imperialistas y reaccionarios, cuando no a una conspiración ilegal de las compañías multinacionales...». ¿Acabará este desarrollo en una situación en la que «los estados-nación del Tercer Mundo pierdan su soberanía ante los países imperialistas como en la época colonial, o es más bien que la soberanía de los estados-nación se está volviendo porosa a causa de la movilidad global y la fluidez del capital?» (21).

Un análisis que sostiene temores similares —quizá de formulación un poco menos acerba pero con argumentos enérgicos— es el de Susan Strange; el título de su artículo —«La erosión del Estado»— es bastante elocuente:

«Hay tres áreas principales en las que la autoridad del Estado ha disminuido (...) Con probablemente una única excepción en el caso de los EE.UU. (y posiblemente la Confederación Helvética), los estados ya no son capaces de desobedecer a los mercados de divisas. No es que los especuladores se hayan vuelto locos, sino que la movilidad del capital antes mencionado, y no las balanzas comerciales, desencadenan respuestas del mercado, que a su turno, harán variar los tipos de cambio...

(21) Rajwant Pal Sing y Subhash Gatade, eds.: «Globalization of Capital: An Outline of recent Changes in the modus operandi of Imperialism» (próxima publicación), Nueva Delhi.

»Con una de las tres bases de la estabilidad monetaria tan débil, ¿qué pasa con las dos otras, con las tasas de interés y los índices de inflación? Los gobiernos pueden determinar lo primero, pero sólo dentro de los límites fijados por los mercados. Una tasa de interés demasiado alta puede mantener la afluencia de dinero pero (...) esto impondrá costes atroces a las pequeñas empresas y enviará los tipos de cambio a un nivel demasiado alto para que las exportaciones puedan ser competitivas...

»La globalización ha abierto las puertas al fraude fiscal de las multinacionales y muchos particulares. Como hay cada vez más oasis fiscales y cada vez se usan más, disminuyen las entradas fiscales, en todas partes se recortan los servicios de asistencia (la edad de la jubilación aumentará dentro de poco en Italia, Francia y probablemente Alemania). Como último recurso para aumentar sus ingresos, el gobierno vende compañías estatales...» (22).

Los círculos académicos y la forma de pensar convencional son menos optimistas en relación con la consecuencia política explicada más arriba, pero no cierran los ojos a los efectos adversos de la internacionalización financiera. Barry Eichengreen dice:

«Para los países de renta baja, una ola de la circulación del capital puede ser percibida como una marea que puede sacar de su curso incluso a la estrategia macroeconómica mejor planeada. Una política monetaria prudente, consecuente con la estabilidad de los precios, puede crear una inflación galopante y una alarmante presión en el mercado de bienes mobiliarios si una ola de capital afluente se sobreimpone de repente. O bien una política de presupuestos equilibrados puede alimentar un consumo desenfrenado si interviene una ola de la circulación del capital. Un *boom* del consumo puede causar un déficit de producción nacional para la exportación, un amplio déficit de las cuentas corrientes (...) pudiendo resultar un tipo de cambio peligrosamente sobrevaluado.

»En dichos casos, el escenario del desenlace se presenta. Los inversores extranjeros pueden ponerse nerviosos por el déficit de cuenta corriente y el tipo de cambio sobrevaluado, o bien la afluencia de capital puede verse interrumpida por elementos exteriores: un país vecino que devalúa su moneda de repente, o el Federal Reserve Board de los Estados Unidos, que aumenta las tasas de interés. Entonces, las tasas de interés aumentan en el

(22) Strange, Susan: «The Erosion of the State», *ibid.*

país de renta baja. Los préstamos bancarios cesan. La burbuja de los bienes mobiliarios explota. Y la debilidad de la demanda provoca un crecimiento más lento. Las compañías que dependen del crédito bancario tienen que hacer frente entonces a tasas de interés más elevadas, y como las ventas disminuyen, tienen problemas para reembolsar sus préstamos» (23).

Estas líneas ponen en entredicho que una movilidad del capital no registrada, controlada ni regulada, sea compatible con el libre comercio y los tipos de cambio estables. Si fuera así, las crisis podrían tratarse con remedios específicos y medicina preventiva. Si no fuera así, las crisis acarrearían severas e inevitables limitaciones de las decisiones soberanas macroeconómicas. Pero la consecuencia no está clara y se sigue planteando la cuestión. La pregunta consecuente es si la propia circulación se crea en los periodos de desequilibrio y pre-crisis; en ese caso, los desequilibrios y crisis no serían el resultado de movimientos irregulares de capital sino sólo la otra cara de la moneda: un terreno fértil para el desarrollo y crecimiento de dichos movimientos —o más bien, el fenómeno de la bola de nieve, según el cual, cada uno de los componentes estimula a la totalidad—.

Unas investigaciones empíricas recientes sobre la macroeconomía internacional ha tratado de clarificar el asunto —aunque sin conclusiones muy convincentes—. Axel Weber (24) distingue dos tipos de modelos de crisis monetarias: los modelos de la primera generación consideran que los ataques especulativos son causados por fundamentos económicos que no concuerdan con una paridad dada. La especulación y las crisis resultantes serían de esta forma consecuencia de la ausencia de alienamiento. Los modelos de la segunda generación señalan que la especulación autosuficiente es la fuente principal de las crisis monetarias. El informe de Weber se añade a esta literatura proponiendo un nuevo enfoque empírico para identificar los componentes especulativos y básicos de las crisis monetarias.

El informe Weber se añade a esta literatura proponiendo un nuevo enfoque empírico para identificar los componentes de especulativos y básicos de las crisis monetarias. Sus resultados sugieren que, sólo para el franco francés, se puede identificar un componente especulativo considerable como posible

(23) Eichengreen, Barry, «The Tyranny of the Financial Markets», *Current History*, noviembre de 1997.

(24) Axel A. Weber, Universidad de Bonn, Facultad de Derecho y de Ciencias del Estado, informe del Debate B-418.

fuente de la crisis del sistema de cambio (ERM) de 1992 y 1993. La especulación sería una excepción para explicar las crisis y perturbaciones de las economías nacionales y las balanzas internacionales. Sin embargo, la unanimidad es rara, por no decir nula.

Según este orden de ideas, las visiones convencionales y liberales están a sus anchas. Los riesgos asociados a la circulación financiera inestable no son inevitables sino que se podrían perfectamente prevenir sólo con que se adoptara correcta y firmemente una pequeña cantidad de ingredientes: políticas macroeconómicas de fondo, el establecimiento de un sistema bancario fiable y la adopción de regímenes económicos y políticos estables. Y no sólo eso. Un tipo de reacción en cadena puede producirse. Por una parte, el saneamiento de las políticas macroeconómicas prevendría los movimientos especulativos de capital; por otra parte, esos movimientos contribuirían a fomentar políticas macroeconómicas sanas.

Stanley Fischer dice:

«La circulación internacional de capital tiende a ser altamente sensible a la conducta de las políticas macroeconómicas, a la solvencia perceptible del sistema bancario nacional y a la evolución no anticipada en materia política y económica. En consecuencia, se podría esperar que las fuerzas del mercado ejercieran una influencia disciplinadora sobre las políticas macroeconómicas de los países [respecto a los déficits del presupuesto y la balanza de pagos y los índices de inflación]. Normalmente, cuando las consideraciones del mercado son correctas [y el autor admite en otro párrafo que no es siempre así], esta disciplina es válida, lo cual mejora los resultados económicos generales mediante la recompensa a las buenas políticas y la penalización de las malas. Por supuesto, los que deciden las políticas no siempre aceptan de buen grado la disciplina que se les impone, aunque ésta sea apropiada; tampoco les gusta admitir, cuando aparecen los problemas, que los mercados de capital son sólo los mensajeros que transmiten el veredicto sobre sus resultados. Quizá más bien les tiene disparar al mensajero» (25).

Otros círculos están menos convencidos de que los mercados de capital sean sólo los mensajeros de las crisis, aunque no rechacen la responsabilidad de otros factores políticos internos y externos. Para UNCTAD, «las políticas económicas

(25) Fischer, Stanley, *op. cit.*

profundas pueden [también] contribuir a la inestabilidad financiera global». Pero su origen también reside en otro aspecto:

«Una lección recurrente de experiencia reciente de tal inestabilidad es su conexión frecuentemente tenue o inexistente con fundamentos tales como los niveles relativos de los precios de los países, los resultados microeconómicos y la posición de sus políticas macroeconómicas. Esto parece reflejar la ausencia de relación intrínseca entre estos fundamentos y los indicadores que usan los actores en los mercados financieros a la hora de seguir sus decisiones como si lo fueran para *holdings* de diferentes monedas.

»Por ejemplo, las evidencias sugieren que muchos de estos actores usan ampliamente las normas comerciales que se basan en la extrapolación de antiguos movimientos y que son capaces de continuar y acentuar los movimientos de los tipos de cambio, que a menudo están separados de los fundamentos. Dicho comportamiento de los comerciantes ayuda probablemente también a explicar el fracaso de los modelos económicos a la hora de catalogarlos como variaciones a corto y largo plazo según los principales tipos de cambio en términos de variables tales como los suministros monetarios, ingresos reales, tasas de interés, índices de inflación y balances de cuentas corrientes».

Esto pone en una perspectiva más correcta la responsabilidad del mercado financiero y los movimientos especulativos. El abandono de los tipos de cambio fijos por parte de la mayoría de los países de la OCDE a principios de los años setenta originó «una inestabilidad de los mercados monetarios y financieros y ha sido predominante para los niveles de los tipos de cambio, que se han alejado obstinadamente durante largos periodos de lo que correspondería según los elementos económicos de base». Los efectos de la inestabilidad resultante, especialmente en los países en vías de desarrollo, han sido devastadores:

«Una gran cantidad, tanto de sus exportaciones como de sus importaciones y de sus obligaciones de liquidación de deudas, se calcula en las monedas más importantes. Debido al desajuste del cálculo de las recetas exteriores y las salidas, las posiciones de sus balanzas de pago son generalmente sensibles a los movimientos relativos de los valores de varias monedas y a los cambios de las principales tasas de interés. Además, el aumento de las obligaciones de liquidación de las deudas que resultan de las tasas de interés más altas, coinci-

den a menudo con la debilidad de las perspectivas de exportación, relacionadas igualmente con el encarecimiento del dinero» (26).

Este análisis sugiere la existencia de dos problemas conectados entre sí. El primero y más importante es el llamado «problema de agencia» —es decir, los problemas inherentes a las inversiones financiadas por los capitales prestados por los mercados extranjeros a los bancos locales y otros agentes que no basan sus decisiones en cómo se lleva el desarrollo de los préstamos ni en los riesgos que conlleva el desajuste (la moneda en la que se pide el préstamo es diferente de la moneda en la que se presta). Estas circunstancias incitan a una sobreinversión en bienes arriesgados y lleva a burbujas de precios —y crisis. El resultado final puede provocar recesión, a veces tan severa que amenace la estabilidad del sector bancario y, con ello, la estructura económica general.

Ese riesgo se ve agravado por la inmunidad aparente a las quiebras. Como ya se ha indicado, nadie espera que el sector bancario de los bancos y de los gobiernos pueda estar en quiebra en un momento determinado, particularmente en el contexto de «préstamo conectado». Se espera que los gobiernos —o instituciones financieras internacionales— vengán a su rescate rápidamente. Estas expectativas pueden enturbiar peligrosamente la percepción del riesgo e incitar operaciones arriesgadas. Parecen haber estado presentes en el hundimiento tailandés, indonesio y surcoreano. Pero el aspecto es más general: el Banco Mundial ha concluido que los países con mayores *booms* de préstamos durante los periodos de afluencia de capital son los que más a menudo acaban sufriendo crisis bancarias.

El resultado en la economía real

La importancia política de las crisis puede ser evaluada fácilmente en el contexto de su impacto en el nivel de vida nacional. Puesto que los movimientos internacionales de capital tienen el poder de desencadenar perturbaciones y crisis, estos movimientos no son sólo de interés para los especialistas, agentes y mercados económicos que se ven afectados, sino para la población en general. El nivel de vida en México disminuyó aproximadamente un 30% como resultado de la crisis de 1994. Según todos los puntos de vista, la crisis asiática ac-

(26) Conferencia de la ONU sobre Comercio y Desarrollo, 1996, *ibid*, pág. 163 y ss.

tual será incluso más perjudicial para la población. Cuando los capitales importados salen del país, los que sienten los primeros efectos son los que piden préstamos en dicho país, pues se quedan sin líneas de crédito y tienen que disponer de los bienes para los cuales se podía conseguir financiación hasta ese momento. El crecimiento se hace más lento o se estanca y entonces el desempleo se acentúa. El crédito y la liquidez globales se vuelven escasos, los bancos tienen que hacer frente a malos préstamos, la confianza en el sistema financiero (si había confianza) empieza a caer en picado. En la escena internacional se sienten enseguida los efectos del contagio. Por ejemplo, se prevé que los problemas en Corea y Japón creen una deflación considerable de los precios de los bienes en los mercados globales, como se predijo (David Roche, Londres), cuando se escribieron, en muchos otros textos que llegan a las mismas conclusiones. Llamar al FMI para que rescate la economía inicia un proceso de acondicionamiento que puede funcionar muy bien en una perspectiva a medio plazo pero que tiene efectos perjudiciales a corto plazo en la economía real —o sea, en toda la población. Para Peter Passell (27) este proceso tiene dos etapas:

Primera etapa: equilibrar el presupuesto, limitar de forma estricta el abastecimiento del dinero y permitir que suban las tasas de interés. La idea consiste en restaurar la estabilidad de los precios y convencer a los inversores, nacionales y extranjeros, de que sostener la moneda local es seguro.

Segunda etapa: reconstruir las instituciones económicas usando el patrón del moderno capitalismo de libre mercado. Eso lo incluye todo, desde las privatizaciones hasta la eliminación de las ayudas al consumo para realimentar una banca honesta y competitiva.

Los efectos a corto plazo se hacen sentir enseguida en la vida social y económica, en especial, en el estrato de la población menos protegido y que necesita más ayuda.

¿Hay alguna solución?

De nuevo, el tipo de soluciones que se pueden proponer depende de la doctrina de la cual emanan. Recuérdese la distinción que traté de hacer entre una primera categoría, según la cual las crisis monetarias y financieras son el resultado inevita-

(27) Passell, Peter, *ibid.*

ble de los movimientos de capital no reglamentados, ni restringidos, y una segunda categoría, según la cual la especulación no es la causa sino el efecto de las políticas macroeconómicas superficiales y que se resiste a admitir que se hayan echado por la borda.

Permítanme empezar por el principio: los mercados financieros abiertos, en especial combinados con políticas de comercio abierto y tipos de cambio estabilizados, contienen evidentemente grandes riesgos para la estabilidad macroeconómica. Teóricamente, una posible solución sería que el banco central compensara cualquier aumento de reservas internacionales resultantes de la especulación mediante ventas en un mercado abierto de valores nacionales o cualquier otra medida incluida en las llamadas estrategias «de esterilización» (28). Pero la esterilización es un proceso costoso y de vida corta. Y más aún por el hecho de que los que establecen la política a seguir son perfectamente conscientes de que la afluencia de capital se hace de forma volátil, sometida fácilmente a reveses que pueden complicar considerablemente la gestión macroeconómica y amenazar la estabilidad económica y social.

Según esta opinión, todo lo que pudiera disuadir los movimientos internacionales de capital («poniéndoles trabas») contribuiría a un desarrollo económico más equilibrado y de mayor aceptación social. En esta categoría de autores están los que abogan por controles del cambio y los que recomiendan tasas sobre las transacciones.

David Felix (29) da un buen ejemplo de esta tesis. Para él, los esfuerzos llevados a cabo para un desarrollo económico regular y equilibrado mediante la estabilización de los tipos de cambio y el libre comercio «son los ejercicios de la cuadratura del círculo» si la movilidad internacional del capital no se inclina de una manera u otra.

Felix concuerda al menos con Eichengreen y un cierto número de otros analistas, en apuntar a las sucesivas acciones del gobierno para rescatar a los mercados financieros internacionales de las crisis hacia las que tienden cada vez más, por haber

(28) Un texto corto y claro sobre la esterilización es el de Jang-Yung Lee: «Sterilizing Capital Inflows», 1997, FMI, Washington D.C.

(29) Felix, David: «Financial Globalization versus Free Trade: The Case for the Tobin Tax», artículo de debate de UNCTAD, n° 108, noviembre de 1995.

aumentado los riesgos de peligro moral, alimentando incluso mayores movimientos especulativos.

«Esto incrementa las previsiones de que las futuras crisis sobrepasen las capacidades de las autoridades monetarias del G-7. El rescate más reciente, el de la crisis mexicana de diciembre de 1994, podría ser una llamada de atención al hecho de que poner trabas a los engranajes bien engrasados de las ruedas del mecanismo de los mercados financieros internacionales, de manera que sus respuestas se vuelvan más lentas, es un primer paso obligado hacia la estabilidad del sistema monetario internacional». [El autor todavía no había visto lo peor a la hora de escribir este artículo].

David Felix lo muestra hábilmente en una referencia histórica:

«¿Es la libre movilidad internacional del mercado compatible con el libre comercio y los tipos de cambio estables? La respuesta de los creadores del sistema de Bretton Woods, que filtraron la experiencia de la época de entre guerras a través del entonces naciente paradigma teórico de Keynes, fue un no firme. La respuesta actual de la principal institución sobreviviente de Bretton Woods, el Fondo Monetario Internacional, y de las autoridades monetarias del G-7, que filtraron la experiencia de la época después de la Segunda Guerra Mundial a través del paradigma de la macroeconomía del Nuevo Clasicismo, es sí».

La evocación de Felix a propósito de las circunstancias en las que los acuerdos de Bretton Woods se elaboraron, es pertinente. La posición de los creadores originales de Bretton Woods, argumenta, sigue siendo fundamentalmente correcta tanto en el campo teórico como en el empírico. Los países participantes estaban en aquel entonces absolutamente convencidos de que la circulación de dinero caliente había desestabilizado el sistema de cambio del oro de la época después de la Primera Guerra Mundial, contribuyendo de manera crucial a su destrucción y paralelamente a la quiebra del comercio multilateral en los años treinta.

De ahí que incluyeran el Artículo 6 del Acuerdo, que permitía que los miembros restringieran el acceso a su moneda para las transacciones internacionales de capital y le encargaron al FMI que evitara que sus créditos se usaran para financiar la fuga de capitales (30).

(30) Felix, David, 1995, *ibid.* Ver también Helleiner, Eric (1994): «States and the Re-emergence of Global Finance: From Bretton Woods to the 1990s».

Como resultado de estas consideraciones, varios de los países destinatarios de capital han recurrido a medidas para restringir la afluencia de dinero, incluyendo varios grados de control directo, como también cambios en los incentivos:

«Por ejemplo, se han dispuesto las condiciones mínimas para emitir títulos de renta fija y acciones ordinarias (Chile); se han limitado las deudas bancarias en divisas (México) o las obligaciones a corto plazo en manos de no residentes (Indonesia). Las acciones para reducir los beneficios al pedir préstamos extranjeros han integrado la obligación de cumplimiento de requisitos especiales de reserva en casi todas las entradas de capital (Chile); las reducciones de la disponibilidad y el incremento de los costes de las facilidades para el trueque en el banco central (Chile, Indonesia); restricciones de los bienes con una rentabilidad relativamente baja en las posiciones que los bancos pueden financiar con pasivos calculados en divisas (México); y la imposición de un sello de tasa para los créditos extranjeros (Chile). Las salidas financieras se han visto alimentadas con la relajación de las restricciones en las inversiones extranjeras por parte de particulares e instituciones tales como fondos de pensiones, y en la repatriación del capital de firmas extranjeras (Chile, Tailandia). Y lo que es más, los riesgos de los prestadores extranjeros e inversores en carteras han aumentado con la ampliación de las franjas en las que se permite que fluctúen los tipos de cambio (Chile, México)» (31).

La conclusión del Artículo 6 era un compromiso entre los puntos de vista británico y americano sobre la necesidad de controlar el capital de forma permanente. Keynes, apartándose firmemente del Tesoro Británico e incluso del Banco de Inglaterra, aboga a favor de un lenguaje fuerte que no permita simplemente que los países miembros mantengan de forma permanente los controles del capital, sino que también pidan que el FMI y los países miembros ayuden a reforzar los controles mutuos contra la fuga de capital. Harry D. White y el Tesoro de los EE.UU. apoyaron con fuerza esta posición en las primeras transcripciones de lo que sería el Artículo 6. Sin embargo, la oposición del Departamento de Estado, del Banco de Reserva Federal de Nueva York y de los banqueros influyentes de Wall Street forzaron a White a modificar la posición de los EE.UU. en posteriores transcripciones. La conclusión fue un compromiso entre Keynes y las transcripciones atenuadas de White. Esto permite que los controles sean permanentes, pero debilita el poder del FMI a la hora de exigir esos controles cara a los países miembros que usen sus créditos para financiar la fuga de capital, y elimina el requisito de que los países miembros se ayuden los unos a los otros para reforzar esos controles. (Helleiner, 1994, capítulo 2, citado por Felix, 1995).

(31) Akyüz, Yilmaz and Andrew Cornford: «Regimes for International Capital Movements and some Proposals for Reform», informe de Debate de UNCTAD, n° 83, mayo de 1994.

La razón de ser de una tasación de la circulación del capital —o más exactamente, de los movimientos especulativos— tal y como lo propone el premio Nobel James Tobin en los años setenta (32), es básicamente la siguiente: la expansión del comercio monetario va acompañada por lo general de una mayor volatilidad de los tipos de cambio de lo que los fundamentos podrían hacer suponer. Imponiendo una tasación eficaz que afectaría principalmente al comercio a corto plazo, se reduciría también la volatilidad y por lo tanto, se estabilizarían los mercados de divisas. Claro está, hay evidencias de que el bajo porcentaje de las tasas o cargas pueden tener efectos considerables tanto en los niveles como en el carácter de las transacciones financieras. Un ejemplo reciente, (33) demuestra que una tarificación de los 10 puntos básicos impuestos por la Reserva Federal según previsiones claramente sobrestimadas en abril de 1994, se terminó con la reducción de su volumen en un 40% en los seis meses que siguieron (34). Otro ejemplo se presenta en un análisis del *crash* bursátil de octubre de 1987, que atribuye la poca inci-

(32) Un texto básico sobre la tasa Tobin es el del mismo James Tobin:

— J. Tobin: «A Proposal for International Monetary Reform», en *The Eastern Economic Journal*, julio/octubre, 1978.

Otros textos de interés son:

— P.B.Kenen: «The Feasibility of Taxing Foreign-exchange Transactions», en M.Haq, I. Kaul y I. Grunberg (eds.): *The Tobin Tax: Coping with financial Volatility*. Oxford, 1996.

— David Felix, *ibid.*

— S.R. Umlauf: «Transaction Taxes and the Behaviour of the Swedish Stock Market», *Journal of Financial Economics*, vol. 33/2, 1993.

De hecho, la propuesta parece explicar su inspiración original en un extracto de Keynes, «The General Theory of Employment, Interest and Money», en el cual sugiere que la importancia, relativamente cada vez menor, de las transacciones especulativas en la bolsa de Londres en comparación con la de Nueva York era dada a los costes más elevados de la primera y de una tasa de transferencia más pesada. Según esto, continuó sugiriendo «la introducción de una tasación de transferencia gubernamental considerable en todas las transacciones podría revelarse como la mejor reforma disponible, con el objetivo de atenuar la predominancia de la especulación sobre las empresas en los Estados Unidos». Ver Akyüz and Cornford, 1994.

(33) Conferencia de la ONU sobre Comercio y Desarrollo, 1996, *ibid.*, pág. 174.

(34) Sin embargo, hay algunas afirmaciones contradictorias. Por ejemplo, un estudio del efecto de las tasas de transacción en los precios de las acciones ordinarias suecas durante el periodo 1980-1987 no reveló grandes evidencias de reducciones incompatibles estadísticamente significantes. Los descubrimientos de otros estudios tampoco son de gran apoyo para la tasación de transacción considerada como restricción de la volatilidad.

dencia del programa comercial en Londres en ese momento en parte a las obligaciones de tasa y sello.

Esta es en esencia la *tasa Tobin*, de acuerdo con el propio James Tobin, siguiendo las tradiciones y la cultura más keynesianas y según el prólogo del importante libro editado por Haq, Kaul, y Grunberg, cuyo contenido se comenta en los párrafos siguientes (35).

Entre los colaboradores a dicho libro está Frankel, quien presenta evidencias teóricas y empíricas para demostrar que una *tasa Tobin* reduciría la volatilidad reduciendo las actividades de los especuladores desestabilizadores. Sugiere que los esfuerzos para eludir la tasación conducen a una estructura de mercado menos descentralizada, posiblemente menos eficaz.

En artículos aparte, Kenen y Garber admiten que aunque una *tasa Tobin* sería difícil de administrar, su aplicación es factible. Se requeriría un alcance global o casi global para evitar la sustitución de las transacciones libres de impuestos por otras tasadas, así como la migración de las transacciones a jurisdicciones libres de impuestos. Griffith-Jones considera los ajustes institucionales para una *tasa Tobin*, afirmando la necesidad de tener una organización internacional que supervise la administración de la tasa, con administraciones de la tasa nacionales responsables de la imposición y la recaudación.

La gigantesca dimensión del mercado de divisas hace que la *tasa Tobin* sea un objetivo tentador. Felix y Tau calculan que una tasa de un 0,25% sobre los movimientos internacionales de capital podría haber alcanzado los 3 billones de dólares en 1995. Pero también indican que los ingresos aumentarían sólo en algunos países donde están concentrados los mercados de divisas, dificultando políticamente la distribución de los ingresos. Kaul y Langmore mantienen que el esfuerzo global requerido para recaudarla se justificarían, al menos en parte, en vistas a los objetivos de desarrollo multilateral.

»Estos argumentos a favor de la *tasa Tobin*, que invoca el fantasma de algún tipo de Servicio de Ingresos Interno global, han sido recibidos con frialdad por parte de los que determinan la política de los EE.UU.», dice Janet Stotsky. Esto podría ex-

(35) Extractos de los comentarios de Janet Stotsky, *Journal of Economic Literature*, vol. XXXV, diciembre 1997.

plicar el hecho que, tal y como lo comenta Ibrahim Warde en *Le Monde Diplomatique*, febrero de 1997, «una conspiración del silencio encierra el proyecto. La profesión económica no le presta ninguna atención. A los funcionarios que han colaborado se les pide que no hablen. Desde la publicación de ese trabajo, ningún órgano de la prensa anglosajona —incluida la prensa económica— ha dicho una sola palabra» (36).

Obviamente hay una cierta cantidad de obstáculos para la aplicación efectiva de una *tasa Tobin*. Una primera condición se refiere a que sea contra todo riesgo en relación con todos los instrumentos y transacciones existentes (y futuros). Sus defensores más entusiastas no ignoran que esta condición resultaría difícil de aplicar y no convierte la tasa en una panacea (37). Dooley (38) cuestiona la validez de hacer una dicotomía de los mercados de divisas entre los inversores a corto plazo, los cuales se supone que van a actuar en base a la dinámica de precios, y los inversores a largo plazo, los cuales se supone que van a actuar en función de los fundamentos. Una tasa de transacción destinada a disuadir los periodos de inversión a corto plazo, no alteraría previsiblemente la composición de la circulación de capital.

Otro análisis resalta problemas administrativos. Los nuevos instrumentos financieros se desarrollan constantemente, muchos con el propósito explícito de eludir la tasación. El alcance global es irregular, dadas las dificultades a la hora de tener un grupo de países siquiera relativamente homogéneos, como los de la Unión Europea, que se pongan de acuerdo sobre las políticas de tasación. Sin un alcance global, las posibilidades de escapatoria y el recurso a los oasis fiscales podría ser tentador. A este propósito, Barry Eichengreen comenta que «tratar el problema en su origen por medio de una tasación de determinadas corrientes de capital (como ha hecho Brasil), corre el riesgo de atemorizar a los inversores extranjeros —el remedio es peor que la enfermedad— ahora que hay tantos destinos alternativos libres de impuestos para sus fondos» (39). Probablemente tenga razón.

(36) No es del todo verdad pero concuerda con las tradiciones y fobias de *Le Monde Diplomatique*.

(37) UNCTAD, 1996, *ibid*, distingue una cierta cantidad de aspectos técnicos sobre este asunto, y se aconseja a los lectores interesados que se refieran a él.

(38) Haq, Kaul, Grunberg, (eds.) 1997, *ibid*.

(39) Eichengreen, Barry, *ibid*.

Yilmaz Akyüz y Andrew Cornford, insisten también en un problema importante que proviene de la necesidad de imponer la tasa a todos los países con plazas financieras considerables —y hacer que se pongan de acuerdo sobre este asunto. Se dice que las dificultades son aterradoras (UNCTAD, 1996, expresa preocupaciones similares). Sin un acuerdo universal, el comercio de divisas se vería transferido a países y oasis fiscales donde no se aplicara la tasación. (Los autores subrayan que este argumento es una eficaz arma política en manos de los oponentes a la tasación.)

«Tal acuerdo tendría que englobar no sólo los países de la OCDE, sino también las plazas financieras ajenas a la OCDE. Lo que es más, a medida que nuevas plazas financieras aparecieran en los países en vías de desarrollo, también tendrían que ser incluidas.

»Un segundo problema es que los agentes y las transacciones estarían sometidos a la tasa. Respecto a la cobertura de los agentes, se puede argumentar que una tasa aplicada tanto a los bancos como a los actores no financieros en los mercados monetarios, no solamente “le pondría trabas a la especulación” sino que también incrementaría a los bancos los costes de las operaciones necesarias para la financiación de un servicio requerido por los negocios no financieros ni especulativos, del comercio y la inversión internacionales».

Los autores siguen comentando varios aspectos de la creación de la tasa, las transacciones a las que tendría que aplicarse y los problemas derivados. La posibilidad de que se inventen nuevos instrumentos o contratos, o de que los existentes se adapten con la intención de eludir la tasación o reducir las sumas a pagar, no se puede descartar.

«Sería difícil crear una tasa que se protegiera contra toda eventualidad.

»Otros problemas (...) se refieren a las modalidades de la tasa. Por ejemplo, estas modalidades deben incluir el cálculo de diferentes categorías de transacción, incluyendo los compromisos de cambio de divisas para un futuro, opuestos a los actuales, y el plazo del pago en dichos casos —si, por ejemplo, el pago de la tasa debería tener lugar en el momento de la aceptación de la obligación o posteriormente. Otra cuestión bajo esta rúbrica sería el tratamiento de los acuerdos multilaterales que podrían usarse para reducir la suma de divisas ac-

tualmente cambiadas en el caso de algunas transacciones, etcétera» (40).

Una de las principales causas de preocupación para la aplicación de la tasa señalado en diversas fuentes, es su efectividad no demostrada, a la luz de los cambios que el mundo financiero ha experimentado desde la propuesta avanzada en los años setenta. De nuevo, se plantea la cuestión de la ingenuidad a la hora de crear nuevos instrumentos financieros y su potencial para la elaboración de mecanismos que puedan estar supeditados a la tasa. Como indica Andrew Cornford:

«Debido a la proliferación de instrumentos a través de los cuales las transacciones de divisas se llevan a cabo, la creación de una *tasa Tobin* que funcione podría ser mucho más complicada que en los años setenta. Además, uno de los argumentos conceptualmente elegantes a favor de la tasa ya no se ve apoyado como antes. Los técnicos financieros modernos son hoy capaces de crear movimientos de efectivo equivalentes de varias formas diferentes, principalmente mediante instrumentos derivados. Pero esto produce una falta de claridad de distinción entre inversiones a corto y largo plazo, pues la circulación de efectivo asociada a estos últimos puede también ser generada por una serie de transacciones a través de instrumentos inmaduros. La intención original de la *tasa Tobin* era penalizar las transacciones a corto plazo (consideradas muy a menudo como especulativas) en comparación con las de largo plazo, imponiéndola a un índice uniforme en todas las transacciones. Pero sus efectos serían considerados más severamente ahora que en los años setenta por parte de una amplia gama de transacciones inmaduras que han llegado a formar parte de los modos normales de la gestión de los riesgos financieros internacionales, y así podrían describirse como más engañosas que especulativas» (41).

Las estrategias del FMI

Una de las mejores descripciones viene del propio FMI, como lo expresa Stanley Fischer, que cito in extenso:

«La cuestión sobre la reciente perturbación del mercado en la región [del este de Asia] (...) no sugiere que el cálculo del valor

(40) Yilmaz Akyüz y Andrew Cornford, 1994, *ibid.*

(41) Andrew Cornford, 1996, «The Tobin Tax: Silver Bullet for Financial Volatility, Global Cash Cow or both?», en *UNCTAD Review*, 1996, publicación de las Naciones Unidas E.97.II.D.2, Nueva York y Ginebra.

neto sea más a menudo la fuente de dificultades económicas y riesgo más que de beneficios, y de ahí que la liberalización del cálculo del valor neto tendría que aplazarse lo máximo posible (...) No debería sorprenderles oír que rechazo enfáticamente esta opinión...».

¿Cuál es entonces la solución correcta para operar en un sistema que ofrece grandes beneficios pero que puede penalizar severamente los errores y ocasionalmente infligir choques inapropiados a la economía? Fischer esboza seis categorías de medidas:

«Una estructura de política macroeconómica profunda que promueva el crecimiento manteniendo baja la inflación, un pequeño déficit del presupuesto y un cálculo del valor neto sostenible (...) A veces es difícil ocuparse de la circulación de capital a corto plazo si ésta responde a altos índices de interés nacionales, en especial en un contexto en el cual la política limita la flexibilidad del tipo de cambio. Este es el famoso problema de la circulación del capital al que se enfrentan tantos países que buscan estabilizarse en índices de inflación moderados. No hay una solución fácil a este problema, pero la firmeza de la política fiscal es la primera línea de defensa (...)

»Reforzar el sector financiero: (...) Por el momento, los que deciden la política a seguir tienen una idea clara de lo que se necesita hacer para reforzar los sistemas financieros, mediante la mejora de la supervisión y estándares prudentes, asegurándose de que los bancos cumplen los requisitos del capital, las provisiones para los malos créditos y el préstamo conectado limitado, de que publican información financiera instructiva, y de que las instituciones insolventes son suprimidas rápidamente. La aplicación de dichos cambios, en especial dentro de un sistema bancario ya problemático, es a menudo difícil, especialmente cuando la presión política obstaculiza a las autoridades supervisoras. (...) Un sistema bancario débil es tanto una invitación permanente a una crisis macroeconómica como una garantía de la seriedad de cualquiera de tales crisis.

»La progresión y el uso de los controles: hay peligros evidentes en la liberalización de los movimientos del capital en una economía en la que la estructura macroeconómica y el sector financiero son débiles. Así pues, hay un argumento a favor de la aplicación progresiva de la liberalización del cálculo del valor neto (...) En ausencia de una coordinación de la liberalización del cálculo del valor neto y reforma del sector financiero, podría haber distorsiones reguladoras e incentivos reguladores para los movimientos del capital que no están relacionados con

las condiciones económicas subyacentes. Ambos actores podrían acarrear riesgos de inestabilidad de los movimientos de capital (...)

»Provisión de la información: una de las muchas lecciones aprendidas en el caso de México fue que el alcance de la crisis empeoró a causa de la mala calidad de la información facilitada tanto por el sector oficial (incluyendo el FMI) como por los mercados».

Y es aquí donde actúa la provisión del financiamiento patrocinado por el FMI.

«El Fondo —es decir, la comunidad internacional— ha demostrado su buena voluntad actuando así en muchas crisis. El Fondo seguirá actuando de acuerdo a sus objetivos y facilitando la financiación, bajo ciertas condiciones (...) a países que se enfrentan a la necesidad de tomar medidas para frenar los efectos destructivos de una crisis exterior» (42).

Financiar el esquema propuesto por el FMI conlleva, sin embargo, un nuevo enfoque institucional de su papel y una fuerte revalorización de su poder financiero a la hora de intervenir eficazmente en los mercados financieros (una enmienda propuesta a los Artículos del Acuerdo para extender su jurisdicción a los movimientos de capital tiene ese objetivo). Por supuesto, es necesario disponer de un fuerte potencial financiero para «las facilidades de financiación a corto plazo» previstas. La escala de las intervenciones en las últimas crisis financieras lo corrobora: en el momento de escribir estas líneas (finales de enero de 1998), la intervención del FMI suma más de 100 billones de dólares. La garantía de crédito global de 40 billones de dólares solamente para Indonesia, va a ser inadecuada. Probablemente se necesite más la semana que viene. Otros ejemplos: la crisis mexicana (1994-1995) implicó más de 50 billones de dólares. En un día, a principios de junio de 1995, los bancos centrales del G-3 gastaron 20 billones de dólares apoyando al dólar —un efecto que duró un poco más de una semana. Durante la crisis del mecanismo de los tipos de cambio, unos 130 billones de dólares fueron movilizados (principalmente por el Bundesbank) para defender varias divisas europeas, etcétera.

Las reacciones contra los remedios del FMI y su aplicación condicional han sido literatura rutinaria durante mucho

(42) Fischer, Stanly, *op. cit.*

tiempo en los círculos económicos y financieros, aunque se hayan incrementado últimamente como consecuencia de las recientes intervenciones en Asia. Las soluciones que proponen a los países afectados carecen de visión particular o son inapropiadas, inadecuadas o incluso contraproducentes a veces. Sobre una cuestión fundamental se han levantado críticas contra lo que se percibe como una estrategia destinada a proteger no a los países afectados, sino los intereses de los prestamistas. Se encuentran dos tipos de reacciones. Primero están aquellas para las cuales el FMI se equivoca de forma intrínseca —y se sospecha que cualquier cosa que proponga, tiene, en consecuencia, malas intenciones—, y por otra parte, están aquellas para las cuales sus remedios carecen de visión particular o son inapropiadas, inadecuadas o incluso a veces contraproducentes.

No sólo se encuentran reacciones negativas en una parte determinada del ruedo político. En los mismísimos Estados Unidos, los círculos conservadores se quejan de que el FMI gasta el dinero de los contribuyentes americanos para sacar a flote los países en vías de desarrollo cuya ortodoxia política y sumisión al sistema americano no siempre se pueden aceptar como garantía, por no decir más. Al mismo tiempo, algunos analistas son conscientes de las intenciones reales que dirigen todas las acciones del FMI. William Paff (*International Herald Tribune*) dice respecto a la ayuda global actual a Corea del Sur: «La ayuda del FMI garantizada a Corea y bajo la presión del Tesoro de EE.UU. (como anteriormente a Tailandia e Indonesia), ha sido tachada de estar destinada a salvar a los bancos e inversores occidentales de sus especulaciones desconsideradas, imponiendo los costes de la crisis a una naciente clase media asiática y a los trabajadores asiáticos, hoy condenados a la austeridad o al desempleo a pesar de no ser responsables de lo acontecido. Lo que es más, la prensa anuncia que las compañías americanas y europeas, incluso a pesar de que las inversiones especulativas occidentales en Asia estén siendo sacadas a flote por el FMI, tendrán una segunda oportunidad de enriquecerse a partir de los aspectos negativos de la crisis asiática. Las compañías de Corea del Sur como los bancos de Tailandia, están amenazados con ventas forzosas a los intereses occidentales por precios irrisorios». «Hay grandes oportunidades», publica *The New York Times*.

En un artículo publicado simultáneamente en varios periódicos de todo el mundo, Jeffrey Sachs (niño prodigio de la Universidad de Harvard) expresó la opinión de que las buenas intenciones del FMI son genuinas, pero sus recetas pueden acarrear más mal que bien. Generalmente, el FMI trata con

gobiernos pródigos, dice. Si trata de aplicar ciegamente sus esquemas usuales —presionar los créditos, recortar los gastos, cerrar las instituciones bancarias débiles— los acreedores sentirán que el crecimiento está condenado por mucho tiempo. El pánico se intensificará. Las primeras reacciones del mercado a la intervención del FMI en el este de Asia son preocupantes: las bolsas en Indonesia y Corea bajaron un 25% y un 20% respectivamente. En los últimos tres meses, estima, el FMI ha impuesto sus condiciones a más de 350 millones de personas.

En la misma línea, Peter Passell escribe:

«Un informe interno del FMI sobre Indonesia ya ha admitido el paso en falso dado en la ola de cierres forzados de bancos. Más aún, para encontrar dinero para reembolsar a los clientes de los bancos en quiebra, el Fondo insiste para que el gasto público se reduzca drásticamente. Eso irrita a Stiglitz, economista del Banco Mundial, quien argumenta que Asia, con sus altos índices de ahorro, fuerte ética laboral y alta productividad, no debería ser confundida con las economías clásicamente mal administradas de los países subdesarrollados. “No queremos provocar una seria recesión en estos países”, dijo» (43).

Todavía más en la base, más allá de estas consideraciones, se encuentran las razones subyacentes de los movimientos del FMI, a las cuales pertenecen los recursos que moviliza y por las cuales los moviliza, lo cual determina el alcance de su campo de acción. Sentimiento legítimo e inquietante de que el FMI como institución oculte intereses mercantiles. Dice un corresponsal (Universidad de Ottawa):

«Desde el ataque de la crisis de la deuda a principios de los ochenta, el FMI ha jugado un papel central en la política de los tipos de cambio que a menudo requería de los países del Tercer Mundo endeudados que devaluaran su moneda en un 50% como “prerrequisito” para la consiguiente negociación de un acuerdo de préstamo. El FMI esponsorizó devaluaciones de monedas que resultaron invariablemente en abruptas alzas de precios y en una dramática reducción de los ingresos reales. Lo que diferencia los casos de Corea, Indonesia y Tailandia, es que la devaluación (que precedió al acuerdo de ayuda y la imposición de amplias reformas macroeconómicas) no había sido explícitamente exigida por la burocracia ubicada en Washing-

(43) Passell, Peter, *op. cit.*

ton. Era más bien el resultado de presiones especulativas sobre los mercados de divisas ejercidas por los grandes bancos mercantiles e instituciones financieras (mediante la utilización de varios instrumentos especulativos). En el contexto de la crisis financiera asiática, “los especuladores institucionales” (más que el FMI) han jugado un papel indirecto en el proceso de la reforma macroeconómica. En otras palabras, las instituciones bancarias y financieras internacionales han dictado (en un sentido *de facto*) a nivel nacional la política del cambio de divisas, es decir, mediante la manipulación deliberada de los mercados de divisas. En este contexto “los especuladores institucionales” están involucrados en “la preparación del escenario” para la subsiguiente operación de ayuda del FMI. También están involucrados en las consultas de rutina con las instituciones de Bretton Woods pertenecientes a varios componentes de la reforma macroeconómica global incluida en los acuerdos de ayuda (por ejemplo la desregulación del sector financiero de Corea y la apertura del mercado de valores de Seúl al capital extranjero).

»En cambio, las mismas instituciones financieras y bancarias occidentales y japonesas (involucradas de forma rutinaria en la especulación de divisas y de la bolsa) son los acreedores de los bancos centrales de Asia. También tienen grandes cantidades de deudas a corto plazo, de ahí su capital invertido en la prevención de la suspensión de pagos de las instituciones financieras asiáticas. No es sorprendente que esas mismas instituciones financieras occidentales y japonesas hayan presionado a los gobiernos del G-7 para aplicar las operaciones de ayuda de las cuales son los últimos beneficiarios —por ejemplo los 57 billones de dólares bajo el acuerdo esponsorizado por el FMI con los cuales el gobierno de Seúl reembolsará a los acreedores de Corea. ¿Cómo serán financiadas estas operaciones de varios billones de dólares? La contribución de las instituciones de Bretton Woods y el Banco de Desarrollo Asiático (ADB) sólo constituye una parte del total. Las mayores contribuciones de ayuda vienen de los gobiernos del G-7, que requieren el desbloqueo de grandes cantidades de deuda pública. En otras palabras, los gobiernos del G-7 han venido a rescatar a los bancos mercantiles y comerciales aceptando financiar la ayuda, aunque para asegurar este objetivo, los tesoros nacionales del G-7 se vean obligados a liberar grandes cantidades de deuda pública, la cual es invariablemente garantizada por los grandes bancos mercantiles. En otras palabras, los “beneficiarios” de la ayuda son también los que garantizan la operación de la deuda pública requerida para financiar la ayuda. Una situación absurda: los gobiernos del G-7 están “financiando su

propio endeudamiento” (...) Mientras las ayudas contribuyan a la creación de deudas públicas (tanto en Asia como en los países del G-7) —reforzando de esta manera el estrangulamiento de los acreedores en relación con la gestión de la política económica— decenas de billones de dólares de dinero público serán transferidas hacia las manos de instituciones financieras privadas conduciendo a una acumulación de riqueza privada sin precedentes. En cambio, las reformas macroeconómicas impuestas en el contexto de las ayudas esponsorizadas por el FMI contribuyen a un colapso dramático de la economía real, provocando el empobrecimiento de millones de personas.»

La propuesta de Soros

Como punto a registrar, incluiré en la lista la petición de George Soros de creación de un «cuerpo de garantía» como una institución hermanada con el Fondo Monetario Internacional (*Financial Times*, 31 de diciembre de 1997). El objetivo es obtener préstamos internacionales garantizados a un módico precio. Los países que piden préstamos estarían obligados a facilitar datos de todos los préstamos pedidos, públicos o privados. Esto daría a la nueva autoridad la capacidad de poner un tope a las sumas que estuviera dispuesta a asegurar. Más allá de dicho límite, los acreedores tendrían que arreglárselas solos. «Argumentar que los mercados financieros en general, y los de préstamos internacionales en particular, necesitan ser regulados, es probablemente un ultraje para la comunidad financiera, dado que la evidencia es abrumadora», afirma Soros. Este cree que el sector privado está terriblemente incapacitado para conceder créditos internacionales.

Como se podrá recordar, Mahathir Mohamad, Primer Ministro de Malasia, atacó a Soros diciendo que los especuladores internacionales habían desestabilizado los mercados financieros asiáticos. Soros rechazó enérgicamente tales quejas. «El señor Soros ya ha argumentado contra la idea de que se tendría que dejar que los mercados libres se autocorrigieran sin intervención gubernamental. Sin embargo, ha sido la primera vez que ha propuesto una institución internacional de garantía de los préstamos de este tipo. “Piensa que es el momento adecuado para esta idea, ya que a nadie le interesaría si los mercados fueran boyantes”. Una institución así sólo se puede poner en pie cuando el préstamo internacional está en estado de colapso» dice. «Actualmente estamos entrando en un periodo de este tipo.»

A menudo se ha planteado la cuestión sobre el papel que juega el sistema bancario, tanto en los países que prestan como en los prestatarios, como instrumentos o promotores de la movilidad del capital y sus efectos. Prácticamente todos los textos revisados que tratan de las causas y consecuencias de la circulación se refieren a los bancos de una forma u otra, bien como inversores imprudentes, bien como frágiles víctimas, o ambos. En los países donde la norma eran las grandes corrientes de afluencia y donde, por la razón que sea, el movimiento se interrumpe o se invierte, «los préstamos bancarios cesan, la burbuja de los bienes mobiliarios explota. Y la debilidad de la demanda provoca un crecimiento más lento. Las compañías que dependen del crédito bancario tienen que hacer frente entonces a tasas de interés más elevadas, y como las ventas disminuyen, tienen otros problemas para reembolsar sus préstamos. Esto pone en juego el punto flaco de la cadena, es decir, los bancos como depositantes que, sintiéndose preocupados por la solvencia bancaria, se precipitan para sacar su dinero de los bancos y del país (...) Esta es, en breve, una descripción de la crisis financiera mexicana a finales de 1994».

Pero los propios bancos tienen una parte de culpa:

«El rápido incremento del préstamo bancario financiado por la afluencia de fondos puede preparar el escenario para una caída fatal. Si los bancos tienen personal con una formación inadecuada para evaluar correctamente los riesgos del incremento de sus préstamos, la calidad de su cartera de bienes disminuirá. Si ofrecen depósitos de divisas para proteger a los inversores de las pérdidas que resultan de las fluctuaciones de los tipos de cambio, pero calculan sus préstamos en moneda local, y acaban apoyando ellos mismos ese riesgo...» (44).

Lo anterior explica el interés de regulaciones correctas de la solvencia bancaria y los estándares mínimos de capital social. El FMI concuerda: «Los controles prudentes del capital extranjero ya se llevan a cabo en muchos países; ejemplo de ello son las restricciones de las posiciones abiertas de los bancos nacionales en divisas. Se pueden implantar tales restricciones a las posiciones abiertas de las compañías. Tales controles, destinados a reducir la vulnerabilidad de las insti-

(44) Eidrengreen, Barry, *op. cit.*

tuciones locales ante los cambios de sentido de los movimientos del capital extranjero, pueden formar parte perfectamente de los estándares de prudencia internacionalmente aceptados» (45).

Entremos en el Banco para las Liquidaciones Internacionales y el Comité de Basilea de bancos centrales. Al Comité le preocupa precisamente la cuestión del tipo de supervisión que haría que las medidas prudentes de seguridad fueran aplicables en todos los países (y no sólo en los «países registrados» miembros del Banco). Dichas medidas están siendo estudiadas a la hora de escribir estas líneas. El año pasado, como anticipo, el Comité publicó 25 «principios centrales» de supervisión bancaria. Siguen las direcciones correctas: por una parte, los bancos deberían someterse a reglas más astringentes y ser conducidos hacia la adopción de estándares más prudentes para el préstamo y el empréstito. Algunos de los efectos negativos de los movimientos internacionales de capital desaparecerían de esta manera. Por otra parte, la uniformidad de las reglas eliminaría las ventajas competitivas injustas en los bancos sometidos a regímenes regulatorios más relajados.

Consideraciones finales

No habría mejor manera de terminar este trabajo que citando brevemente un documento de UNCTAD. Considero que pone de manifiesto con brevedad la esencia de lo que este informe ha tenido la intención de expresar:

«La discusión sobre cómo aportar mayor estabilidad a los mercados financieros internacionales ha demostrado hasta ahora ser poco concluyente. Aquellos que enfatizan la necesidad de tener políticas para alcanzar los niveles “correctos” de los fundamentos parecen ignorar la conexión, a menudo tenue, entre dichos elementos y la decisión de los participantes en el mercado de divisas. Aquellos que se inclinan por medidas dirigidas hacia los procesos asociados con las transacciones, se enfrentan con la dificultad de delimitar el mercado de divisas y ocuparse de los efectos ampliamente crecientes de la rápida innovación financiera.

»En algunos mercados financieros, sus estructuras institucionales hacen posible la imposición de normas destinadas a mantener la especulación dentro de unos límites y a prevenir los

(45) Fischer, Stanley, *op. cit.*

movimientos a corto plazo de los precios, que son excesivamente importantes.

»Sin embargo, el carácter global del mercado de divisas y los múltiples canales que lo unen a los mercados para otros bienes financieros, parecen eliminar la aplicación de tales medidas en dicho mercado. Como consecuencia, ha habido llamadas de atención a favor del establecimiento de una unidad de compensación para las transacciones de divisas, aunque los impedimentos técnicos, financieros, de organización y políticos hagan que la idea parezca utópica.

»La innovación financiera ha producido en los últimos años un entorno en el que no sólo ha habido grandes cambios en los elementos de los mercados financieros que están sometidos a tasas y medidas reguladoras, sino que también se ha vuelto menos pertinente la tradicional estructura conceptual para la clasificación de estos elementos. En este último sentido, es de especial importancia la manera cómo los instrumentos derivados han eliminado las distinciones abruptas entre inversiones a largo y a corto plazo, con el resultado de que la asociación tradicional entre la madurez de las inversiones y su grado de permanencia ya no se sostiene como antes. Actualmente, los derivados hacen posible la construcción de equivalentes sintéticos de las inversiones a largo plazo, mediante la combinación de tales instrumentos con posiciones en bienes a corto plazo. Como resultado, hay un riesgo de que los beneficios de cualquier reducción de la especulación debida al aumento de cargas de transacción (resultantes, digamos, de la introducción de la *tasa Tobin*) puedan verse compensados por los costes de los perturbadores procesos de arbitraje y los métodos considerados actualmente normales para la gestión de los riesgos financieros internacionales (...)

»Sin embargo, las dificultades de acción interna para controlar la inestabilidad financiera no deberían desviar nuestra atención de las consecuencias económicas posiblemente adversas de tal inestabilidad. La preocupación a propósito de la inestabilidad financiera tiende a subir en picado en las épocas que siguen a los periodos de desorden en los mercados de divisas, desapareciendo progresivamente cuando vuelve la calma. Si los desajustes y la volatilidad con los que se relaciona la inestabilidad de las divisas persisten, son capaces de amenazar las relaciones mercantiles de los países, en particular lanzando un desafío a una mayor coherencia en la creación de una política económica global» (46).

(46) UNCTAD, *op. cit.*

Y el texto recuerda que «alcanzar una mayor coherencia en la creación de la política económica global» fue un objetivo establecido en una solemne Declaración Ministerial para la Organización del Comercio Mundial, adoptada en la conclusión de la Ronda de Uruguay en enero de 1998.



LOS SOCIALDEMOCRATAS Y LA IDEA DE EUROPA

Joaquín ALMUNIA

Me van a permitir que empiece mi contribución por la idea de Europa. Para un bosnio, la idea de Europa significa democracia frente a un nacionalismo excluyente que pone en peligro la dignidad humana y las libertades. Para un español, la idea de Europa ha significado democracia y bienestar. Para un alemán o un francés, la idea de Europa en su origen significaba la reconciliación y el poner fin a la guerra entre los dos países. La pregunta ahora es: ¿qué significa Europa para *todos nosotros juntos*, mirando al futuro? Y yo creo que no tenemos una respuesta suficientemente profunda a esa pregunta. No podemos vivir sólo de las ideas de Europa que cada uno de nosotros hemos ido cultivando, diseñando, asumiendo a partir de nuestra propia realidad nacional y política. Ahora tenemos que mirar al futuro y construir una Europa de todos.

Y desde ese punto de vista, estamos en una semana en la que ha habido una cumbre europea de jefes de Estado y de gobierno en Cardiff y mi valoración no puede ser positiva sobre lo que

allí ha sucedido. No se ha avanzado. Incluso me atrevo a decir que se ha perdido el tiempo.

En los últimos tiempos se han dado pasos adelante en la construcción de Europa, desde el euro hasta el inicio de negociaciones de ampliación a nuevos países, pasando por el Tratado de Amsterdam o el diseño de la llamada *Agenda 2000* o la búsqueda, por primera vez, de actuaciones convergentes en políticas de empleo. Pero en las dos próximas presidencias, en la presidencia austriaca y en la presidencia alemana, que espero que sea liderada por Gerhard Schröder, va a haber que dar *respuestas políticas*, no sólo respuestas parciales a aspectos, en algunos casos muy importantes y en otros menos relevantes, del proceso de construcción europea. Llega el momento de las respuestas políticas, del horizonte político de Europa para el próximo siglo, de nuestro *proyecto común de Unión Europea*. Y yo creo que esas respuestas no están todavía sobre la mesa.

No sólo hay incertidumbres respecto al futuro hablando de globalización. Todos somos conscientes de las incertidumbres que se acumulan en la mente de los ciudadanos europeos y de otras partes del mundo. También hay carencia de respuestas por parte de las fuerzas políticas europeas, y en particular, por parte de los partidos socialdemócratas europeos, ante esas incertidumbres en cuanto a qué debe ser Europa para que sea un instrumento capaz de resolver una parte de esas incertidumbres, y de dibujar y ofrecernos un futuro mejor a todos nosotros.

Y la insatisfacción sobre Europa no se sitúa ya del lado de los recelosos ante la idea de Europa, como podía suceder en los ochenta, sino que ahora, a finales de los noventa, la insatisfacción acerca de Europa se sitúa más bien en el terreno de quienes queremos más Europa y, sobre todo, queremos que Europa avance. Curiosamente, a medida que se han dado algunos pasos importantes desde mitad de los ochenta hasta mitad de los noventa en el proceso de construcción europea, han ido apareciendo interrogaciones más profundas de naturaleza estrictamente política y a las que no sabemos qué responder. Las instituciones de la Unión Europea, a mi modo de ver, no ganan en legitimidad ante las opiniones públicas de cada uno de nuestros países. Más bien, son vistas cada vez con más recelo. Se plantea incluso —como lo han hecho en una carta conjunta el presidente Chirac y el canciller Kohl dirigida al Consejo Europeo de Cardiff—, una visión del principio de subsidiariedad que parece encubrir una cierta idea de *renacionalización* de algunos de los pasos que ya se han dado en el proceso de construcción europea. Se acumulan las dificultades en el funcionamiento de las instituciones europeas y en el proceso de toma de

decisiones europeo. Y cuanto más se amplíe la Unión Europea, mayor será la dificultad para tomar decisiones. No podemos cerrar los ojos ante el riesgo de que la ineficacia o la incapacidad de las instituciones europeas para tomar algunas decisiones que sólo se pueden tomar ya en el ámbito europeo pueden generar —y yo creo que están empezando a generar en alguna parte de las opiniones públicas de nuestros países— un recelo respecto a la propia idea de Europa, cuando debiera en todo caso estar generando una crítica a la capacidad muy escasa, o a la incapacidad todavía muy elevada, de los gobiernos de los estados miembros para decidir en común cómo hacer más eficaz el trabajo y el funcionamiento de las instituciones europeas.

Una prueba de esas dificultades —de esos retrocesos, incluso— es la situación por la que está atravesando la política exterior y de seguridad común. Creíamos haber avanzado a partir del Tratado de Maastricht en una mayor coordinación de nuestra actuación exterior y en materias de seguridad. Desgraciadamente, la realidad nos enseña que la actuación en el exterior de cada uno de los países miembros, sobre todo de los países más importantes de la Unión Europea, no sólo no está cada vez mejor coordinada sino que probablemente cada vez es más libre, menos subsidiaria de un acuerdo previo, de una coordinación previa entre los países del conjunto de la Unión Europea.

Y esto sucede, como ha dicho Felipe González, cuando los socialdemócratas gobernamos en la mayor parte de los países de la Unión Europea. Nos dotamos hace años de un instrumento político para llevar a cabo una política socialdemócrata hacia Europa, el Partido de los Socialistas Europeos. No es suficiente. Tenemos que reflexionar mucho sobre ese instrumento, porque no vale. No está siendo un instrumento útil para que podamos construir todos juntos una idea común, políticamente relevante, de la Europa que queremos los socialdemócratas. Gobernamos, pero como fuerza política no conseguimos encontrar, como ha señalado Antonio Guterres, ese impulso para situar en el corazón de las decisiones que adopta Europa, ideas tan próximas y tan necesarias para nuestra propia identidad socialdemócrata como las de cohesión o solidaridad. Cuando las viejas causas que nos llevaron a unos o a otros a apostar por Europa ya las sentimos unos y otros más lejanas que hace veinte años, los nuevos motores de la idea europea fallan o no los encontramos, o creemos tenerlos en el ámbito nacional. Pero no somos capaces de ponerlos en común a escala europea.

Dentro de un año tenemos el reto de las elecciones europeas. Los socialistas españoles pensamos que es buena la idea de situar como elemento de la toma de decisiones de los electores

Europeos, en esa campaña de dentro de un año, la figura de la persona que nos gustaría ver al frente de la Comisión europea, en la línea de la propuesta lanzada por Delors. Hay otras posiciones dentro de la propia socialdemocracia europea que ponen más énfasis en el programa o en las ideas más que en las personas. Habrá que poner énfasis en las dos: en las personas y en las ideas. Porque la política a finales del siglo XX tiene que reunir a la vez capacidad de diálogo, de consenso, de aglutinar fuerzas, sectores, intereses, y también ha de tener liderazgo. Creo que sólo aglutinando consensos es muy difícil hacer una Europa políticamente relevante al ritmo y a la velocidad necesarios para hacer frente a la globalización.

Y hablando de globalización, nos referimos siempre, en primer lugar, a la mundialización económica, y discutimos mucho entre nosotros sobre cuáles son los elementos de las políticas socialdemócratas que siguen vigentes en relación a los paradigmas de hace quince o veinte años, o sobre cuáles son las adaptaciones necesarias de esas políticas a la vista de la realidad del mundo actual, de este mundo globalizado, de las nuevas tecnologías, de los cambios sociales, de las nuevas demandas, de las nuevas desigualdades. Y entre nosotros mantenemos algunas diferencias, a veces de matiz y a veces algo más profundas. En todo caso, yo creo que estamos básicamente de acuerdo en reconocer los condicionantes para una política socialdemócrata. La explicamos mucho mejor en negativo que en positivo. Sabemos explicar mucho mejor y con palabras comunes qué es lo que ya no se puede hacer o qué es lo que ya no debemos hacer para crecer, para redistribuir y para crear empleo, que aquello que queremos hacer, podemos hacer y, a la vista de la composición de los gobiernos europeos, debiéramos estar haciendo *en común*.

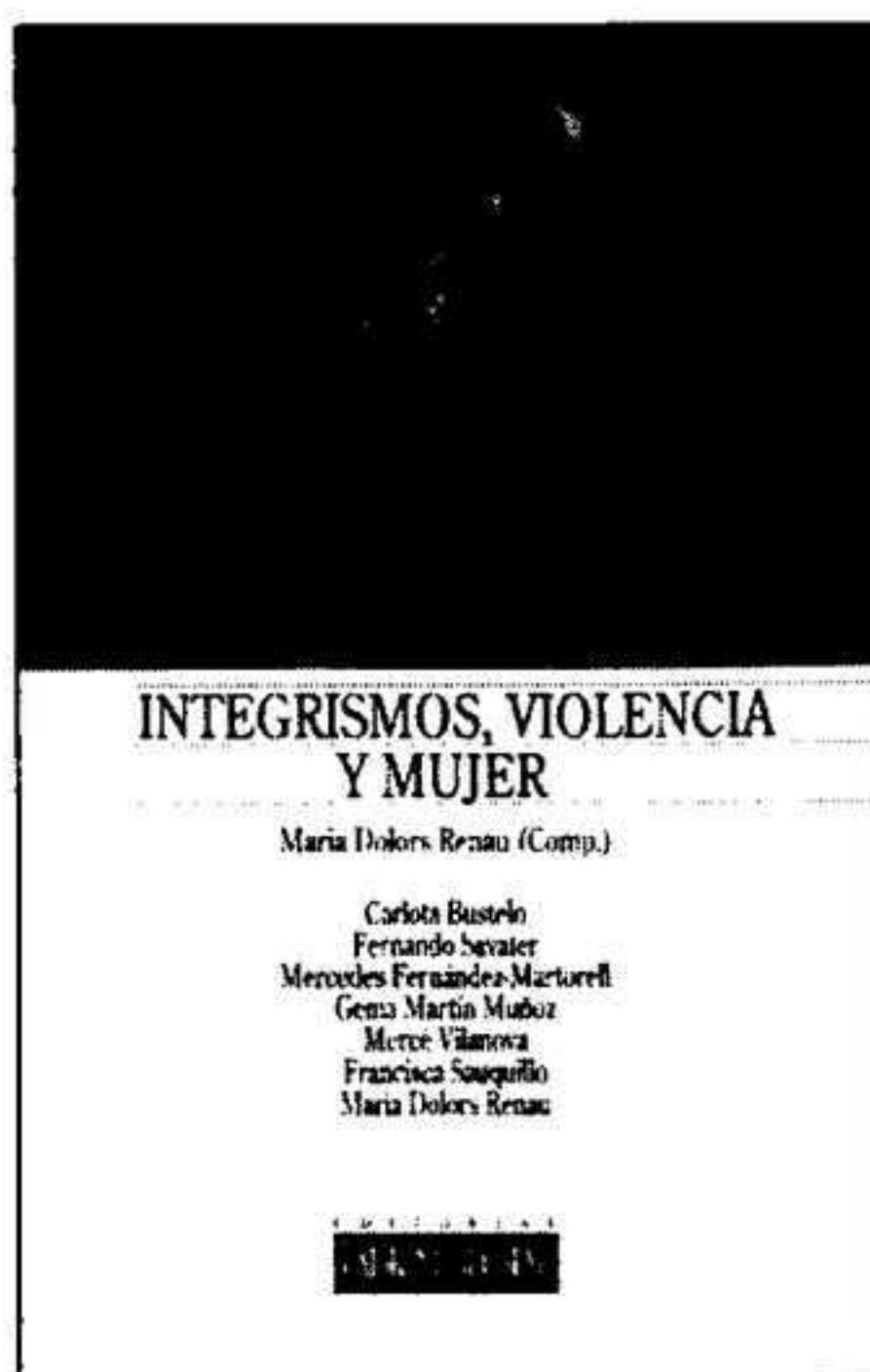
En todo caso, los ciudadanos nos dirigen preguntas. Y, a mi juicio, dos de las más profundas que nos dirigen, son las siguientes. En primer lugar, *¿cómo conciliar crecimiento económico y redistribución para la reducción de desigualdades?* Parece que el modelo dominante en los ochenta era el que para crecer había que estar dispuesto a aumentar las desigualdades. Los socialistas españoles, ahora en la oposición, en los ochenta gobernábamos. Y nuestra experiencia, vista ahora con una cierta distancia, demuestra que se puede crecer y reducir desigualdades simultáneamente en un mundo globalizado. Ahora hemos añadido un nuevo condicionante: el euro. Nos quedan las políticas que siguen dependiendo del ámbito nacional: políticas de ingresos y políticas de gastos. Pero también están condicionadas por nuestra pertenencia común al espacio económico y monetario europeo. No podemos manejar los impuestos directos

sobre la renta de las personas, o incluso sobre la renta de las sociedades, como si viviésemos en economías cerradas. No podemos desconocer que el dinero se mueve a gran velocidad; se deslocaliza. No podemos financiar los sistemas de protección social sin tener en consideración su incidencia sobre el empleo. No podemos desconocer el paro estructural que limita nuestra capacidad de financiar las propias políticas que serían necesarias para proporcionar educación, para proporcionar formación, para sacar de la dependencia del paro de larga duración a los desempleados. Y por el lado de los gastos públicos, tenemos necesariamente que apostar por unas actuaciones públicas que siguen siendo necesarias, aunque recibamos las críticas de la derecha neoliberal. Pero tenemos que utilizar el dinero público y administrar los servicios públicos conforme a los requerimientos y a las demandas de una sociedad moderna y de unos ciudadanos mucho más exigentes que antes.

Esto me lleva a la segunda cuestión fundamental planteada por los ciudadanos: *el empleo*. Las dificultades de crear empleo, redistribuir y crecer pueden ser imputadas por cada uno de los gobiernos nacionales a Europa. Es el recurso fácil de echar la culpa a Europa por la imposibilidad de cada uno de los gobiernos para conseguir esos resultados en cada nación. Y esto me vuelve a traer a la mente la idea de Europa, una idea política, una idea que no puede ser desligada de nuestras ideas sobre la democracia. Creo que la democracia política —no ya la democracia social y los derechos sociales; la participación en decisiones económicas— necesita ser repensada. La socialdemocracia necesita formular una nueva propuesta a la altura del tiempo que vivimos sobre los procedimientos democráticos de control, de gestión, de participación, y necesita aplicar esa nueva propuesta no sólo a cada uno de nuestros países, sino también a nuestra idea de Europa.

E D I T O R I A L

LABIO IGLESIAS



INTEGRISMOS, VIOLENCIA Y MUJER
Maria Dolors Renau (comp.).
Carlota Bustelo, Fernando Savater,
Mercedes Fernández-Martorell, Gema Martín Muñoz,
Mercé Vilanova, Francisca Sauquillo, Maria Dolors Renau.

104 págs.

1.600 ptas. (IVA)

Nuestro mundo está conmocionado por graves problemas estrechamente relacionados entre sí. El subdesarrollo económico, social y político, los fundamentalismos y la explosión de guerras localizadas, conforman una situación en la que todos los elementos parecen augurar un futuro desesperanzador. Las mujeres suelen ser las primeras víctimas tanto de la violencia estructural, que les niega a menudo los derechos humanos básicos, como de todos los fundamentalismos y violencias, algunos dirigidos a ellas en tanto que mujeres. Cualquier forma de conflicto armado es, en general, el resultado del fracaso del diálogo y el pacto como forma de afrontar los conflictos. Trabajar para fomentar la cultura del diálogo, del pacto y de la negociación, así como cuestionar determinados valores que llevan al enfrentamiento armado que tantas pérdidas acarrea, debe ser una tarea del feminismo actual.

Pedidos:

Monte Esquinza, 30 2.º dcha.

Tels.: 310 46 96 y 310 47 98 - Fax: 319 45 85

**Forma de pago: talón bancario
o giro postal**



GLOBALIZACION Y ESTADO-NACION

Dante CAPUTO

Creo que el esfuerzo que estamos haciendo con este seminario está orientado básicamente a la identificación de la razón de ser del progresismo en este final de siglo. Final de siglo que, contra lo que se decía hace apenas cuatro o cinco años atrás, no es ni la inauguración de un orden definitivo en el mundo ni es el fin de la historia.

Apenas culminada la guerra fría se nos sugirió que el largo camino de la humanidad había concluido. Desde las tesis de Francis Fukuyama hasta la difusión generalizada de que habíamos ingresado a un nuevo orden mundial, todo indicaba que habíamos finalmente culminado ese largo camino. Es llamativo que un anuncio tan descomunal —el del fin de la historia y el surgimiento de un nuevo orden— sólo durase tres años. Ya no hay ni fin de la historia ni hay nuevo orden. Estamos en una compleja y perpleja transición. En la compleja y perpleja transición, nuestra perplejidad es qué somos, qué queremos y qué buscamos.

Por lo tanto, capítulo primero sobre agendas y adversarios. Yo nunca supe si las cosas que creía las creía porque había ad-

versarios o si había adversarios por las cosas que creía. Supongo que esta búsqueda nunca la resolveré. Sí sé que para saltar hacen falta vallas; que nadie rompe un récord mundial de salto de altura si no le ponen una valla. De donde no me parece exagerado deducir que independientemente de que sepamos resolver esta cuestión de adversarios e ideales es por lo menos metodológicamente conveniente saber cuáles son estos adversarios del fin del siglo. Adversario suena duro, y enemigos aún más, así es que utilizaré para estos efectos la palabra obstáculos. Entonces hablemos a todo efecto, para no irritar, de obstáculos que justifican nuestros saltos.

Cómo definir esos obstáculos. Yo digo en principio, y después concluiré con algo más preciso, que para mí son obstáculos todos aquellos que hoy por hoy conduzcan a la desaparición de la voluntad pública. Léase voluntad política si se quiere. Todo aquello que, en consecuencia, lleva al vaciamiento de la soberanía popular, al vaciamiento de la política, y que nos hace concluir, por lo menos en América Latina, este ciclo de diez o doce años de reconquista de la democracia con el peligro del confinamiento de la soberanía popular.

Veamos ahora con algún grado de precisión qué quieren decir estas cosas un tanto generales. Estamos discutiendo el tema de la globalización, palabra y concepto sin lugar a dudas equívoco, que ha dado para justificar, como todo neologismo y nueva idea, las más diversas situaciones en el mundo. El otro día salía del Congreso de la Nación a las 6 de la tarde, hora infame en Buenos Aires, para ir hacia mi casa, y por la avenida Callao tomé un taxi y la situación fue francamente insostenible. Durante 45 minutos traté de convivir con un chófer que estaba a punto de un ataque de nervios y de la explosión. Llegados a la avenida El Libertador, se abrió el tránsito, respiró el chófer y ahí fue que miró por el espejo retrovisor. Me encontró, se sintió obligado a una reflexión de política internacional y allí dijo aquella frase maravillosa que yo repito en los seminarios de globalización: «Maestro, esto es consecuencia de la globalización». Esta es la globalización que da para todo, que explica todo y que, sin embargo, la tenemos tan metida adentro que conviene por lo menos por algunos instantes desmenuzarla y analizarla brevemente.

Dos puntos para dar alguna precisión. La globalización no es sólo el hecho de que fenómenos acontecidos en un lugar impacten en lugares remotos. Esto no es nuevo. La decisión de Julio César afectó la vida de Vercingetórix, no hay ninguna duda. La de Isabel y Fernando produjo consecuencias en estas tierras, no hay ninguna duda. Creo que estamos todos de acuerdo en que

no se trata sólo de la capacidad de impactar en lugares remotos, sino de la velocidad con que esto sucede. Este no es un dato menor por más que tantas veces repetido. La velocidad de los hechos acontecidos en lugares distantes y su impacto inmediato hacen que el mundo exterior no sea ajeno a lo cotidiano. En ese sentido, la política exterior, el mundo, lo que sucede afuera son parte de lo cotidiano y de lo interno.

Segunda cuestión. La interacción es un dato de la globalización. No sólo hay impacto remoto, y no sólo es casi instantáneo, sino que además es un camino de ida y vuelta: hay una relación interactiva. Si bien esto es cierto, me permito introducir un matiz. Esta relación interactiva no es simétrica. No es lo mismo el impacto, para decirlo muy sencillamente, que la bolsa de Nueva York tiene sobre la bolsa de Sao Paulo, que el que la bolsa de Sao Paulo tiene sobre la bolsa de Nueva York. Y, en otro plano de cosas, vimos como las aventuras de J.O. Simpson, que parece que estaba acusado de matar a su ex mujer, invadieron el mundo con una vitalidad insólita, cuando tantos dramas infinitamente más ricos e importantes fueron ignorados por el conjunto del planeta. Por lo tanto, la globalización no es simétrica; es una avenida de doble mano, pero una es muy ancha y otra es muy angosta —la mano de regreso. La globalización tampoco es homogénea. No todo lo que pasa se difunde de la misma manera. Una cosa es la difusión del dinero en la aldea global, otra cosa es la difusión del conocimiento. Y una cosa es la difusión de ciertos conocimientos y otra cosa es la difusión de otros conocimientos. Le comentaba recientemente a Felipe González un dato por todos conocido: el 90% de los científicos que han vivido en los últimos 400 años están vivos hoy. Esta cifra estremecedora me llevó hace dos semanas a hacer el recuento de los 200 principales músicos que habían vivido en los últimos 400 años. Lo logré hacer y advertí que sólo el 2% está vivo. De forma que no todo lo que se globaliza es homogéneo ni se globaliza de ida y vuelta de la misma manera.

Dicho esto, vayamos a nuestros problemas, que eran los adversarios y las agendas.

Yo diría que el primer dilema que vamos a enfrentar o que enfrentamos en este tema de la globalización es cuánto de mundo y cuánto de nación. Hace algunas décadas, el debate —no concluido a la luz de nuestras deliberaciones de hoy— era y es cuánto de mercado y cuánto de Estado. La socialdemocracia había inventado aquella ingeniosa fórmula: tanto Estado como sea necesario, tanto mercado como sea posible. Nunca siguió discutiendo quien definía lo posible y quien definía lo necesario, pero la fórmula era ingeniosa. Hoy tenemos este tipo de di-

lema: cuánto de mundo y cuánto de nación. Y digo esto porque en rigor este problema del mundo y de las naciones ha adquirido, por lo menos en algunos lugares, un nivel al que podríamos llamar de opción crítica. Es como si la aparición de esta bendita aldea global estuviera absolutamente conectada con la idea de que tarde o temprano los estados nacionales van a desaparecer.

La globalización en esta visión exagerada y absoluta, tan típica de estas arenas exteriores, conduciría tarde o temprano a la anacronía de los estados nacionales. Quiero analizar con algún cuidado esta cuestión. Esto no es una idea presente en los países centrales. Es una idea —insisto— típica de las exageraciones con que algunas concepciones y modas llegan a nuestras tierras, particularmente a la mía. Existe una brutal exageración que lleva a concluir que la aldea global decreta tarde o temprano la anacronía de los estados. La tesis explícita es todo lo contrario: en el Norte, en los países centrales de ninguna manera se acepta. Permítanme leer cita de Malcolm Rifkin, último canciller conservador británico: «Tomen, por ejemplo, el mercado global. En comercio y en medios informativos estamos cerca del fin de la geografía. Lo que importa en las altas finanzas y en las emisiones hoy no es el lugar, sino la velocidad del acceso de la información. El capital internacional fluye y las corporaciones multinacionales operan libremente a través de las fronteras de los estados nacionales. Pero esto no significa el fin de la soberanía y lo fundamental es que el Estado-nación sigue siendo la piedra fundamental del sistema internacional».

Esta obvia verdad relatada no por alguien compañero de estas ideologías sino de lo contrario, señala que la piedra básica de organización del mundo, aun con las restricciones introducidas por la globalización, y particularmente por la financieras, sigue siendo el Estado-nación. Esta verdad parece entrar en crisis en aquellos lugares donde la exageración de la idea de globalización ha llevado a pensar que el Estado-nación desaparece. La tesis a mi juicio es la contraria: para subsistir, para navegar en el mundo de la globalización, es indispensable la fortaleza del Estado-nación.

Porque esto es así y porque lo afirmo. Hay muchas globalizaciones, pero hay una que me parece particularmente importante de subrayar. Es por todos conocida, pero tiene algunas consecuencias que vale la pena indagar. Se trata de la globalización financiera. Cuando yo hablo de la globalización financiera, estoy diciendo lo que todos conocen. Las transacciones mundiales del mercado financiero son aproximadamente 1.300 miles de millones de dólares. Cifra inmensa que no quiere decir nada.

Esto quiere decir en la práctica que en el año se negocian en el mercado financiero mundial el equivalente de 1.500 veces el producto nacional de mi país. Entran y salen, se reasignan, se deciden por voluntades que no tienen nada que ver con lo público, el equivalente de 1.500 veces el esfuerzo de 35 millones de habitantes de la Argentina. El problema no es solamente el tamaño del mercado financiero. El problema es que este es el primer mercado en la historia del mundo que no tiene ningún Estado por encima.

Segundo problema, que en este mercado un 80% corresponde a movimientos especulativos de corto plazo. No hace falta esforzar la inteligencia para deducir dos pequeñas cosas. Primero, que si el 80% son transacciones de corto plazo, su lógica es la reproducción del dinero a través del dinero. No es necesaria la creación de riqueza. Y la segunda conclusión, que esta suerte de paroxismo de la ganancia no tiene límite alguno. No hay poder público, no hay control ninguno que se ejerza sobre esta forma de organización del mercado financiero mundial. Las consecuencias son inmensas; consecuencias para el Sur, consecuencias para el Norte. Permítanme muy rápidamente dos citas que creo que son pertinentes. Una de Lester Ford: «Si uno quisiera saber las causas principales de la crisis mexicana sería mejor echar un vistazo a los Estados Unidos. Debido a las bajas tasas de interés bancario destinadas a combatir la recesión de los años 1990-1991, cientos de millones de dólares pasaron de las cuentas de ahorro de los norteamericanos a los fondos mutuales de más alto rendimiento. Para pagar más altos rendimientos, los gerentes de los fondos mutuales tenían que obtener más altas ganancias y, como es lógico, enviaban su dinero a México. Cuando las tasas de interés de los Estados Unidos volvieron a subir, los mismos gerentes comenzaron a repatriar su dinero. Con el dinero que salía a montones y manejando un déficit en la cuenta corriente, era una cuestión de tiempo hasta que México agotara su reserva de divisas. En febrero de 1994, tenía 30.000 mil millones de dólares en reservas de divisas. En diciembre, esa cifra había bajado a 6.000 millones de dólares». Aquí no hubo ninguna cuestión de mucho o poco mercado, Estado, capitalismo, eficiencia. No. Aquí hubo simplemente un mal humor, un interés y luego un mal humor de parte del capital financiero internacional que se tradujo en todo esto, más la vulnerabilidad mexicana. La traducción política de esto la conocemos: Salinas, endiosado hacía pocos meses, pasó a ser demonizado al punto que todos conocemos.

Pero esto no ocurre sólo en el Sur. Otra cita. Jean Paul Fitoussi, en *El debate prohibido* sobre las causas del paro en Francia dice: «Aunque el paro ha aumentado vertiginosamente,

en Francia no lo ha hecho en la misma forma que en Estados Unidos ni en los países no comunitarios. Sin embargo, los fenómenos que acabamos de evocar son de ámbito global y deberían afectar a todos los países por igual. La existencia de estas diferencias es en sí misma contradictoria frente al análisis clásico de las causas posibles y los remedios aplicables. Las causas clásicas son la robotización, el bajo costo de la mano de obra en el Sudeste asiático, la flexibilización laboral extrema de algunos países, la competencia con estos países. Es decir, si esas causas universales son las que explican el paro, si son universales las causas, los efectos deberían ser universales. Pero resulta que el paro no es igual en las economías de la OCDE. Por lo tanto, la causa ha de estar en otro lado. Por lo que hace referencia a las causas verdaderas profundas del paro, una que la mayoría de las veces ha sido considerada una causa menor, cuando no negada en forma inocente, me parece de una importancia primordial. Efectivamente coincidió que el verdadero origen de la situación en la que nos encontramos es el nivel anormalmente alto de las tasas de interés reales, y esto desde hace 15 años».

Por lo tanto, tasas de interés reales, movimientos especulativos del capital, explicación del paro en Francia, explicación de la más grave crisis financiera de la década en este continente, mal humor del capital financiero, entrada, salida, no regulación pública de sus designios.

¡Quién puede decir frente a estas circunstancias que la globalización nos debe conducir a la desaparición de los estados nacionales! Convergencias diabólicas. Agreguen a esto algunos datos más, no homogéneos, pero sí estremecedores en algunos lugares. ¿Qué pasa cuando a esta situación, caracterizada por la dimensión de este mercado, y por los objetivos no públicos ni controlables de este mercado, se agregan además situaciones nacionales, en las cuales las recetas neoliberales son llevadas también a un punto paroxístico, a un punto de exageración casi absoluta? Y, ¿qué sucede cuando, además de estos mercados sin voluntad pública, estas masas inmensas que deciden y las recetas extremas neoliberales, se agrega la concepción de que el Estado debe tarde o temprano dejar lugar a la aldea global?

La secuencia sería la siguiente. Punto primero: la globalización a la cual hemos hecho referencia, crea las condiciones para una circulación irrestricta de capitales y su reasignación casi inmediata en función de la maximización de ganancias. De lo que se trata aquí es de la inmensa dificultad para regular estos capitales. La era de las regulaciones gubernamentales de las empre-

sas ha concluido. Las actividades se dirigen a donde no sean reguladas y a menudo puede ocurrir que esa reubicación se efectúe sin desplazamiento físico alguno. En vista a que las actividades capitalistas emigran hacia los lugares con las menores regulaciones y las más bajas cargas sociales, los gobiernos nacionales ahora están compitiendo entre sí por dichas actividades. En una economía global, cuando una nación tiene altos impuestos y gastos sociales, digamos Suecia, las empresas simplemente se trasladan a las sociedades con más bajos impuestos y servicios sociales. La era de la regulación económica nacional ha quedado atrás y la era de la regulación económica mundial no ha llegado.

Y ahí estamos, entre una regulación nacional que ya no existe y un sistema mundial que todavía no ha aparecido. Lo cual me parece que nos permite decir, y he aquí un dilema de la actual situación, si regulo no me dejan vivir y si no regulo me muero. Si regulo se van a otro lado y me desestabilizan inmediatamente. Pero si no alcanzo de alguna manera a contener este designio extranjero que transforma a la economía de mercado en nación de mercado, termino muriendo. Este problema me parece de enorme vitalidad en el dibujo de la agenda que nos inquieta y nos llama a esta reunión.

Segundo punto de la secuencia. La globalización y la búsqueda de desregulación generan esta situación. La lógica financiera sustentada en un volumen de transacciones diarias de 1.300 miles de millones de dólares, tiende a imponerse sobre la lógica productiva.

Punto tres. La capacidad de los capitales financieros especulativos para dirigirse hacia donde encuentran las menores regulaciones, lleva obviamente al conjunto del sistema y a los países a una creciente desregulación o a una disminución de los controles. Disminución de los controles para permitir la circulación de capitales asignados por un mercado que no tiene ningún control. Resignación, renuncia, desaparición de la voluntad pública, desde los estados y fuera de los estados. Esta tendencia a la desregulación se profundiza además cuando se le agregan las consecuencias de las propias políticas nacionales impulsadas por algunas versiones neoliberales extremas. En esas condiciones la lógica financiera y especulativa tiende a dominar a las economías nacionales.

Finalmente, el fenómeno se amplifica aún más y llega al punto del peligro, cuando se deduce que tras el ingreso a la aldea global los estados nacionales tarde o temprano se volverán anacrónicos.

Unas breves conclusiones frente a estos peligros. Decía al comienzo que sean ideales, sean reacciones, hay que tener vallas para poder saltar. Me da la impresión de que esta tendencia a la desaparición de la voluntad pública es una de las vallas esenciales, a partir y en torno a las cuales vale la pena construir una agenda. Esto significa, ni más ni menos, el problema por la positiva de la reconstrucción de la soberanía al interior y de la soberanía exterior de los estados. Lo expondré con un silogismo.

De la democracia podemos tener mil definiciones, pero hay una cierta: la democracia no es que la mayoría decida la verdad, la mayoría decide el destino. A veces decide la verdad, otras veces no. Lo que vota la mayoría, porque es mayoría y soberana, es un cierto programa para ser aplicado por un cierto gobierno en un Estado. Si el Estado no es soberano —es decir, tiene ante sí poderes tan grandes, mayores que él—, el programa no tiene sentido, no es gobernable, y la mayoría ha elegido en vano. Las consecuencias para la democracia están claras. Si el Estado, ocupado por el gobierno elegido por la mayoría en torno a un programa ni siquiera tiene nación, o porque renuncia a ella por la aldea global o porque se imponen a ella, la democracia paga carísimo esta cuenta.

Algunas observaciones finales. Yo creo que estamos frente a inmensos riesgos y perplejidades. No trataría de ninguna manera de abarcarlas todos, pero digo: es un objetivo resolver el dilema de la regulación. Dejamos la era de las regulaciones y aún no ingresamos a la era de las regulaciones mundiales. Entre tanto tenemos que sobrevivir. Los países fuertes de la tierra tienen naciones fuertes. Saben cómo enfrentarse a este mundo de la globalización y al mercado financiero sin voluntad pública. Nosotros, no. Si no sabemos como hacerlo, ponemos en riesgo nuestra viabilidad nacional.

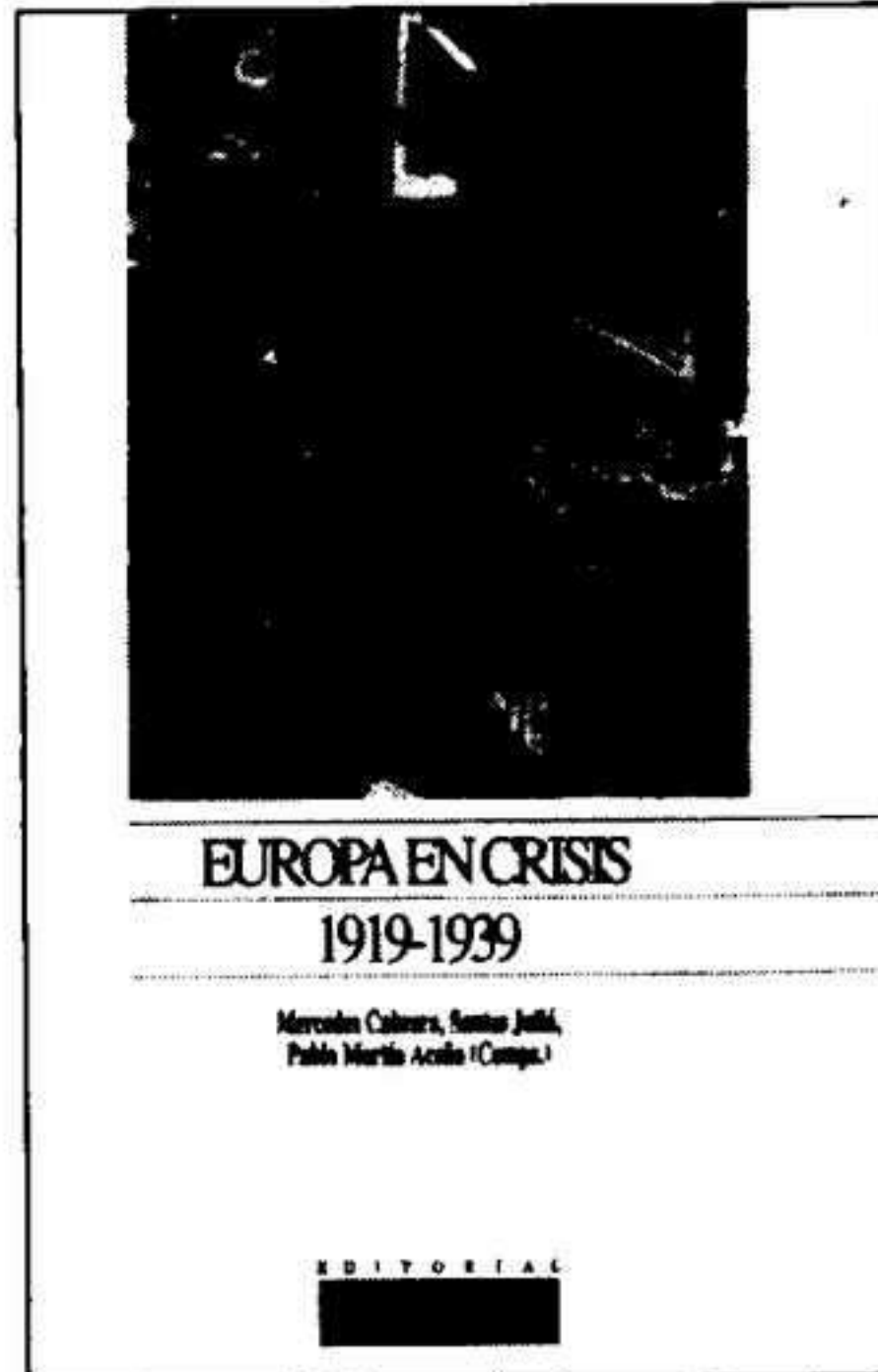
Conclusión de esto. Esperando que lleguemos a la regulación mundial, tenemos que aumentar la masa crítica de política regional. De donde derivo lo que es a mi juicio, y desde el punto de vista de mis compañeros políticos de la alianza en Argentina, lo que nosotros definiríamos como el objetivo estratégico nacional de mi país. El objetivo estratégico nacional que ordena todas las otras políticas es la construcción de esta masa crítica política que nos permita navegar en este mundo que está en contra de la voluntad pública. Recrear la voluntad pública, la soberanía interior y la soberanía exterior, implica un trabajo eficaz y audaz para construir esta masa crítica en el sur de este extremo occidente de la América Latina. Esto significa pasar del Mercosur comercial —decía bien Huntington que el comercio pone en contacto a los pueblos, no los pone de acuerdo. Y acá tenemos

que ponernos de acuerdo, y pasar del Mercosur comercial al Mercosur económico, y esto quiere decir políticas compatibilizadas en el marco de lo macroeconómico. Sin eso no aumentamos grados de libertad. Y finalmente, imaginar el Mercosur político. La Argentina, desde su primera identidad que es la rioplatense, creo que debe definir su objetivo estratégico en esos términos: la alianza comercial, económica y política con Chile y Brasil.

Estos son objetivos que no resuelven nuestra perplejidades, pero son instrumentos que nos permiten saltar las vallas que se nos presentan al final de este siglo.

E D I T O R I A L

PABLO IGLESIAS



**EUROPA EN CRISIS
(1919-1939)**

**Mercedes Cabrera, Santos Juliá, Pablo Martín Aceña (Comps.)
Derek H. Aldcroft, Gabriel Tortella, René Rémond, Mercedes Cabrera,
Shlomo Ben Ami, Adrian Lyttleton, Peter Temin, Pablo Martín Aceña,
Richard J. Evans, Luis Angel Rojo, Francisco Cabrillo, Enzo Collotti,
Aldo Agosti, Nuria Puig, Juan J. Linz, Javier Tusell, Santos Juliá,
Luis Arranz, Juan Pablo Fusi, Ludolfo Paramio**

360 págs.

2.500 ptas. (IVA)

Este libro reúne las ponencias y comentarios presentados en el seminario *Europa en crisis*. El objetivo fue abordar los principales acontecimientos económicos, políticos y sociales que caracterizaron la vida europea de los años veinte y treinta. Para ello se invitó a prestigiosos especialistas que ofrecieron los resultados de sus investigaciones, así como novedosas y estimulantes interpretaciones sobre la historia europea más reciente. Aunque los trabajos examinan el período de entreguerras desde perspectivas distintas, todos ellos tienen un determinante común: tratan de explicar la crisis general (política, social, cultural, económica) de la sociedad europea, que se abrió con la I Guerra Mundial y se cerró temporalmente con una segunda contienda que de nuevo tuvo al continente como principal escenario.

Pedidos:
Monte Esquinza, 30 2.º dcha.
Tels. 913 104 696 y 913 104 798

**Forma de pago: talón bancario
o giro postal
e-mail: fpi@ctasa.es**



SOCIEDAD, DEMOCRACIA Y RESPONSABILIDAD INDIVIDUAL

Alain TOURAINE

Quisiera empezar haciendo una observación o una reflexión fundamental. No estamos viviendo un proceso de mundialización o globalización, sino un proceso de disociación del mundo técnico-económico y de los mundos culturales.

La globalización no existe. Es una construcción ideológica que parece unificar fenómenos muy importantes, pero que son perfectamente independientes entre sí. Cuando se habla de globalización, se habla de sociedad de la información, de aumento del comercio internacional y de las empresas transnacionales, del desarrollo de las redes financieras, de los nuevos países industrializados, y de la hegemonía militar o cultural estadounidense.

Claro que siempre se pueden encontrar correlaciones entre las partes. Es evidente que la sociedad de la información permite

transmitir en tiempo real informaciones financieras, por ejemplo. Pero, acordémonos de la Inglaterra de 1910, cuando el comercio exterior representaba el 45 % y las relaciones con la India eran muy importantes; el telégrafo existía y las comunicaciones se llevaban a cabo, pero no por eso explica el telégrafo el imperialismo inglés.

¿Por qué se habla de mundialización? Se habla de mundialización por la siguiente razón: cuando acabó la guerra triunfaron en todo el mundo las formas de gestión de la sociedad que yo llamo proyectos integrados de desarrollo nacional. Había que construir, reconstruir. Era el Estado el que desempeñaba el papel fundamental. Los aspectos sociales, económicos y nacionales formaban parte de un todo. Pero aquello se fue al traste por multitud de razones internas y externas. Después se pasó por una especie de momento liberal en que se quebraron los antiguos controles sociales y políticos de la economía. Y actualmente nos encontramos al final de esta transición liberal, y ahora predomina una ideología que afirma: no, en absoluto, no nos encontramos en un momento de transición, sino que estamos entrando en un sistema coherente.

A eso se llama globalización, cuando lo que se quiere decir en realidad es que la información, las finanzas, el comercio exterior, el desarrollo de Asia o de América Latina, la hegemonía cultural (Walt Disney, etcétera), todo forma parte de lo mismo. Es fundamental darse cuenta de que esa palabra sólo se emplea para defender una perspectiva auténticamente liberal. Pero me equivoco al decir «liberal». Permítanme utilizar de manera precisa y técnica la palabra que se debe utilizar aquí: la globalización no significa más que capitalismo. Capitalismo en sentido concreto, no me refiero a su significado ideológico; en un sentido preciso, es decir, la economía de mercado por cuanto rechaza todo control exterior y sólo acepta los controles internos de Nueva York, Londres, etcétera. Esta definición es perfectamente respetable, pero es una posición ideológica, e incluso diría que no es por casualidad que hablemos de ello en Marruecos.

Yo diría que, en todo caso, en casi todos los países europeos, posiblemente a excepción de España y también habría que ver si a excepción de Alemania, el tema fundamental no es en absoluto el liberalismo, y la gente que interpreta Maastricht así se equivoca completamente. Se trata, por el contrario, de restablecer formas de control político y social de la economía. Y una vez que se haya resuelto Maastricht, es decir cuando no haya política presupuestaria ni política monetaria, entonces tendre-

mos que ocuparnos de los problemas sociales y las políticas internas.

El fenómeno fundamental que estamos experimentando desde hace cien años, y cuando digo cien años también podría decir un poco más, es la ruptura del vínculo entre el mundo objetivo y el mundo subjetivo, el mundo técnico-económico, es decir, el mundo de la instrumentalidad, y el mundo de las identidades.

En los comienzos de la modernidad creímos que los dos mundos deberían ir juntos, fundidos ambos en un proceso de racionalización. En realidad, nuestra modernidad comenzó por la ruptura. El mundo de la ciencia, la técnica y la estética, un mundo en cierto sentido platónico, triunfó con el Renacimiento italiano, mientras que el tema del individuo por sí mismo subordinado a Dios triunfó con la Reforma. Por ello, la Modernidad llegó mediante la ruptura de la ciencia y el objetivismo de Piero della Francesca o de Brunelleschi, por una parte, y de Lutero y Calvino, por otra.

La situación no ha dejado de agravarse. El fin del siglo XIX, periodo en el que nos encontramos intelectualmente, está dominado por la idea de la ruptura entre el sistema y el actor. Este es el contenido esencial del mensaje de la gente que más nos influye actualmente, sea Nietzsche, Freud, Bergson o Max Weber. Y así hemos llegado a un periodo de separación extrema. Actualmente no estamos viviendo el proceso de globalización, sino la disyunción de la modernización instrumental y del mundo de las consciencias que se convierte en un mundo de identidades. Tomen buena nota de lo que esto quiere decir: que entre ambos, el mundo de la economía y de la técnica, por una parte, y el mundo de las culturas, por otra, el mundo social y político se hunde, desaparece, se derrumba.

Este es el problema fundamental. ¿Por qué? Porque, como hemos dicho, desde el comienzo de la Modernidad, y esta es casi la definición de nuestra Modernidad, sólo hay una forma de relacionar, por una parte, la racionalidad instrumental, el progreso técnico, y por otra, la consciencia. Sólo existe una forma de relacionarlos: a través de la política. Es la política, porque la política habla en nombre de lo universal, la soberanía popular, los derechos humanos. Es una especie de abrazo que abarca a la vez los intereses económicos y los intereses culturales.

Pero a medida que la Modernidad ha ido evolucionando, hemos visto cómo esta solidez un poco brutal de lo político, lo cívico, la nación, la república, la revolución, se debilitaba, pero adaptándose al mundo. Primero se habló de derechos civiles, y

luego, de derechos sociales, que son más diversificados. Después de los derechos sociales, hablamos de derechos culturales, que son aún más diversificados. Y así, hoy nos encontramos en la grave situación de preguntarnos que si reconocemos los derechos culturales, es decir la diversidad, ¿nos queda algún medio para relacionar el mundo globalizado de la economía y las técnicas con el mundo ya fragmentado, segmentado de las identidades? ¿De qué forma podemos reunir, combinar, o como dice Lévi-Strauss, «construir una relación» entre el mundo del universalismo instrumental y el mundo del particularismo cultural?

En principio yo diría que sólo hay una respuesta, y que esta respuesta caracteriza a nuestro tiempo y confunde en particular a los sociólogos. Yo diría que actualmente ya no existe ese abrazo del que hablábamos. Ya no basta con decir que todos somos hijos de Dios, hijos de la razón, el producto de la historia o los habitantes de la nación privilegiada. Sólo disponemos de un planteamiento para combinar economía y cultura, el planteamiento de que somos individuos indivisibles. Es decir, podemos afirmar, debemos afirmar, no nos queda más alternativa que afirmar que es a título individual como podemos construir una combinación, montar esta combinación individualizada, personal de los dos mundos.

Y lo que actualmente llamamos democracia no significa vivir todos de la misma forma, sino garantizar a todos que cada cual pueda buscar su propia manera, es decir, resolver de forma particular el problema general de todos, que es cómo combinar mi participación en el mundo económico, o si se prefiere, cómo combinar los ordenadores con la religión. No doy prioridad a la religión sobre otras manifestaciones de la vida cultural.

Y es en este contexto en el que me gustaría introducir de una forma un poco paradójica el tema de los medios de comunicación. Yo diría que cada cual intenta dar un sentido a su vida, hacer de su vida un proyecto, una historia individualizada, reconocible, tan específica como las huellas digitales. Pero partiendo de esta base, el problema con que nos encontramos, en mi opinión, es cómo a partir de aquí, es decir de este papel absolutamente esencial que hay que dar en el mundo moderno al individualismo en todos los sentidos, los mejores y los peores, cómo puede esto transformarse en una visión de la sociedad, en una visión de relaciones sociales.

En principio, y lo digo un poco precipitadamente, esto supone, como vemos todos los días, un doble trabajo, no de integración, sino de separación. Esto quiere decir, en primer lugar, que al margen del mundo del mercado, de la técnica, intentamos

hacer nuestro trabajo, conservar nuestra función de productores, de creadores, y no sólo de consumidores. Por otra parte, como ya se ha dicho, a propósito del carácter esencial de lo cultural, no podemos constituirnos como individuos, o en mi propio vocabulario, como sujetos, si rompemos este conjunto que llamamos una cultura y que, de hecho, es siempre la conjunción de creencias, de lugares y de costumbres.

Es necesario separar las creencias de las leyes y las costumbres. Es lo que llamamos la laicización. La laicización no significa suprimir completamente las creencias o la creencia en la no creencia, lo que significa esencialmente es separar las creencias, en particular las religiosas; respetar las creencias, incluso las religiosas, pero separándolas de la gestión de la sociedad o de las costumbres que regulan la vida privada.

Pero el problema que nos ocupa aquí es más concreto. Repito, ¿cómo podemos llegar a una forma de organización de la sociedad? La respuesta es, en principio, muy simple. Es una respuesta kantiana: es necesario reconocer para los demás el derecho que cada cual reclama para sí. Y es necesario que las leyes, y esta es en el fondo la definición de la democracia, garanticen a todos y a cada uno, cualesquiera que sean sus opiniones o sus actividades, el libre derecho a construir su experiencia, su proyecto de vida personal.

¿Cuál es la función de los medios de comunicación en este contexto? Ya he dicho que la propia dinámica de la modernización hace que se desmoronen las instituciones y los aparatos de gestión general. Esa es la razón por la que pienso que los medios de comunicación desempeñan una función absolutamente esencial, por constituir el nuevo espacio público en el que se forma el individuo, no como simple individuo, sino, como ya he dicho, como sujeto producto del mundo moderno y sujeto constitutivo por consiguiente de la democracia.

Mi opinión es que, para mejor o para peor, la función de los medios de comunicación no es globalizar, sino individualizar. Digo para peor porque puede servir para que todos compremos el mismo yogur o los mismos pantalones vaqueros o la misma Coca-Cola. Este es el aspecto comercial, que dispone de muy poca autonomía con relación al mundo que yo llamaría técnico-económico. Evidentemente, se trata de un mundo de consumidores.

Pero en realidad es en la televisión, en los periódicos, en la radio donde se manifiesta este movimiento que es exactamente lo contrario de lo que hacen, por necesidad, las instituciones po-

líticas, sociales, jurídicas y educativas. Es decir, que se está llevando a cabo unas veces mejor y otras peor, el intento de construir con este individualismo, que puede ser egoísta, un vínculo de relación con los demás.

Yo diría que los problemas que hoy en día están relacionados con los derechos humanos, como la bioética, los problemas de fecundación asistida, los antiguos problemas de contracepción, del aborto, el respeto de las minorías, el respeto de la homosexualidad o de un grupo étnico, religioso o nacional; todo ello se realiza en mayor medida en los medios de comunicación que en la vida política o en la vida sindical.

Voy a citar algo que me parece incluso divertido, tomando una referencia que no procede de la lengua española, sino de la portuguesa. Brasil es un país en el que se hacen numerosas series de televisión escritas en general por gente de izquierda o que fueron de izquierdas. Los temas de estas series son generalmente temas audaces desde el punto de vista de la vida privada. La secretaria no se casa nunca con el hijo del jefe, por el contrario se ve a mujeres de sesenta años que se enamoran de hombres de 25, o las cosas más atípicas en comparación con lo que se considera habitual. Dicho de otra forma, creo que es muy fácil exponer en la televisión o en los periódicos lo que está mal. En el siglo XIX, en los periódicos las cosas eran peores.

Creo que actualmente estamos inmersos en una ruptura fundamental, en un movimiento social y cultural que consiste en transformar lo individual y colectivo, pero no desde el punto de vista de querer elevar lo individual fundándolo en lo colectivo, como es el objetivo de la moral cívica, en el espíritu nacional.

Esta me parece una transformación tan fundamental que va a dirigir, ya comienza a dirigir, nuestras políticas sociales. Nuestras políticas sociales de la posguerra se agotan, en su mayor parte se derrumban. Y todos intentamos hacer una política social que se centre en el individuo.

Desde esta perspectiva, creo que el concepto de *welfare* significa sustituir la política de desempleo por una política de empleo. Y creo que la idea de compartir el trabajo no es completamente ajena a esta perspectiva. Es el indicio de un cambio profundo de la situación, yo diría incluso que es la llamada al reconocimiento de la diversidad.

Diversidad y laicidad. La laicidad ha tenido siempre dos sentidos. Esto quiere decir que nos adentramos en el mundo positivo, en el mundo del interés. Las creencias son agua pasada. Es

una ideología generalmente propia de la pequeña burguesía ascendente, yo diría que sin mucho interés, pero quiero contraponer ambos conceptos.

En Francia, como todo el mundo sabe, ha ocurrido algo que ha levantado una polémica sobre el velo islámico que llevaban algunas chicas. He tomado parte en el debate para defender a estas muchachas, y no solamente con palabras; hemos llevado a cabo un estudio con un centenar de ellas y se ha demostrado que se trataba en su mayoría de jóvenes modernas que intentaban hacer compatible la defensa de su identidad. Una de mis antiguas estudiantes, de origen turco, ha demostrado claramente que estas jóvenes trabajaban en Ciencias Exactas, en Medicina, en Arquitectura, y en absoluto en Derecho, Teología o en Letras. Se trata de elementos en su gran parte modernizadores.

Después mantuvimos dos reuniones con dos organizaciones ultralaicas; la Liga de los Derechos Humanos, y la Liga de la Enseñanza. La Liga de los Derechos Humanos opinó que el asunto era espantoso. Y la Liga de la Enseñanza, que les aseguro es auténticamente laica, ha dicho que lo que hace falta es ponerse a estudiar la diversidad de culturas en la escuela y, lo que es en mi opinión muy acertado, que se debe introducir en la escuela la enseñanza de lo que son los fenómenos religiosos, en lugar de hacer una especie de propaganda.

Francamente, yo diría que los europeos llevan siglos de laicización. La cristiandad ha muerto, pero el cristianismo está vivo. El mundo islámico no es mi especialidad, ni ninguna otra religión en particular, ni el mundo judío, pero es evidente que ésta es la única solución. Está claro que estamos asistiendo en el Islam, como en su día asistimos en el mundo cristiano, a la vez a endurecimientos con relación a la identidad, y a una primera disociación. Y yo diría incluso que en cierta forma estamos asistiendo a la renovación del Islam por cuanto se separa el islamismo en el sentido de la sociedad islámica.

Por eso hay pocos temas tan importantes en el pensamiento filosófico o social moderno, actual, contemporáneo, como el tema de la alteridad, de la relación con el otro. Y, en efecto, si parten ustedes de la idea que sugiero, que lo fundamental es ver cómo se relacionan los dos mundos por abajo y no por arriba, para evolucionar hacia una forma de sociedad política democrática, es necesario en primer lugar que exista el reconocimiento de la relación con el otro. Yo incluso diría que no nos constituimos como sujeto personal más que reconociendo al otro en su alteridad y en sus derechos como sujeto. Es lo que podría calificarse, a fin de cuentas, como el papel de las relaciones amoro-

sas. Y es a partir de estas relaciones amorosas que se puede generalizar y decir «reconozco al otro y, por lo tanto, reconozco a todos los otros». Y yo quiero que la democracia se funde sobre esta base.

Por consiguiente, en el punto extremo de Modernidad al que hemos llegado tenemos que cambiar el curso. No para garantizar los derechos individuales a partir de principios generales sino todo lo contrario, para construir un modo de sociedad, definir la democracia a partir de demandas de autonomía, de responsabilidad de cada individuo.

Y, en mi opinión, es en esta perspectiva en la que debemos intentar comprender la función de los medios de comunicación como la función de los intelectuales, del sistema escolar. Y permítanme poner un ejemplo que puede ser el ejemplo más importante del tipo de cambio de posición que quiero indicar. Tomemos como ejemplo a la familia. Si hace treinta o cuarenta años se le hubiese preguntado a la gente, a los padres, para qué sirve la familia, hubieran respondido, más o menos, que sirve para transmitir valores, a veces dinero, y en todo caso una forma de vida, una lengua determinada. He llegado a escuchar diez veces a gente que hablaba en la televisión de la familia y nunca han mencionado nada de eso. Lo que dicen es que la familia es fundamental para que un joven sepa valerse por sí mismo, para que sea autónomo. Si no hay familia... Freud tiene razón, la personalidad se construye a través de las relaciones con los padres.

Asistí en una ciudad de provincia a una reunión donde había cientos de bachilleres y profesores. Y al examinar los cuestionarios que todos habían rellenado, se constató que los bachilleres desean dos cosas: autonomía y comunicación. Como ven ustedes, se trata exactamente de esta tendencia de abajo hacia arriba. Después de todo, ir de abajo hacia arriba es más democrático que ir de arriba hacia abajo. Y lo que es necesario que hagamos hoy en día es abandonar no sólo todo tipo de esencialismos y culturalismos, sino yo diría que incluso todos los institucionalismos. Es necesario volver a reflexionar sobre la construcción de la sociedad política a partir de una afirmación del derecho de cada individuo a construir su propia existencia.



CRECIMIENTO CON EQUIDAD

Ricardo LAGOS

El crecimiento con equidad sigue siendo un enigma no revelado: es, al mismo tiempo, una crítica a lo que falta, una aspiración que queremos lograr pero, sobre todo, una propuesta sobre lo que debemos hacer.

En Chile fue Fernando Fajnzylber quien primero intuyó que ésta sería la discusión del futuro. Discusión que obligaría a juntar dos partes artificialmente escindidas en el análisis social ya por demasiado tiempo: la de cómo crecer y la de cómo mejorar nuestra situación de equidad. Ello nos obliga a cruzar las fronteras de las disciplinas sociales y superar las divisiones entre enfoques parciales del problema.

El crecimiento con equidad es un tema con facetas económicas, políticas, sociales y culturales. Pero, en definitiva, es la formulación hoy del tema ético de siempre, a nivel individual y a nivel social. Este es el momento justo para analizar este tema. De los ámbitos más insospechados y dispares viene el mismo clamor: es necesario crecer con equidad. Diversas instituciones o grupos lo frasean de distinto modo, pero el sentido es nítido.

Este llamado debe ser atendido pronto, hoy, aquí, por nosotros y por todos. Es un tema de convocatoria amplia y de despacho urgente.

El cambio que queremos

Sin embargo, sigue habiendo personas más preocupadas de mantener lo que existe, aunque muchos queden marginados de sus beneficios. En toda sociedad existen personas conservadoras y también personas que están por el cambio. Esto ha sido siempre así: somos herederos de antiguas tradiciones libertarias; nuestros afanes de justicia se enraizan en luchas centenarias que se han dado para que el valor de la persona sea reconocido.

Para mejorar las cosas es necesario imaginárselas distintas y buscar luego la manera de recorrer la distancia entre los sueños de hoy y los hechos de mañana. Por lo tanto, es imprescindible ejercer las cualidades más específicamente humanas: la compasión, el sentir con los demás; y la imaginación que haga posible realizar el propósito común de una vida más plena.

Los conservadores de hoy se llaman neoliberales y han demostrado, con una visión estrecha, que su imaginación se agota en unas pocas fórmulas preestablecidas: por eso la suya es una ideología que se debilita en todas partes. El gran desafío de la hora consiste en que el cambio es posible, y es necesario que estas generaciones estén a la altura de sus posibilidades; dispuestas a elegir las opciones que verdaderamente puedan construir nuestra libertad. Es la hora, pues, de precisar nuestras críticas y de clarificar nuestras propuestas; sólo así verán los jóvenes que sí hay un camino y que las pesadas inercias de la mediocridad pueden ser removidas.

La ciudadanía que queremos construir

Hemos visto por años el despliegue de una ideología conservadora según la cual la principal libertad que hay que respetar es la de comprar; nada más natural que el respeto a los individuos dependa del dinero que tengan para gastar. No hay consideración hacia las personas, la diversidad de sus intereses, la profundidad de sus anhelos, la delicada complejidad de los lazos que las unen. Pocas veces se ha marcado un reduccionismo tan extremo como éste. Es una ideología degradante que, al mismo tiempo que consolida la inequidad, quiere que nuestra

participación sea en el crédito, que nuestros sueños sean sólo de más y más consumo.

Las sociedades que el neoliberalismo pretende justificar no funcionan según valores, sino de acuerdo con los desniveles y vaivenes del poder adquisitivo. En estas sociedades el éxito es el único Norte. Se nos quiere quitar así nuestro sentido de comunidad, nuestro sentido de pertenencia en esta empresa común que son nuestros países, nuestras regiones, nuestras comunas, incluso nuestras familias. ¿Quién responde por este vacío que nos han dejado, por este vaciamiento de los conceptos de patria, amistad cívica y solidaridad humana?

La derecha es muy consistente en este sentido. Valida el mercado como la principal relación social, porque sabe que allí está sobrerrepresentada; y siempre busca achicar, empequeñecer, los ámbitos públicos en todos los terrenos.

Pero, la verdad es que no hicimos un viaje tan largo para esto. Es cierto que la gente quiere consumir y tiene derecho a hacerlo, sobre todo aquellos que han estado impedidos de hacerlo por años o aun por generaciones. Pero la gente quiere, sobre todo, ejercer en plenitud sus derechos de ciudadano, su titularidad inalienable para decidir cómo debe ser nuestra comunidad; quiere controlar a quienes están a cargo de la conducción de los asuntos públicos. Por eso es el ciudadano el que determina el gasto público. Aquí somos todos iguales. En el mercado, no.

La gente quiere atreverse a una libertad más amplia que la del supermercado; quiere regir sus actos por la ética y no sólo por el cupo de su tarjeta de crédito; quiere expresar su humanidad de las maneras más diversas, aunque no luzca la ropa que la publicidad quiere dictarle. Quiere expresar el carácter integral del ser humano, por sí misma y en forma de comunidad.

Avanzar en la igualdad de oportunidades

A estos conservadores sin compasión y con imaginación tan unilateral les importa poco la desigualdad, se sienten cómodos con la exclusión consolidada como sistema. Les parece que la distribución de las oportunidades y del ingreso son temas de los que no se debe hablar. Muchos de ellos no ignoran que hay una obligación moral —esto es, que obliga por sí misma y no sólo por sus resultados útiles— en el sentido de progresar hacia una mayor igualdad de oportunidades. Pero como no tienen soluciones, a menudo prefieren negar el problema.

Esto es comprensible; ya no es secreto para nadie que el mecanismo social del neoliberalismo, el chorreo, no funcionó; fracasó en todas partes, incluyendo las experiencias de Inglaterra de los ochenta y recientes de los Estados Unidos.

¿Qué pasa en los países de América Latina? Vemos como aquí subsisten situaciones muy básicas de discriminación y de exclusión a las que debe ponerse remedio; resabios tradicionales como el racismo y el clasismo; la hipertrofia centralista; el machismo y la situación desmedrada de los niños. Todas ellas son verdaderas estructuras de lo antiguo y de lo injusto. No hay cohesión social.

Para poder superarlas estamos obligados a diseñar políticas más eficientes y eficaces en aquellos terrenos que son definitivos de una comunidad en que la vida sea justa para todos. Al respecto son indispensables las políticas sociales y sobre este tema seamos claros: para mejorar la distribución de las oportunidades educacionales, por ejemplo, hay que entregar más recursos en los barrios marginados que en los residenciales, porque las condiciones no son iguales. ¡No podemos estar de acuerdo con la consigna según la cual hay que subsidiar por igual todas las demandas, sin resguardar qué pasa con la igualdad de oportunidades!

Por otra parte, sabemos que las políticas sociales tienen limitaciones. Ellas sólo pueden aliviar las desigualdades generadas por el juego irrestricto de nuestras economías todavía tan distorsionadas; es este un juego entre actores con oportunidades tan disímiles y en mercados tan poco transparentes como los que caracterizan a nuestras sociedades. Así como rechazamos la concentración de los mercados, debemos rechazar también la concentración de las oportunidades en unos pocos grupos sociales.

Sabemos, por lo tanto, que es necesario mejorar el acceso al proceso mismo de creación de la riqueza; ampliar las oportunidades empresariales a quienes tengan talento para ello y que no parezca que el espíritu emprendedor es una herencia genética; asegurar el crédito para tanta iniciativa que se ahoga en la falta de capital de trabajo; y establecer las condiciones al interior de las empresas para obtener los frutos de la colaboración en los que se ha basado el éxito de otros países y regiones. ¡Esta es la cancha en la que se mide el respeto al talento empresarial, en la que se concretan los discursos sobre la libre iniciativa!

Es nuestro deber asegurar oportunidades de trabajo para todos y una economía flexible que permita un crecimiento acelerado.

Pero con flexibilidad para todos: deben darse las condiciones financieras y de capacitación para que los trabajadores puedan cambiar su empleo.

Como ayer, la educación es la clave y hoy no podemos contentarnos con menos que con lograr el acceso de todos a una educación a la altura de las necesidades, educación de calidad mundial; educación que libere potencialidades y que no sea cómplice de acallarlas y de reproducir la desigualdad: educación para la creatividad que requerirá el mundo nuevo. Educación preescolar, que aumente las posibilidades de los niños y combata la discriminación contra la mujer, incluso en el corazón de la familia. Una verdadera reforma universitaria que reconozca las responsabilidades recíprocas entre las universidades con nuestras sociedades y que garantice el acceso en función de las capacidades de los jóvenes.

Los equilibrios macroeconómicos son irrenunciables

Esta tarea no es posible sin una economía sana; los equilibrios macroeconómicos son irrenunciables. Nadie puede dudar hoy sobre la indispensable necesidad de asegurar esta condición de base de nuestro desarrollo; la manutención de las cuentas públicas ordenadas y del ejercicio de la responsabilidad fiscal.

Pero, ¿es que con ello nos hemos pasado al enemigo?; ¿es que, como a los neoliberales, no nos importa que la gente esté mal, si la economía está bien?

De manera rotunda decimos que no, que seguimos pensando que la economía no es sino el modo en el que la comunidad atiende sus necesidades materiales. Y que no se puede culpar al instrumento si algunos son desafinados o no quieren escuchar algunas notas.

La gente, especialmente los pobres, pagó y sigue pagando muy caro por estos equilibrios en nuestro continente, y a ellos también les corresponde una participación justa en los frutos de la estabilización y la transformación productiva. Por lo demás, son nuestros gobiernos, los gobiernos de centroizquierda tanto en América Latina como en Europa, los que verdaderamente pueden mantener este pilar del desarrollo.

¿Por qué la España de Felipe González mejoró todos los indicadores sociales y la distribución del ingreso? ¿Fue, acaso, porque atropelló a la macroeconomía? Nuestros gobiernos de la

Concertación, ¿han corrompido la economía para disminuir la pobreza?

Por eso nos hemos ganado con votos el derecho a proponer el próximo paso, porque todo logro obliga a otro. La ciudadanía no quiere menos, quiere más; la ciudadanía no quiere desorden macroeconómico o inflación, pero tampoco acepta que sobre este pilar de desarrollo tan trabajosamente construido se edifique una mansión para pocos; sabe que la solidez de este pilar —que ella asegura— permite la construcción de un país mejor y ahora nos exige la construcción urgente de ese país.

Con la misma energía con la que cuidamos los equilibrios macroeconómicos debemos buscar los equilibrios sociales; es cierto que necesitamos estabilidad de la moneda para el aumento de la inversión y del producto, pero nunca podemos perder de vista que los queremos para lograr progresos en la educación, la salud, la vivienda, la seguridad ciudadana, el medio ambiente y la previsión. ¡Las cosas al servicio de la gente y no la gente al servicio de las cosas!

En el mundo sin fronteras en que nos tocará vivir es necesario hacer frente a los desafíos de competitividad sin menoscabar aspectos básicos de la ciudadanía económica y social. Con responsabilidad macroeconómica y fiscal, pero también con voluntad política, es posible conciliar las exigencias de la internacionalización de las economías con protección social y flexibilidad en los mercados. Con ello no sólo se gana en competitividad sistémica, también en cohesión social y en robustecimiento de la institucionalidad democrática.

Sector público y sector privado

Para realizar estas tareas necesitamos un Estado de calidad, un sector privado abierto al cambio y una comunidad participativa. Vimos el auge y vemos la caída de un enfoque equivocado sobre el papel del Estado en el desarrollo: declaraciones y conferencias trataron de convencernos de que el mundo aún era plano; que lo único importante es que el Estado sea lo más insignificante posible, que la mejor intervención pública es la que no se hace.

Hoy, después de la crisis de México en 1994-95 y de la República Checa y de Tailandia en este año, el mundo viene de vuelta. Los mismos que promovían el inmovilismo público nos dicen que en tales experiencias falló la supervisión del sistema

financiero y bancario, que no hubo esfuerzos suficientes para mantener el crédito externo en un nivel susceptible de administrarse sin daño excesivo a la estabilidad macroeconómica interna y externa.

Hoy resulta claro que el juicio sobre el papel del Estado, el sector privado y la comunidad en el proceso de desarrollo debe basarse en su participación en las políticas que conforman la estrategia de desarrollo económico y social, y no en su tamaño. ¡Tantos años de debate para una conclusión tan evidente!

Sobre este tema permítanme una reflexión más personal. Como Ministro de Obras Públicas del gobierno del presidente Frei, me ha tocado aplicar una política que eleva la participación privada en la provisión de infraestructura a niveles inéditos en la historia de Chile contemporáneo y que, por lo mismo, permite al mismo tiempo aumentar la provisión de infraestructura social, también a niveles históricos.

No me cabe duda que, en las condiciones adecuadas, el sector privado —compuesto por sus empresarios y sus trabajadores (lo cual a veces se olvida)—, realiza un enorme aporte de talento y de recursos al desarrollo nacional. Pero, más allá del aparato gubernativo y las corporaciones privadas, lo decisivo es que la sociedad misma incida directamente en lo público. Hay que poner a la gente en el centro de nuestra foto del país: ¿qué sentido tiene el sector público, sino el de servir con eficiencia y de manera honesta a sus mandantes? Digámoslo con claridad, ¡nada puede justificar la más mínima corrupción con fondos públicos, nada puede justificar la ineficiencia con los recursos públicos que siempre son escasos!

Por otra parte, ¿qué es el sector privado sin la gente?, ¿puede pensarse un segundo en la empresa privada sin sus trabajadores, sin consumidores para sus productos, sin sistemas nacionales de ahorro, infraestructura y tecnología financiados por la comunidad? ¡Basta de simplezas y formulaciones ideológicas sobre estos temas; la gente es y será siempre más importante que cualquier clasificación que de ella quiera hacerse!

Hoy son posibles nuevas formas de participación y mañana habrá todavía más; para ello las organizaciones y las personas necesitan espacio y organización, sin otro requisito que el de actuar con transparencia y sujetos al escrutinio público. Al mismo tiempo, la gente necesita protección y seguridad frente a los enormes e impersonales mecanismos de regulación pública y de entrega de servicios; los consumidores deben poder confiar en que los fraudes no serán tolerados. No cabe duda de que se

requieren cambios en las normas y prácticas al respecto; la figura del ombudsman es necesaria en diversos sectores.

Los partidos políticos deben estar atentos a estos procesos, que amplían el ámbito de lo público, densificando los intercambios y equilibrios. Si, en cambio, les dan la espalda y se encierran en sus dinámicas internas, la gente los percibirá alejados del interés público.

Una democracia de la que nos enorgullecamos

Sobre todo, necesitamos una democracia de la que podamos enorgullecernos. La democracia es nuestro camino desde siempre, no somos recién llegados a ella y jamás hemos propuesto o apoyado su desnaturalización. Por eso les pedimos algo de modestia y consecuencia a quienes piensan que cualquier cosa que no es dictadura ya es democracia. Son muchas las ataduras de la democracia que aún subsisten en toda la región, muchas las inhibiciones a la expresión sin cortapisas de la opinión de la gente.

Sólo la ciudadanía, esa expresión concreta de la soberanía, puede ser la base del cambio. Son los ciudadanos quienes deben conformar una agenda pública que los interprete. Esta agenda es la única en que puede basarse un conjunto jerarquizado, consistente y financiado de políticas públicas. Es la ciudadanía la que debe demandar su cumplimiento, y de quien corresponde esperar participación y apoyo mientras dichas políticas se hacen realidad.

¡Esta y no otra es la base de la gobernabilidad en nuestros países! ¡Sólo así se puede asegurar el desarrollo de la región! Y la razón es tan simple: nadie sabe mejor que la comunidad qué necesita y cómo quiere hacerlo. Los titulares de la soberanía no requieren precalificaciones o certificados, no tienen que concursar o pertenecer a corporaciones. La base de la grandeza a que aspiramos siempre se deberá fraguar en actos libres como el de una persona al momento de emitir su voto.

Por eso debemos seguir luchando por la libertad y porque se respete este derecho de cada persona: ser críticos con la falta de tolerancia, una gran amenaza de nuestros días. Se debe luchar por el pluralismo en todos los ámbitos de la vida de las personas. Nuestro pensamiento y acción deben defender especialmente a aquellos sectores o grupos que se ven postergados o que nunca han tenido el derecho a ser diferentes, a expresarse, a tener costumbres distintas.

¿Qué hace viable esta propuesta?; ¿en qué, en definitiva, basamos nuestra esperanza, esa que no se ha borrado ni siquiera en los momentos más amargos de nuestra historia?

La respuesta es una sola: confiamos de manera profunda, resuelta y definitiva en las personas y, porque sabemos que sin esa confianza el mundo no será nunca más que una inmensa soledad. Sabemos que las personas pueden dar lo mejor de sí siempre que tengan libertad de pensar, de ver, oír y pensar; libertad de ser, basada en la confianza de sentirse un ser humano con igual oportunidades y deberes que los demás. Estamos convencidos de que sólo en libertad es posible actuar de manera ética: sabemos que proceder bien es difícil y costoso, pero posible para personas plenas. Que es innecesario codificar todas las conductas, y que los derechos humanos recogen códigos que todos aceptamos.

Nuestras conciencias libres nos hablan de una ley moral que funda nuestros deberes hacia los demás, no sólo como individuos que cruzamos en nuestro camino, sino como vecinos y compañeros de la empresa de vivir; tan difícil, injusta y opresiva para muchos. De allí se desprende nuestro sentido de compasión y nuestra obligación moral de progresar hacia una mayor igualdad de oportunidades.

Esa voz que nadie puede apagar es la base de nuestra confianza en las personas. Más allá de los empobrecimientos materiales y espirituales que se busca imponer sobre la gente, subsiste la sensibilidad a la injusticia, al dolor y a la discriminación. Resulta doloroso ver como algunos se atrincheran en una concepción simplista de la sociedad y no les importa el sufrimiento que pueda causar el desconocimiento de la realidad social, también entre ellos mismos. Cuando en una sociedad es difícil integrar el discurso privado y el discurso público, se pierde la distinción entre la responsabilidad individual y la colectiva. Es necesario, en cambio, potenciar la responsabilidad individual y colectiva, en un encuentro de la libertad individual y la responsabilidad social. La trama de relaciones sociales exige más libertad para facilitar el despliegue del potencial de las personas; al mismo tiempo, es indudable que hay temas que deben ser objeto de políticas públicas, precisamente porque son reales y son dolorosos, tales como el divorcio, la violencia intrafamiliar, el embarazo adolescente, el acoso sexual.

Me he referido a nuestros objetivos y a los medios con que queremos lograrlos. Por un compromiso de fidelidad a nuestros

principios estamos y estaremos siempre dispuestos a explorar nuevos caminos: el orgullo intelectual y el empecinamiento no caben en estos temas. Pero con la misma firmeza decimos que mantendremos esos principios en cualquier circunstancia.

Me parece que en el afán de ser realistas, a veces olvidamos que nuestra capacidad de soñar es también real; en el afán de ser pragmáticos, olvidamos que siempre deberá estar claro el fin por el que nos empeñamos. Si bien los sueños varían de una persona a la otra, la realidad del mundo nos es común a todos y es en ella donde podemos construir una vida como ésta a la que aspiramos: que sea libre para cada uno y justa para todos.



MUNDIALIZACION FRENTE A OCCIDENTALIZACION

Mijaíl GORBACHOV

En primer lugar, permítanme decir que acojo con gran satisfacción esta iniciativa de la Internacional Socialista, que la apoyo enteramente a través de mi Fundación así como personalmente. No debemos temer las críticas que puedan formularse por el hecho de que esta iniciativa se haya debido, en su inicio, a cinco personas. Las críticas ciertamente llegarán pero hay que saber que es más fácil criticar que poner en marcha una iniciativa. La crítica es fácil, en cambio es difícil influir en este mundo, humanizarlo, mejorarlo. No existen reformadores felices, y hablo con conocimiento de causa.

Aún no sabemos cómo se desarrollará esta iniciativa ni en qué acabará, pero no quiero en modo alguno dejar de congratularme por su lanzamiento porque el mundo se mueve, y este movimiento provoca inquietudes no solamente entre los intelectuales o los científicos sino simplemente entre la gente.

Desde este punto de vista carecemos particularmente de liderazgo. Ganar elecciones, llevar bien a término una campaña

electoral no es lo que hoy en día cuenta, aunque triunfe determinada idea. Por esta razón, me felicito por el triunfo de las ideas socialdemócratas en cierto número de países, en particular recientemente en Alemania. Es una cosa buena.

Este liderazgo debe estar a la altura de los desafíos que nos lanza nuestro futuro, desafíos que tienen un carácter mundial y que están ya influyendo sobre la vida de todos; estamos ya sintiendo las consecuencias de esta mundialización. Véase, por ejemplo, la mundialización del sistema financiero, que se ha hecho tremendamente frágil. Vemos muy bien sus consecuencias no solamente en Indonesia, en Rusia o en Japón. Japón está en declive y Brasil no puede salvarse ni siquiera con 40.000 millones. Soros escribe hoy un libro sobre la crisis del capitalismo mundial, muy poco tiempo después de haber alabado ampliamente ese mismo liberalismo mundial. Pero estamos hoy en presencia de mercados funerarios, en cierto modo se está enterrando el sistema capitalista tal como ha existido —y ello es absolutamente normal—, y nuestro liderazgo debe estar a la altura de esta época que es verdaderamente revolucionaria.

En este sentido, pienso que este documento muestra bien que no ha existido liderazgo en Europa. Cuando hablamos de la Europa de hoy pensamos en primer lugar en Europa Occidental, porque la otra Europa, la Europa del Este, la Europa central, que se extiende hasta Vladivostok, está en plena crisis. En cambio, la Europa occidental ha tenido siempre la costumbre de marcar el paso tras los Estados Unidos. En Francia han existido movimientos encaminados a limitar la influencia americana, particularmente en el mundo de la cultura; se han fijado cuotas para las películas americanas pero jamás se han puesto límites en política. El mundo ha vivido con dos polos: los Estados Unidos y la Unión Soviética. Hoy en día, en que la Unión Soviética ya no existe y que Europa no se ha convertido aún en un polo de poder, esta iniciativa es muy importante para Europa en su conjunto.

La Internacional Socialista querría que esta iniciativa fuera exclusivamente suya, ya que suyo ha sido su origen. Pero puedo decirles desde este mismo momento que son ustedes los representantes de esta nueva iniciativa, de la nueva Europa, y que en calidad de tales han lanzado un proyecto muy positivo. Es necesario desarrollar esta iniciativa, hacer que evolucione, darle mayor dinamismo. La experiencia de Europa, este viejo continente que es el nuestro, tan rico en experiencias, con una tradición de tolerancia, de democracia —pienso particularmente en la experiencia de la Unión Europea—, así como la experiencia de transformación profunda

que están viviendo hoy la Europa central, la Europa Oriental y la antigua Unión Soviética, son verdaderamente irremplazables.

Dicho esto, debo indicarles que en estos últimos años he tenido ocasión en diferentes oportunidades de abordar el siguiente tema: una Europa unida, ¿se trata de una utopía o de una realidad? Solamente en Alemania he hablado una decena de veces sobre este tema y en este sentido debo decirles que en este proyecto hay una especie de lejano sabor de eurocentrismo en el mal sentido del término, porque está dominado por la Europa Occidental, la única implicada. Y si se reducen todas estas ideas a escala de la Unión Europea, su iniciativa pierde todo su sentido. Debo decirles que Europa existe, en su sentido geográfico, pero que esta Europa no está aún unificada, que está en plena evolución. Europa puede desempeñar un papel muy importante en la construcción de un mundo humanizado, a condición de que esta Europa esté unida. Son temas que apenas se mencionan. En el documento efectivamente se abordan algunos contactos entre la Unión Europea y algunos países pero en mi opinión de manera un poco débil. Cuando hablamos de Europa es necesario decir claramente que se trata de Europa en su conjunto, que se trata de un proyecto verdaderamente europeo.

Analizamos el proceso de mundialización, vemos todas sus contradicciones, vemos las oportunidades que da este proceso pero vemos también los peligros. No podemos quedarnos en simples testigos pasivos de lo que sucede, debemos hacer todo lo necesario por que Europa sirva efectivamente al futuro de una mundialización de rostro humano. Es algo efectivamente nuevo lo que estamos proclamando, se trata precisamente de mi contribución a la evolución de este documento.

Pienso que este documento debe ser por naturaleza abierto, y si es abierto hay que aplicar y emplear todo el talento europeo para justificar estas ideas en el plano filosófico, para mostrar a todo el mundo que Europa tiene su propia visión del mundo, que Europa tiene un espíritu amplio. Pero si queremos llegar a la opinión mundial, en lugar de llegar simplemente a los científicos a la Internacional Socialista, este documento deberá tener mucho más contenido, debe analizar en profundidad el mundo en que vivimos, analizar las plagas que lo azotan, los peligros que existen en este mundo. Por otra parte, el momento actual no se puede simplemente extrapolar a muy largo plazo las ideas que han existido siempre. ¿Por qué? Porque algunas ideas defendidas desde hace mucho tiempo nos conducirían directamente a *impasse*. En con-

secuencia, deberemos simplemente estudiar las tendencias del pasado, eso sí, pero no tomarlas todas en cuenta. Es necesario desarrollar esas tendencias en un plan teórico y creativo.

Ahora permítanme algunas observaciones más concretas. Felipe González ha hablado de las posibilidades de gobernar nuestro mundo caótico. Es un tema que me preocupa enormemente. Jamás he estado de acuerdo con la idea de que fuera necesario reducir los mecanismos de control. Ciertamente todos estamos en contra de la burocracia, pero al mismo tiempo el mundo debe ser gobernable, no debe ser caótico, no debe desarrollarse como bien le plazca. Porque, en mi opinión, ello sería una especie de darwinismo social, como decía Hayek: no hay que tocar nada, sobre todo no hay que intervenir, todo debe desarrollarse como mejor le parezca. En consecuencia, los débiles pueden morir en paz y los fuertes sobrevivir. Estas ideas tal vez sean buenas para unos cientos de millones de habitantes de nuestro planeta que consumen hoy el 80% de los recursos mundiales, solamente los Estados Unidos consumen el 44% de la energía mundial mientras que los otros 4.000 millones viven en la pobreza absoluta. Pero no podemos aceptar un mundo así. El mundo hoy está dividido en dos, en pobres y ricos y la brecha entre ambos no deja de aumentar. Es necesario sobre todo evitar que esta bomba explote, hay que impedir esa explosión. En consecuencia hay que intentar regular estas evoluciones.

No hay fatalidad en la historia. Tenemos todos una edad en que podemos recordar un pasado relativamente reciente. A comienzos de los años ochenta todo el mundo pensaba que la carrera armamentística era absolutamente inevitable y que todo podía estallar por los aires en cualquier momento, cualesquiera que fueran las decisiones políticas. Sin embargo, mediante una voluntad firme, mediante decisiones políticas bien pensadas, hemos detenido esta carrera armamentística, hemos lanzado la reducción de las armas nucleares, hemos desembocado en el proceso de Viena, hemos evitado un enfrentamiento en este mundo, la división del mundo en dos polos enfrentados. En consecuencia, somos capaces de regular el proceso que se desarrolla en este mundo y el curso de los acontecimientos. Por ello se debe sostener la idea de que la historia no tiene nada de fatalidad en su desarrollo. Hace ahora dos años que trabajo sobre las ideas del mundo en su globalidad, he visitado un buen número de países, hemos organizado una treintena de mesas redondas, reuniones, conferencias, talleres, hemos acumulado una enorme cantidad de documentos e información y

puedo decirles que más allá del mundo industrialmente desarrollado, todo el mundo cree que la mundialización constituye una nueva forma de colonialismo, del que únicamente se beneficia el mundo desarrollado. Occidente hará todo lo que esté en su poder para hacer avanzar la mundialización: son ideas muy presentes en el mundo árabe. En tres ocasiones he tenido que tomar la palabra para defender, no me creerán, los Estados Unidos de América. ¿Por qué? Porque las ideas que se expresaban en un momento dado eran principalmente ideas que equiparaban la mundialización a la americanización. He dicho concreta y francamente que estoy en contra de la occidentalización o americanización, pero que no se puede construir el mundo futuro en contra de los Estados Unidos. Lo digo únicamente para que comprendan cuáles son las ideas sobre la mundialización en el resto del mundo, más allá del mundo desarrollado. Y pienso que desde este punto de vista las ideas europeas son muy importantes.

Por otra parte, creo que hay que evitar dar la impresión de que nosotros somos quienes conocemos la suprema y última verdad. No es ese el caso, nadie puede decir que tiene la verdad. Nosotros, en los trabajos de investigación de mi Fundación, partimos siempre de la idea de que no sabemos de qué estará hecho el futuro, y por medio de nuestros estudios deberemos lanzar quizá algunas advertencias, pero en modo alguno debemos dar la impresión de que ofrecemos un modelo al mundo entero. Sabemos lo que son los modelos, sabemos ya lo que es el modelo comunista, que ha conducido al *impasse* total a un enorme país que es el mío, que ha paralizado el desarrollo de mi país, el desarrollo en mi pueblo, que es un pueblo lleno de talento. He participado en la celebración del 75 aniversario de la revista *Times*, y he tomado la palabra ante el presidente Clinton, justo antes que él. Si hubiera sido el último, hubiera podido reaccionar a sus palabras y ahí hay una polémica muy importante entre nosotros. Si observamos ahora lo que está sucediendo en los Estados Unidos en los últimos seis años bajo la dirección del presidente Clinton, podemos ver que el país se desarrolla muy bien, que se sitúa muy por delante de Alemania y Japón que, en un momento dado, estaban pisándole los talones a los Estados Unidos. Sin embargo, como ha dicho Sócrates, «Platón es mi amigo pero la verdad me es más cara».

Pues bien, el presidente Clinton dijo lo siguiente: «El siglo XX es el siglo americano; gracias a Dios el siglo XXI será el siglo de América». Es decir, nosotros ya no existiremos. Pues bien, aunque en Rusia se viva una situación muy difícil en este

momento, jamás estará de acuerdo con esa idea, ni tampoco lo estará China. No comprendo cómo podría el siglo XXI convertirse en el siglo de América, y es el presidente de los Estados Unidos en persona el que lo dice. No son palabras al aire, no son ideas teóricas lanzadas por algunos intelectuales poco elocuentes.

Como respuesta envié una carta a la revista *Times*, rele- yendo los escritos de John Kennedy quien dijo: «Si pensa- mos que el mundo futuro será dominado por América (...), el mundo futuro será el mundo de todos o no será». Pues bien, si enfrentamos a ambos presidentes de los Estados Unidos, el actual y John Kennedy, yo estoy del lado de John Ken- nedy. Por otra parte, debo advertirles que es necesario com- prender muy bien que no imponemos a nadie nuestro modelo europeo, que no estamos a favor del eurocentrismo bajo forma alguna. Queremos lanzar el mecanismo de reflexión teórica sobre el proceso de mundialización. Tal vez sea ne- cesario escribir esta frase con todas sus letras en el pro- yecto, y en este momento quedará claro que estamos lan- zando una iniciativa que tiene como objetivo comprender teóricamente los procesos globales, que queremos contribuir a esta reflexión teórica. Al mismo tiempo es necesario pro- clamar el papel de Europa pero sin limitarnos a ello. En ese momento se comprenderá cuál es el papel de los Estados Unidos, de Europa y también de Asia. En consecuencia, pienso que tenemos suficientes modelos y que no hay que inventar otros nuevos.

En cuarto lugar, me da la impresión de que la mundializa- ción tal y como se presenta tiene algo de autoritario. Los siete países más industrializados comienzan a dominar las Naciones Unidas, aunque Rusia sea parte de los siete más grandes de este mundo. La OSCE, la idea que lanzamos junto con Felipe González cuando firmamos la carta para Europa, ha sido ahora suplantada por la OTAN. Lo digo en presencia de Felipe González aunque el secretario general de la OTAN, Solana, sea español. Si es ésta la vía que elegi- mos, es una vía mala. Planteo la cuestión en los siguientes términos: ¿Puede el mundo funcionar normalmente sin orga- nizaciones internacionales? Pienso que no. Necesitamos or- ganizaciones internacionales ya sea en el plano económico, financiero, de seguridad u otros. Pero actualmente hay que saber que estas organizaciones fueron creadas en la época de la guerra fría, que expresan los intereses de los países más desarrollados. A Francia le ha costado mucho defender sus posiciones con ocasión de las discusiones sobre la evolución del GATT. Tomemos el caso del Fondo Monetario Interna-

cional, y no soy yo quien lo dice, sino que son los miembros del Congreso de los Estados Unidos de América, que discuten el problema de si hay que financiar al FMI, y un senador ha declarado: «Hay que financiar el FMI porque es un instrumento de aplicación de la política de los Estados Unidos de América», mientras que nosotros creíamos ingenuamente que se trataba de un organismo internacional. Lo mismo puedo decir de cualquiera de los demás organismos internacionales. En consecuencia, es necesario cambiar las reglas del juego, y en este momento el mundo entero aceptará la idea de la existencia de organismos internacionales, y no podrá vivir sin ellos.

En consecuencia, este documento, en mi opinión, debe ayudarnos a lanzar ideas bien maduras, ideas que defiendan nuestra vieja Europa, la Europa que sigue siendo capaz de discutir de igual a igual con civilizaciones como India o China.

Y por último, el último punto. Vemos muy bien que el mundo se opone a la mundialización, ya sea en el plano político, económico o social. Los países del mundo tienen miedo de perder su identidad. Si tomamos por ejemplo el Tratado de Maastricht, recuerdo el debate que tuvo lugar en aquella época. Michel Rocard ha hecho mucho por movilizar a la juventud, por defender el Tratado de Maastricht durante el referéndum. Y es verdad que la juventud ha apoyado esa idea, es perfectamente normal. Sin embargo, la idea del Tratado de Maastricht ha encontrado mucha oposición incluso en los países desarrollados, países que tienen la costumbre de cooperar. Ha sido un proceso muy difícil. Ahora tomemos el resto del mundo. Es verdad que los países tienen miedo de perder su identidad, por lo tanto, si no hay diálogo entre el Este y el Oeste, entre diferentes culturas, si no decimos claramente que estamos a favor del acercamiento entre los países del mundo, pero con toda su diversidad, pienso que nuestro proyecto será absolutamente nulo. Es una posición muy importante, es una declaración muy importante, es necesario que esta mundialización sea verdaderamente una mundialización de rostro humano.

Hemos analizado este texto con el profesor Zagladine, hemos formulado algunas observaciones concretas que les someteremos a título privado. Estamos dispuestos a discutirlos. En todo caso, estamos perfectamente dispuestos a trabajar no solamente con ustedes, sino desde el interior en calidad de parte integrante y participante de este proceso.

E D I T O R I A L

PABLO IGLESIAS

El desarrollo
social y la
cultura

Fundación
Pablo Iglesias

OTROS TÍTULOS DE LA COLECCIÓN

- La cooperación para el desarrollo en Iberoamérica
- Democracia, mercado y gobernabilidad
- Integración, desarrollo y equidad social
- Cambio y desarrollo en México
- Una década de transformaciones políticas y sociales en Centroamérica
- Retos actuales de los Países Andinos
- Respuestas globales ante el desafío de la droga
- La cultura ante los desafíos del desarrollo social

Monte Esquinza, 30, 2º dcha.
28010 Madrid

Tel.: 913 104 696 - Fax: 913 194 585
E-mail: fp@ctasa.es



GLOBALIZACION Y REGIONALIZACION

Moustapha KASSE

Introducción

El objeto de este texto consiste en proporcionar algunos temas de reflexión sobre el regionalismo en relación con la mundialización a partir de una ilustración práctica relativa a la Unión Económica y Monetaria del Oeste de Africa (UEMOA), creada en 1994.

La globalización —considerando que el significado de la palabra es similar al de mundialización— corre pareja con un doble fenómeno: por una parte, la disminución del crecimiento, que se podría incluso calificar de recesión, que desde los años ochenta se ha producido en casi todos los países miembros de la OCDE; por otra, la ampliación y el refuerzo del regionalismo.

Antaño reservado a Europa (1953) y posteriormente, en especial, a los países en vías de desarrollo de reciente independencia que se enfrentaban a dificultades estructurales (debilidad y desarticulación de los mercados, reducido vo-

lumen de recursos humanos y financieros, extraversion demasiado fuerte, etcétera), el proceso de regionalización se está generalizando en todo el planeta. América del Norte, primer bastión del liberalismo, se convierte al regionalismo con la puesta en marcha del Tratado de Libre Comercio con América del Norte (TLCAN), con sus 360 millones de consumidores y su PNB de más de 6 billones de dólares. El espacio económico europeo cuenta con 380 millones de consumidores. La zona de libre cambio de la Asociación de Naciones del Sudeste Asiático (ANSEA) cuenta con 320 millones de consumidores y un PNB de más de 310.000 millones de dólares. América Latina no se queda a la zaga, con, entre otras organizaciones, el Mercosur. El mundo parece estar organizándose en un espacio multipolar con la constitución de bloques regionales, de una tríada económica formada por América del Norte, que se está redimensionando, Europa, que está ampliando su unificación al ámbito monetario, y Japón, que se despliega en su periferia asiática. Este movimiento augura una nueva vitalidad del regionalismo que se extiende a todos los continentes del mundo. Tanto su dimensión como su dinamismo cambian completamente la configuración de la mundialización—globalización. Sólo la «eventual gran esfera económica» de las comunidades chinas escapa al proceso, pero la realización de dicha esfera choca con cuestiones de orden político demasiado complejas. Estos bloques regionales que articulan segmentos enteros de los sistemas de producción y concentran flujos de intercambios comerciales se convierten en espacios de gran competitividad con fuertes desigualdades (que pueden poner a prueba las capacidades de solidaridad de sus miembros) y forman una especie de economía de archipiélago.

En este periodo de globalización del sistema económico y financiero mundial, esta fuerte tendencia de la regionalización no puede dejar de suscitar dudas, tres de las cuales, como mínimo son bastante características:

- En primer lugar, ¿cuáles son las razones profundas de esta extensión de la regionalización?
- A continuación, ¿cuáles son sus consecuencias?
- Por último, ¿cómo se articulan con la globalización y, sobre todo, con las negociaciones multilaterales?

Encontramos, más o menos, las tres preguntas de fondo características de cualquier integración: ¿Por qué? ¿Para quién? ¿Cómo? En otras palabras: ¿cuáles son las ventajas favorables a la integración?, ¿cuáles son los intereses en

juego de los diversos actores participantes?, ¿cuáles son los esquemas integradores más pertinentes y cuáles los más eficaces?

Razones profundas de la recuperación del interés por la regionalización

Si se analizan, las razones de la regionalización de los años ochenta y noventa resultan ser muy diferentes de las de los años sesenta, a causa de los profundos cambios que ha sufrido el contexto mundial. En efecto, a la hora de la globalización ineluctable, el objetivo de un país o un grupo de países ya no es buscar una autonomía colectiva basada en un modelo que sustituya a las importaciones y un desarrollo autárquico y autocentrado. Hoy en día, estas ilusiones han sido barridas por las nuevas perspectivas ofrecidas por la intensificación de los intercambios, que hacen que cada país intente sacar partido del crecimiento derivado de las exportaciones.

Actualmente, para justificar el regionalismo se evocan tres series de razones que encontramos en los diferentes tratados sobre integración:

- La primera serie de razones, que se refiere a los «pequeños países», se refiere al hecho de que la integración de esos pequeños países es el medio que les permite estar presentes en el mercado mundial. Sean cuales sean su tamaño y la importancia de sus recursos, normalmente el peso de esos países no es suficiente para que su presencia en el mercado mundial resulte significativa. El regionalismo les ofrece ventajas como la creación de comercio, las economías de escala, la reducción de los costes, etcétera. En consecuencia, el regionalismo se les presenta como un escalón que han de subir para acceder al mercado mundial.
- La segunda serie de razones está relacionada con el hecho de que sin la integración los países no pueden aprovechar las salidas comerciales próximas que les ofrecen sus vecinos mayores.
- La tercera serie de razones está relacionada con el hecho de que la integración ofrece un mejor marco para la exportación de los beneficios comparativos. Esto es válido tanto para los grandes como para los pequeños países.

La problemática de la optimalidad de la zona de integración

Los efectos de la creación de intercambios o del desvío del comercio

Desde Mundell, los economistas han intentado desarrollar un método de determinación de los costes y los beneficios de la participación en una unión eficaz. En resumen, ¿qué pueden esperar los países de su pertenencia a un bloque regional? Esta pregunta remite a dos tipos de efectos que juegan en sentidos contrarios:

- En términos de costes de producción, hay un efecto de creación de intercambios si la integración conduce a pasar a fuentes de abastecimiento menos caras.
- También produce un efecto de desvío del tráfico si la integración permite a un socio A comprar a otro B bienes susceptibles de ser obtenidos de C a un precio inferior.

Por lo tanto, los beneficios de la integración serán mayores cuando:

- La tarifa inicial entre socios sea alta.
- Las diferencias de coste entre los países socios y los países terceros sean menores.
- Las elasticidades-precios de las demandas y de las ofertas interiores sean fuertes.

Por consiguiente, las agrupaciones producirán más efectos de desvío de flujos que de creación de intercambios a causa de las condiciones iniciales. En efecto, el hecho de que los países en vías de desarrollo no puedan formar zonas comerciales o zonas monetarias óptimas según las categorías del análisis ortodoxo, no permite concluir que los beneficios potenciales de la integración no existan. En la integración siempre hay ventajas, que proceden:

- de los ahorros en costes de transacción, de eficacia, a través de una competencia mayor y administrativa. En otras palabras: la no integración contribuye a la fragmentación de los mercados, al aumento de los costes y de la ineficacia;
- de las economías de escala y los beneficios anticipados que fomentan el desarrollo de una estructura básica: las carreteras internacionales, las vías férreas o aéreas, las telecomunicaciones, etcétera;

- de la ola de convergencia en Europa, que podría dar lugar a una deslocalización más profunda de la que sacarían partido, en primer lugar, los países en vías de desarrollo que estén integrados.

Sin embargo, no será sumando mercados estrechos y mal constituidos, a menudo enfrentados a numerosos obstáculos, como se conseguirá la integración y se aprovecharán esas ventajas. Existe toda una dinámica que se ha de engranar en un sistema de integración adecuado.

- Las ventajas de la organización de las relaciones comerciales de proximidad. Los países tienden a organizar sus relaciones comerciales con los países con que tienen fronteras. La razón entre la parte de comercio de un país y su parte en la producción mundial permite explicitar las ventajas derivadas del comercio de proximidad.
- Las economías de escala. La ampliación de los mercados conlleva toda una serie de incidencias positivas, sobre todo en la escala de las capacidades de producción. Esos países pueden beneficiarse de la ampliación de la dimensión de los mercados.

La articulación del regionalismo con el multilateralismo: ósmosis o ruptura en la globalización

¿Es compatible la regionalización con la mundialización, y en especial, con la nueva orientación del multilateralismo (OMC)? Dicho de otra forma: ¿no va a ser el regionalismo una etapa obligada para llegar al multilateralismo (mundo multipolar compuesto por bloques regionales de alta competición), o una alternativa al multilateralismo (los bloques regionales sustituyen a las reglas inaceptables de las organizaciones multilaterales y se convierten en espacios de repliegue)? La configuración actual de los bloques regionales muestra que son los lugares de concentración de agregación de las funciones financieras, industriales, científicas, tecnológicas, culturales y políticas. Esta constatación da lugar a reflexiones sobre las nuevas formas de protección y la revisión de la cláusula de la nación más favorecida.

- Las nuevas formas de la protección. ¿No reducirán las sucesivas rebajas de los derechos de aduana el interés de las agrupaciones regionales basadas en el libre comercio de bienes y servicios? En compensación, ¿no dan la armonización de las legislaciones relativas a las inversiones y las operaciones financieras, la libre circulación de capitales y personas, el derecho de establecimiento y la coordinación

de los efectos de investigación mayores márgenes de maniobra a las grandes empresas de los países miembros de esas agrupaciones? Con otras palabras, las multinacionales se implantan o deslocalizan en función de las ventajas concedidas por los bloques regionales.

- La cláusula de «la nación menos discriminada». En el marco del TLCAN, los Estados Unidos refuerzan su dispositivo interno de protección instando a sus vecinos y socios a firmar acuerdos que les permitan escapar a la discriminación. En cambio, se puede mencionar el hecho de que los Estados Unidos se preocupan porque la ampliación de la Unión Europea priva a una parte de sus explotaciones agrícolas de algunos de sus mercados tradicionales. Por ello pedirán compensaciones en forma de reducción de la protección comunitaria.

Conclusión

El retorno del regionalismo y su intensificación suscita numerosas preguntas sobre las que nuestra Comisión, como intelectual colectivo, ha de reflexionar profundamente.

La primera serie de preguntas es de orden económico, a saber:

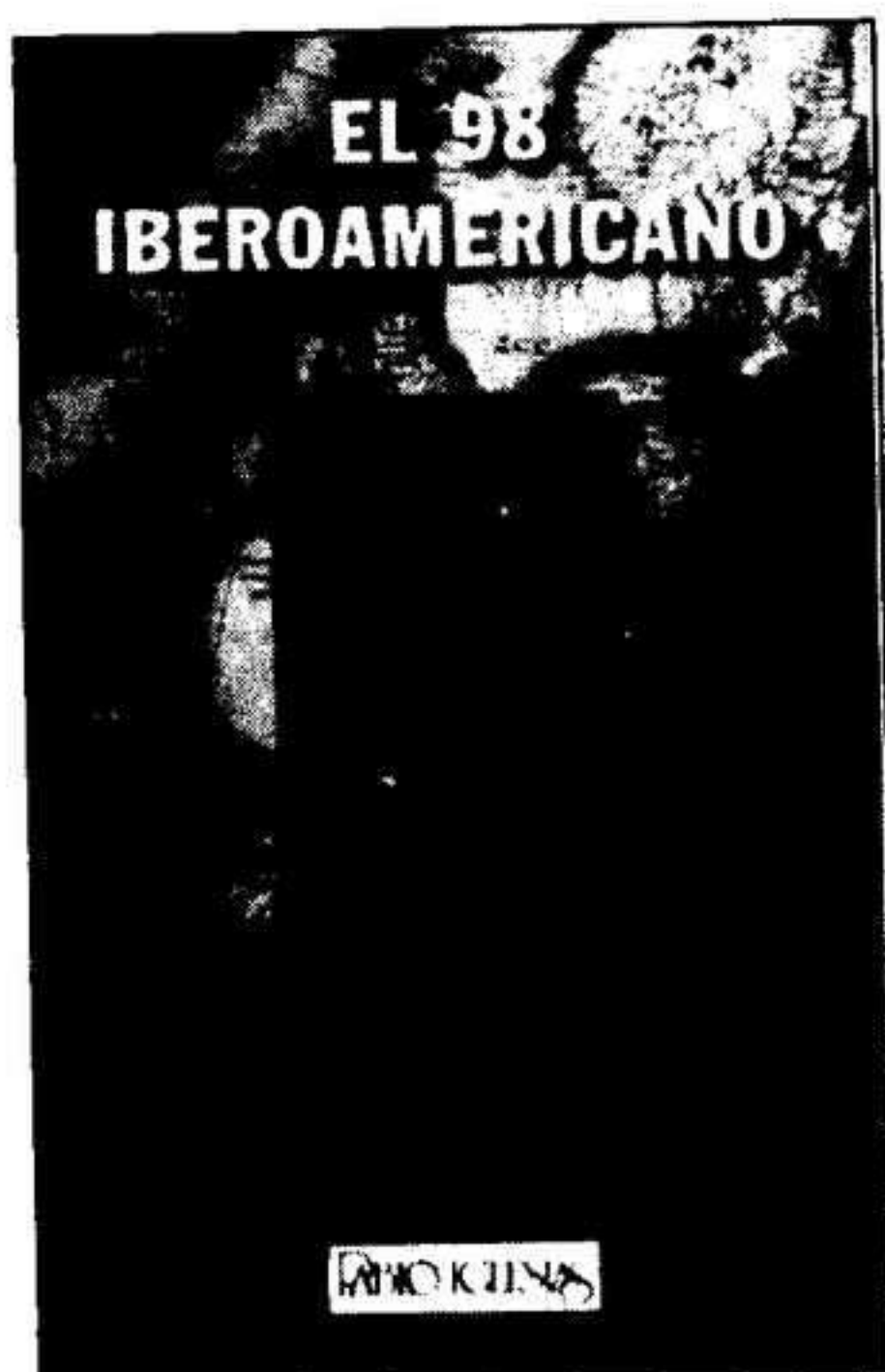
- 1) ¿No es el nuevo regionalismo una recomposición del sistema mundial en bloques homogéneos y de gran competitividad? ¿Qué será de un mundo en que los intercambios comerciales se desarrollen principalmente en un espacio tripolar (tríada) y de una integración financiera de desarrollo global a consecuencia de la liberalización, la desintermediación financiera y la liberalización? ¿Qué sería, en este supuesto, del continente africano y de las otras víctimas de la mundialización?
- 2) ¿Qué lugar ocupará la inversión extranjera directa en un sistema regionalizado? ¿Se puede aceptar que los oligopolios estratégicos integren por sí mismos la dimensión regional?
- 3) ¿Qué incidencia tiene la regionalización en las actuales reglas de la OMC? ¿Serán las reglas de las políticas comerciales más cooperativas o más conflictivas? Con otras palabras, ¿son los países ricos de la tríada (Estados Unidos, Europa y Japón) capaces de fijar un objetivo coherente de balanzas comerciales entre ellos? Sabemos que si no se consigue, el crecimiento económico mundial no aprovechará todas sus potencialidades.

La segunda serie de preguntas es de orden político, social y cultural. Las reflexiones y las investigaciones más débiles son las relativas a esta serie de preguntas. Se trata de saber:

- 1) ¿Qué modelo político se debería adoptar ante la nueva situación regional y qué actitudes deberían tomar los partidos políticos que tienen las mismas convicciones? ¿Cuál es la respuesta socialdemócrata a la internacionalización del capital? Actualmente, la derecha occidental está unificada por un pensamiento liberal que da al mundo el mismo formato: el de la economía liberal. ¿Qué alternativa hay, si la hay, al doble nivel político (organizacional) y cultural?
- 2) ¿Qué política social ha de acompañar a la regionalización-mundialización? La protección social ligada a las condiciones de trabajo, a la seguridad en el trabajo, a la salud de los trabajadores y a su bienestar material, ¿quedará bloqueada en el marco nacional o encontrará el camino de la regionalización? ¿Qué forma de gestión regional ha de adoptar la relación capital-trabajo? ¿No deberían los bloques nacionales adoptar «un zócalo de derechos sociales» (Jacques Delors) que podrían negociar los interlocutores sociales para que a continuación fuera traducido en legislación comunitaria? Si las reivindicaciones de los trabajadores toman un carácter comunitario, habrá que orientarse hacia la elaboración de una especie de carta social comunitaria que posibilite el diálogo necesario para la cohesión social.
- 3) ¿Qué suerte se reservará a las identidades culturales? La regionalización se realiza entre países con tradiciones culturales muy diversas. ¿Qué pasará con las excepciones y con las identidades culturales? ¿Cómo se pueden gestionar estas particularidades si la mundialización impone una lengua única para tratar las cuestiones relacionadas con las finanzas, la ciencia y la comunicación? Naturalmente, esa lengua unificadora transmite y difunde los valores que lleva asociados, así como el estilo de vida y el modelo social de su país de origen.

EDITORIAL

FABIO IGLESIAS



EL 98 IBEROAMERICANO

**José Luis Abellán, Luis E. Agrait, Ángel Bahamonde Magro,
Raúl Figueroa Esquer, Clara E. Lida, Jorge L. Lizardi,
Roberto Mesa, Manuel Moreno Fragnais, Marco Palacios,
Ludolfo Paramio, Mónica Quijada, Rafael Rojas**

200 págs.

2.850 ptas. (IVA)

El «Desastre del 98», cuyas consecuencias económicas y políticas en la historia de España son discutibles, sí motivó un repliegue del interés de la opinión pública española, y sobre todo de los intelectuales, con respecto a la realidad de América Latina. El provincialismo en el que se cae a partir de entonces nunca ha sido revisado, a pesar de que toda una generación de intelectuales españoles debió su supervivencia y la de sus ideas a la acogida que recibieron en América Latina durante y después de la Guerra Civil.

**Pedidos:
Monte Esquinza, 30 2.º dcha.
Tels. 913 104 696 y 913 104 798**

**Forma de pago: talón bancario
o giro postal
e-mail: fpi@ctasa.es**



IDENTIDAD CULTURAL Y GLOBALIZACION



LA CULTURA DE LA COMUNICACION

Hélé BEJI

Hoy parece un hecho evidente que la esencia de la cultura moderna no es sino la comunicación. ¿Qué quiere decir? Que desde ahora todas las culturas tendrán que afrontar el desafío de darse una forma perceptible e identificable para toda la humanidad si quieren tener alguna existencia más allá del interés de los etnólogos. Efectivamente, a pesar de las reservas que podamos tener ante el mundo de la comunicación, tenemos que admitir que ninguna cultura podrá sobrevivir si no adquiere la capacidad de comunicar. La cultura que no lo consiga, estará condenada, tarde o temprano, al aislamiento.

Una vez reconocido, tendremos que estudiar los efectos que pueda tener esta nueva realidad, que constituye la dimensión auténticamente contemporánea de la cultura, no sin hacer antes algunas reflexiones so-

bre la propia naturaleza de la comunicación. Se trata de una nueva forma de cultura cuya lógica, dinámica y vocación tienden a la hegemonía, a la dominación. En este sentido, va a transformar una serie de percepciones que

tenemos sobre la conciencia cultural, tanto la propia como la de los demás. La cultura en conjunto va a sufrir una serie de cambios que hacen que la misma palabra «cultura» se convierta en un problema, que se haga casi sospechosa. Permítanme que les presente alguno de esos cambios, a modo de ejemplo.

El primer cambio importante que observo es que la comunicación no precisa necesariamente de un acto de comprensión, sino que se basa más bien en la percepción de mensajes, imágenes, señales que favorecen, a causa de su escaso grado de intelección, formas rudimentarias de expresión. La fuerza del mensaje no reside en su contenido, sino en su sonoridad, su resonancia, su difusión.

Nos vemos, por lo tanto, obligados a reconocer la paradoja de que la comunicación, aun siendo el principal instrumento de información entre los hombres, cercanos o lejanos, no sirve como instrumento de inteligibilidad. Por el contrario, tenemos la sensación de que el mundo se nos hace cada vez más ininteligible precisamente por culpa de la comunicación. Lo que hoy día llamamos pérdida de sentido no quiere decir que el mundo que nos rodea haya perdido el sentido sino que nuestro elemento de análisis y de comprensión nos falla, nos impide el discernimiento porque está totalmente ocupado, devorado

***La comunicación
no sirve
como instrumento
de inteligibilidad.***

por el espacio de la comunicación. Nos hallamos ante el dilema de no tener más remedio que pasar por el mundo de la comunicación para expresarnos pero, al mismo tiempo, lo que expresamos adquiere una resonancia caricaturesca, efímera, puntual, circunstancial, que acrecienta el malestar de la razón, la necesidad de claridad, la insatisfacción del espíritu.

El segundo cambio que observo es que la pérdida de inteligibilidad del mundo ligada al desarrollo de la comunicación hace de esta herramienta cultural un objeto que yo definiría como de propósito «oscurantista». Si no queremos llevarnos a engaño, tendremos que admitir que hay un oscurantismo propio del mundo moderno que no es una simple fijación en lo arcaico. En nuestra época se dan formas de ignorancia *activa*, que se diferenciaría de la ignorancia *pasiva* como, por ejemplo, el analfabetismo, que se presentan como una galería de semi-saberes, de falsos saberes que se basan en el dominio de la credulidad o la debilidad de los demás. En efecto, no hay que creer que el oscurantismo se confunde con la ignorancia sino que es más bien un poder usurpado a la ignorancia; es, como diría Condorcet, «la tiranía que la astucia ejerce sobre la ignorancia».

Al reducir los contenidos inteligibles a formas de percepción rudimentarias o insignificantes, cuya debilidad intelectual reside, como ya he dicho, en la propia naturaleza de su difusión y su propagación, se facilita la domesticación mental y se debilitan las defensas de la conciencia y, por lo tanto, de la libertad.

Esta es la paradoja de que la mayor democracia de la cultura con la comunicación (porque la comunicación es, sin duda, una instancia democrática) va a

traducirse en un retroceso del ejercicio real de libertad. Vemos cómo se desarrollan nuevas formas de sumisión mental y, por consiguiente, se perfeccionan las técnicas de dominación. No se trata, como piensan algunos, de un complot o de una conspiración bien preparada, sino de una sumisión de las conciencias por una nivelación progresiva. Del mismo modo, podemos llegar a la conclusión de que una cultura cuyo modo de ser no fuera más que comunicación, no podría ser considerada como fruto de la conciencia.

Un tercer cambio que sufre la cultura con la comunicación se encuentra en la religión de lo actual, que hay que distinguir del presente. El presente no es actual, porque el presente es también una categoría de lo intemporal, mientras que lo actual, por el contrario, pertenece inmediatamente al orden de lo caduco, expira al instante, es lo que pasa de moda en cuanto se hace célebre.

Del mismo modo, vemos cómo aparece en la civilización humana una cultura inédita que se nos presenta como el primer ejemplo histórico de una cultura sin memoria, fenómeno del que aún no se han previsto todas las consecuencias. Es una cultura para la que no existe la duración, y esa ausencia, ese vacío temporal, nos lleva a la cuestión de la inteligibilidad, la imposibilidad misma de captar el sentido. Nos encontramos ante una cultura que destruye, que aniquila instantáneamente lo que produce, en una búsqueda imposible de lo actual. Se sacrifica lo intemporal en aras de lo actual.

Aquí también, al captar la atención casi exclusivamente por lo actual, se profundiza la sumisión del espíritu y su dificultad para orientarse. Se favorece la desorientación moral y, por lo tanto,

***Vivimos hoy
el primer ejemplo
de una cultura
sin memoria.***

la vulnerabilidad ante los estándares y los esquemas que pretenden interpretar el mundo de forma unívoca.

Por último, la última metamorfosis de la cultura que voy a mencionar, relacionada con las anteriores, consiste en que la comunicación, al debilitar el valor del conocimiento y, en particular, del conocimiento de obras (opuesto a la percepción de hechos), compensa esta atrofia intelectual con valores de autoafirmación hiperbólica, con un narcisismo cultural y étnico cada vez más radical. Es lo que denominaría el *existencialismo cultural*.

¿En qué se basa? Exclusivamente en la capacidad de comunicar. La comunicación alimenta y entroniza los elementos de identificación de la cultura, fomenta identificaciones espontáneas, saca la cultura del orden de lo adquirido para convertirla en la expresión de un innatismo elemental, donde se da una justificación cultural al menor síntoma, aunque sea el más burdo, o se concede la categoría de principio a la menor reacción primaria.

II

La comunicación desarrolla pues, de forma general, los reflejos ideológicos más que los recursos del pensamiento. Mientras que la comunicación se presenta como la más transparente en sí y

***La mezcla total
de las culturas
es una ficción
muy peligrosa.***

la más accesible a los demás, resulta ser donde menos lo es, y donde se convierte en una referencia opaca. A fin de cuentas, la comunicación alimenta numerosas representaciones totalitarias en las que la autoafirmación y el autoelogio se anteponen a cualquier otra consideración.

Esta evolución se produce en detrimento de dos facultades humanas esenciales: la facultad moral y la facultad científica. La facultad moral, o el discernimiento de sí mismo, es decir, la capacidad de discernir, dentro de la propia identidad cultural, el bien del mal, lo humano de lo inhumano, esa sutil combinación de crueldad y altruismo que hay en todas las culturas, se reduce con la exaltación de la identidad. En estos momentos, todo el mundo tiende a hacer de su propia cultura una virtud, es decir, a sublimar la referencia al origen en tanto que tal, como si el origen fuera en sí sinónimo de bien o de absoluto.

Surge el problema de que toda cultura, al considerarse en el fondo el centro de lo universal, cree que existe por el acto de su proclamación (como si bastara con autoproclamarse para existir), y se va a encontrar en una situación delicada frente a las demás culturas, puesto que al afirmar la solidez de su fundamento excluye el de las demás. Vemos así como esta situación puede llevar el germen inevitable de la

intolerancia, el enfrentamiento y la violencia.

La comunicación desarrolla nuevas formas de conciencia primitivas, sectarias y regresivas, de las cuales la expresión religiosa no es más que uno de sus aspectos. Insisto en esta idea de que hay que interpretar los movimientos religiosos como expresión propia de la modernidad, y no como su negación. «La organización intelectual de los odios políticos» es propia de la modernidad, decía Julien Benda.

Por último, esta era democrática de las culturas ha llevado a una autoafirmación general en la que se pide mayor abertura, y donde cada cual intenta singularizarse, protegerse. La mezcla total de las culturas me parece una utopía aún mayor que la búsqueda de la pureza absoluta. Se trata de dos ficciones, tan peligrosa la una como la otra.

El resultado es que con la comunicación estamos zozobrando en una especie de solicitud un tanto loca, excesiva, generalizada, un falso reconocimiento de los unos por los otros (es en realidad la propia experiencia del malentendido) que implica fatalmente al Yo, único punto de equilibrio del ser desorientado. El Yo se radicaliza para recuperarse mejor. De hecho, con la comunicación las identidades caen en un gran engaño en el que se abandonan al hábito de saciarse espontáneamente.

Como reacción a esta nivelación general, surge la ilusión de la restauración absoluta de la tradición. El fundamentalismo religioso, por ejemplo, bajo cualquiera de las denominaciones que se le dé, cree que va a volver a su favor el producto de la modernidad. Ahí es donde parece encontrarse su error.

Abro aquí un pequeño paréntesis para decir que, ante la radicalidad de una utopía, más vale refutar los errores que denunciar los crímenes. Quiero destacar que al denunciar la criminalidad de un movimiento o de un sistema, no podemos estar seguros de combatirlo eficazmente. Por el contrario, podemos incluso reforzarlo, porque el terror siempre ha sido en la historia de la humanidad tanto objeto de fascinación y prestigio como de horror, en virtud de un poder de sacrificio que puede parecer, a los ojos de muchos intelectuales, expresión de su verdad o de su necesidad. Pienso que al refutar sus errores desacreditamos mucho más rápidamente un mal político o histórico que si nos contentamos con denunciar sus crímenes.

Diría que el radicalismo religioso comete hoy en día dos errores. El primero es creer que la religión es un equivalente mágico de la técnica, y que va a vencerse a la modernidad mediante la profecía. Es un peligro para los musulmanes crédulos, pero también una ganga para los occidentales cínicos, porque Occidente se ha encontrado inesperadamente con una nueva ideología tras la caída del comunismo. El fantasma del integrismo le permite afirmar su hegemonía de una forma aún más sofisticada. De esta manera, el radicalismo religioso termina fortaleciendo la civilización que cree combatir.

El otro error que alimenta a la ideología religiosa reside en la ilusión de su propia restauración, cuando el sentido de los movimientos religiosos es ir en contra de la cultura más actual de nuestro tiempo, su aptitud para controlar a las masas con mensajes rudimentarios, y el arte de la propaganda. De hecho, estos movimientos destruyen a marchas forzadas la propia tradición.

Y ello porque una actitud acrítica, es decir, ideológica, hacia la tradición, la destruye, la pervierte. Porque la tradición sólo puede convertirse en un instrumento para interpretar el mundo, y por tanto, un instrumento de inteligibilidad, mediante el conocimiento, y no mediante la comunicación. Criticar la tradición es una forma de salvarla. Reivindicarla es perderla.

El otro perjuicio que causa la cultura de la comunicación, junto a la debilidad moral ante formas de representación exacerbadas de sí mismo, a la pérdida de visión ante sus propias inclinaciones humanas o inhumanas, ataca directamente a nuestra capacidad científica. Una vez más, la conciencia es víctima de una orientación mística a causa de la comunicación de identificación, que desacredita la razón.

En el fenómeno de exaltación de los orígenes mencionado anteriormente, en el que se sacralizaba el origen como una virtud superior, no se dice nada sobre la naturaleza de ese origen, que siempre permanece oscuro. Es oscuro porque nunca podrá establecerse con claridad, al tiempo que gana en poder afectivo lo que pierde en discernimiento intelectual.

¿De dónde procede la pretensión de que tenemos orígenes culturales? ¿Es como esos hijos de la antigua nobleza,

***Es un error creer
que puede vencerse
a la modernidad
con la profecía.***

con una vanidad de extracción tan caprichosa que debilita la rama de la que se reclaman? ¿Del derecho de sangre? ¿De la memoria? ¿De un atavismo mal elucidado? ¿De la familia? ¿De la raza? ¿De una edad de oro? ¿De una angustia? ¿Hasta dónde podemos remontar los orígenes de la cultura? A ninguna parte. ¿Hay un criterio tangible del origen cultural? Ninguno. La presunción en la que se basa no es suficiente. Las apologías del origen cultural son separaciones tan rígidas como inciertas, tan confusas como despóticas, de la conciencia humana.

III

Pero, ¿de dónde procede este nuevo discurso de la comunicación que exalta identidades y orígenes? De los extremos de la fuerza y la debilidad: de América y del Tercer Mundo: porque los extremos de la abundancia y la pobreza se tocan en su expresividad cultural. Los desheredados de la tierra emplean los mismos símbolos para existir que los privilegiados para dominar. Unos para dominar más, otros para servir más.

Cuando se cree combatir la uniformidad de la comunicación ensalzando los orígenes, en realidad se reafirma su poder. La comunicación se nos muestra como un modo engañoso de expresar la identidad.

***No podemos
remontar los orígenes
de la cultura
a ninguna parte.***

Creo que la idea de la equivalencia de las culturas que difunde la comunicación es una trampa. Porque, más allá del principio del valor humano de toda cultura, de su igualdad moral con respecto a las demás, la cuestión de su desigualdad de poder vuelve a ponernos en dificultades.

Por un lado, como ya he dicho, no está claro que el reconocimiento formal de las culturas (de las identidades) haya cambiado realmente la creencia que tenemos de ser el centro de lo universal. Por otro, la validez moral de todas las culturas no puede impedir que haya algunas que se presenten con una vocación global. Se impone actuar con lucidez: la aceptación de las demás culturas no ha debilitado el orgullo natural con el que todos afirmamos la nuestra.

Por lo tanto, nada puede evitar que una cultura consciente de sus realizaciones y de su fuerza se sienta obligada a seguir la llamada de lo que considera su genio propio, y a desarrollar esa fuerza. Si toda cultura intenta distinguirse de las demás con todos los medios materiales y morales de los que dispone, ¿cómo podríamos convencer a una cultura orientada por valores de exploración y conquista para que modere lo que, en su opinión, es su razón de existir, lo que le ha permitido realizar lo que es, su originalidad creadora, aunque sea en detrimento de aquellas otras que se contentan con su particularidad, sin preocuparse por lo que hay más allá de sus horizontes?

A fin de cuentas, ¿no es la sociedad occidental como una inmensa tribu muy compleja, que extrae el placer de vivir de su energía prometea, de su curiosidad, de su vocación técnica, sin preocuparse por la destrucción que ocasiona

con la combustión que considera indispensable para su desarrollo? Llevada al máximo, ¿no nos conduce a la dictadura intelectual y moral de la cultura occidental? ¿No es esto lo que ocurre en el fondo con el *occidentalismo*? Las doctrinas culturales que han puesto a flote los débiles con la descolonización han dado indudables oportunidades a los fuertes, cuyo juego consiste en controlar culturalmente su época para que no les someta.

Como siempre, la época se sitúa en lugar de la moral. La cultura moderna difícilmente puede evitar aplastar las culturas tradicionales, aun con las mejores intenciones del mundo, no porque sea superior en inteligencia o humanidad (en muchos aspectos es mucho más estúpida e inhumana), sino porque tiene la ventaja sobre las demás de ser la cultura del presente. No porque el presente sea cualitativamente mejor que el pasado, sino porque está aquí, porque es, mientras que el pasado ya no es.

Naturalmente, puede alegarse que el pasado de una cultura tradicional siempre es para ella su presente pero precisamente la energía que se dedica por entero a mantener la memoria no puede compararse con la incomparable fuerza de la realidad de la capacidad para crear época, de producir su época. Esta lucha, queramos o no, es desigual, sin duda inmoral, y el pasado, a pesar de toda su sabiduría, siempre traicionará su debilidad irreal ante el poder del presente.

Sin embargo, el carácter implacable de la modernidad, ese nuevo rostro de la necesidad, ¿no hace aún más desgarradora la reivindicación de la identidad cuando se une al sentimiento trágico de la falta de patria del hombre moderno,

convertida según palabras de Heidegger en «destino mundial»? La búsqueda de un lazo auténtico, tangible, humano, el temor a una civilización de la que Freud ya había dicho que se realizaría a costa de una renuncia psicológica y de una desesperación existencial que pueden ser inhumanas, todo ello, ¿no hace perfectamente lógicas las resistencias culturales?

¿Qué es lo que dicen? Que el hombre no puede resistir de manera abstracta la crueldad exterior o extranjera, y lo hace adhiriéndose a creencias, reflejos, equilibrios suficientemente precisos y coherentes que le confieren una sensación de valor e invulnerabilidad frente a la adversidad y la insensibilidad del mundo.

Pero, como hemos visto, comunicar su cultura implica unirse a esa globalización de las actitudes y los discursos que favorecen el desarraigo, en lugar de impedirlo. De esta manera, el radicalismo cae en la trampa que quiere evitar. Y así, domina una forma de sociedad moderna, cuya máxima expresión es el individualismo, nihilista y fantasmagórico, de la comunicación cultural.

Surge por fin la siguiente cuestión: ¿Cómo hacer que la cultura moderna, cuya esencia es la comunicación, se convierta en un instrumento de inteligibilidad, y no de sometimiento? ¿Y que

***Las únicas
culturas legítimas
son aquellas capaces
de conversar.***

la reivindicación cultural, cualquiera que sea la tradición que reclame, no sea un elemento de autoceguera, ni una presunción que autorice cualquier arbitrariedad?

Rehabilitando algo que no es comunicación, que yo denominaría *conversación*.

La conversación no es la comunicación. Cuando todos nos comunicamos con todos sobre cualquier cosa, nadie conversa con nadie sobre nada. La conversación recoge lo que la comunicación dispersa. La comunicación es un hecho social, la conversación es una vocación del espíritu.

La comunicación es un juego de poder, la conversación es un método de reconocimiento. La comunicación crea la ilusión de la expresión, pero sólo la conversación conlleva la voluntad de pensar. La conversación, en su sentido etimológico, implica la frecuentación, el trato familiar de una compañía, la proximidad, mientras que la comunicación no necesita nin-

guna proximidad, frecuentación, ni comprensión.

En mi opinión, las únicas culturas legítimas son aquellas que son capaces de *conversar*. La capacidad conversadora es la que da un rostro comprensible, familiar, íntimo al que está más alejado. Establece la inteligibilidad de lo que no es propio. Reintroduce la conciencia moral, la ética en el intercambio. Restablece, por encima de la comunicación, el acto de generosidad del espíritu a favor de la verdad, frente a la comunicación, que es un acto de expolio del espíritu a favor del poder.

Conversar, y no comunicar, es la diferencia que hay entre prestar atención a los demás, y distraerse anónimamente sin atender a nadie. Conversar es ese arte espiritual, intemporal de la compañía, tan familiar a todas las culturas, tanto las más recientes como las más antiguas, el único que puede ayudar al hombre a superar el duro destierro de la comunicación moderna, que le priva del placer de habitar y contemplar un mundo a su imagen y medida.



GLOBALIZACION Y PERIFERIA

Abdú FILALI ANSARY

Si tomamos el sentido original de los conceptos de «globalización» e «identidad cultural», constatamos que la identidad se hereda, es involuntaria, mientras que la globalización es resultado de la acción consciente y voluntaria del hombre.

La *identidad cultural*, que no es la identidad física, se hereda en gran medida, puesto que la cultura, tomada en el sentido anglosajón del término, es el conjunto de representaciones, de tradiciones, que permiten a una sociedad reproducirse, mantenerse en el tiempo. En las sociedades modernas, los individuos escogen del fondo de tradiciones heredado por su sociedad aquellos elementos con los que se identifican, o respecto a los cuales adoptar

una postura. Resulta que, incluso cuando la identidad está ya «construida», los «ladrillos» que la componen se sacan y se colocan en un conjunto constituido por una cultura dominante.

En otro plano, la globalización que vivimos actualmente es el resultado de una acumulación de acciones humanas (industrialización, desarrollo de las tecnologías de la comunicación) que ha te-

nido a su vez como resultado la realización de los sueños considerados más «locos» de la humanidad: el control casi total de la naturaleza, la comunicación total entre las sociedades humanas.

De hecho, la paradoja de la situación actual es que las cosas parecen haberse invertido: la identidad se ha convertido en el vector, la expresión o la cristalización de las voluntades, mientras que la globalización se considera como un proceso devastador que escapa al control del hombre, que provoca reacciones de rechazo y un sentimiento de alienación. Como si la actual globalización fuera un monstruo desatado que amenaza incluso a aquellos que lo liberaron.

¿Cómo se explica que hallamos llegado hasta aquí?

La globalización es el resultado de un proceso claramente asimétrico

La primera observación que hay que hacer es que la globalización o mundialización que se está produciendo, es consecuencia de una modernización que ha empezado en una parte del mundo para expandirse después al resto. Según Marshall G. S. Hodgson, las sociedades humanas evolucionaron prácticamente al mismo paso, a un ritmo prácticamente igual hasta la llegada de la Modernidad. En el ecumene constituido por

***El principal
vector de la
modernización
fue el Estado-nación.***

Afro-Eurasia, la comunicación entre sociedades era regular y constante, los avances logrados por unos se transmitían rápidamente a los otros. El comienzo de la Modernidad creó un desequilibrio entre Europa, convertida en el centro, y el resto del mundo, convertido en periferia. Este desequilibrio no ha hecho sino ampliarse con el paso del tiempo. A pesar de los intentos de corregirlo, a pesar de las fórmulas para nivelar, a pesar de los progresos realizados aquí y allá (en ciertas regiones de la periferia, como el Sudeste asiático), ese desequilibrio parece resistirse, e incluso reforzarse.

Sin embargo, la Modernidad es el resultado de una acumulación que se produjo a escala mundial, durante periodos muy largos. Europa, donde surgió, se benefició de las contribuciones de otros focos de civilización y de su posición marginal en el ecumene, lo que le permitió capitalizar las adquisiciones de toda la humanidad de la Antigüedad y la Edad Media, quedando al resguardo de las perturbaciones que otros tuvieron que soportar, a causa sobre todo de las grandes olas migratorias. La curva ascendente que va desde la Antigüedad griega, al Renacimiento y la revolución industrial (con la pausa a la Edad Media) es una ilusión óptica. De hecho, Europa ha sido durante la mayor parte del tiempo un pequeño suburbio del complejo afroeurasiático. El Renacimiento no fue el comienzo de la Modernidad, sino que simplemente permitió que Europa alcanzara el nivel cultural de las principales civilizaciones de la época. Se importaron los inventos desarrollados en otras partes: la universidad, el sistema decimal, la pólvora, la brújula, etcétera. El Renacimiento fue más bien una fase en la que Europa se niveló culturalmente con otras áreas de civilización. Una «recu-

peración» tan rápida que tal vez favoreciera que el movimiento fuera continuo, salto que iba a permitir pasar al estadio superior.

Hay que añadir a todo esto que el vector principal de la modernización fue el Estado-nación, una nueva forma de asociación humana que produce una nueva identidad colectiva. Esta sustituye a las identidades locales, religiosas, etcétera y logra la emancipación política de sus miembros. Tras una evolución parecida a la que conocieron las grandes religiones, que produjeron en sus inicios comunidades abiertas comprometidas con la emancipación de sus miembros para dar lugar después a comunidades cerradas, organizadas para oponerse a las demás, el Estado-nación terminó por adoptar la dinámica natural de la tribu, aunque su organización interna sea profundamente diferente. Como destaca Alain Touraine: «La idea de nación fue un aspecto fundamental de la noción europea de la Modernidad. Los seres humanos se reconocían en ella como individuos iguales en derechos y definidos por su pertenencia a una colectividad libre, cuyas reglas quedaban establecidas por la ley que emana de la voluntad popular». Esta idea de nación sufrió un «deslizamiento» que la acercó a formas naturales de asociación: «Tras un periodo histórico dominado por los objetivos políticos, por modelos voluntaristas, constitucionales y jurídicos de organización social, el mundo, y en particular Europa, entra en una fase donde las llamadas a la *adscripción* se hacen oír con más fuerza que los proyectos de *achievement* (realización), donde la filosofía de la Ilustración y del progreso que sometieron la vida social a las leyes de la razón y de la historia, es reemplazada por un culturalismo que basa la legitimidad del poder político

en la herencia, natural o divina, y en una esencia, en lugar de en una decisión libre de la nación».

El Estado moderno, que surgió para dar respuesta a las exigencias de la Modernidad económica y fortalecer el acerbo, extendiéndolo al conjunto de la nación, evolucionó pasando de ser un medio de emancipación política de masas a una estructura casi tribal, que en unos casos defiende (en el centro) el egoísmo de la tribu-nación, y en otros (la periferia) oprime a sus propios miembros en beneficio de las jerarquías locales recién instituidas. La misma evolución da lugar, por consiguiente, a dos tipos de «tribu-nación»: el primero, «floreciente», igualitario o, más bien, movilizado de manera unitaria y solidaria para la defensa de sus intereses contra los otros segmentos de la sociedad mundial; el segundo, fragmentado, donde las élites recientemente constituidas se dirigen contra sus propias masas, las desmovilizan y las manejan en beneficio de sus propios intereses y de las tribus-nación florecientes.

La identidad que hoy se proclama es el producto de una construcción

La segunda observación que hay que hacer es que las identidades más poderosas, las más activas hoy en día, no son identidades naturales, como la tribu, el clan, la familia o cualquier

***El Estado-nación
acabó adoptando
la dinámica
natural de la tribu.***

*Europa era un
suburbio aislado
en la ecumene
afroeuroasiática.*

otra estructura «primaria». Se trata más bien de identidades basadas en categorías que, por su propia naturaleza, se oponen a la asociación basada en la pertenencia, el linaje, el clan, etcétera. Líneas de ideales universales o universalistas, como el Islam o la Modernidad, se «localizan» y se transforman en señas de pertenencia, demarcadores de singularidades, y expresiones de «patriotismos de comunidad». Con algunos cambios toscos se logra fusionar, por una parte, una visión del mundo, un universo de representación y de sensibilidad de alcance universal, con una historia particular, el recorrido de los pueblos que las han adoptado.

Esta es la causa de la ilusión óptica, o incluso de la «impostura» que producen estos grandes cambios en la conciencia contemporánea. Esta confusión que rodea a estos conceptos, ¿es simple ceguera o voluntad de inducir al error? En todo caso, es de destacar que se distingue sin dificultad entre cristianismo y cristiandad, mientras que en el Islam sólo se usa una categoría, un sólo término para designar el conjunto de creencias, rituales y principios éticos (el equivalente del «cristianismo», que podríamos llamar sentido 1) así como los desarrollos intelectuales, históricos, sociales, políticos que se produjeron a lo largo de una historia extraordinariamente larga y variada (el equivalente de «cristian-

dad», o sentido 11). Como tenemos tendencia a poner detrás de cada término una realidad, como somos casi siempre platónicos sin saberlo, y pensamos que cada palabra oculta un concepto, y que cada concepto representa una realidad, una e irreducible, creamos una confusión de consecuencias incalculables entre ambos tipos de realidades. En todos los discursos se observa, tanto si proceden de musulmanes, como de estudiosos del Islam, e incluso entre los más eruditos, pasos constantes y sin control de una serie de hechos a otra, ambigüedades, sin sentidos, inmensos malentendidos.

En muchos debates, unos hablan del Islam en el sentido 1, otros del Islam en el sentido 11, lo que produce lo que conocemos como un «diálogo de sordos». Pueden despejarse muchos de los problemas que afectan a discursos y representaciones (y, por lo tanto, dejan inmediatamente de plantearse) en el momento en que se presta atención a esta distinción elemental. A pesar de que muchos investigadores denuncian este hecho con cierta regularidad, sólo un gran especialista ha seguido una disciplina rigurosa al respecto: Marshall G. S. Hodgson (seguido hoy por su principal discípula, Karen Armstrong), que acuñó algunos términos específicos como *islamdom* (Islamidad) e *islamicate society* (sociedad islamizada) para dar cuenta de las realidades sociales e históricas creadas por los musulmanes en diversos contextos.

La otra ilusión o confusión, alimentada de manera más sutil (lo que hace que sus efectos sean aún más perniciosos) identifica Modernidad y Occidente, hace de la Modernidad una característica o un desarrollo histórico de Europa y sus prolongaciones geográficas (América del Norte, Australia...). Sin em-

bargo, si bien la Modernidad nació en Europa, ¿es por ello, como sostienen abiertamente algunos pensadores y como suponen implícitamente otros, un producto occidental o europeo, o una expresión de la cultura o la identidad europea?

Coincidiendo con Hodgson, el hito que representa la Modernidad es consecuencia de una acumulación realizada a escala mundial. Las técnicas y el conocimiento se diseminaban por todas las sociedades humanas y circulaban libremente entre ellas hasta entonces. Estas sociedades se mantenían en un estado de paridad, de igualdad, tanto desde el punto de vista técnico, como desde el punto de vista de la relación con la naturaleza. Los avances de la humanidad antigua se fueron acumulando en el suburbio aislado que era Europa dentro del ecumene, lo que llevó a una *tecnicalización* que cambió la relación del hombre con la naturaleza y con sus semejantes, acelerando el ritmo de los progresos científicos, técnicos y militares, liberando a las sociedades europeas de la dependencia de la naturaleza en la que vivían y, sobre todo, situándolas por encima del nivel de las demás sociedades. Este adelanto le dio una supremacía militar, técnica, cultural e intelectual que se fue reforzando, creando una asimetría, un desequilibrio que se hizo, por así decirlo, estructural. El dilema de las demás civilizaciones fue el siguiente: no podían responder al fenómeno, ni ignorarlo, ni escapar a sus consecuencias.

¿Por qué se produjo este cambio en Europa (que entonces era la periferia) y no en el centro (orillas del mediterráneo, Asia occidental), donde se tenía acceso desde mucho antes al conocimiento y a las técnicas de la Antigüedad?

*Es pernicioso
identificar
Modernidad
con Occidente.*

Las interpretaciones de este desarrollo son muy numerosas. Como se ha dicho anteriormente, Hodgson menciona la situación aislada de Europa, la cantidad de tierras sin cultivar, el rápido acceso a todo el saber y las técnicas que la humanidad había acumulado. Todos estos factores combinados explican la capacidad que se dio en un momento y un lugar determinado, para tomar y llevar más lejos la aventura humana. Habría que mencionar también otros factores relativos a la infraestructura: Maurice Lombard destaca que las materias primas (madera y metales, por ejemplo) eran bastante abundantes en la periferia y más escasas en el centro. Tampoco hay que olvidar el factor político: Ernest Gellner subraya, en su interpretación de la teoría de Ibn Jaldún, que en el contexto de las sociedades medievales, las ciudades concentraban la riqueza (material y simbólica) mientras que el poder militar estaba en manos de tribus. El Estado era en estas sociedades el «regalo de las tribus a la ciudad». De ahí la rivalidad constante entre tribus para controlar las ciudades, con el consiguiente desequilibrio político estructural, que impedía que se produjera una acumulación y, por lo tanto, capitalizar conocimiento y técnicas.

El siguiente desarrollo, la creación de una nueva sociabilidad, se interpreta también de muy diversas maneras, según los autores. Para Hodgson, la confusión creada por la *tecnicalización*

provocó, en una fase posterior, un «*gentling of manners*», «basado en la convicción de que todo lo que hasta entonces se había considerado como un ideal, podría realizarse en la práctica», lo que hace pensar en la movilización social de la que habla A. Touraine. Este fenómeno podría ser el origen del cambio que, siguiendo a A. Jabri, llevó a Europa a repudiar sus tradiciones, rechazar su identidad tradicional y a darse una nueva identidad, al mismo tiempo que establecía una nueva sociabilidad. Este último insiste en la «gran discordia» en la que cayeron las sociedades europeas entre los siglos XVI y XIX que, en forma de guerras de religión, revoluciones y grandes controversias intelectuales, acabó con la personalidad característica de la sociedad tradicional, y estableció una nueva identidad y un nuevo orden político y social.

Las teorías que intentan explicar este gran desarrollo, así como el hecho de que se produjera en un lugar y un momento determinados, coinciden, a pesar de sus grandes diferencias, en que se trata de un fenómeno histórico que se inscribe en una *continuidad temporal y geográfica*, que no tiene nada de «milagroso» como hacen creer los ideólogos de la superioridad europea que aparecieron en el siglo XIX, que recurren normalmente a términos como el «milagro griego», «milagro europeo», etcétera.

***Las identidades
culturales son
subversiones de la
herencia ideológica.***

Resumamos: Las identidades culturales que hoy se enfrentan no son, por consiguiente, identidades naturales. Se deben más bien al desvío, a la subversión de la herencia ideológica de sociedades que han basado su cohesión, su orden social, en representaciones de alcance universal (Islam para las sociedades tradicionales del Sur del mediterráneo, valores de la Modernidad para los del Norte). Sus supuestos, el imaginario colectivo de una y otra, generan un patriotismo de comunidad que distorsiona los conceptos fundamentales a los que se adhieren. Así, las sociedades europeas (u Occidentales) no se dan cuenta de que sus valores son una aplicación, siguiendo nuevas modalidades, de los principios religiosos a los que antes estaban tan estrechamente ligados. Las sociedades musulmanas no ven que confunden entre valores religiosos y ciertos sistemas medievales construidos según esos valores.

La Modernidad surgió en las sociedades del Norte dentro del marco del acceso de la sociedad a una mayor autonomía, de una mayor capacidad tanto ante la naturaleza, como ante las demás sociedades humanas y, asimismo, de una prosperidad en progresión constante y regular. En el Sur fue recibida como una derrota generalizada, una subrogación, una subordinación por la que las sociedades perdían su autonomía, su soberanía y la posibilidad de mejorar su destino. La asimetría del comienzo continúa presidiendo las relaciones entre Norte y Sur, y se expresa en la apropiación por parte de unos y el rechazo de otros, de los valores (y de la realidad) de la Modernidad, así como en la participación desigual en el proceso de globalización. Hoy, los europeos se plantean de qué forma pueden participar en los cambios provocados por la globalización, preocupándose especialmente

por el problema de la distribución de las inversiones, de las iniciativas y los beneficios. Los árabes musulmanes se preguntan si el sistema que está a punto de entrar en funcionamiento les reserva algún papel.

¿Cabe esperar una «corrección espontánea» de la asimetría?

La idea de que hay que esperar el efecto de una «mano invisible», que la aplicación de los principios del liberalismo debería reequilibrar las sociedades humanas, ha sustituido a la idea de alcanzar el nivel por medio de la acción voluntaria, de la intervención masiva del Estado, la planificación del desarrollo, etcétera. Este cambio parece suscitar, no ya constataciones o posturas científicas de la realidad, sino un estado mental general que se ha adueñado de la humanidad. Tras la caída de las grandes religiones seculares que eran el comunismo y la teoría del desarrollo (expresión común en E. Gellner y M. Robinson), de los grandes voluntarismos del siglo XX, parece haberse perdido la fe en la capacidad de los hombres para cambiar su destino. La idea del «flujo y reflujo en la fe de los hombres» la proponen, según Gellner, de manera diferente Ibn Jaldún y Hume. Explica las grandes variaciones que se constatan en la actitud general de los hombres ante el orden y la justicia social que afectan tanto a los dominios de la acción, como de las representaciones dominantes.

La idea del cambio voluntario, planificado fue predominante durante el siglo XIX y una buena parte del XX. La aparición de las naciones, la modernización, el Estado moderno, cristalizaron este voluntarismo. Fue precisamente por mediación suya como se pusieron en marcha las estructuras que

La solución real no es organizar diálogos entre culturas diversas.

permiten que las leyes del liberalismo funcionen y produzcan sus efectos. La economía liberal entra en funcionamiento y alcanza una velocidad de crucero una vez que el Estado ha aportado las infraestructuras necesarias. El Estado debe acometer transformaciones fundamentales antes de que la economía de mercado pueda entrar en funcionamiento y desplegar sus mecanismos. El Estado sigue ocupándose de las grandes infraestructuras indispensables para el funcionamiento de la economía (carreteras, sistemas educativos, defensa, etcétera). Como recuerda Gellner una vez más, «en las sociedades modernas, casi la mitad de los ingresos nacionales pasan por las manos de las autoridades políticas. Es preciso que así sea, aunque los gastos militares deberían disminuirse».

El reciente desarrollo de las regiones del Sur de Europa lo demuestra sobradamente. Parece por consiguiente muy paradójico pedir hoy a los países del Sur que se abran completamente a las leyes del liberalismo, cuando el Estado no ha emprendido aún las transformaciones básicas necesarias, cuando aún no se han realizado las infraestructuras fundamentales y no se ha conseguido todavía la modernización. Estos países deben sufrir hoy el choque de la globalización (y de la extensión de las leyes del liberalismo) como sufrieron el de la Modernidad que llegaba de fuera, pasivamente, sin poder contribuir ni intro-

ducirse para lograr sus propios objetivos. Sus desequilibrios sólo pueden agravarse dramáticamente.

¿Qué papel queda para la comunicación?

¿Cómo explicar que, en este contexto, se insista tanto en las virtudes de la comunicación? ¿Padecen las sociedades contemporáneas semejante falta de comunicación? ¿Se trata básicamente de un problema de representación, de imágenes que se envían entre sí las sociedades contemporáneas?

Uno podría caer en la tentación de considerar que las llamadas a favor de la mejora de la comunicación entre civilizaciones y culturas son el reconocimiento y la legitimación de la asimetría, un «premio de consolación» para aquellos que, de aquí en adelante, deben renunciar al desarrollo económico y a la esperanza de nivelarse con las sociedades avanzadas. Podría incluso verse la forma que debe tomar el reconocimiento de la perpetuación del desequilibrio entre sociedades avanzadas y sociedades «en vías (eternas) de desarrollo», como ya se reconoce que la crisis es parte integrante del funcionamiento del capitalismo.

De hecho, la globalización lleva en sí misma los medios que deberían permitir a los hombres tomar conciencia de los desequilibrios que existen en sus socie-

dades y, tal vez, traer o, al menos preparar un nuevo «auto de fe», un retorno del voluntarismo que intentara corregir los desequilibrios. Se trataría pues de un nuevo voluntarismo, que habría aprendido de los excesos de los periodos anteriores, y que buscaría nuevas formas de afrontar las cosas, como en la gran recesión de 1929. La sensación de peligro creada en el medioambiente por la acción del hombre es ya muy grande; los peligros que resultan del desequilibrio entre las sociedades humanas, la perpetuación de la asimetría inicial, empieza también a aparecer. En estas circunstancias, es esencial demostrar que el problema real no está en la incompatibilidad entre identidades culturales irreducibles, y que la solución real no consiste en organizar diálogos entre culturas y religiones, sino más bien en actuar sobre esos grandes desequilibrios que afectan a nuestras sociedades contemporáneas, condenadas a vivir cada vez más cerca. El diálogo, la comunicación no son la solución, pero pueden servir de propedéutica hacia la solución. Deben contribuir en gran medida a derribar los nuevos ídolos, demoler identidades monstruosas, separar los principios universales de los contextos históricos donde se han formulado inicialmente y de las formas sociopolíticas resultantes. Deben convertirse en un trabajo de reconstrucción ante los impulsos que se encuentran actualmente en las sociedades: «egoísmo de naciones», por una parte, «seducción de identidades» por otra.



GLOBALIZACION Y MEDIOAMBIENTE

Valerio CALZOLAIO

Si tomamos el sentido original de los conceptos de «globalización» e «identidad cultural», constatamos que la identidad se hereda, es involuntaria, mientras que la globalización es resultado de la acción consciente y voluntaria del hombre.

Creo que este seminario regional europeo de la Comisión Progreso Global será muy útil tanto para actualizar la elaboración programática de la Internacional Socialista (IS), como en la perspectiva del Congreso del partido del socialismo europeo de marzo próximo.

Estamos debatiendo la forma en que la izquierda debe presentarse ante las generaciones protagonistas del siglo XXI. Pues bien...

Un programa global exige unir en el año 2000 *la equidad intrageneracional*, la justicia social entre las generaciones, objetivo histórico y fundamental de la Internacional Socialista, con la equidad *intergeneracional*, el desarrollo sostenible para las generaciones (futuras), objetivo nuevo y distintivo de una izquierda solidaria sobre el planeta.

La cuestión ambiental no es suplementaria ni adquirida; ni se resolverá li-

***La pobreza es
una de las causas
del deterioro
del medioambiente.***

nealmente a través de la innovación y la transformación tecnológica. A este respecto, en el último decenio del siglo presenciarnos un dramático agravamiento de la contaminación, de los conflictos (por los recursos naturales) de los riesgos (para la salud y los ecosistemas).

Seis años después se ha reconocido el fracaso parcial de los objetivos de la Conferencia de Río: la humanidad en su conjunto utiliza actualmente recursos y servicios de la naturaleza (cifrados en unos 33 billones de media anual, frente a un producto mundial bruto anual de 28 billones) que superan en más de un tercio la capacidad de regeneración de la propia naturaleza. La creciente demanda de recursos naturales está superando la capacidad de carga (en términos de flujo de energía y de materias disponibles para su transformación en los procesos económicos) de los sistemas naturales de nuestro planeta. Esta dinámica (moderna y acelerada) no se ha invertido.

En Río, un importante avance cultural y político fue el haber vinculado oficialmente las cuestiones ambientales y los problemas del desarrollo, admitiendo explícitamente que la pobreza es una de las causas del deterioro del medioambiente.

Actualmente, respecto a 1992, no sólo tenemos un planeta más contaminado,

con mayor consumo de recursos naturales, con menor biodiversidad, con una capa de ozono deteriorada en algunas zonas geográficas y menor disponibilidad de tierras productivas, sino que también tenemos un planeta cada vez más pobre. Según el último informe del PNUD sobre el desarrollo humano, más de 1.200 millones de personas viven en condiciones de extrema precariedad («pura subsistencia») y de éstas, 800 millones son hombres, mujeres y niños desnutridos.

La creciente urbanización y los fuertes éxodos migratorios, los flujos incontrollables de «refugiados ambientales» alimentan un círculo vicioso que vincula la pobreza a la pérdida de fertilidad de las tierras, a prolongados periodos de sequía, a la escasez de agua potable, al deterioro de los ecosistemas naturales y de la diversidad biológica.

Nos hallamos ante un panorama en el que el progresivo abandono de territorios escasamente productivos provoca al mismo tiempo desmesuradas conurbaciones cada vez más dependientes de grandes consumos de energía, con los consiguientes fenómenos devastadores de contaminación (a los cuales se añaden asimismo las crisis financieras, como por ejemplo en el Sudeste asiático).

Es necesario invertir esta tendencia. Europa (no sólo la monetaria de los Once, no sólo la comunitaria de los Quince, no sólo en la concepción militar de la OTAN) puede y debe desempeñar un papel político decisivo. Me pregunto si no debería organizarse una reflexión *sobre la identidad ecológica del socialismo europeo*.

No es con una planificación centralizada, de arriba abajo, que se logrará

orientar la economía del siglo XXI hacia la sostenibilidad, sino a través de un conjunto de acuerdos internacionales, de políticas gubernamentales sensibles, del uso eficiente de los recursos privados y de valerosas iniciativas de organizaciones de base y de gobiernos locales. Existe un nexo entre cuestión ambiental y cuestión democrática: una razón más por la que la izquierda debe actuar.

Es necesario que las comunidades de países pobres puedan constituir un patrimonio propio, promover la igualdad entre los sexos, la equidad y la cohesión social.

La insuficiencia (el 0,7% previsto genéricamente) y la disminución (el 0,27% efectivo, el nivel más bajo desde 1972) de los recursos financieros aportados por los países industrializados, el incremento de las superficies deforestadas y desertizadas, la disminución de la riqueza biológica del planeta, el nuevo y reciente aumento de las emisiones de anhídrido carbónico, la persistente pobreza... más que indicios, son pruebas de la insostenibilidad permanente de un desarrollo ya desigual. Los países más desarrollados deberían modificarlo radicalmente. Los países menos desarrollados deben encontrar otras vías (mejores desde una óptica ambiental), colaborando y cooperando, tanto multilateral como bilateralmente.

En 1992 ya no existía la Unión Soviética; en Río se celebró la primera Conferencia mundial (dos años de negociaciones, 183 estados participantes) después del fin de la guerra fría. Hoy día no hay menos guerras «calientes» y lamentablemente aún no se ha llegado a un verdadero acuerdo global

***El desarrollo
sostenible requiere
elaboración cultural
y voluntad política.***

(actos y hechos, no palabras) en torno al desarrollo efectivo y sostenible del planeta viviente.

Para vincular equidad intra e intergeneracional sirve la política y sirve la izquierda.

El desarrollo sostenible es un desarrollo económico y social minoritario en el mundo actual, fácil de comprender, pero difícil de realizar; requiere elaboración cultural, confrontación científica, innovación tecnológica y voluntad política en los países industrializados (muy condicionados por la rigidez y las certezas de un desarrollo parcialmente insostenible) y en los países en vías desarrollo (muy condicionados por la urgencia y la necesidad de algún desarrollo).

Entre el formalismo de los protocolos y convenios, siempre útiles, y la crudeza de las guerras por los recursos se encuentra la vía maestra de la *cooperación social ambiental*.

Afortunadamente, en estos cinco años ha disminuido el ritmo de los convenios internacionales sobre el medioambiente.

Hasta 1971 eran 58. Entre 1972 (con la novedad de la Conferencia y la creación del PNUMA) y 1992 llegaron a 171, una media anual de entre cinco y seis.

Ahora vamos por los 175, y tres de los cuatro nuevos (además del Acuerdo de Lusaka contra el comercio ilegal de flora y fauna silvestres) son quizá los más importantes para el futuro, íntimamente vinculados, con *implicaciones globales*, imposibles de aplicar sin una reconversión ecológica del modelo de desarrollo del Norte y de las razones de cambio del Sur: *bio-diversidad, cambios climáticos, desertización*.

En Río se firmaron los primeros dos y se inició la negociación para el tercero (concluida en 1994). Entraron en vigor noventa días después de la 50ª ratificación, en diciembre de 1993, marzo de 1994 y diciembre de 1996, respectivamente.

La existencia de un convenio no garantiza casi nada, es decir, no garantiza que las relaciones nacionales y los compromisos suscritos se respeten en la forma, en la letra y la sustancia; ni que se sancione a los infractores.

Sin embargo, los acuerdos internacionales provocan una dialéctica, imponen una base de concertación y verificación, y permiten pedir cuentas a gobiernos y gobernantes.

El *protocolo de Kioto* constituye un auténtico cambio. Aún existe una desproporción entre los riesgos ambientales y sanitarios, la alarma de los cien-

tíficos, el ritmo de crecimiento de la contaminación (y de los cambios climáticos) y la respuesta de los gobiernos. No obstante, se ha comenzado a responder y Kioto marca un cambio de vertiente: la sensibilidad ecológica es por fin premisa y condición de la transformación de los modelos de utilización de los recursos, de producción y consumo de las mercancías, de gestión de las infraestructuras al menos por parte de los 38 países ya desarrollados (de un modo ahora considerado insostenible). Subestimar los contenidos del Protocolo puede favorecer a aquellos (y en EE.UU. son muchos) que ni siquiera desean ratificarlo.

La media de reducción de las emisiones que debe alcanzarse entre 2008 y 2012 (*commitment period*) respecto a los niveles de 1990 es de cerca del 5,2%, con una amplia diferenciación entre los tres países que pueden aumentarlas (+10% Islandia, +8% Australia, +1% Noruega) y el de la Unión Europea, el -7% de EE.UU. o el -6% de Japón, Canadá, Hungría y Polonia; queda estabilizado el de Rusia, Ucrania y Nueva Zelanda. Ayer mismo, el Consejo de ministros de Medioambiente de la U.E. ha adoptado el *board sharing* comunitario (Alemania pasa de un compromiso de reducción del 25% a uno del 21%).

La media decidida en Kioto es bruta, sin el cálculo de las *absorciones (sinks)*, y en este punto parece que se ha evitado un «subterfugio», valorando únicamente las nuevas repoblaciones forestales y las reforestaciones.

El acuerdo contempla los 6 gases, y esto constituye otro paso adelante al calcular los fluorocarbonos desde 1995.

***La existencia
de un convenio
no garantiza
que se respete.***

Los procedimientos de posibles permisos de comercio (*emissions trading*) se definirán más adelante y abarcarán la mitad (cantidad máxima) de los compromisos de reducción.

La entrada en vigor está prevista después de 55 ratificaciones que se refieran al menos al 55% de las emisiones (¿dos años?); mientras que las sanciones, controles y garantías se establecerán en COP 4 (Buenos Aires, noviembre de 1998) y en la primera reunión posterior de las partes en el Protocolo (MOPI, 1999).

Sin el protocolo, en 2010 las emisiones habrían aumentando un 45% respecto a 1990, mientras que los científicos pedían la estabilización.

Con el protocolo, la reducción media del 5,2% acordada entre los 38 países del Anexo I del Convenio marco sobre el clima permitirá que las emisiones aumenten «sólo» un 29%.

Es decir, de aquí a 2010 es preciso:

a) *pasar de las palabras a los hechos*, es decir, traducir en medidas concretas los objetivos de reducción, lo antes y lo mejor posible;

b) *ir más lejos*: nuevos compromisos más estrictos para los países industrializados (con un papel impulsor para Europa, que debe reflejarse inmediatamente en la compleja gestión del Protocolo), en primer lugar mediante la recaudación tributaria;

c) *implicar a los otros (130) países en desarrollo* en el «autocontrol», mediante la transferencia de tecnologías avanzadas y compatibles, fondos adicionales (además de la reforma del Banco Mundial y el GEF), capacidad profesional;

d) *iniciar una «carrera» unilateral* (en Europa y en Italia) que considere la reducción no como una obligación, sino como un criterio para las inversiones, como una ocasión para el desarrollo, una condición para el comercio en su conjunto, para la cooperación internacional, para las operaciones económicas y financieras nacionales (en los últimos seis años, gobiernos e industrias han firmado más de 200 acuerdos voluntarios, en particular los Países Bajos, Alemania y Japón).

La propuesta del «comercio» internacional de cupos de emisión asignados a cada país debe discutirse desde muchas perspectivas (incluso científicas y culturales) y presenta algunos riesgos: sociales (se corre el riesgo de cooperar al no desarrollo), económicos (se corre el riesgo de «monetarizar» los recursos) y ambientales (se corre el riesgo de complicar la aplicación y el control).

Asimismo, las objeciones deben tener en cuenta que la Unión Europea ha elegido un mecanismo «interno» (la «burbuja») que ya diversifica el «mercado» de las emisiones.

Convendría introducir correctivos en los actos de «compraventa» de emisiones, para exigir que se garanticen compromisos sobre la deuda de los países en desarrollo, la transferencia de tecnología, la asistencia técnica, la salvaguar-

***Hay que transferir
a otros países
tecnologías compatibles
con el medioambiente.***

***Es necesario definir
un plan eficaz de
acción ambiental
en el Mediterráneo.***

dia de la biodiversidad (y de algunos ecosistemas vulnerables).

Además se debería introducir una «cláusula de Kioto» en todos los acuerdos entre empresas y entidades de los diversos países. Ya en los últimos dos años (hasta la primavera de 1998) se han celebrado cerca de 80 acuerdos de *joint implementation* (el último en abril entre Japón y Rusia, causó sensación); pero ya desde ahora todo acuerdo bilateral debería calcularse en términos de emisiones y nuestra Comisión debería proponer un observatorio adecuado al respecto.

El primer «protocolo» parcial sobre el clima debería convertirse de este modo en premisa para un *protocolo global* que enlace los tres convenios y sus correspondientes anexos (demasiado diferentes), interrelacionando la ya tradicional distinción entre los países en desarrollo y los países industrializados con la distribución de la amenaza de desertización, tutela prioritaria de la biodiversidad y otros indicadores ecológicos.

Para avanzar en esta dirección deseáramos llegar a definir *un plan de acción ambiental en el Mediterráneo* a partir del Anexo IV (U.E.) del Convenio sobre la desertización, el Mediterráneo, puente «de la unidad» entre Norte y Sur (como antes lo era el de Potsdam entre Este y Oeste).

De alguna manera, el efecto invernadero es sinónimo de efecto de desertización (por otra parte, el próximo año, Bonn acogerá las secretarías de ambos Convenios).

Precisamente debido a la complejidad y multiplicidad de los factores ambientales en juego, las cuestiones planteadas en Río en 1992 —los cambios climáticos, la conservación de la biodiversidad, la defensa de los bosques y la lucha contra la desertización— no pueden abordarse por separado.

La Agenda 21 dedica el capítulo 34 a la *transferencia de tecnologías compatibles con el ambiente* (EST). Los sucesivos documentos elaborados por las Naciones Unidas merecen algunas consideraciones:

- a) el éxito de la transferencia de tecnologías EST implica la transferencia de conocimientos y la asistencia para la utilización, gestión y aplicación de las tecnologías;
- b) sobre la base de la experiencia adquirida hasta ahora, el resultado se obtiene mediante la integración de alta tecnología procedente del exterior y de conocimientos locales de baja tecnología del país de utilización;
- c) la transferencia se refuerza cuando las Inversiones Extranjeras Directas superan significativamente la Ayuda Pública al Desarrollo;
- d) la transferencia requiere el apoyo financiero de los países donantes y de los organismos para el desarrollo, así como de las iniciativas e inversiones del sector privado;
- e) el modo más eficaz de estimular a las empresas privadas para que in-

viertan en la denominada «ecoeficiencia» y en la producción limpia consiste en convencerlas de que las inversiones en este sector tendrán por efecto una mayor competitividad de mercado;

f) existe un potencial enorme de desarrollo en el campo de la difusión de la información sobre las EST y la existencia de una red de información y evaluación de las EST adquiere especial relieve en el ámbito de la Formación Profesional (*capacity building*) de los países receptores.

Es posible favorecer el saneamiento financiero y acompañarlo de políticas ambientales integradas como factor de calidad interna y de competencia externa de los sistemas nacionales en el contexto comunitario, con *un notable impacto sobre el empleo*.

Y deberíamos encontrar asimismo en los presupuestos de los Estados y de la U.E. un «mecanismo global» que, sin fondos adicionales, dirija y concentre los recursos en el desarrollo sostenible, cualificando también las contribuciones nacionales a los organismos monetarios y financieros supranacionales.

Como conclusión, vuelvo al tema de esta primera parte.

El cambio tecnológico y la innovación son indispensables, pero no se puede confiar ciegamente en su contribución decisiva por razones cualitativas (la disminución del contenido de energía y de materia del PIB es «parte» de una política energética e infraestructural globalmente sostenible), cuantitativas (la velocidad de la «desmaterialización» en el Norte es, con todo, inferior a la del crecimiento del Sur) y técnicas (límites termodinámicos).

Sobre la base de nuestros conocimientos, las futuras generaciones no podrán sorprenderse ante las crisis ecológicas; no obstante, podemos reducir el *suspense de la espera* de los riesgos y daños.

Con un poco de ironía, me remito a la entrevista que Truffaut hizo a Hitchcock, quien explicaba así el «suspense» (diferente de la «sorpresa»):

«Hay una bomba debajo de la mesa y el público lo sabe, probablemente porque ha visto al anarquista mientras la colocaba. El público sabe que la bomba explotará a la una y sabe que es la una menos cuarto —hay un reloj en la habitación—; la misma conversación insignificante se vuelve de pronto muy interesante porque el público participa en la escena. Desearía decirle a los personajes en la pantalla: “No deberíais hablar de cosas tan banales, hay una bomba debajo de la mesa que puede estallar de un momento a otro”. Hemos ofrecido al público quince minutos de suspense...»

Por una parte, cierto fundamentalismo ecológico tiende a gritarle a unos personajes en primer plano, sin preguntarse por qué no quieren o no pueden escuchar, y durante la película sus gritos molestan a muchos espectadores vecinos; por otra, los conocidos neoliberales tienden a discutir amablemente, a la hora del té o del

***La tecnología
es una palanca
para un cambio
de las conciencias.***

café, y se considera la eterna y única élite protagonista y piensa que la bomba puede y debe estallar sólo en otra parte...

Nosotros, la izquierda, tenemos otra tarea. No queremos «sorpresas» y no queremos «vivir» en el riesgo. Esperamos abrir un canal (como en *La rosa púrpura de El Cairo* de Allen) entre lo

virtual y lo real, dimensiones que se creen autosuficientes y se ignoran mutuamente. Los demás, inconscientes o impotentes, en todo caso son tendencialmente inertes. El cambio no es solamente tecnológico. Para nosotros, la tecnología es una palanca para un cambio de las conciencias y de las potencias democráticas.



TECNOLOGIA Y MEDIOAMBIENTE

Fritz VAHRENHOLT

En mi exposición trataré de argumentar mi opinión de que producción, medioambiente y tecnología están íntimamente ligados, y de que son notables los éxitos en la protección del medioambiente tanto en Europa como en Alemania. Me apoyaré en una serie de gráficos y cuadros.

En primer lugar, afirmaré que los datos señalan que los problemas de la contaminación del medio ambiente están prácticamente resueltos. Incluso el problema de la dioxina está resuelto ya, y la reglamentación sobre el *smog* se ha podido suspender de nuevo en Alemania. En segundo lugar, también se ha superado el problema de las aguas residuales, como muestran los mapas sobre la calidad del agua. La muerte de los peces y las montañas de

espuma en los ríos son cosa del pasado. El consumo de agua se reduce considerablemente. En tercer lugar, los problemas de la gestión de los desechos están resueltos tecnológicamente, aunque en la República Federal de Alemania (RFA) hay cientos de depósitos, y surgen nuevos depósitos no controlados o no impermeabilizados. Los resultados de las acciones de protección del medioambiente son bastante exitosos en Europa central.

La experiencia muestra que cada nueva innovación en las plantas de producción, cada nuevo proceso de producción reduce las emisiones en agua, suelos y aire. Podremos objetar que la innovación es algo más que la tecnología. Es cierto. La protección del medioambiente es más que la tecnología del medioambiente. Podemos pensar únicamente en la protección de la naturaleza. Pero uno de los grandes autoengaños de los grupos de «sensibilidad ecológica» que rechazan la tecnología, es creer que 6.000 millones de personas (y pronto 9.000 mil millones) pueden vivir dentro de veinte años tal como ellos se imaginan la vida, hacerlo de forma compatible con la naturaleza, producir y consumir en forma ecológica. La modernización sin tecnología no existe.

Trataré de demostrar esta afirmación con un cálculo de modelo. Si se divide la superficie de la RFA por el número de habitantes, nos resultan cinco mil metros cuadrados por habitante, es decir, un campo de fútbol por cada habitante. No es un campo grande; para el Campeonato del Mundo no serviría por ser demasiado pequeño. La mitad del campo estaría destinado a la agricultura; la otra mitad, a bosques, áreas de protección de la naturaleza y agua. Y dentro del área de penalti se producirían todas aquellas cosas que los alemanes necesitamos para vivir aquí: el espacio para vivir, para trabajar, para las escuelas, la parte proporcional del tráfico,

***Necesitamos ahora
una década de
técnicos, químicos
e ingenieros.***

para desechos, las plantas eléctricas, el cementerio. Es claro que, con necesidades crecientes, el área de penalti o se agranda o se utiliza de forma más intensiva. El papel de la tecnología es clave en el aprovechamiento del área de penalti.

Estoy convencido de que necesitamos, después de la época de los expertos en contabilidad de costes y de las personas que expresan dudas y vacilaciones, una década de técnicos, químicos e ingenieros. El tiempo de los *eccondriacos* ha terminado, y ya es hora de que el SPD reconozca que no hay que discutir los riesgos de las nuevas tecnologías, perdiendo de vista las oportunidades para resolver los grandes problemas que se encuentran ante nosotros. El tiempo de la generación llorona —lo digo muy claramente—, que al caer de mejores virtudes edifica la valentía sobre sus temores, ha pasado, y nuestro país necesita un nuevo ambiente, invertir e innovar.

Aunque se hayan logrado éxitos en la lucha contra las contaminaciones visibles, locales, experimentables, a nivel mundial se derrumban los sistemas ecológicos: deforestación, sobreexplotación, contaminación del agua potable, pesca excesiva, cambios climáticos.

Ustedes saben que mi empresa —Shell—, como empresa que actúa a nivel mundial, es una empresa petroquímica que trabaja con horizontes de planificación de más de cuatro años y tiene que contar con escenarios que van más allá de cincuenta años. Nos ocupamos de un escenario que se llama *First Raise Our Growth* («primero aumentar nuestro crecimiento»), FROG (RANA). Es el escenario de la continuidad permanente con lo que hacemos hoy día. Lo llamamos FROG porque cuando arroja-

mos una rana a un recipiente con agua caliente, salta inmediatamente fuera del recipiente para protegerse de la muerte. Ahora bien, si introducimos una rana en un recipiente con agua fría que ponemos a calentar lentamente, la rana muere miserablemente, porque no se da cuenta del cambio de temperatura o se da cuenta demasiado tarde.

¿Cómo logramos, pues, un desarrollo sostenible? Por ejemplo, en la política de transportes, además de transferir el transporte de mercancías a los ferrocarriles, tenemos que fomentar el desarrollo de sistemas de transporte innovadores y eficientes. El tren magnético forma parte de esta política. Por ejemplo, tenemos que cambiar la política del automóvil. Cuando era ministro regional de Medioambiente, dije que me parecía equivocada la política contra el automóvil. Tenemos que hacer un automóvil más seguro, más económico, más ecológico, que incorpore nuevas concepciones motrices y mejor calidad de la combustión. Todo ello será una gran aportación a la resolución de los problemas climáticos y reducirá las emisiones un 25%.

Otro ejemplo: la industria química. La sustitución de sustancias químicas de riesgo no se puede lograr con menos tecnología, sino con más innovaciones en la industria química. Las innovaciones de base más importantes de los próximos veinte años dependen de la química, y no tomar eso en cuenta en un país industrializado puede tener graves consecuencias.

En el caso de la tecnología genética, nos encontramos ante la paradoja de que al 70% de las personas les parece bien la terapia genética contra el cáncer y otras enfermedades y flagelos de la humanidad y, sin embargo, otro 70% re-

***Los sistemas
ecológicos
se derrumban
a nivel mundial.***

chaza la tecnología genética. La producción genética de sustancias farmacéuticas parece que es aceptada incluso por los *verdes*. También los detergentes que utilizamos diariamente contienen enzimas producidas de forma genética —lo que la mayoría no sabe—, y ello conduce a una gran reducción de la contaminación y a una reducción del consumo de energía, ya que se lava a treinta grados, cosa impensable antes. Se discute, sin embargo, el cultivo de plantas manipuladas genéticamente; ahora bien, en Estados Unidos se ahorran de veinte a treinta millones de dólares en pesticidas utilizando ese tipo de plantas. Es algo muy importante con vistas al crecimiento de la producción mundial, porque no podemos permitirnos renunciar a esos beneficios; de lo contrario, la renuncia a esas técnicas debería compensarse con un aumento de las superficies cultivadas.

En el sector energético no se puede descuidar nada. Hay que investigar en el sector de la fusión y de la energía fotovoltaica, y lo digo muy claramente, y espero que lo escuchen muchos socialdemócratas. No podemos pasar por alto nada para contrarrestar la catástrofe climática. Hay que tomar medidas tanto de alta tecnología como de baja tecnología. También la prestación del artesano sencillo tiene que formar parte de una estrategia a largo plazo. Ustedes podrán preguntarse sobre qué hace Shell en el sector energético. Les

ponía el ejemplo del escenario FROG, que sería el escenario de la multiplicación de las emisiones de CO₂, con una inevitable agravación en forma de crisis a mediados del próximo siglo. Por tanto, es preciso reducir el consumo de combustibles fósiles, y lo digo como representante de un gran consorcio de petróleo. Pero también digo que en el curso del próximo siglo se notará esa limitación de los recursos de petróleo y de gas, y que es imaginable que las energías renovables cubran un 50% del consumo mundial de energía. La era de las energías renovables está comenzando, y con ella habrá que hacer frente al incremento del consumo de energía en los países en vías de desarrollo.

En el año 2010 la demanda anual de componentes de energía solar ascenderá a unos 2.000 megavatios, con un crecimiento de mercado cada año de un 20% a un 30%. La tecnología de hoy, esto lo tenemos claro, no será la tecnología del año 2010. Por lo tanto, vamos a desarrollar más tecnologías y Shell participa activamente en ello.

Además de esto, tenemos que estar en condiciones de desarrollar sistemas acabados y transferirlos a los países en vías de desarrollo. Recuerden que 2.000 millones de personas no están conectadas hoy día a la red eléctrica, situación que continuará en muchas regiones de poca densidad de población. Llevar corriente eléctrica, un grado mínimo de luz, de

comunicación, de refrigeración para alimentos perecederos, es decir, llevar un grado mínimo de civilización es una enorme tarea que tenemos por delante. Para eso tienen que reducirse los costes de producción, y hacerse competitiva la energía fotovoltaica. En ello trabajamos. Pero tiene que quedar claro que la fotovoltaica no resolverá el hambre de energía del mundo a corto plazo ni los problemas energéticos. Sin ahorrar al mismo tiempo energía, en Alemania no se logrará la reducción del 1% de las emisiones de CO₂.

El lignito, la hulla, el gas natural, la energía nuclear seguirán garantizando en los próximos veinticinco o treinta años el abastecimiento de corriente, sobre todo en el sector básico. A la vista de la discusión típicamente alemana sobre la energía y los transportes de energía nuclear, afirmo que necesitamos energía barata en Alemania, no solamente por razones competitivas, sino para construir una nueva base energética sin generar rupturas económicas y sociales.

Una consideración final. Para Shell, el asunto de la plataforma del Mar del Norte fue un pequeño terremoto. Y hemos aprendido que debemos cambiar antes de que nos obliguen a cambiar desde fuera. Por lo tanto, yo espero que una de las grandes tareas de las grandes empresas consista en superar la crisis de confianza que se ha generado en los últimos años.



LAS PRIORIDADES REGIONALES



EL MODELO SOCIAL EUROPEO

Antonio Guterres

Pienso que los socialdemócratas que ocupamos funciones de gobierno actualmente, tenemos un problema. En efecto, debemos demostrar que somos capaces de establecer la diferencia. La situación económica en Europa es relativamente buena, y podemos estar bastante relajados. Nuestra situación es buena. No obstante, dentro de dos o tres años posiblemente tengamos una mayoría de gobiernos socialdemócratas, pero también grandes dificultades económicas, de empleo y de bienestar de nuestros pueblos. Es decir, es muy importante debatir ahora entre nosotros lo que podemos hacer en cada uno de nuestros países y en otros niveles para poner en marcha una política socialdemócrata capaz de configurar en Europa una zona de crecimiento sostenido y sostenible, y crear empleo. Y este problema aún no se ha resuelto.

Creo que hay una serie de ámbitos en los que hemos llegado a un consenso general. Por ejemplo, en la formación y la educación, es decir, en la idea de *empleabilidad*, de cómo acceder a un empleo gracias a formación. Y esta es una idea que hemos podido también introducir en los tratados europeos frente a las posturas conservadoras.

Otra cuestión nueva para nosotros es aceptar la innovación, la iniciativa y el espíritu emprendedor, y articular las políticas socialdemócratas que favorezcan este espíritu emprendedor. En otros términos, los socialdemócratas debemos incorporar a nuestras políticas la combinación de *solidaridad y responsabilidad*, de solidaridad con el reconocimiento del espíritu de iniciativa individual. Y creo que en este asunto también hemos llegado a un acuerdo.

Hay dos ámbitos, sin embargo, sobre los que todavía tenemos que reflexionar. Primero, *¿qué es exactamente el modelo social europeo?* Y aquí, seamos honestos, tenemos visiones distintas en cuanto a lo que es o puede ser un tal modelo social europeo, y también visiones distintas sobre las medidas que hay que tomar para salvaguardar este modelo. Hay que entender que nuestras dificultades vienen del hecho de que nuestros países tienen distintas realidades sociales, distintas situaciones, distintos contextos. Y el primer obstáculo es encontrar una síntesis oportuna, adecuada, pertinente entre la flexibilidad y la seguridad. Esta síntesis no será la misma en todos los países. Evidentemente, una medida puede ser de flexibilidad en un país, pero en otro puede ser una medida de rigidez. Aceptemos, pues, la opinión de que los socialdemócratas tienen grandes diferencias ideológicas en virtud de que viven en distintas sociedades, y aceptemos también las propias diferencias. Posiblemente no podamos llegar a un consenso en cuanto a las políticas aplicables. Debemos, no obstante, llegar a un consenso en cuanto a los principios de estas políticas. Tenemos que llegar a una reflexión muy profunda para poder hacer frente a las elecciones europeas venideras con una plataforma común.

Segundo, *¿cómo lograr una macroeconomía que contribuya a un crecimiento duradero y sostenible en Europa?* Por ahora nos va bien. Pero hay que preguntarse cuáles son las herramientas que habría que utilizar ante una posible recesión en los próximos dos o tres años. Esos instrumentos aún no los tenemos. Es verdad que ahora contamos con el euro y el Banco Central Europeo. Sin embargo, el único compromiso de este Banco Central es asegurar la estabilidad de los precios. A parte de eso, tenemos los presupuestos de cada país, pero esos presupuestos se inscriben en un pacto de estabilidad. Ya saben que los criterios son bastante estrictos. Es decir, no tenemos hasta ahora ningún instrumento *europeo* que nos permita llevar a cabo una gestión económica adecuada a escala europea. Existe un presupuesto comunitario, pero este presupuesto es relativamente modesto si tenemos en cuenta que tiene que cubrir el conjunto de las necesidades del espacio económico europeo.

¿Qué hacer? La macroeconomía cumple un papel importante, pero no es suficiente. Necesitamos herramientas europeas. Jacques Delors habló en su momento de los *eurobonos* como una posibilidad para una política europea que promueva la creación del empleo y el crecimiento. Otros defienden un presupuesto europeo conforme a las responsabilidades europeas. Pero, seamos sinceros, un tal presupuesto europeo no es por ahora posible. Debemos buscar los instrumentos para una gestión económica a escala europea que nos ayuden a prevenir y a reaccionar ante posibles choques económicos.

Otro gran problema en Europa es que ya no tenemos grandes líderes europeos ni grandes proyectos europeos. Esta es mi experiencia. Tenemos quince proyectos nacionales diferentes. Por otra parte, como ha señalado Habermas, no poseemos los mecanismos de una democracia moderna. Estos mecanismos no son sólo la libertad de expresión y las elecciones libres. Los mecanismos de la democracia moderna son también el flujo de comunicación e información que permite organizar la sociedad sobre una base justa. Ese flujo tiene que ser reconectado con la política. Una sociedad justa se basa también sobre estos flujos. Pues bien, tenemos instituciones políticas comunes, pero tenemos también quince sociedades civiles diferentes con quince opiniones públicas diferentes. El flujo de comunicaciones a nivel europeo entre esos quince sistemas no funciona hasta ahora, y, por ello, en los Consejos europeos cada uno se cierra en su propia postura, en su propia opinión. Se vuelve a ver mucho egoísmo en el funcionamiento de las instancias europeas, y muy poca concertación. Los anteriores vínculos de solidaridad sobre los que se creó Europa corren el peligro de diluirse.

Hay reformas institucionales en curso, pero no piensen que estas reformas institucionales son suficientes para construir un modelo social europeo, y para armonizar y coordinar quince sociedades europeas. Se necesita mucho más. Se necesita una política europea, un proyecto europeo más allá de estas reformas institucionales.

Yo soy optimista y voy a seguir luchando por ello, porque estoy muy seguro de que en este mundo global, o habrá una Europa vencedora o una Europa que habrá fracasado. Y la única posibilidad para conducirnos en la globalización, e incluso dirigirla, es dotarnos de entidades de cooperación regional eficaces. Progresaremos si tenemos organismos regionales que trabajen en favor de la integración regional. Esta es nuestra misión en Europa. Y es la razón por la que deberíamos favorecer los procesos de integración en el mundo entero.

E D I T O R I A L

PABLO IGLESIAS



OTROS TÍTULOS DE LA COLECCIÓN

- La cooperación para el desarrollo en Iberoamérica
- Democracia, mercado y gobernabilidad
- Integración, desarrollo y equidad social
- Cambio y desarrollo en México
- Una década de transformaciones políticas y sociales en Centroamérica
- Retos actuales de los Países Andinos
- Respuestas globales ante el desafío de la droga
- La cultura ante los desafíos del desarrollo social

Monte Esquinza, 30, 2º dcha.
28010 Madrid

Tel.: 913 104 696 - Fax: 913 194 585
E-mail: fp@ctasa.es



LA REDUCCION DE LA JORNADA LABORAL

Michel ROCARD

Independientemente de los países vecinos y a diferencia del resto del planeta —incluida América del Norte— lo que tienen en común los países de la Unión Europea, aparte de su necesidad de seguridad mutua, es que han desarrollado un modelo social, un alto nivel de vida, una democracia representativa, el respeto de los derechos humanos, así como un alto nivel de protección social. Esto es lo que tenemos en común, aunque cada uno de nosotros lo haya construido sobre bases muy nacionales, y de ahí la dificultad a la hora de armonizar. Pero el alto nivel de protección social nos caracteriza a todos; es el documento de identidad europeo.

Europa, ¿qué es?: derechos humanos y seguridad social. El resto no importa.

Dos fenómenos ponen este modelo en peligro. Si sólo hablamos de uno, estamos olvidando la mitad del problema. Tememos y combatimos el desempleo, pero al mismo tiempo olvidamos la pobreza, sobre todo la pobreza consecuencia de

unos salarios bajísimos, del trabajo precario y de corta duración, de los pequeños trabajos intermitentes y discontinuos, que también provocan desasosiego y marginación social. Es decir, luchamos contra el desempleo y contra la pobreza, independientemente del modelo social elegido, que hace que, dentro del drama general, algunos países (sobre todo en Europa) limitan la pobreza y aceptan una tasa más alta de desempleo, mientras que Estados Unidos, Canadá o Japón prefieren dar trabajo, incluso muy mal pagado («en casa» bajan los sueldos al nivel de los países del Tercer Mundo para terminar con la competitividad sobre los salarios), y de esta forma hay mucho menos desempleo y mucha más pobreza. Esto no es un modelo social recomendable. Pero es difícil mantener un debate sobre este asunto, ya que en Estados Unidos son expertos en campañas de publicidad, de propaganda, encaminadas a ocultar el capítulo de la pobreza de su modelo social.

Hay una auténtica crisis del arte de producción en una sociedad desarrollada. Se puede hablar de crisis del trabajo, a condición de que por «trabajo» se entienda trabajo asalariado productivo. No estamos inventando nada: en 1930 Keynes escribió que «antes de finales de siglo con 3 horas diarias, 15 horas semanales, la humanidad podrá subsanar todas sus necesidades y satisfacerlas». En los años sesenta, la gran filósofa alemana Hanna Arendt y el sociólogo de trabajo francés Georges Friedman se refirieron al fin del trabajo. Estábamos en período de pleno empleo, con 48 horas de trabajo semanales, y ya se hablaba de fin del trabajo. En este comentario se incluye el hecho de que el progreso técnico permitió sustituir al hombre por la máquina, no sólo en el trabajo repetitivo y penoso sino también en el trabajo inteligente, lógico, incluso de concepción. Lo que decía Alfred Sauvy de que la máquina creaba más empleo del que destruía, dejó de ser verdad. Cuando la máquina desarrolla un trabajo intelectual, se llega a la crisis del fin del trabajo.

El auténtico bloqueo es sin duda cultural, político y psicológico. Nuestra preocupación es qué vamos a hacer con nuestra vida durante el tiempo que no esté dedicado al trabajo asalariado productivo, es decir, nuestro tiempo de ocio. ¿Cuáles serán nuestras actividades el día de mañana? ¿Acaso estamos dispuestos a asumir una vida más creadora que laboriosa, tanto en lo artístico como en las relaciones personales?

Lo sorprendente de esta cuestión es la formidable reticencia de todo el cuerpo social para asumir la idea de una reducción masiva del tiempo de trabajo, aumentando la eficacia. Al nivel

en el que estamos actualmente, es decir, tolerando 18 millones de parados, (el 11% de nuestra población activa en Europa), y el mismo número de pobres (*sólo* el mismo; en Estados Unidos hay 5 veces más pobres que parados), esta resistencia a rechazar la reducción del trabajo es sorprendente.

Voy a decir algo de forma bastante brutal. Todos tenemos tabúes. El primero de ellos es el de los teóricos de la economía: no pueden «tragarse» la idea de que la reducción del tiempo del trabajo sea compatible con un crecimiento global si todo el mundo tiene más trabajo. Esto rompe con un *comfort* intelectual teórico, es decir, la relación hombre/año. Hay que calcular nuestras *ratios* matemáticas en horas de trabajo por año. No sabemos hacerlo, no estamos acostumbrados. Toda la teoría económica compara datos demográficos con datos económicos calculados sobre una base anual. La variación de la jornada no está en los parámetros que utilizamos.

Segundo tabú, los sindicalistas. Para ellos, la idea de reducir la jornada laboral sin perder mucho salario no es de recibo. La responsabilidad de eliminar este tabú corre a cargo de los gobiernos y sobre todo, de los empresarios. Volveré sobre esta cuestión. Desde que trabajo sobre este tema y que escribo sobre ello, no lo he entendido todo. En mi libro tampoco me he referido demasiado al futuro, no me he atrevido. Cada día estoy menos seguro de que los dirigentes sindicales, hombres o mujeres, que negocian en sus empresas la duración laboral, estarían encantados de pasar en casa un día más cara a cara con su cónyuge. Habría que llorar en lugar de reír. Esto es muy grave.

Tercer tabú. Los empresarios deberían ser los primeros en ir en este sentido. ¿Por qué? Porque en cuanto hagan el cálculo del coste fiscal, se darán cuenta de que las indemnizaciones por desempleo se incrementan mucho más rápido que los costes sociales cuando hay trabajo para todos, y que además, finalmente, lo que encontraremos en los impuestos serán los gastos policiales, de justicia y de administración penitenciaria. Pero la patronal no lo entiende.

A veces, me pregunto si en las viejas familias aristocráticas francesas que dirigen nuestras empresas, no existe aún la idea de que el pueblo está mejor bien encauzado, y que un pueblo libre en sus actividades, que pueda dedicar demasiado tiempo a la lectura, a sus preferencias, a sus actividades sindicales, es un pueblo peligroso. La reticencia patronal no se entiende si tenemos en cuenta la explosión social en ciernes.

El cuarto tabú es el de los políticos, intimidados por los tabúes que acabo de mencionar y su impacto electoral, porque uno no vota a quien le ha asustado, se trate de dirigentes económicos, sindicalistas o empresarios. Y además temen que cueste caro. Y luego los déficits no están de moda, y yo estoy en contra de los déficits. Yo he gestionado mi país como un tacaño.

¿Se puede demostrar que la reducción de la jornada laboral desempeña un papel en este asunto? Cuando el concubinato, seriamente adúltero, entre máquina de vapor y sociedad anónima engendró el capitalismo —estamos en 1820/1830—, se pudo comenzar a hacer trabajar a muchos hombres juntos en condiciones muy ventajosas. La condena era de 4.000 horas año. La clase obrera se enfada, pasamos a 3.000 horas por año en 1900. El Primero de Mayo es el aniversario de una gran lucha obrera, duramente reprimida, por la reducción de la jornada. En 1938-39 se pasó a menos de 2.000 horas. Con la reconstrucción y el crecimiento entusiasta, volvemos a las 2.000 horas de 1945 a 1960. Después vuelve a comenzar la gran presión histórica y bajamos a 1.600 horas, que es la situación actual (menos en Japón). Desde los años ochenta estamos en 1.600 horas. Aparte de las crisis de regulación coyuntural, la más grave en 1929-32, la larga historia del capitalismo es una historia de pleno empleo. Pero la jornada laboral se reduce a más de la mitad. Desde los años ochenta se estabiliza, pero se duplica el número de parados. ¿Quién se atreve a decir que no hay una relación directa? Además, si la calculamos desde principios de siglo, la jornada laboral se ha dividido por la mitad, y los sueldos se han multiplicado por ocho. Por tanto, que no nos cuenten pamplinas; las empresas saben producir riqueza y distribuirla en jornada laboral.

El desbloqueo cultural consiste en hablar de horas-año, y no de horas-hombre. Me he dado cuenta de que en 9 de cada 10 grandes empresas multinacionales que tienen unidades de producción en nuestros países, las consignas que da la empresa matriz a las filiales son: obligación de beneficios, obligación de compra de material limitada, equis francos, dólares o ecus por hombre o mujer por año. Cuando se razona en estos términos, el jefe de unidad con estas consignas no puede modificar la jornada laboral. No puede. Esto lo he entendido después de haber escrito mi libro. A veces uno es un poco lento. Incluso nosotros tenemos que aprender a razonar en horas por año. La derecha francesa reflexiona en estos términos: para hacer frente al desempleo no hay que trabajar menos, sino que hay que trabajar más. La respuesta es que la condición para que en Francia y en Europa haya más empleo es que todos tengan trabajo, y para que todos tengan trabajo es preciso que cada cual tenga un poco

menos. En Francia, estábamos en 34.000 millones de horas de trabajo por año hace seis o siete años; estamos ahora en 31.000 millones, distribuidas en 38.5 horas por semana para un 87% de la población, y 0 horas semanales para un 13%. Con 30 o 31 horas, no más, se podría pasar a 33, 34 o incluso 35.000 millones de horas por año. Este razonamiento rompe las culturas, nadie está preparado. Cuando uno habla en estos términos nadie le entiende.

Las limitaciones del problema son dos: coste y *factibilidad*. En primer lugar, resulta difícil; en cuanto una empresa tiene más de 100 obreros hay por lo menos 25 categorías de trabajadores con horarios distintos. Es imposible que trabajen con un mismo horario aquellos que producen los bienes de consumo, los comerciales con los clientes, los de trabajo administrativo, los que negocian con los suministradores. Todos estos horarios son distintos. Y luego están las condiciones locales: uno va a cazar tórtolas, otro a recoger cerezas, es decir, cada región tiene sus tradiciones. Esto es, cada empresa ha de negociar de forma individual, lo cual quiere decir que la ley no puede hacer nada y que sólo se puede alcanzar un resultado mediante una negociación voluntaria y si las pérdidas de salario no son demasiado fuertes. Es imposible. Uno puede soñar, pero si decimos que hay que disminuir los salarios, estamos trabajando en vano. La media de los sueldos en Europa es inferior a 2.000 dólares por mes. A este precio, los que ganan 3 veces más pueden ceder un 5% o 10% de su sueldo, pero los que tienen este promedio poco pueden ceder. Y además históricamente nunca se ha hecho. Con lo cual la obligación es negociar por empresa.

En cuanto a los costes y las limitaciones financieras, hay que aceptar la idea de la reducción de jornada para crear empleo pero sin pérdida de sueldo y salario significativa. Los socialistas lo podemos decir, y además es un lema precioso. Ahora bien, conseguirlo es más difícil. Actualmente no podemos sobrecargar aún más a nuestras empresas. Cualquier aumento de coste de la hora de trabajo es un auténtico lastre para la empresa, hasta el punto de que se puede crear desempleo por quiebra. La competitividad es demasiado fuerte. No se puede aumentar la carga de las empresas. Por consiguiente, la primera obligación es de método social; la segunda es de contabilidad. Por otra parte, el Estado no puede pagar; los déficits pesan mucho. Estamos en un tipo de interés real serio en los países no inflacionistas, y cualquier aumento de la deuda se tiene que pagar demasiado caro. Estamos bloqueados. Si el Estado no puede pagar; si las empresas, tampoco; si los asalariados, tampoco, pues apaga y vámonos.

Pero, en la Unión Europea, de media —escuchen bien—, el 4% del PIB, es decir, 400.000 millones en Francia, 400 millones de ecus para el conjunto de Europa, se destina al desempleo. El 6% en Finlandia, el 2% en Grecia, el 3% en España. Pero la media es de un 4% del PIB entre subsidios de paro, seguro de enfermedad que se da al trabajador que no tiene que cotizar por estar en el paro, jubilación anticipada y un crecimiento importante en gastos de formación. Con lo cual, y esta es la clave del comentario, si conseguimos rebajar masivamente el desempleo haremos unos ahorros tan enormes, que su utilización inteligente en la financiación de la compensación de los salarios con la reducción de jornada será una realidad y una posibilidad.

El Parlamento Europeo me honró hace unos tres años con la aprobación de una solicitud a la Comisión Europea para que efectuara un análisis macroeconómico, exhaustivo, serio, con estudio de los parámetros y *tests* de las consecuencias, para ver si esto era posible. La Comisión nunca lo ha hecho. Esta mañana en la reunión de presidentes de comisiones he reiterado esta solicitud al Comisario Oreja, porque hay un trabajo cuantificable teórico importante. Se pueden ajustar las cotizaciones a la variación de los salarios. En este punto todos estamos de acuerdo. Los costes laborales son demasiado elevados. Los empresarios también están de acuerdo. Con lo cual, bajamos las cargas sociales, en relación con la reducción de la jornada. Así, las cotizaciones perdidas por las arcas de la seguridad social se compensan mediante una reducción del subsidio de desempleo o en un número más elevado de personas que cotizan. Este es el mecanismo que hemos propuesto.

Este mecanismo es difícil de entender porque todos tenemos nuestras luchas simbólicas, nuestra comodidad intelectual, incluido el Parlamento Europeo y el Grupo Socialista, donde también luchan los que están a favor de la legislación, la ley, es decir de la nobleza con la que los elegidos del pueblo dan instrucciones, y los que están a favor del contrato y de la libre negociación de los interlocutores sociales. Ni lo uno ni lo otro basta.

El ejemplo alemán, el más valiente, donde los interlocutores sociales se pusieron de acuerdo en relación con la reducción intensiva del tiempo laboral, pasa por dificultades, pues cuesta demasiado a los empresarios y, en pérdida de salario, a los sindicalistas. Los interlocutores sociales alemanes no se fían del Estado central y, amigos alemanes, nos estáis haciendo un flaco favor al haber fracasado en la reducción de las 35 horas. Y se está contaminando el escenario internacional diciendo: Alema-

nia no funciona con las 35 horas. ¿Por qué? Porque no habéis querido incorporar al esquema contractual los ahorros que se llevan a cabo cuando desciende el paro. En consecuencia, tenemos que integrar un nuevo elemento cultural, una articulación entre la ley y el contrato. La ley no puede ser opresiva, no puede dar órdenes, tiene que definir las condiciones que inciten a una reducción de los costes sociales cuando se reduce la jornada, y calcular los tipos de forma que los mecanismos se equilibren. Un 100% ya sé que es imposible, pero un 85% o un 90% no está mal.

Todo lo que acabo de explicar no sirve de nada si es para rebajar la jornada una hora al año. Esto se lo comen los beneficios de productividad. Si queremos obtener resultados sobre el empleo, hay que bajar más, cuatro o cinco horas. Hay que respetar la diversidad. Hay un número significativo de grandes empresas ultramodernas en Francia que están en 32 o 33 horas. Y mi peluquero, como la mayoría de las pequeñas y medianas empresas en Francia, está en 44.

Si queremos verdaderamente luchar contra el desempleo las empresas que ya están en 32 horas tienen que pasar a 28. Y, después de todo, antes de final de siglo —pero ya estamos a finales de siglo— quince horas de trabajo semanales serán suficientes.

El gobierno francés quiere abordar el problema en estas condiciones, con una ventaja sobre los otros gobiernos de la Unión Europea: cree en la reducción de la jornada. Y con un inconveniente cultural: no está todavía muy habituado a jugar con una buena articulación entre la ley y el contrato, sobre todo porque la historia sindical francesa es mala. A diferencia de los demás países, somos los únicos en el que los 4/5 del estatuto de los trabajadores es normativo, y 1/5 contractual. De ahí que la ley que hemos hecho rompe con el tabú; dice que habrá que reducir la jornada, da importancia al objetivo simbólico de 35 horas semanales —que no es suficiente—. Si queremos ofrecer trabajo a todos, sabemos que, beneficios incluidos, hay que bajar a las 31 horas. Estamos en 38.5 horas, tenemos 13% de parados. De 38.5 a 35 sólo hay un 7,5% de reducción. Pero la ley es un paso de sentido común. Y por ello lo apoyo. Habría que haber hecho más. La incitación a la reducción ha de ser más fuerte.

Ultimo comentario: culturalmente, tenemos que trabajar juntos; nuestras economías son interdependientes. La empresa que juega a ser más fuerte que las otras destruye las relaciones comerciales. Esto hay que pensarlo juntos. Pero los medios toda-

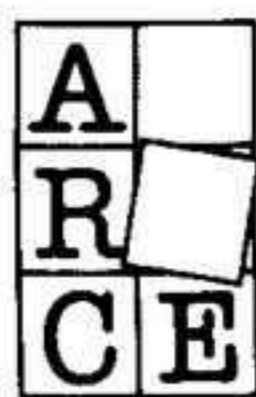
vía son nacionales. La fiscalidad, la para-fiscalidad, la protección social, el derecho laboral siguen siendo medios nacionales. No podemos tener en las instituciones europeas, en particular en este Parlamento Europeo, más que una función de creación intelectual y de armonización. Nada más por el momento.

En conclusión, todo esto es moderadamente importante. Se trata meramente del futuro o de la decadencia de nuestra civilización.

La cultura pasa por aquí



AV Monografías	CD Compact	Éxodo	Leer en primavera, verano, otoño, invierno	Reales Sitios
Ábaco	El Ciervo	Experimenta	Letra Internacional	Reseña
Academia	Cinevideo 20	FotoVideo	Leviatán	Revista HispanoCubana
ADE-Teatro	Clarín	Gaia	Litoral	Revista de Libros
Afers Internacionals	Claves de Razón Práctica	Goldberg	Matador	Revista de Occidente
África América Latina	CLIJ	Grial	Melómano	RevistAtlántica de Poesía
Ajoblanco	Con eñe	Guadalimar	Nickel Odeon	Ritmo
Álbum	El Croquis	Guaraguao	Nueva Revista	Scherzo
Archigula	Cuadernos de la Academia	Hélice, revista de poesía	Ópera Actual	El Siglo que viene
Archipiélago	Cuadernos de Alzate	Historia, Antropología y Fuentes Orales	La Página	Síntesis
Archivos de la Filmoteca	Cuadernos Hispanoamericanos	Historia Social	Papeles de la FIM	Sistema
Arquitectura Viva	Cuadernos de Jazz	Ínsula	El Paseante	Temas para el Debate
Arte y parte	Cuadernos del Lazarillo	Intramuros	Política Exterior	A Trabe de Ouro
Astrágalo	Debats	Jakin	Por la Danza	Turia
Atlántica Internacional	Delibros	Lápiz	Primer Acto	Utopías/Nuestra Bandera
L'Avenç	Dirigido	Lateral	Quaderns d'Arquitectura	Veintiuno
La Balsa de la Medusa	Ecología Política	Leer, el magazine literario	Quimera	El Viejo Topo
Bitzoc	Er, Revista de Filosofía		Raices	Visual
La Caña				Voice
				Zona Abierta



Asociación de
Revistas Culturales
de España

**Exposición, información,
venta y suscripciones:**

Hortaleza, 75. 28004 Madrid
Teléf.: (91) 308 60 66
Fax: (91) 319 92 67
<http://www.arce.es>
e-mail: arce@infor.net.es

LETRA

INTERNACIONAL

N.º 64 (Septiembre-Octubre 1999)

LA BLANDA DICTADURA DE LA VELOCIDAD

Peter Schneider

AUTOBIOGRAFÍA EDITORIAL

Mario Muchnik

LOS HIJOS DE MOBUTU

Lieve Joris

Ludolfo Paramio • Manuel Talens • Nuria Amat
José Antonio Marina • Reyes Mate • A. Serrano de Haro
Clara Janés • S. Benvenuto • Wilhelm Schmid
Angeles Mastretta • Túa Blesa • M. A. Molinero
Soledad Puértolas • Rosa Pereda • Manuel Rico
Carlos Marzal • J. L. Cebrián

Suscripción 6 números:

España:

4.800 ptas.

Europa:

correo ordinario

5.500 ptas.

correo aéreo

7.100 ptas.

América:

correo aéreo

7.500 ptas.

Forma de pago: Talón bancario o giro postal.

Redacción y Administración:

Monte Esquinza, 30 2.º dcha.

Tel.: 91 310 43 13 - Fax: 91 319 45 85 - 28010 Madrid

e-mail: fpi@ctasa.es

Cuadernos de 20 Alzate

1999

Revista vasca de la cultura y las ideas

Director: Juan J. Solozábal Echavarría

ESTUDIOS

Un místico de la lógica, *Fernando Savater*

Lo nacional y lo liberal en el pensamiento político de Ortega y Gasset,

Ricardo Tejada

La ley de Política Lingüística de la Generalitat de Cataluña, *Francisco Rubio*

Lenguaje, cultura y sociedad. Ideas para un libro blanco del euskara,

Mikel Azurmendi

La política lingüística del nacionalismo catalán, *Francesc de Carreras*

Las lenguas y la convivencia social, *Joseba Arregi*

La realidad plurilingüe relacionada con el euskara, *Iñaki Agirreazkuenaga*

Cooficialidad, política lingüística y vigencia social de la lengua, *Alberto*

López Basaguren

Lengua y sociedad en Cataluña, *Antonio Santamaría*

ANALISIS

La maraña de la paz, *Luis Daniel Ispizua*

La hora del pluralismo constitucional, *Daniel Innerarity*

Geometría variable en Euskadi tras las elecciones locales y forales de 1999,

Francisco Llera

NOTAS

Familia vasca e historia: entre el cambio y las resistencias, *Manuel*

González Portilla y José Urrutikoetxea

Violencia y cultura democrática en el País Vasco, *Esteban Antxustegi Igartua*

Las razones de un cristiano razonable sobre la situación vasca, *Imanol Zubero*

Autonomía y diferencia, *Antonio Arroyo*

Ramón Rubial en el recuerdo, *Juan José Laborda*

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN ANUAL

ESPAÑA	2.000 ptas.
EUROPA (correo ordinario)	2.500 ptas.
(correo aéreo)	3.500 ptas.
AMÉRICA (correo aéreo)	4.000 ptas.
RESTO DEL MUNDO (correo aéreo)	6.000 ptas.

Suscripciones y números:

FUNDACIÓN PABLO IGLESIAS

C/ Monte Esquinza, 30 - 2º decha. - 28010 Madrid

Tel.: 913 103 413 - Fax: 913 194 585 - e-mail: fpi@ctasa.es

BOLETIN DE SUSCRIPCION

Leviatán **Revista de hechos e ideas**

C/. Monte Esquinza, 30
28010 MADRID

TARIFA (4 números)

España	2.800 ptas.
Europa (correo ordinario)	3.700 ptas.
(correo aéreo)	4.400 ptas.
América (correo aéreo)	5.100 ptas.
Resto del Mundo (correo aéreo)	9.000 ptas.

Nombre y Apellidos

Dirección

Ciudad C. P.

Teléfono Suscripción a partir del N.º

FORMA DE PAGO

Adjunto talón bancario

Giro Postal N.º

Contrareembolso

Tarjeta de crédito:

Visa

Mastercard/Eurocard/Access

Caja Madrid/6000

Núm.:

Caduca:

Domiciliación bancaria:

Dr. Director de

Sucursal n.º Ruego atienda hasta nuevo aviso los recibos que
anualmente les pasará la revista LEVIATAN en concepto de suscripción contra mi c/c.

Entidad	Oficina	D.C.	N.º de Cuenta
<input type="text"/>	<input type="text"/>	<input type="text"/>	<input type="text"/>

Firma:

Puede también suscribirse por teléfono 913 104 313, fax 913 194 585 o e-mail: fpi@ctasa.es

E D I T O R I A L

LABIO IGLESIAS



EL PSOE CONTRA FRANCO

CONTINUIDAD Y RENOVACIÓN

DEL SOCIALISMO ESPAÑOL

1953-1974

Abdón Mateos

LABIO IGLESIAS

EL PSOE CONTRA FRANCO

Continuidad y renovación del socialismo español 1953-1974

Abdón Mateos

504 págs.

3.850 ptas. (IVA)

Frente a la visión convencional según la cual la trayectoria del partido y sindicato socialistas durante la dictadura franquista se resume con términos como fraccionalismo, decadencia y refundación, EL PSOE CONTRA FRANCO explica los esfuerzos para asegurar la continuidad de las organizaciones y de los ideales del socialismo democrático, amenazada no sólo por las rupturas históricas que supusieron la represión y el cambio social, sino también por el temporal desencuentro entre los dirigentes del exilio y de la clandestinidad de posguerra y unas nuevas y radicales generaciones de antifranquistas, que sólo encontrarían acomodo en el PSOE y en la UGT con el decisivo triunfo del proceso de renovación desde el final de los años sesenta.

Abdón Mateos, profesor de Historia Contemporánea de la UNED, realiza un detallado análisis de la historia interna del movimiento socialista, de las relaciones con otras fuerzas –desde los monárquicos a los comunistas y nacionalistas–, de la política hacia España de las internacionales afines, de la presencia en las protestas sociales y del contrapunto represivo franquista.

Pedidos:

Monte Esquinza, 30 - 2º dcha.

Teléf.: 310 46 96 - Fax: 319 45 85

Forma de pago:

talón bancario o giro postal



Precio de este ejemplar: 1.400 Ptas.